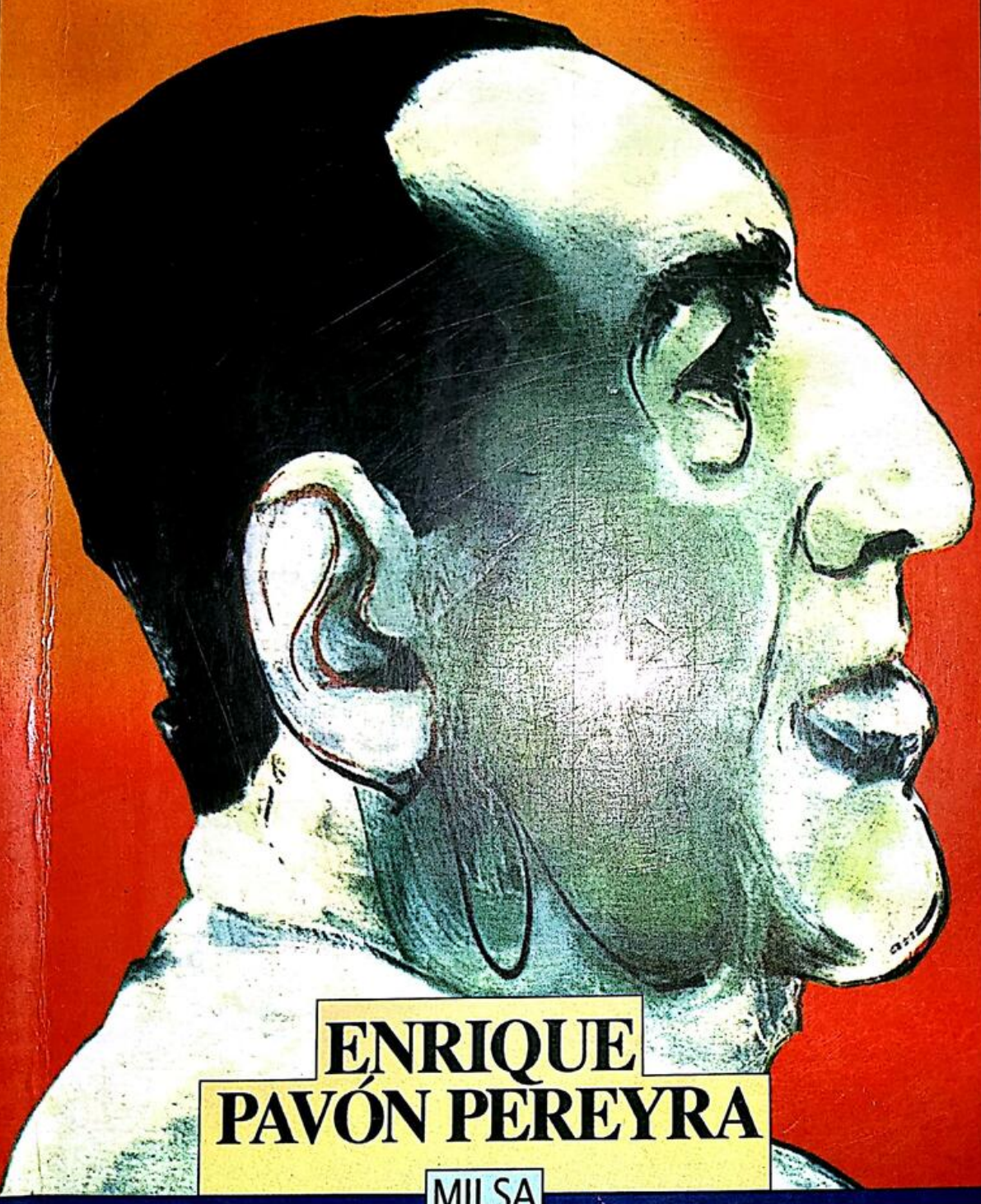
YO PERÓN



ENRIQUE PAVÓN PEREYRA

MILSA

ADONIS
Libros y algo mas
Dean Funes 68 Loc.
"A" Córdoba
Tel. (0351)
adonislibros@yahoo.com.ar

YO PERÓN

EDITORIAL M.I.L.S.A.

YO PERÓN

Enrique Pavón Pereyra

EDITORIAL M.I.L.S.A.

Diseño de tapa: Alberto Diez
© by M.I.L.S.A. - Erezcano 2955, Bs. As. -
Edición realizada mediante acuerdo con Calcotam S.A.
ISBN 987-99561-0-9

Producción gráfica: Manufactura Integral del Libro
Erezcano 2955, Buenos Aires

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*
AGOSTO 1993

Indice

Prólogo 9

Un chico como cualquier otro (1893-1910) 13

- Para ir aclarando: 7 de octubre de 1893 15
- Una familia de inmigrantes 21
- Años de peregrinación: El calor del hombre de la tierra fría 24
- El ejemplo de un cóndor 27
- "Para aprender siempre hay tiempo" 28

¿Hace falta destruir al hombre? (1911-1929) 33

- Al toque de diana: La pedagogía de los bárbaros 35
- Los bípedos implumes: "El sindicato más fuerte y mejor organizado" 42
- Ingreso al Regimiento 12 de Infantería 47
- Poderosos, ciegos y torpes 52
- "... Un ejército de muchachos humildes" 62

Los años de la Escuela de Guerra (1926-1930) 69

- Reflexiones sobre la guerra. Estudiar para la paz 71
- La democracia sin poder 73
- Sentando cabeza 74
- La forja de un conductor 76

El compromiso político del ejército (1930-1943) 81
Un juguete del destino 83
En los pueblos de frontera 90
Más allá de los Andes 96
Misión en Chile 98
Misión en Italia 105
Por sacarme de Buenos Aires... Mendoza 117
Organizando el "sindicato": El G.O.U. 125

No se puede improvisar una revolución (1943-1945) .. 133
La Argentina de 1943 135
La Revolución Nacional 142
Un 4 de junio 144
Un lugar estratégico 152
El gran olvidado 156
Evita: una mujer imprescindible 160
Construyendo el poder 165
Trabajo y destino: hacia octubre 172
1945: la primavera llegó más tarde 188
El Partido Laborista: Sólo una herramienta 190

Por voluntad del Pueblo (1946-1952) 193
Primer gobierno: El fervor popular y el nacionalismo económico 195
La labor política de Evita 208
La conspiración oligárquica 217
La Tercera Posición Internacional 225

Un nuevo voto de confianza (1952-1955) 235
Tiempos difíciles 237
Segundo Plan Quinquenal 243
Los enemigos de adentro y de afuera 247
La formación de la cultura nacional 256

La cuestión con la Iglesia Católica 261
De junio a setiembre: La posición política de la Iglesia 265

El memorial del exilio (1955-1960) 277
Al pie de la cañonera 279
Mi patria guaraní 287
El destino incierto de un avión 291
A orillitas del canal 295
Regalo de Navidad 302
Siempre necesité una mujer 304
Cómo y dónde aparecieron los restos de mi Evita 310
Una mancha más al tigre 317
Los apresurados 319
De avión en avión 324
En tierra de Bolívar 329
Ultimo destino americano 334
Cada vez más lejos 337

Exilio y resistencia (1960-1972) 339
Casi un retorno 341
Uno contra todos 351
Conducción y militancia 358
Instrucciones a Isabel 363
El retorno tan temido 394

El retorno (1973-1974) 407
El hombre sabe tanto como recuerda 409
Plan de un gobierno de emergencia 423
El modelo argentino y la integración universal 433

Prólogo

De todos mis trabajos, ninguno se me ocurre tan ambicioso, tan estremecedor y, a la vez, tan increíble como "YO PERON".

Desde hace cuarenta años vengo reuniendo los testimonios de esa odisea. Contra lo que podría suponerse, el protagonista no es un hombre sino un pueblo, que sobrevive luego de la caída de su institutor.

Los sucesos de esta crónica histórica tienen lugar, efectivamente, en el Paraguay, Venezuela, Santo Domingo y España. Pero las consideraciones esenciales, poseen en la República Argentina la respuesta sincrónica a traves de la simbiosis ideal que establecen los argentinos y su líder.

Durante esas cuatro décadas me dediqué a la tarea de investigar, interrogar, examinar y evaluar antecedentes y memorias conexas con mi propósito. Tampoco he omitido el examen prolijo del "lugar de los hechos", munido de los testimonios directos de los colaboradores que escoltaron a Perón en su interminable expatriación. Esta es la epopeya de un hombre librado a las peripecias de la adversidad, enfrentado a un destino que le ha retirado su apoyo. Y al final, contra las previsiones, emprenderá la ascención definitiva como protagonista de la historia.

¿Qué ingredientes novedosos ofrece "YO PERON"? ¿En qué consisten sus aportaciones sustanciales, las que autorizan al protagonista a quedarse con las apuestas adversarias?

En primer término, cuento con casi la totalidad de las anotaciones cotidianas del propio Perón, -la "ayuda memoria" imprescindible en los contactos humanos-, aparte de cuantas comunicaciones, borradores, correspondencia llevada en mano, tal como lo exigía la censura rigurosa. Además del pensamiento édito, me han transmitido su memoria quienes lo entrevistaron en los refugios sucesivos, contactos que a menudo reflejaban exigencias políticas insoslayables o vínculos de profunda amistad. Estos encuentros favorecían su juego dialéctico, su sarcasmo a veces corrosivo, y un humor que le permitió sobrevivir al agravio y no verse salpicado por la difamación o la injuria. Todo ese material de primer orden está enlazado con la propia, subjetiva e hipercrítica visión del protagonista sobre cuantos personajes demandaban su atención o impresionaran sus sentidos.

Al comienzo de los casi once años en que nuestra presencia osciló entre lo continuo y frecuente, ya desarrollaba una actividad intelectiva portentosa: más de medio centenar de gobernantes y ministros del continente americano, sin excluir el Canadá ni el Caribe, requerían a diario su consejo y su asesoría en el rubro de las relaciones internacionales; empero, él había optado por servir la causa de los Pueblos, a despecho de la moral utilitaria o de determinadas ofertas de los países hegemónicos.

Es oportuno destacar que ninguno de los prohombres americanos del presente siglo podría parangonarse a Perón, que respondía con su conducta personal en todas sus acciones; de ahí, de esta identificación coherente entre medios y fines, dimana el milagro de su rara vigencia, de su innegable actualidad. Se observa ahora que trabajó para el futuro. El pertenecía al porvenir, a una raza antigua, donde vivir o morir, incluso el oficio del hombre, era ejercido con naturalidad. Aunque señor de multitudes, padeció una infinita soledad. A lo largo de medio siglo influyó más que ninguna otra personalidad política americana sobre la conciencia de los sumergidos. Miles de veces multiplicó los panes y los peces para saciar el ancestral hambre y sed de justicia de sus descamisados.

Perón poseía una naturaleza republicana y despreció todas las trampas tendidas por la sensualidad del poder. Pese a ser el gran elector y de haber acrecido con el correr de los años la cuota de confianza pública que se le dispensaba a su voluntad, prefirió ajustar al dictado de las leyes el capítulo de las aspiraciones y no se permitió designar sucesor alguno para reemplazar su persona. En el transcurso del exilio sobrevivió sin holguras económicas, sin quejarse ni lamentar ingratitudes, que hubieran sido justo denunciar. Ni la escasez de medios, ni las dificultades de su hogar modificaron su talante de austeridad y contralor de los gastos; por el contrario, dio más de una muestra de su rechazo por los bienes materiales, quizás temiendo caer en la trampa que la fortuna suele tender a quien favorece. Si nos atenemos a la pasión y aún al fanatismo que despertó a su paso, sus virtudes carismáticas sobrepasaban con holgura el odio de sus impugnadores.

Mi compromiso visceral era no morirme antes de concluir este libro.

He navegado entre la novela y la historia. Ex profeso remarco que a Perón le obsesionaba la visión histórica de su figura y que la intensa búsqueda de esa perspectiva, señaló la meta de cuanto ambicionaba. Relata Perón su existencia ante sí; asimismo, remarca la significación de su trayectoria olímpica que le toca asumir y que coincidía con ese humor acre de quien no se muestra resignado, o con su naturaleza psicosomática en constante ebullición.

Se brindan aquí las claves íntimas de su polifacética personalidad, también trasluce su pudor de hombre público y, más que nada, la aceptación de haberse equivocado, en graduación constante, en esta cruelísima confesión en mitad de la noche.

En "YO PERON" el conductor prodiga autocríticas y persiste en la aceptación de un destino superior en esto a sus méritos propios.

Enrique Pavón Pereyra

Un chico como cualquier otro

(1893 - 1910)

Para ir aclarando: 7 de octubre de 1893

En la vida he procurado servir antes que servirme; ser artífice del destino común. Lo que importa, es trabajar por nuestros semejantes. Jugarse por ellos. El alcance de nuestra abnegación es la piedra de toque de toda grandeza verdadera. Por lo demás, los puestos de responsabilidad no se reclaman, sino que se merecen.

Cuando decidí redactar mi "Autobiografía", o, como dirían los franceses: "Perón por él mismo", pensé en un libro fiel a mi talante, donde se hablara mucho de los demás, poco de mis amigos y nada de mi, ya que no me considero exento de equivocaciones garrafales y, créase o no, he pagado ese derecho de piso que supone todo aprendizaje sin tener antes real idea de la política.

Entonces debo aceptar que tuve que acudir a los entendidos del quehacer público. Como el oficio militar es el menos adecuado para gobernar, que es precisamente lo contrario de dar órdenes, eché mano a los recursos genuinos que requiere el arte de gobernar. No me quejo, si el país ni yo mismo dabamos para más. Este sucio oficio necesita de una instrumentación también sucia, por lo general poco eficiente, profana en cierto sentido. En este lodazal hay que tirar el alma a los perros, poner piel de elefante en el asador, tragarse sapos vivos, aunque al final muchos perros suelen hacer la muerte del ciervo.

Obviamente, el mayor peligro surge de la improvisación semipermanente en que nos debatimos, sin planes concretos y sin previsiones para el mañana. En mi caso, las

únicas nociones surgirían de la profesión de soldado que había asumido a temprana edad. En una palabra, yo sabía conducir hombres, tenía fama de "trouppier", pero allí terminaban mis virtudes.

Quiero aclarar, además, que no me convencían ni poco ni mucho los argumentos de mi habitual biógrafo Enrique Pavón Pereyra quien, para no desanimarme, intentaba que lo le confiriera de manera oficial, el propósito de contar mi vida, aunque entre el modelo y la semblanza mediara un abismo.

Le repliqué que la propuesta de romancear las vicisitudes de mi existencia, constituía un despropósito. Llegó a decirme mi interlocutor que, en el mejor de los casos, yo avanzaría de acuerdo a ideas y principios que quedaron a medio hacer y que, de tal argumentación, surgirían explicaciones que no debía dar, porque mi protagonismo estaba más allá de toda sospecha. O sea, más allá del bien y del mal.

No era esa perspectiva la que podía convencerme. Y pronto advertí que la pretensión de Enrique no era otra que construir un retrato a la medida; más bien, él anhelaba un cuadro con maquillaje, capaz de borrar las imperfecciones propias de mis desvelos y de la realidad cruda que debía enfrentar de continuo, esta vez lejos de mi Patria y sin otra compañía que la media docena de seguidores -incluida mi propia mujer- reducida como un caracol, a mudar imprevistamente de casa y de país, según las vicisitudes propias de nuestra condición de aliados a perpetuidad.

Otra de las razones que guiaron mi entendimiento era que no quería especular con mi propia figura. Por ese motivo reprobé también el trabajo de uno de los primeros retratistas españoles, que cumplía ese menester a instancias del Canciller español Martín Artajo, cuando éste nos visitó en Buenos Aires en 1948. Daba gusto examinar mi rostro y mis entorchados planeados de manera sensacional. Llamé al artista para felicitarlo, aunque puntualicé: "...estos bermellones de color gualda con fondo de una rojez de incendio majestuoso, nos trae a cuento la apostura del finado Rey Alfonso XIII, a quien el retrato reflejaba casi

como si se tratara de una copia".

De modo que ahora pienso hacer un "retrato al natural"; sin maquillaje, y con todas las imperfecciones de mi linaje argentino.

A esta altura de mi vida son pocas las cosas que no puedo manifestar, sobre todo en lo que respecta a mi persona. Una vez escuché decir a un anciano que él estaba amortizado, y al preguntarle que quería decir con eso, me contestó que todo lo que le había dado la vida, estaba pago con creces por el simple hecho de haberla vivido y que ni siquiera sus secretos más profundos, ni sus más grandes amores, le pertenecían. Sin embargo, yo, como si le hubiese jugado al destino una magica apuesta, logre conservar hasta hoy el origen de mi nacimiento como un profundo secreto. El verdadero día y año de mi llegada al mundo, se transformó con el tiempo en una real controversia en la que muchos incursionaron. Se llegaron a decir las cosas más dispares. Porque si bien existe el documento que disipa estas dudas, hubo también, desde hace tiempo, versiones que se encargaron de contradecirlo.

El por qué de este equívoco, no es complejo, y queda explicitado con sólo echar una mirada a esa época donde los libros de registro sólo reflejaban con certeza los nacimientos de quienesdurante mi primer año de vida no corrían el riesgo de perder su batalla contra la muerte. Mi nacimiento fue tomado con más calma que el de mi hermano Mario, tanto fue así, que mi padre decidió anotarme dos años más tarde.

Nunca me preocupó aclararlo, porque básicamente siempre pensé que existen dos tipos de acontecimientos que van dando forma a una vida: los importantes y los otros. Así, un día más o un día menos, un año más o un año menos, ¡qué importancia podía tener! De hecho no la tuvieron durante muchos años, ni mi propio padre, le dio trascendencia y ante la pregunta del secretario del registro civil de Lobos: ¿cuándo nació el niño?; no dudó en responder que había sido en la víspera. Y así fue anotado mi nacimien-

to aquel 8 de octubre de 1895, como acontecido el día inmediatamente anterior. Pero en realidad yo ya tenía dos años para esa fecha, que fue verdaderamente un 7 de octubre, pero de 1893.

Así constaba en las páginas del registro parroquial, que lamentablemente una gran mancha de tinta, derramada "casualmente", sobre el renglón que daría crédito a mis palabras, se ha encargado de silenciar para siempre. Se afirma que fue el pueblo de Lobos quien me vio nacer. Allí hay una casa, la de mis primeros años, donde gateé, donde comencé a dar mis primeros pasos, pero que con toda seguridad no vio mi alumbramiento, pues éste había acaecido en Roque Pérez, Partido de Saladillo.

Mi nacimiento aparece anotado en el libro de registro correspondiente al antiguo "Fortín de Lobos". No menos de cuatro generaciones por línea materna se habían acentado en estos parajes, según memoraba Mercedes Toledo, mi abuela inmemorial. Recordaba a sus abuelos oriundos de Santiago del Estero, asentados en los cerros santiagueños de Guasayán. En cambio, los Sosa eran gente relativamente nueva en los pagos del Fortín, provenían de tierras más al sur de la provincia, digamos de Ambargasta.

Con letra de mi padre constan los pormenores de mi nacimiento, en el folio 228, acta 450, del tomo correspondiente al año 1895. Se trata evidentemente de un documento genuino que la municipalidad de esa ciudad conserva en perfecto estado hasta hoy. Tuve la oportunidad de conocer estos datos a partir de la fecha en que mi vida dejó de ser privada y se empeñaron en exhumar hasta los más insignificantes pormenores que rodearon mi existencia. Ese documento afirma lo siguiente, sin ninguna enmienda: "Ante el jefe del Registro Civil, Dn. Rafael A. Acevedo comparece, Dn. Mario Tomás Perón y denuncia el nacimiento del párvulo Juan Domingo, quien ha venido al mundo el día 7 de octubre de 1895 en la localidad de Lobos, según lo atestiguan los vecinos y amigos: Juan B. Torres y Juan R. Saligaray". Posteriormente, la verdadera fecha de mi nacimiento aparecerá en la parroquia de Nuestra Señora del

Carmen donde me inicié en los Sacramentos de la Santa Iglesia, en los brazos de mi madrina, Doña Francisca Toledo y donde aconteció el hecho curioso de la mancha de tinta antes relatada.

Aquellas dudas y brumas respecto a mi origen nunca habían sido totalmente despejadas, constituyendo durante gran parte de mi vida una incógnita, incluso para mí, la cual supe convertir en acicate para mi voluntad. Quizá mi propio padre, inconcientemente, se haya encargado de confirmar esta situación filial "anómala" (que por otra parte no es más escandalosa ni menos significativa que cualquiera de los conflictos humanos que hoy desvelan a una sociedad que no ha dejado de ser pacata), en el momento en que me entregó, con especial interés, para que lo tuviera entre mis libros de cabecera, sendos volúmenes de "Las cartas de Lord Chesterfield a su hijo Lord Carnavon". El libro está escrito por un padre a su hijo natural, a quien educa a través de un epistolario único e inimitable, que armoniza lo útil con lo ameno. Imaginen las enseñanzas que contienen...

Ahora, masticando mi mocedad, tengo la necesidad de arrojar un poco de luz sobre algunas páginas oscuras. Muchos de los acontecimientos afectivos que no me dejaron descansar durante noches, resultan hoy vistos a la distancia anécdotas triviales, frente a la magnitud de los hechos verdaderamente trascendentes que sobrevendrían con posterioridad. Yo tenía 25 años y era un joven oficial que llevaba con orgullo irreflexivo el uniforme de la patria. Era un aspirante sin suerte para conquistar el corazón de mi inquietante prima Mecha. Sólo confesé aquellos sentimientos de frustración a Raquel Perón, que era mi otra prima, gran amiga y confidente durante esos años. A ella le expresé con dolor: "Presiento que Mecha me rechaza debido a mi brumoso origen. Pues no veo otro motivo".

El tema de mi origen se transformará en una constante a través de mi vida; será por eso tal vez que la fecha de mi nacimiento quedó velada durante tantos años. ¿No habrá sido quizá una maniobra inconsciente de mi parte para

ocultar un sentimiento de ilegalidad que me negaba a reconocer?

¿Cuántas grandes mujeres quedaron al margen de los hechos sociales, ignoradas por su propia comunidad, observadas con espanto; cuando en realidad su único pecado fue el coraje de haber sido madres solteras? Esas mujeres quedaban solas para enfrentar la vida. Ese hijo no tenía padre, y la ley argentina prohibía hasta investigar la paternidad del recién nacido. Pero sí se castigaba el adulterio y ese hijo pasaba a ser un bastardo. Al padre se lo eximía de toda culpa y al hijo se le cerraban las puertas del futuro. ¿Eso era justo? Nosotros hicimos una ley que daba al hijo natural los mismos derechos que el hijo legítimo. Esta situación de desprotección sucederá, mientras las mujeres no intervengan más asiduamente en el espíritu de la legislación; hasta que llegue ese momento, ¡ Las leyes estarán siempre hechas por adúlteros!, que ignoran que no hay hijos ilegítimos sino padres ilegítimos. Pero existen leyes superiores a las que establecen los legisladores: son las leyes naturales.

Apenas dieciséis años tenía mi madre cuando nació su primer hijo, y veinte cuando nací yo, Juancito Sosa. Ese fue mi primer nombre hasta que distintos motivos, difíciles de evaluar, indujeron a mi progenitor a dar un paso decisivo. El veinticinco de septiembre de 1901, Don Mario se allanó a contraer enlace con Juana, yo tenía ocho años. Según la versión que me consta, fue en realidad mi abuela Dominga Dutey quien pidió a mi padre que se pusiera de acuerdo con la religión y la moral pública. El acta de casamiento llevó el número 604 del Registro Civil, de la sección quinta de la capital metropolitana.

Tiempo después, y sin saberlo quizás, me acerqué y distinguí entre mis semejantes, sólo a aquellos que por su origen debían enfrentar la hipocrecía de una sociedad que quiso condenar al ostracismo y la vergüenza a todo aquel que llevara el peso de orfandad enigmática. Mi acercamiento a esos hombres se debió a que advertí en ellos condiciones intelectuales netamente superiores sobre el

común denominador de la gente, rasgo que parece ser propio en quienes son frutos de la pasión.

Las huellas de mi infancia no se borrarían con los años, por eso advierto al rememorar mi vida que sólo estoy desandando aquellas antiguas preocupaciones, que descubro hoy nada más que pueriles.

Una familia de inmigrantes

Soy hijo de un espíritu campesino, casi rural, y de una joven natural de Lobos, Juanita Sosa, con sangre india y parientes de origen santiagueño.

Me crié en Lobos entre reseros y domadores. Un capataz de novela, el "Chino" Magallanes hacía de jefe del gauchaje, donde sobresalía con su ejemplaridad sin rival y, más que nada, por su dominio en las faenas campesinas.

Argentina ya era "adulta" desde 1880. El cambio lo habían gestado los inversionistas británicos, los "analfabetos" inmigrantes, el sosiego y posterior exterminio del indio, el nacimiento de la nueva burguesía, y las voces de los "hombres-poder". Así latía la "Argentina Moderna". Una lucha entre "rifleros" y "gauchos", por un lado, y el "ejército de línea" por el otro, tal como José María Rosa sentenciara luego. Diez años después del esplendor, se agigantaría la desesperanza, la crisis, el agio, las huelgas. La política sería la "madre del borrego". Aquellos hombres del '80, Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Roca, Juárez Celman, fueron quienes mantuvieron en vilo a los casi cuatro millones de habitantes que pululaban por el territorio. Buenos Aires albergó, para 1895, a 677.786 almas. El resto se perdería en cientos de reductos, pueblitos, fortines.

Varios conglomerados mezclarían su dialecto extranjero con la costumbre tradicional. Entre ellos uno: San Salvador de Lobos, que arrastraba su herencia desde 1752, cuando por acuerdo del Cabildo de Buenos Aires se lo convirtió en barricada contra los indios; y que, para 1805, datarían 1.000

pobladores entre labradores y peones. Antes de cerrado el año, se lo declaró Partido y recién en 1811 se concretó su trazado urbano. Rivadavia concedería autoridad local a los jueces de paz para 1821, quienes, a su vez, cesaron en sus funciones en 1856 cuando se creó el municipio. Allí, 39 años después -un verdadero bostezo en el tiempo-, Juana Sosa Toledo y su esposo criaría a los dos hijos del matrimonio en una finca de la calle Buenos Aires al sud N° 1364.

La familia era conocida gracias a los buenos servicios del doctorTomás Liberato Perón; mi abuelo médico. A él lo ligaba la amistad fraternal con el doctor Eulogio del Mármol, quien le obsequiara el cráneo de Juan Moreira, quien acabara sus andanzas un 30 de abril de 1874, ultimado por el soldado Andrés E. Chirino.

Para hablar de mí, es necesario que hable de alguien que me precedió. Rememoro a mi madre, una de las personas artífices de Perón. Mujer fuerte, criolla de ley, perteneciente a una antigua familia que provenía de los pagos de Azul, cuyo entronque castellano databa de la época de la colonia. Toledo era el apellido de mi abuela materna, Doña Mercedes.

Los Sosa eran originarios también de Castilla la Vieja, como mi abuelo Juan Irineo, esposo de Mercedes. La pareja alcanzó cierta notoriedad en el pago al brindar hospitalidad, a quien podríamos denominar como el último gaucho alzado de la historia: Juan Moreira. Recuerdo que su calabera fue propiedad de mi abuelo durante largos años, hasta que decidió cederla al Museo de Lujan, para evitar que su nieto terminara con ella utilizándola como "asustador de sirvientes". Cierta vez caí al suelo abrazándola y se le quebraron varios dientes.

Mario se llamó mi padre. Luego de ser Juez de Paz en La Plata fue trasladado a la localidad de Lobos con idéntico cargo. Allí, sus tareas se multiplicaron, quizás impulsado por sus magros ingresos, tal vez por el súbito descubrimiento de las nobles labores rurales. Lo cierto es que allí conoció a quien iba a ser su esposa, que en lo sucesivo compartiría

con él ese extraño amor por la tierra.

La vida de mi abuelo, Liberato Tomás de Perón, estaba sembrada de honores: fue senador nacional (mitrista) por la provincia de Buenos Aires; había participado en la batalla de Pavón. Presidente del Departamento Nacional de Higiene, que él mismo había creado; y Practicante Mayor del Ejército en la Guerra del Paraguay. También desempeñó varias misiones en el extranjero, especialmente en Francia, donde vivió varios años.

Hasta donde llega mi conocimiento, todos los antepasados de esa rama fueron argentinos y fundadores de lo que en tiempos de la colonia se llamaba el Fortín de Lobos.

Tomás Liberato se había casado con Doña Dominga Dutey. La sangre vasco-francesa de mi abuela se mezclaba con la estirpe sarda de los Perón, emparentada a la vez por línea materna, a los Hughes y los Mackenzie, de origen británico o, con mayor propiedad, de la etnia escocesa.

La remanida frase del "crisol de razas" como sustancia generadora de nuestro pueblo, se hace patente en el análisis introspectivo del pasado de cada uno de nosotros. Mi familia no escapó a la regla. La cultura ancestral del Viejo Mundo se mezcla con pasiones localistas, traducidas en actitudes cotidianas.

Mi hermano Mario, era un héroe para mí. Demasiado serio para su edad, a causa de su profunda introversión; más estudioso que yo y creo, hasta más inteligente. Por lo menos aprendía más a prisa. Tal vez, esa incapacidad mutua para demostrar nuestro afecto, nos privó de una relación más estrecha, en los momentos en que más nos hubiésemos necesitado. Aun así fuimos compañeros de aventuras, hasta que le tocó marchar a Buenos Aires, para estudiar en el comercial, que era similar al Nacional.

Mario murió a los sesenta años. Cuando me eligieron presidente por primera vez, él conservaba su campo en la Patagonia pero vivía en la ciudad. Un día lo llamé y le dije: "...mirá hermano, acá trabajamos todos, vos vas a tener que trabajar en algo también...". Me contestó: "...No, yo ya estoy

jubilado. Trabajá vos que te has metido en esto; a mí dejame tranquilo". Entonces insistí: "Tengo una cantidad de cosas que te interesan, le dije; pensá en qué podés ocuparte". Tiempo después me llamó, había recapacitado: "Vos sabés que me he pasado la vida entre animales, Juan, a mí lo que me gustan son los animales. Me resulta más fácil tratar con ellos que con los seres humanos. Un puesto para mí es el de director del zoológico. ¡Te aseguro que te lo convierto en el mejor del mundo!". Fue director ad-honoren. Se compenetró tanto en su tarea, realizó una clasificación tan rigurosa, que los animales estaban maravillosamente bien; parecían reconocerlo. A mí me gustaba verlo entrar a Mario a la jaula del gorila, como quien visita a alguien. Esa fue la única vez que los Perón tuvimos un amigo "gorila".

Años de peregrinación: El calor del hombre de la tierra fría

Tenía cuatro años de edad cuando mi padre, envuelto en la difícil situación económica que padecíamos, decidió probar fortuna en las inhóspitas tierras del sur patagónico. Primero fue solo, pero ante las primeras perspectivas favorables decidió llevarnos a todos. El mito de la Patagonia cruel y desolada se desvanece ante un espíritu perseverante y luchador.

Aunque porteño de nacimiento, puesto que había nacido en Libertad y Corrientes, mi padre se adaptó fácilmente a las tareas rurales. En las inmediaciones de Cabo Razo, unos parientes, los Maupas, le ofrecieron la administración de su propiedad, una estancia llamada "La Masiega", dedicada a la producción lanar.

Las habilidades de mi padre hicieron de "La Masiega" un negocio floreciente, pero nuestros parientes fueron tentados por jugosas ofertas y decidieron su venta. A raíz de esto, mis padres decidieron trasladarse hacia Chubut, afincándose en Puerto Camarones, a mitad de camino de Como-

doro Rivadavia y antes de que esta ciudad se transformara en importante emporio petrolero. Allí mi padre fue contratado como administrador de los extensos campos de una firma local. Creo que se llamaba "Mitton y Grether", lo importante para el caso es que esos parajes se popularizaron con el nombre de "San Juan de Perón".

Fuimos alojados por invitación de Don Justo Alzúa en su casa particular. Allí transcurrió buena parte de la estancia en esta tierra. Pasado un tiempo y repentinamente, mi padre decidió trasladarse muy cerca de allí e instalarse en forma independiente. La conquista de la tierra virgen por mano propia, pudo más en la vocación de mi padre que la simple vida que ofrecía la administración de campo ajeno.

Corría el año de 1904, y nos asentábamos en lo que podríamos denominar el corazón geográfico de la Patagonia: "Sierra Cuadrada". Allí, en su imponente aislamiento, estaba enclavada "La Porteña", establecimiento ganadero propiedad de mi padre, conformado por alrededor de cuatro leguas de campos áridos. Fue una dura prueba para todos.

Duro e inhóspito territorio de suelo quebrado, coronado por vastos cañadones, propios de la altopampa, donde las ovejas pastan su sustento y donde el agua es escasa y el clima seco y frío. Donde el viento del invierno hace girones de las almas más fuertes. Donde la brisa cálida del verano sólo es tenue recuerdo de un aliento repentino y fugaz.

A pesar de la distancia con Buenos Aires, ya que la Patagonia estaba aún más lejos en aquella época, debido a la escasa organización del transporte, aprendimos a amar nuestro hábitat.

De tanto en tanto, mis padres salían en sulky a visitar vecinos con abundante provisión de ropas, que repartían entre los humildes. Mi padre decía que uno se recibe de argentino, recién cuando funda un pueblo o cuando por lo menos, ve crecer la semilla en el campo, mediante su propio esfuerzo.

Todo lo que demos a los humildes es poco, decía. En realidad lo estamos devolviendo. Los olvidados de Dios, como dice la expresión popular, pero que sabemos que no son otra cosa que el fruto de la desidia y la incompetencia secular de los gobiernos.

Fuimos muy queridos por los habitantes de ese rústico ambiente. En especial mi padre. El tenía un acento especial para comprender al semejante. Para interpretar sus dolores, sus necesidades. Después de todo, no eran más que los suyos propios. Todos éramos cohabitantes del desierto, de la desolación. Mi padre era uno más de ese ambiente y nunca se sintió especial por ser de la ciudad. Por eso sucedía que todos los hombres de la región, buscaban a menudo su parecer, seguros de hallar comprensión y sinceridad en cada una de sus palabras.

Cierta noche, antes de acostarnos, mirábamos por la ventana el campo inmenso, interminable, sumergiéndose dentro de un azul sepulcral como un abismo. Y en el silencio, los grillos compartían su luz y su rezongo con nuestra compañía. La voz de mi padre cortó el hermetismo de las sombras. "¿Saben por qué en el campo la soledad es más grande que el horizonte? Porque el general Roca asesinó a los únicos seres humanos de esta llanura. Tanto es así, que entregaron la vida luchando por su tierra. Los indios Pampas, los Tehuelches, los Pehuenches, fueron masacrados en nombre de la 'civilización'. Ahora sus hijos son parias del destino. Roca les robó la tierra y la repartió entre sus lugartenientes. Algunos se quedaron con ella, pero la mayoría la vendió a los acaudalados porteños. Así nació la oligarquía terrateniente, que sumergió al descendiente del aborigen aún más con el transcurso del tiempo y que limitó posteriormente, el acceso político de la inmigración europea, a la propiedad de la tierra. Ese es el origen de la pobreza de la gente, nos decía. Los pobres de hoy son tratados como extraños, en la tierra que fue de sus antepasados".

Lo que decía mi padre no quedaba sólo en palabras. Era común verlo charlar con los paisanos, como uno más entre ellos. Muchos peones se quedaron varios años a vivir

con nosotros y yo los trataba como si fuesen tíos. Mi padre fue comisario y Juez de Paz, fue labriego y hacendado, fue padre, amigo y confesor y no sólo de sus hijos. Mi casa era hogar familiar tanto como oficina pública e iglesia, y todo debido a las múltiples actividades que mi padre desarrollaba y que, dicho sea de paso, sólo le reportaron como beneficio, un profundo prestigio entre los pobladores. Así de poco, pero así de maravilloso.

El ejemplo de un cóndor

Las palabras de mi padre me enseñaron muchas cosas, pero mucho más aprendí de sus actos. Después de todo es como él mismo me refirió una vez "...acordate siempre que tenés que discernir por vos mismo sobre cuánto te dicen..." y llamó a un perro que estaba cerca diciéndole: "león, león, león...". El perro se llamaba Léon y cuando el perro vino, me dijo mi padre: "ves, le digo león y viene; pero no es león, es perro". Esta lección no la he olvidado jamás y cuando me cuentan a mí una cosa, la medito profundamente, porque es muy común eso de que le quieran vender a uno, león por perro. Esto viene a cuento porque, cierta vez llegué a mi casa y encontré a mi padre hablando con un indio. Estaba muy mal vestido y se notaba que era de condición sumamente humilde. Al observar esa escena, retrocedí sobre mis pasos para escabullirme y no interrumpir; pero mi padre advirtió mi presencia y me invitó a que permaneciera en el lugar. Fue así que observé el desarrollo de un diálogo cordial y distendido. Mi padre le hablaba en su lengua, el Tehuelche, y a pesar de no conocerse hasta ese momento, enseguida entraron en confianza. El visitante se llamaba Nikol-Man, "Cóndor volador", y llevaba puesta toda la pilcha encima. Aquella pobreza ancestral fruto de un despojo del que alguna vez mi padre me refiriera. Sin embargo, eran dos seres comunicándose a la par. La condición externa de aquel hombre lo suponía un deshecho de ser humano, pero mi padre lo trataba con la misma deferencia con que

hubiera tratado al presidente de la república. Cuando aquel hombre se fue y nos quedamos solos, le confesé mi impresión, al observar los modos con que trataba a alguien tan humilde y le pregunte por qué lo hacía. Me respondió: "vos que observaste todo y quedaste tan impresionado por lo exterior no alcanzaste a ver lo más importante: la dignidad del indio. Esa dignidad es la única herencia que le queda de sus mayores. Hay gente que les llama ladrones, olvidando que los ladrones somos nosotros; el hombre blanco, por haberle quitado todo lo que tenían".

En 1904 fui enviado por mis padres a Buenos Aires, para recibir una educación sistemática e intensiva de las primeras letras, pero los valores culturales más fuertes, ahora sé que los recibí de él. Nunca más volví a ver a mi padre tan seguido, pero su recuerdo quedó en mí inalterable, con esa rara mezcla de verdad, nostalgia e idealismo, que no por tornar los hechos en casi legendarios, son menos importantes.

La impronta de la niñez nos configura como individuos. Hoy sé bien que un hombre se realiza cotidianamente, y que el fruto de sus vivencias va estructurando su personalidad a través del tiempo. Pero la niñez nos enseña a idealizar, algo que posteriormente con los años encima, se tornará inconducente. Esa época, la del idealismo, es invalorable cuando el modelo es único, de una entrega firmísima y con una inquebrantable robustez de objetivos.

Mi padre dejó su impronta en mi persona y yo poseo el orgullo y la modestia de creer que no lo he defraudado.

"Para aprender siempre hay tiempo"

Buenos Aires significó para mí una experiencia desconcertante. Recibí alojamiento en la casa de mi abuela, Dominga Dutey. Mi abuelo Tomás había fallecido, y poco después nos trasladamos a la casa de mis tías, Baldomera y Vicenta. Esta última dirigía allí, en esa misma dirección de la calle San Martín, una escuela, "la N° 1 Parroquia de la

Catedral del Norte", que después se llamó "General San Martín". Mis primos también asistían conmigo en el turno mañana. Todavía recuerdo los nombres de mis dos primeras maestras: Agustina Boggero, en primer grado, y Asunción de Banquero, en segundo. Pero mi agradecimiento mayor es para mis tías. Las hermanas Martirena moldearon mi carácter, con la vigilancia cariñosa que sólo saben entregar los docentes, sumando el calor familiar indispensable a esa edad, sobre todo, al estar tan lejos de mis padres. En mayo de 1906 mis padres se instalaron en Buenos Aires, y yo fui inscripto en el Colegio Internacional de Olivos en calidad de medio pupilo. En ese establecimiento terminé la instrucción primaria. Posteriormente cursé tres años de enseñanza secundaria, en el Colegio Internacional Politécnico, que funcionaba en la calle Cangallo, bajo la dirección de dos educadores franceses, los señores Reymundo Ponce y Carlos Dedac, director y vice respectivamente.

Una vez que decidí seguir por la carrera de las armas, me incorporé al ciclo preparatorio en 1910. Había cumplido con las obligaciones pertinentes, tenía tercer año de la escuela secundaria aprobado. A los quince años, mis padres me entregaron a la Patria, con ella crecí y me hice hombre.

De todas formas, ya a los diez años yo me jactaba de defenderme como un hombre, tratando de manejarme independientemente frente a los actos que representaban en ese momento mi obligación cotidiana y mi único motivo de preocupación que era la escuela.

Esta temprana madurez sería refugio para muchos de mis compañeros y escondite para mis debilidades. Ellos creían ver la sociedad reflejada en mi persona y en realidad sólo se trataba de una máscara que ocultaba una profunda necesidad de afecto, resultado de la temprana separación de mi hogar paterno. Visto a la distancia, era natural que yo reafirmara mi sexo, pretendiendo ser el hombre de aquella casa, en la cual el recuerdo de mi abuelo no bastaba. Después de todo, estaba a dos mil kilómetros de distancia de mi casa, la que me daba más de dos mil razones para intentarlo. A pesar de toda esta "seriedad" no puedo, ni pude, jactarme de

haber sido un buen alumno, fui uno más junto a Italo Caravano y Delmiro Cabana, entre otros; en cambio, me destaqué en los deportes. Era la gran época del Alumni,cuando el fútbol amateur estaba terminado y asomaba tímidamente la era del profesionalismo. Yo también quise ser futbolista, cuántas cosas quiere ser un chico cuando tiene esa edad. Posteriormente, en el Internacional de Olivos, conocí y practiqué yachting y remo, actividades que jamás hubiera imaginado, resultó ser un grupo selecto de muchachos, a los cuales volví a ver con el tiempo y todos invariablemente se preocupaban en recordar que habían pasado por las aulas de aquel colegio. Se trataba evidentemente de un colegio para una elite.

Aquellos años pasaron vertiginosamente. Mi hermano Mario, también en Buenos Aires, me refirió el haber tenido la misma sensación, de una época feliz que nos mostraba la vida desde otra perspectiva distinta, placentera, distendida y por sobre todas las cosas extremadamente corta. La situación económica de mi padre, que nunca fue floreciente, llegó a ser por aquellos años de 1910, al igual que para tantos argentinos, realmente comprometida. La prometedora carrera universitaria de Mario se cortó abruptamente, y yo debí despertar de un sacudón que terminó para siempre con dos posibles vocaciones, la de ser médico o ingeniero. Alguna vez, haciendo referencia a este tema de las vocaciones, le mencioné a mi gran amigo el neurocirujano norteamericano James L. Popenn: "...debí ser médico, pero me convertí en soldado y de este hecho, como de todos en la vida, debe rescatarse el lado bueno, porque como médico no hubiera estado jamás en condiciones de decir lo que en este momento aseguro: que nunca he matado a nadie".

Recuerdo que en una oportunidad, vino a visitarme a Puerta de Hierro, Ernesto Guevara, era la época en que la revolución cubana había triunfado y en la que el "Che" se preparaba para accionar en Bolivia. Me costó reconocer aquella figura calva y con hábito de monje; así se presentó y lo recibí pensando que se trataba de un representante de la iglesia. Sin necesidad de referir los pormenores que permi-

tieron que estuviésemos frente a frente, quiero comentar la siguiente anécdota: "Antes de abordar el tema central de nuestro encuentro, Guevara se explayó acerca de los objetivos políticos y militares que tenía para el área americana. Debo haber sido uno de los pocos que por entonces accedió a este tipo de información. Me detalló forma y lugar acerca de cómo se desarrollarían los acontecimientos. Cuando me relató las características del terreno sobre el que actuaría, yo le pregunté inmediatamente: "¿y ahí piensa operar Ud.?", y le aseguré que ese no era un buen lugar para un asmático, teniendo en cuenta la enfermedad que padecía y la altura a la que iba a estar expuesto, le restaría el cincuenta por ciento de su capacidad vital. "¿Ud. es médico? interrogué. "¿Y Ud. sí... es médico, general? El me respondió con una pregunta, yo en cambio le respondí con una afirmación: "sí... yo soy médico", y le señalé a mis espaldas la extensa bibliografía médica que ocupaba los estantes de mi biblioteca y que tenía como consulta permanente. Guevara que había venido a solicitarme gente para engrosar las filas de su movimiento revolucionario, debió regresar con una negativa a su pedido y además con una sugerencia médica relativa a su salud, que desoyó, y que se convertiría con el tiempo en un dato premonitorio.

Como no puedo negar mi ascendencia argentina, el anterior es un ejemplo más de que sin título no se puede ejercer una profesión, pero por lo menos nos permite quedar bien, dando buenos consejos.

En cuanto a mi inclinación por la ingeniería, fue menos duradera, pero fue más fuerte aún que la de médico. Fue la única vocación que realmente tuve por sobre las preferencias familiares y afectivas. Podrá argüirse que se trataba de una vocación secreta, si se tiene en cuenta que la abrigué sin comunicárselo a nadie, ni siquiera a mis padres. Pero lo real es que rendí materias de ingreso en esta carrera, y que nada me hubiese hecho tan feliz antes de los dieciocho años que saberme incorporado definitivamente a una profesión donde predominan la exactitud y el rigor matemático.

Pero como venía diciendo antes de toda esta digresión, la

situación económica de mi padre hacía imposible que pudiese mantener a sus dos hijos estudiando en Buenos Aires. Así fue que se me presentó la gran opción: volver al campo a trabajar para ayudar a mi padre o ingresar a la carrera militar, beca de estudio mediante.

Hubo muchos factores que me inclinaron hacia la medicina. Uno de ellos fue que desde muy chico adquirí el hábito de la lectura, en especial referida a la botánica, anatomia, sobre todo por ser los únicos libros que tenía a mano. El otro factor, fue el incentivo de mi padre que se divertía realizando experimentos de química y hablando de medicina; por otra parte, en nuestra familia fue esa la profesión dominante. Pero, lamentablemente, la realidad, que siempre se impone, me obligó a elegir entre las dos alternativas que tenía. Un día me visitaron unos compañeros que acababan de ingresar al Colegio Militar. Ellos terminaron por convencerme de lo linda que era esa vida. Así, entre el camino conocido y el desconocido, opté por la incertidumbre del segundo que me ofrecía un margen más amplio para mis ambiciones personales, que estaban básicamente determinados por mis aspiraciones intelectuales, las cuales, en el campo no iban a verse satisfechas.

¿Hace falta destruir al hombre?

(1911 - 1929)

Al toque de diana: La pedagogía de los bárbaros

Me preguntaron muchas veces por qué me decidí por la carrera militar como profesión. Yo creo que, como en la mayoría de los casos en la vida de los hombres, ésta también fue una decisión política.

La carrera militar no tenía como meta, en mí, conducir al pueblo a la guerra, sino contribuir a la pacificación mediante la consolidación de los objetivos nacionales básicos, que en ese momento sólo parecían estar representados por las Fuerzas Armadas. Tampoco perseguí el objetivo de enriquecimiento personal, un subteniente ganaba el mismo sueldo miserable que un maestro. No busqué conquistar tierras como el general Roca, constituido en el brazo armado de la oligarquía. Mi objetivo final y único, que luego se transformaría en auténtica misión, fue la de conducir hombres. De todas maneras, yo estoy convencido de que en definitiva, las decisiones del hombre son como los troncos de los árboles, una unidad concreta, pero que, sin embargo, proviene de múltiples y diversas raíces.

No hubiera podido quedarme en Buenos Aires, si no hubiera optado por la carrera militar. La crítica situación económica que enfrentaba mi padre, allá en el campo, determinaba mi futuro. El campo no era para mí y todavía recuerdo las discusiones en Sierra Cuadrada con mi hermano. Yo siempre asumía la defensa de los porteños en todas las charlas alrededor del fogón. Después advertí que era

parte de mi propia esgrima mental. De mis primeros pasos por la dialéctica. Yo defendía a los porteños frente a las recriminaciones de los provincianos de Lobos. ¿Sería una manera de defender al ausente? ¿O lo haría por sentirme un poco porteño?

Mis padres también hacían ese juego dialéctico cuando discutían. Mi padre, mozo de ciudad, pedía a grito pelado que desaparecieran los Moreira, estaba convencido que esa clase de gente desprestigiaba la estirpe gaucha con sus bandidajes. Llamaba a ese sector social "matones de comité". Inútiles para el trabajo, incapaces de adquirir pensamiento reflexivo, sólo aptos para tareas de animales, con el perdón de muchos de éstos que con toda seguridad han sido imbuidos por la providencia, de una adaptación al medio que suele ser mucho más útil socialmente, que la poca inteligencia de esos vagos. Mi madre en cambio, veía a los Moreira de otra forma, y se reducía a bendecir el coraje que demostró hasta que lo ultimaron por la espalda, al saltar la tapia de "La Estrella", un piringundín de aquellos pagos.

El viejo Juan, Juan Moreira, paladín de una raza de indomables, decía ella y quizá tenía razón, o no. Hoy este juego dialéctico y otros, sólo sirven para una cosa: advertir la existencia de un choque cultural dentro de mi propia familia y que probablemente podamos extenderlo a la sociedad argentina en su conjunto. La fuerza vivaz e indómita de los hijos de la tierra, entroncado con el carácter hermético, trabajador y criterioso de los inmigrantes, que intentaron forjarse un futuro que se mostró cada día menos venturoso, y que fueron con el tiempo emparentándose con la fuerza silvestre, rústica, sin sujeción a nada, salvo a la providencial aparición de algún caudillo irremediable.

Entré al colegio entonces, no sé si por amor a la carrera militar o a Buenos Aires. Cuando recuerdo esta época me veo como en una película, parecía mucho más joven que la edad que realmente tenía, me acuerdo y siento la melancolía y la intensa impresión del adiós, despidiéndome de mis mejores ropas y de mi madre. El primer corte de cabello al "cero" hecho de una forma tan fría y displicente, el traje de

fajina entregado a medida que íbamos llegando. Los días cuadriculados por el reglamento tal o cual sin que se permitiera nadie una condescendencia, una sonrisa, una lágrima. El estudio y la instrucción, los deportes y las maniobras militares. Todo insertado en un sistema de enseñanza duro y hostil, hasta los paseos era preferible no hacerlos para no tener que aguantar a algún infeliz con espíritu mediocre que blasfemaba a medio mundo porque tenía una o dos jinetas que, por supuesto, le habían caído del cielo como el maná, porque si las hubiera tenido que ganar en buena ley, no hubiese dejado de ser soldado raso, en el mejor de los casos. Nosotros, pobres cadetes novatos, que sufríamos también la iniquidad de los más grandes, a quienes se les permitía torturar física y psicológicamente a los recién llegados a manera de catarsis y como compensación de lo que habían sufrido en años anteriores; no veíamos la hora de que llegase el franco o las vacaciones, y creíamos salir ilesos de tanto abuso, pero el tiempo demostraría que las marcas psicológicas quedan en el subconsciente y cuando emergen a la superficie, es mejor que esa persona no goce de mucho poder porque en ese caso las consecuencias son incalculables para quienes no tienen otra escapatoria que tolerarlos. Y si no es así, que le pregunten al pueblo argentino por los beneficios que obtuvieron en los gobiernos militares.

El Colegio Militar estaba inmerso en una pedagogía bárbara y parecía destinada solamente a falsear la índole natural de cada uno de nosotros. Sin embargo muchos pasamos la prueba en forma airosa. En mi caso particular, pudo haberse debido a que súbitamente, apareció en mí todo lo que había de montaraz: la espontaneidad y el repentismo puramente campesino que son, precisamente, apreciables virtudes naturales de nuestra raza criolla, muy aprovechables en lo militar. De todas formas, nadie me quita a mí las noches de insomnio después de alguna paliza o el cansancio brutal, casi desfalleciente, tras una instrucción enérgica que algún oficial mandó hacer mientras miraba, por supuesto, ya que ellos eran incapaces de hacer algún movimiento físico sacrificado. Pobre país si le tocara una guerra.

Esta clase de militares no abrevó jamás en las enseñanzas del gran Ciro, que conducía a los Persas a la batalla desde la primera fila, según relató Jenofonte. O de las de Darío, su hijo, que dominaba a los pueblos enemigos y luego los convencía personalmente de la conveniencia de ser sojuzgados. De nuestro inmaculado general San Martín, que entregó su vida a una causa emancipadora y que, si no murió peleando como el gran mariscal Solano López, hizo lo de Artigas, nunca se rindió al mejor postor. Nuestros militares no conocían estas cosas, estaban muy ocupados en otras como para leer algo tan importante. Por otro lado, no hay mayor tranquilidad que la que posee quien poco sabe. Estos, seguramente viven tranquilos desconociendo todo lo que tenían que saber para ser considerados seres humanos.

Estoy persuadido de que no se puede construir un ejército como una entidad sin alma, pura disciplina, sin conexiones con el ser nacional, a menos que nos refiramos a un cuerpo de mercenarios, a los cuales se los instrumenta ciegamente, como una máquina de autómatas. Y eso que yo no me incorporé al ejército en su peor época. Al menos eso sostienen distintas publicaciones que he leído al respecto, que afirman que en la época del "Centenario", como se llamó en nuestro país a la etapa que se inició en1910, el Ejército Argentino pasaba por un gran momento. Sin embargo, dentro de la institución yo conocí jefes que, en algunos casos, actuaban desembozadamente como negociantes y financistas, participando también sin tapujos en la política y muchas veces, casi siempre, enrolados en el bando antinacional y antihistórico de turno que amenazaba constantemente el desenvolvimiento del país, impidiéndole la libre expresión popular, como garantía irredimible de que su negociación particular sería permanente y al margen de los nobles intereses de la patria.

La mentalidad de "Colonia Barata" según la cínica expresión de Julito Roca, quien fuera arquetipo de esa "raza" militar a la cual yo no pertenecí ni representé jamás, era mantenida, alimentada y fomentada con celo digno de mejor causa, por quienes compartían la carnada: ¡Cómo no iba a

estar entroncada la oligarquía con el ejército, si el general Roca les garantizó su poderío económico era lógico esperar que a la oligarquía criolla le interesara mantener vivo el proceso de dominación mental por el cual ellos son superiores a cualquiera de nosotros por el simple hecho de tener poder económico! ¡Pobre del peronista que alguna vez sienta vergüenza de su doctrina nacional porque simplemente defiende a los pobres! Un militante que se arrodilla frente a los intereses de la oligarquía no sólo no es peronista sino que no merece ser considerado argentino, por atender con su acción sólo los intereses colonialistas transformándose culturalmente en un cipayo y para el pueblo simplemente en traidor. Y al ejército especialmente lo arruinó el hecho de no poseer, desde su origen, una doctrina nacional coherente y la incapacidad para elaborarla.

Cierto fue que una vez que ingresé al colegio militar no dije adiós solamente a una forma de vida por la que hasta ese momento había gozado, también me despedí de los últimos girones del lazo que me unía a mi familia. Mi abuela Dominga, quien tanto había hecho para que yo obtuviese la beca de ingreso, me acompañó ese primer día de incorporación y con un beso, dejó a su nieto con el orgullo de creer que se iba a formar para la patria, y en un ambiente que de otra manera nos hubiese sido adverso y hostil por lo inaccesible. Nosotros decididamente no pertenecíamos a la clase social que frecuentaba el Colegio Militar. Yo era un bicho raro y tuve la suerte de que con el tiempo, lo seguí siendo.

Ahí perdí el calor cotidiano de mi abuela, la comprensión de mis tías, la amistad de mis viejos compañeros. El ejército era una nueva vida, era nacer de nuevo. Las primeras noches, soldados y cadetes compartían el mismo techo de la cuadra que los alojaba, fueron esas las noches más duras. Apenas podía conciliar el sueño. Mi pequeño pasado desfilaba entonces por mi memoria en forma incesante. Los viajes con mi padre por la Patagonia, las correrías con Mario; la casa de mi abuela, que apareció en mi vida como un gran bostezo, una mueca de sorpresa ante lo que significaba Buenos Aires. La escuela de la calle San Martín, las enseñan-

zas religiosas de monseñor Rasore y las clases de matemática del profesor Domingo Morales, ya en Olivos, junto con Macchion y Bardán de Ciencias Naturales; Lento, que me inició en dibujo, y el profesor Francisco Chebia con quien aprendí historia. Recuerdo muy bien a todos, los sábados por la tarde, volvía al colegio de Olivos a reencontrarme con algunos de ellos.

Recuerdo que fue toda una experiencia nueva para mí ir hasta San Martín en aquella época. El colegio estaba edificado en el mismo lugar donde hoy funciona el Liceo Militar; allí lo instalaron en 1892, un año antes de mi nacimiento.

Había sido fundado por Sarmiento y funcionaba originalmente en Palermo. Cuando se mudó a San Martín, prácticamente se erigía en soledad, ocupaba extensos terrenos en una zona casi desierta, más o menos a diez cuadras de la actual estación del ferrocarril. Era campo hasta donde daba vuelta el tranvía frente al colegio, donde había un almacén de campaña.

Dirigía el instituto el coronel Corneli Gutiérrez, un hombre que había participado en la Campaña del Desierto y a la expedición al Chaco. Había peleado en el norte y en el sur, y había ido al exterior como miembro de misiones oficiales. El cuerpo de cadetes estaba al mando del mayor Martín López y luego lo sucedió el mayor Fernández Valdez.

Una vez superado el brusco cambio de ambiente, me fui aclimatando. Después de todo, las mañanas frías de Buenos Aires no eran superiores a las que había soportado en el sur. La vida me había preparado para los más grandes sacrificios y mejor así ya que de todas formas no estaba en condiciones de elegir.

Una de las cosas más lindas que tuvo la vida del ejército fue la camaradería, que no es otra cosa que la siembra de buenos amigos. Esto también me costó bastante, yo no tenía un apellido ilustre para blandir. Por suerte, no era el único y de esa manera varios de quienes estábamos en esa condición hicimos causa común. La mayoría de los amigos los mantuve durante años, y luego me acompañaron en funciones de gobierno. De ellos, uno de los más estrechos fue el general

Isidro Martini, él también hizo la Escuela de Guerra conmigo. ¡Cosas de viejos! Ahora me acuerdo que sólo a ellos llegué a tutear, aparte de mi familia, en toda mi vida. Es otra consecuencia de las costumbres del ejército, todos éramos compañeros pero por las circunstancias mencionadas había un grupo de camaradas más íntimos y que era el grupo que yo más frecuentaba. Entre ellos, recuerdo a Martini, Gutiérrez, Vago y Lascalea, con quienes nos reuníamos en los momentos de descanso. ¡Hasta en las fotografías estamos juntos! Una foto habla por sí sola, hoy las miro y reconstruyo todo mi pasado de estudiante, los profesores, las materias, los veranos, las rivalidades con los cadetes mayores, los manteos.

Martini y yo no hicimos en el colegio la misma cantidad de años que los otros. Después de un año introductorio, correspondían cuatro más. Nosotros entramos directo a primero e hicimos tres desde 1911 a 1913. Con Lascalea fuimos compañeros de escuadra. La vida era muy dura. Hacíamos la misma tarea que los soldados conscriptos con la diferencia de que aparte estudiábamos. Si de algo me alegro profundamente, es de la importancia que le otorgaban en el colegio al deporte, gracias a éste, me sentía muy ocupado. Practicaba todo lo que podía, en general atletismo, esgrima y boxeo. Todos al principio querían pelear conmigo, yo tenía una expresión sumamente juvenil, "aborregada", que hacía que los demás ganasen confianza, pero cuando los tenía frente a las cuerdas, "cara de ángel" como me decían, se transfiguraba en "dictador", la paloma es igual, se acerca primero a comer de la mano, pero cuando remonta vuelo, por las dudas, no levante la mirada. También jugábamos al fútbol, San Martín era un estadio inconmensurable. El resto era rigidez. Al toque diario había que levantarse y teníamos cinco minutos para lavarnos las manos y la cara, luego formación para recibir los "buenos días" y se pasaba revista al uniforme. En eso también me destaqué, a mí me es fácil hasta hoy reconocerme en las fotografías con uniforme, el mío era el que invariablemente no tenía arrugas.

Los bípedos implumes: "El sindicato más fuerte y mejor organizado"

Una bárbara tradición permitía el vapuleo de los novatos por parte de los antiguos. Era verdaderamente una prueba de fuego para los cadetes "Bípedos". Se suponía que ese tipo de acción contribuía a formar el carácter, templándolo a la nueva vida de sacrificio.

Muchos egresados defendían y defienden aún hoy semejante actitud bravucona. Este tipo de chanza sin sentido, ha llegado en algunos casos a arriesgar la integridad física de muchos jóvenes que obligados por lo que se denominaba la moral de grupo, debían realizar cualquier tipo de pruebas que se le ocurrieran a los salvajes de turno a costa de romper un hueso en el mejor de los casos, ser considerado un maricón o cobarde, o, en el peor, pierde la vida.

Los bípedos implumes recibían grandes palizas de los mayores y como en la mayoría de las actividades, sin conocer el por qué. Esta costumbre amenazaba con continuar de por vida en el colegio. Yo cobré varias veces, otras presencié, sin poder actuar, cómo lo dejaban salvajemente golpeado a más de un compañero. Una tarde, la promoción, después de haber vivido toda una tremenda serie consecutiva de manteos durante casi diez días, consecuencia de lo cual varios cadetes aparecimos maquillados en Billinghurst y en otros parajes, un grupo de compañeros entre los que se contaban Vago, Boatella, Jáuregui, Mendoza, yo mismo, haciéndonos intérpretes de nuestra promoción, logramos terminar con tal práctica. Recuerdo que hablamos con los más grandes y llegamos a un acuerdo. Habían puesto en el calabozo al más importante de ellos, privado no sé por cuántos días de franco. Yo era bonachón, nunca me metía en líos. Entonces, mis compañeros me mandaron al frente. Les dije a los mayores que pensaran que los excesos se pagaban con francos, que la mano venía muy dura, y que al que estaba adentro no lo iban a dejar salir así nomás. Ellos lo pensaron y resolvieron que se terminara todo ésto. Juntos, entonces,

fuimos a hablar con el director; nos miraba y no entendía nada, pero la hizo bien, reaccionó naturalmente. Después despidió al más grande y dirigiéndose a mí me dijo: "¡Qué casualidad que ahora que entró usted en el colegio reconocen la brutalidad de los bautismos! Le respondí, desculpe señor, pero no fue decisión solamente mía aunque personalmente, me parecía un acto salvaje. La Sala de Disciplina siguió funcionando: consistía en que un cadete que hubiera cometido una falta considerada grave, permaneciera sentado con las manos en las rodillas los días de salida; de la mañana a la noche, levantándose sólo para ir al baño o a comer.

El año 1910 señala la época del Centenario, momento en el cual nuestro país recibía la visita de gran cantidad de personajes políticos contemporáneos, que venían a festejar el hito trascendente de la Revolución de Mayo. Los bípedos muestran en aquella época el fruto de su disciplina en el aprendizaje de la instrucción. Era presidente de la República José Figuero Alcorta, un personaje muy afecto a la magnificencia y el boato. Nosotros desfilamos en el Hipódromo y como había venido la escuela chilena, había un fuerte espíritu de competencia en el colegio. Ellos desfilaron a paso de ganzo y nosotros a paso compás.

1910: La oligarquía festejaba sus primeros cien años de gobierno y su consolidado dominio sobre el resto de la población y el ejército argentino le disfilaba en la fiesta como si formara parte del cortejo nupcial, que unía a la pobre colonia del ser americano, con el poderoso país, generador de progreso, padre de la revolución industrial europea. ¿Cuál era en ese entonces la misión del ejército? ¿No seríamos todos los cuadros de oficiales bípedos implumes?

Las contradicciones de una sociedad semicolonial se reflejan en todas las actividades que realiza. La educación es una de ella,s y en especial dentro del Colegio Militar. Había que formar hombres de cuna convencidos que defender el statu quo era justicia. Para comprender esto, nada me hizo mejor que estar dentro de sus aulas. Los profesores de historia se llamaron primero Cobos Daract y Juan José

Biedma; luego se llamarían Ricardo Levene y Caillet-Bois, esto es historiógrafos, cronistas o colectores de anécdotas que explicaban en el instituto lo "convenido", o graduaban el material de acuerdo con los dictados del momento. Eran los "anticristos de la historia", querían transformar los panes en piedra, explicando lo inexplicable.

La corriente historiográfica argentina que comenzó con Bartolomé Mitre, tuvo una tarea ímproba. Convencer a la población que era inferior. Trabajo duro pero no por eso imposible. Aún después de que el aluvión emigratorio se confundiera en el campo con los pobres de siempre y el número de desposeídos aumentaba. La oligarquía escasa en número pero tesonera, expandió su ideología desde el gobierno hacia las demás clases sociales. Cien años después de Mayo del '10, nos parece normal a todos que una mayoría pase por necesidades básicas insatisfechas y una minoría viva holgadamente. Esta labor, la oligarquía la cumplió a las mil maravillas, instalando personeros en cada actividad y en cada función que consideraba importante. En el Colegio Militar, por ejemplo, los personeros de la elite, no vacilaron en convertir en caballo blanco a las mulas puntanas que el libertador montara en Mendoza, Santiago de Chile o Lima; en cambio, se negaban a explicar una sola de las razones que obligaron a San Martín a expatriarse, luego que se derrumbaron sus ideales de la confederación sudamericana, cruzado por el sabotaje de la facción unitaria.

Durante más de medio siglo la oficialidad argentina se ha graduado sin saber historia patria, huérfano de toda orientación nacional, sin noción de servicio por la nación. Pero imbuidos de un espíritu de cuerpo se conjugaban todos los complejos y se daban cita todas las frustraciones personales. Todas las llagas del militar como ser humano, provienen indiscutiblemente de haber adquirido con su formación, una mentalidad deformada. A la mentalidad humanística que trae de su casa el cadete, le sobrecargan una educación de pura impostura donde prevalece un carácter falseado, apenas el cadete decía "yo pienso", le

replicaban "¡cállese la boca!" ¡Aténgase al reglamento!, un orden que era copia de lo que yo llamaba sindicato militar germano. No hay que pensar, hay que obedecer. ¡Y qué cosas!, la altura del sombrero, la mano de la venia, el choque de los tacones. Reglas en fin que no contemplan ni nuestro temperamento, ni las necesidades y preocupaciones básicas de la sociedad.

Después, con el tiempo, todos estos códigos morales se tornaron inconducentes, anacrónicos, y a muchos pastores, religiosos, les cuesta mantener cada vez más la misma cantidad de feligreses, ¡no hablemos de incrementarla! El Ejército Argentino pasó por la misma vicisitud, hay actitudes e inclusive posturas ideológicas que hoy han quedado perimidas y que el ejército tendrá que aceptar como todos. ¡Qué decir, entonces, cuando no exista más la guerra como metodología de dominación! El ejército debe cambiar su ideología si quiere sobrevivir, y de lo primero que se debe desprender es de la hipocresía. Hoy por hoy, cuando un cadete dice "entendido mi teniente" ya está pensando cómo puede burlar el disparate que le mandan hacer.

Entre los profesores civiles, recuerdo al doctor Ugarteche, titular de literatura, materia que también dictaba Manuel Cortés, que años después fundaría la Liga Patriótica Argentina. También fue catedrático el profesor Cristóbal Hickens, a quien más recuerdo porque mi padre le envió la primera colección de plantas autóctonas de la patagonia. Hickens dedicó su vida a estas magníficas actividades. Yo siempre he sentido una inclinación muy grande por esta disciplina. Naturalmente que me dediqué a otras cosas, pero me ha quedado el recuerdo ancestral, porque mi abuelo también se dedicaba a esto; era "bichólogo" como le decíamos nosotros.

De los profesores militares, recuerdo al teniente primero Espíndola que llegó a general, a Manuel Rodríguez que era capitán, al teniente primero Von der Becke y al capitán Von Schneler profesional alemán a quien los cadetes conocían como "cara cortada", que figuraba como "agregado" a la plana mayor del colegio. A fines de 1913 fue designado el

coronel Agustín P. Justo como subdirector del colegio. Terminado el primer año, los cadetes podíamos elegir arma, yo me incliné por la Infantería, se consideraba la reina de la batalla porque se luchaba cuerpo a cuerpo. Aunque desde que Ward acuñó el concepto de "Nación en Armas", la infantería ya no es la misma. El reglamento que imperaba en la segunda década del siglo, era típicamente alemán. En la Argentina, Chile, Paraguay y Bolivia, se impuso la escuela alemana; mientras que en Brasil, Colombia, Nicaragua y otros países, siguieron con la doctrina de la escuela francesa. El sistema alemán trataba a los soldados como autómatas, mientras que el francés, respetaba la iniciativa de cada persona, dejando muchos asuntos librados a criterio propio. Nosotros no nos resignábamos a ser autómatas y hablábamos de política como de cualquier otro tema.

Cuando egresé del Colegio Militar me pareció tocar el cielo con las manos, en realidad la historia recién comenzaba, yo lograba el cargo de subteniente, el primero y más bajo en el escalafón militar para los oficiales. Hicimos una campaña a Entre Ríos, nos dirigimos hasta Concordia y volvimos después de un mes exhaustos, daba la impresión de que habíamos estado un mes corriendo. Casi el ochenta por ciento de los cadetes se había insolado. En algunos tramos trasladábamos de a dos mochilas para ayudar a algún compañero. Cada mochila pesaba 30 kg y estábamos en el mes de diciembre de 1913, con un promedio de temperatura de 28°. Cuando volvimos a San Martín, fuimos subtenientes. Todos recordamos esa campaña a Entre Ríos, como una verdadera catástrofe. El general Justo no nos impuso ninguna sanción, pues comprendió que en condiciones como esas el amor propio no puede sobreponerse a la imposibilidad física.

Me preparé entonces para hacerme cargo de mi primer destino castrense: el Regimiento 12 de Infantería con asiento en Paraná. Me olvidaba anotar que en Yuquerí, el tren de marcha me hizo perder el pulso y me desplomé con la mochila al hombro. Alguien se detuvo al lado mío y agregó mi mochila a la suya. Era el cadete correntino que entonces firmaba Filomeno Martínez Velasco.

Ingreso al Regimiento 12 de Infantería

Fui destinado al Regimiento 12 de Infantería de Línea en Paraná. En la primera campaña recibí una sección de ochenta soldados y diez suboficiales. Fue mi primer contacto con una realidad humana que contemplé con preocupación, no exenta de emoción. Allí vi por primera vez a conciencia las miserias fisiológicas y sociales. En un país con cincuenta millones de vacas, el treinta por ciento de los conscriptos era rechazado del servicio por debilidad constitucional, y los que se incorporaban venían semidesnudos, como provenientes de la mayor miseria. Ese impacto sobre mi sensibilidad de entonces estaba destinada a perdurar toda mi vida porque en aquel momento me dije: "Si algún día puedo, esto será lo primero que remedie". Comencé en esa época a concebir el patriotismo no como el amor a la tierra de nuestros mayores, ni a sus riquezas, ni a sus ciudades o sus pueblos, sino a nuestros hermanos argentinos, que son los que más merecen y necesitan.

El hombre argentino estaba cercado por la situación económica y social del país, que no daba respiro, y los soldados eran el reflejo palmario de la realidad. La guerra del '14, de alguna manera había estallado también en nuestra Argentina. En Buenos Aires se reproducían las ollas populares y el intendente repartia cinco mil raciones por día de puchero y sopa, la población se había duplicado desde el censo anterior de 1895. Eramos casi ocho millones de famélicos.

En el Regimiento 12, como en todo el ejército de aquel tiempo, la mitad eran conscriptos y la otra mitad voluntarios. Entonces se les instruía por la vieja táctica de Capdevilla.

Los de mi promoción fuimos los primeros en trabajar con los métodos alemanes. Nuestras estructuras del Colegio Militar eran alemanas y habían llegado en 1910 con una misión que presidía el general Von der Goltz. El ejército se modernizó, ¡hasta nos vestíamos de otra manera! Desde ese momento comprendí otra cosa: la dura vida cuartelera

militar no era para mí, por mis gustos más intelectuales era evidente que yo, que me había tocado ser militar, debía encontrarle a la profesión, una funcionalidad distinta a la común, más acorde con mis deseos o gustos personales. Comprendí que puede haber dos aspectos en esta profesión: el que cumple la labor de tropa, Tropero o Troupier; y el otro, el que conduce,el que dedica su vida a cultivarse para mejorar su propia formación cultural contribuir en la elevación general de la milicia. Hablo del arte de conducir. El primero impone un esfuerzo obstinado, oscuro, intrascendente; el segundo, es el intelectual, el estudioso. Ninguno es más que el otro, cada cual posee su función. Si el Troupier gasta su vida en duras tareas del cuartel, el que se prepara para conducir quema sus horas en el estudio. Cada día se contesta de que no sabe nada, de que debe dedicarse a estudiar porque la profesión militar encaminada al arte de conducción impone conocimientos extraordinarios. Todo esto no quiere decir solamente que como no me gustaba un aspecto de la vida militar me quedé con el otro; o que inventé para mi un aspecto porque lo que había no me gustaba. Nada de eso. Pasó que el arte de la conducción estaba olvidado dentro del ejército y la institución se debatía en pormenores cuarteleros, que es solamente una de sus dos funciones. ¿Por qué? Quizá una explicación esté en que simplemente no había nadie con la suficiente capacidad de conducción, que es una facultad de la comprensión y no de la aprehensión. Dicho de otra forma, es el típico caso del marical de Segovia. Dicen que éste había hecho todas sus campañas durante veinte años montado en una misma mula y que ha pesar de eso, la mula no aprendió nada en conducción. Si al ejército no le nacían conductores, no podía dedicarse más que a un traginar intrascendente.

Permanecí tres años en el regimiento, lo cual me permitió no sólo amoldar mi temperamento a la vida militar sino que también contribuyó para que yo reconociese in situ los sufrimientos y carencias que soportaban las gentes del lugar, tan grandes e inconmovibles como su particular capacidad de afecto. Al poco tiempo de llegado al lugar, logré

hacerme de buenos amigos dentro y fuera del cuartel, pero los recuerdos más gratos y las enseñanzas más profundas las obtuve de la gente, que muchos años después se acordaban de mí siendo ya presidente, haciendo presente su afecto con una placa recordatoria de mi paso por aquellas tierras.

El jefe del regimiento era el coronel Arturo Poisson, un estricto oficial, que mantenía altiva la enseñanza de la disciplina como objetivo final. Se trabajaba desde las cinco de la mañana hasta mucho después de que el sol desapareciera; había un momento de descanso al medio día, pero apenas servía para reponer fuerzas. Mis compañeros de destino y yo, nos adaptamos al ambiente; y a pesar del sacrificio todo quedaba compensado por el placer de conocer "más mundo". Recuerdo entre ellos a Werfil Sánchez, Bazán, Rodrigañez, Richieri y Moreira. Lo único realmente insoportable era dormir en ese tétrico galpón, conformado por barracones sucios, húmedos, que más bien parecían destinados a algún animal que a los pobres cristianos.

Aquel edificio le llamaban "la Inmigración" y había estado destinado originariamente a servir de albergue a los inmigrantes que trabajarían en los campos entrerrianos, pero que, mientras no encontraran otro destino, se los tenía ahí, a la espera. Precarios, incómodos, deficientes, aquellas barracas daban una triste idea de la atención que se dispensaba al ejército.

Los años que allí pasé, los rememoro con cierta satisfacción y alegría, pues recuerdo las andanzas y picardías que tuve la oportunidad de compartir al estar rodeado de camaradas casi de mi misma edad. Recuerdo a Lino H. Montiel que había venido de Buenos Aires como yo; el aviador Matienzo, precursor y uno de muestros primeros mártires de la aviación; a Boatella, Bago, Palacín, Agüero Fragueiro. Todos participábamos en las inolvidables maniobras de aquel otoño de 1914, dirigidos por el general Ramón Ruiz, y supervisados por el ministro Gregorio Vélez. Las maniobras que estaban destinadas a demostrar las aptitudes de la tropa y su capacidad combativa, terminaron por ser un verdadero entrenamiento de supervivencia, ya que debíamos dormir al

descampado bajo lluvias torrenciales y ayunos de veinticuatro horas. Luego de haber pasado por incidentes de todo calibre, volvimos al acantonamiento de Paraná.

No todo era tropa y espíritu de sacrificio. Allí también descubrí que hasta el más serio, podía tener espíritu de actor si se lo proponía. Un grupo de nosotros y con ánimo de romper el aire monótono cotidiano, nos lanzamos a organizar una improvisada compañía de teatro donde también participaban los conscriptos. Al principio, ese frío galpón desolado y austero, transformado mágicamente en sala de espectáculo,s se llenaba de parientes y amigos de quienes participábamos; junto a nosotros trabajaban los conscriptos hombro con hombro. La cantidad de gente que venía a vernos aumentaba día a día; en un momento dado y desde el escenario, pudimos ver el aspecto de quienes evidentemente no eran miembros de la tropa, y esto personalmente me llenó de orgullo, pues a una representación hecha por militares y para militares era realmente un triunfo atraer a civiles que confundían sus aplausos con los nuestros.

Hoy pienso cuán lejos hemos quedado de aquellla época en que aplaudíamos juntos y tirábamos para el mismo lado. Una de las obras que más éxito tuvo se llamó "Silvina Abrajo" escrita por mí; el protagonista era un personaje muy extraño que por una causa muy singular tenía siempre el reloj parado a las tres, situación risueña que se relacionaba con la trama y le daba cierta originalidad. Trataba de no descuidar nada de lo que denominábamos ostentosamente la "puesta en escena". Desde el escenario hasta las luces de la escenografía, desde el maquillaje de cada personaje, hasta el vestuario de todos. La organización de estos eventos, se transformó en una costumbre casi religiosa, no sólo por la manera en que nos divertíamos, sino porque además lograba generar un ambiente de camaradería que es difícil establecer en un ámbito cargado de normas y reglas inflexibles.

Cuando las representaciones comenzaron a ser esperadas semana a semana por la población del lugar, nos dimos

cuenta que allí había que parar la mano. Al fin y al cabo éramos el Regimiento 12 de Paraná, y sólo nos hubiese faltado empezar a "salir por los barrios".

Las experiencias concretas de la vida castrense y el contacto con las necesidades angustiosas de amplios sectores de la sociedad, motivado en la inusual participación de la civilidad dentro del regimiento, me condujo a la formación de una visión dinámica de la sociedad. Por un lado, el manejo indiscriminado y corrupto de la cosa pública; por el otro, la injusticia social y la pésima distribución de la riqueza que originaba bolsones de pobreza por donde se mirase. Por aquel año de 1916, emergía en la política argentina un nuevo sector social, que como le sucedería al peronismo mucho después, nunca había tenido en cuenta. ¿Quiénes eran las huestes del "Peludo", que ganaron tímidamente y con sorpresa y que, si la legalidad hubiese seguido vigente, quizá no hubiesen perdido nunca? Eran los nuevos argentinos, los hijos de los inmigrantes que habían venido con Avellaneda y que la política oligárquica jamás los había tenido en cuenta. Sólo se trataba de prestar atención a las voces que se levantaban desde el pueblo y a las cuales no todos saben escuchar. Yo voté por primera vez ese 2 de abril de 1916 cuando se inauguraba el voto universal, secreto y obligatorio, que había instaurado Sáenz Peña luego de trabajosas tratativas con el mismísimo Hipólito Yrigoyen que ya estaba harto de pedir comicios limpios. Yo voté por él. El radicalismo intentó llevar adelante una política de cuño social que reflejase las necesidades de sus votantes.

En ese año también, siendo yo ayudante del regimiento, nos tocó trasladarlo de Paraná a Santa Fe. Fue una satisfacción para todos, porque encontramos una cálida bienvenida que disimuló de forma elocuente la carencia de una infraestructura adecuada para albergar a un número tan importante de efectivos. ¡La mitad del grupo se alojó en el asilo de huérfanos!

En aquella ciudad no sólo fuimos bien recibidos, sino que muchos de nosotros tuvimos la ocasión de enredarnos

en amores furtivos que se amontonan con los recuerdos de aquella hermosa ciudad a orillas del Paraná. Por esos años, la llegada de un regimiento a la capital era todo un acontecimiento, y el pueblo se agolpaba en las afueras para ver el paso de su ejército, y todos los padres ponían en primera fila a sus hijos. Aquellos uniformes sólo recordaban a San Martín y transmitían un profundo orgullo a quien lo lucía.

Cuando en 1948 tuve oportunidad de regresar a Santa Fe, no quise irme sin pasar por el regimiento que fue, en último análisis, el templo donde yo formé mi personalidad. Y quiero aprovechar las circunstancias de este recuerdo para decir una verdad, que para un soldado es de extraordinaria importancia: tuve la inmensa fortuna de tener en este regimiento a un capitán que, como deben ser todos los capitanes, sabía formar el alma de los jóvenes oficiales, me refiero a Bartolomé Descalzo, hombre honrado, inteligente, profesional laborioso. Siempre he pensado que en todo cuanto y he podido hacer en mi vida, hubo un gran porcentaje que debe ser acreditado en la cuenta de ese capitán.

Poderosos, ciegos y torpes

1916 también es el año de la culminación de las grandes explosiones populares. El ejército cumplía funciones de seguridad y vigilancia en determinados puntos estratégicos de la ciudad. Descalzo y yo ocupábamos con la compañía los parques y playas tranviarias de Rosario para prevenir posibles actos de sabotaje. Los movimientos reivindicatorios se multiplicaban en las vísperas del radicalismo en el poder.

Hubo dos factores que incidieron directamente en el ambiente revolucionario. El primero fue una política de neto corte social, y el segundo el paulatino desmembramiento de un régimen manejado por el sector oligárquico. Uno de los enfrentamientos más serios que debí afrontar fue la huelga producida en "The Forestal Land, Timber and Railways Company Ltd." más conocida en Villa Guillermina como La

Forestal. Se trataba de una empresa, como tantas en esa época, dedicada a la explotación monopólica de los recursos naturales de nuestro suelo. En este caso particular se trataba de un monopolio británico dedicado a la extracción de más de cien toneladas de extracto de quebracho, demandado por un mercado mundial condicionado por la conflagración bélica. La empresa empleaba a unos cinco mil trabajadores que exigían un aumento de pocos centavos por hora, pero que estaban dispuestos a llevar esa reivindicación hasta las últimas consecuencias.

Por órdenes superiores debí trasladarme a Villa Guillermina con una compañía armada hasta los dientes. Cuando desembarcamos en la estación del ferrocarril, todavía no habíamos llegado a la fábrica, pero ya estábamos en tierras de la compañía. Para llegar a ella debimos caminar diez kilómetros a pie por el medio del monte. Durante la marcha sentía en la espesura la presencia de hombres que nos seguían el paso. Llegado el momento, fuimos interceptados por un grupo de paisanos armados con rifles americanos Winchester. Yo les pregunté con serenidad pero con firmeza: "¿Por qué el arma?" La respuesta de ellos fue contundente; pero sólo una vez que hube serenado el ánimo de la tropa: "Hace un mes que estamos en huelga, carecemos de agua y de víveres porque el almacén y las bombas de agua son de La Forestal, y la fábrica cerró el almacén y sacó las bombas. La policía además, nos ha perseguido despiadadamente". ¿Ese es el problema más acuciante? les dije. Muy bien, tomemos el toro por las astas. Di órdenes precisas para que inmediatamente comenzaran a funcionar las bombas y apareciera el agua para toda la población, después llamé al administrador, ¡era un pobre infeliz!, lo conminé a reabrir el almacén. Me miró a los ojos y de brazos cruzados me contestó: "yo cumplo órdenes, y el almacén permanecerá cerrado". No quise hacer justicia por propia mano, pero le aclaré que no iba a alcanzar la tropa para parar la reacción de la gente, cuando se enterase que usted que dice cumplir órdenes, no quiere cumplir las mías. El hombre no contestó, pero parecía entender perfectamente pues se fue derechito

a abrir las cortinas de la proveeduría.

Hoy puede decirse que en Villa Guillermina descubrí una de las estrategias más importantes en materia de conducción, sobre todo para quienes estamos básicamente preparados para responder en forma violenta. La estrategia consiste en utilizar el diálogo acompañado por la firmeza y la fuerza que otorga el saberse del lado de la justicia, porque si yo hubiera sido uno de esos obreros y me cortan el agua, los víveres y cuanto resulta indispensable para la subsistencia de mi familia y de mis compañeros, no hubiera aguantado tanto tiempo como lo hicieron aquellos paisanos trabajadores, hubiese asaltado el almacén, rompiendo las puertas y hubiese hecho funcionar las bombas y correr el agua.

Pasado el momento de mayor tensión, sentados a la mesa de uno de estos humildes hogares, mate de por medio, donde nos alojamos los oficiales, luego de rechazar la oferta interesada del hospedaje del administrador inglés, la gente nos confesó que al vernos llegar armados, descontaron que aquello se convertiría en una carnicería, matando trabajadores huelguistas como ya tantas veces sucedería en la historia de nuestro país. Pero nuestra misión no fue esa, nos habían mandado a mantener el orden evitando desmanes y nosotros no podíamos ni queríamos masacrarlos, puesto que si se declararon en huelga no fue para exigir grandes lujos en sus viviendas misérrimas, sino por el aumento de unas pocas monedas diarias. Yo conocía perfectametne la misión del ejército en ese trance y la cumplí cabalmente, más aún tuve en cuenta en todo momento lo que representaban los monopolios británicos para la economía argentina, llevándose del país anualmente el fruto del trabajo de miles de argentinos, generando ganancias increíbles a costa de las privaciones y los padecimientos de nuestros obreros. Ante tamaña violencia con máscara de legalidad, ¿cómo ser cómplice de tanta agresión solapada, enfrentándose al propio pueblo? Todas las palabras que cruzamos con los trabajadores en aquellos días y sobre todo con Carlos Esbeta, quien nos facilitó su casa y nos brindó todo lo mejor de aquel humilde hogar, en el olvido. Estas palabras se traducirían en hechos, plasmados

durante nuestro primer gobierno. Con gran dolor reconozco que si en un momento en Villa Guillermina nos entendimos en base al diálogo, otros vinieron que no lo hicieron así y dejaron hablar a los fusiles de la patria.

La agitación de las masas es un efecto de la injusticia social. El remedio no ha de estar en engañarlos ni en someterlos por la fuerza, sino en hacerles justicia. Un país como el nuestro, de abundancia extraordinaria, no puede tolerar la desgracia y la miseria en medio de la opulencia. El gobernante que no haya llegado a comprender que el gobierno cada vez más pasa por la problemática social, habrá perdidosu razón de ser.

1919 es un año político en toda su dimensión, primero porque comienzan las pseudo organizaciones obreras que teñidas con distintos colores fragmentaban los intereses de los trabajadores, mezclando los discursos reivindicativos con posturas ideológicas foráneas; y segundo porque ya existía en el gobierno un partido político nacional y popular que pretendía convalidar sus títulos haciendo suyos los reclamos populares, pero constreñido por las fuerzas retardatarias de la oligarquía.

Fueron épocas de "ojos bien abiertos", un generalmente un militar profesional no conoce la pobreza, salvo que haya tenido en su familia alguien en mala situación económica. En ese caso, este individuo conocerá las dos caras de la realidad económica, de lo contrario, ésta pasará inadvertida o ajena. El militar tiene para sí el beneficio, si así podemos decir, de tener que enfrentar la pobreza en toda su crudeza, tanto por su participación directa en los conflictos sociales que se originan justamente a causa de la pobreza, como por tener que ver la miseria reflejada en los rostros de cientos de aspirantes al Ejército, que deben ser rechazados por no ser aptos para el servicio, a consecuencia generalmente de enfermedades fácilmente curables con sólo una adecuada alimentación.

Los hechos de la Semana Trágica y las convulsiones sucesivas, si bien podían ser focalizadas en los reclamos de un sector marginado, formaban parte de los síntomas de una

sociedad enferma, donde abundancia y marginalidad coexistían descaradamente, pero donde también la oligarquía se veía limitada al no poder prescindir de ese sector "enfermo" y marginal que con gusto hubiese extirpado, porque tenía la incapacidad de concebir una ecuación donde coexistiesen ambos términos. Así descubrí, frente al drama social, que no puede hablarse de una "economía patronal" y de una "economía obrera", sino de una "economía nacional". Por este motivo, los problemas que afectan a uno cualquiera de los distintos grupos sociales, no son peculiaridades del grupo en que se manifiestan en un momento dado, sino comunes a casi todos los demás. Basta el concurso de ciertas y determinadas circunstancias para que salgan a la superficie con mayor o menor virulencia; pero respondiendo a un reducido número de causas que, con características análogas engendran los problemas económicos generales del país.

Y tal es la trabazón que entre sí guardan todos los factores que intervinieron en la produccción, distribución y consumo de la riqueza, que no puede articularse la vida económica de los trabajadores sin tocar los soportes fundamentales de la economía patronal. El encadenamiento que existe entre los problemas que a unos y a otros afectan, las influencias que mutuamente ejercen, son testimonios elocuentes de la necesidad imperiosa de coordinar íntimamente los órganos y las funciones que enlazan la acción de los individuos con las responsabilidades gubernamentales.

El conflicto de los talleres Vasena en Buenos Aires, repercutió en el interior del país. Yo estuve en uno de los focos del movimiento originado en el pueblo de San Cristóbal, provincia de Santa Fe. Allí los trabajadores se apoderaron de la estación ferroviaria. Estalló el pánico y los comerciantes cierraron las puertas de los negocios. El ejército obró con violencia desalojando por la fuerza a los obreros. Su actitud represiva obtuvo como resultado una violencia mayor. Obreros y tropa se convierten en enemigos de una guerra incomprensible, como sólo puede serlo una guerra entre hermanos.

Los mandos superiores del ejército descubrieron que allí obraba una manifiesta animosidad por parte del oficial a cargo del operativo contra los trabajadores, y decidieron su relevo asignándome en su lugar. A partir de ese momento, pasé de ser espectador a ser protagonista directo de aquellas amargas jornadas.

Cuando llegué a San Cristóbal para hacerme cargo de mi destino, descubrí en el jefe político del lugar, interesado en la represión salvaje del movimiento huelguístico, una actitud genuflexa con las mismas características que ya había observado en Villa Guillermina. Esto pinta la actitud clásica de la oligarquía acostumbrada a comprar voluntades. El también me ofreció su casa para pasar la noche. Yo le contesté que a esta altura de mi vida estaba demasiado acostumbrado a mi catre de campaña.

El ofrecimiento vino por el lado del jefe de correo que me hizo llegar una vianda con comida casera. Acepté el envío por delicadeza, pero aclarándole que era por única vez, ya que me había comprometido, le dije, a compartir el alimento de la tropa. Al día siguiente puse manos a la obra, me despojé de mi arma reglamentaria y, sin custodia, me dirigí al local donde se reunían los huelguistas. Al penetrar en el salón, noté la densidad del clima que allí se vivía. Comenzaron a arremolinarse generando un murmullo que yendo en aumento demostraba una clara actitud de hostilidad e indignación adquiriendo a cada momento una postura eminentemente violenta. En esos breves instantes sentí una extraña mezcla de miedo y compasión, miedo pues estaba realmente indefenso, y compasión porque leía en aquellos rostros marcados por la miseria y el duro trabajo, una injusticia centenaria.

Exigieron que me retirase. Juntando fuerzas, desoí la orden y seguí caminando hacia ellos generando sin duda un profundo desconcierto que prometía tornarse en estallido. Sin pensarlo sólo atiné a pedir un cigarrillo, y esta circunstancia con toda su sencillez me permitió ir encadenando palabras que se transformarían en un sincero diálogo que ninguno, ni ellos ni yo, imaginábamos. Posiblemente, aque-

lla era la primera vez que un militar adoptaba una postura tan humana.

Entre el murmullo, se escuchó una voz altisonante que exclamó: ¡Un colega suyo nos ha hecho apalear por los conscriptos de la manera más infamante! Yo les contesté que conseguiría que esos mismos soldados, que son obreros e hijos de obreros, se transforman en amigos, y que por mi parte y a partir de ese momento, les extendía mi mano fraterna y me ponía a disposición de ellos. Juro que no existía dentro de mi entendimiento, ninguna falsedad en esas afirmaciones. Uno de ellos exclamó que además no les permitían el tránsito por la estación y que a sus mujeres e hijos los corrían de todos lados como si fueran delincuentes o menesterosos, obligándolos a caminar más de un kilómetro cada vez que se trasladaban de un lugar a otro del pueblo, no permitiéndoles usar el ferrocarril. Lo que acababa de escuchar generó en mí tal indignación que exclamé: "Desde este momento tienen piedra libre mañana tarde y noche para andar por donde se les antoje. Pasen por el camino más corto, entre soldados que los respetarán, porque indudablemente ustedes también serán respetuosos. Además, les pido que se detengan de vez en cuando para conversar conmigo, para conocerlos y para que me conozcan".

Desde esa época conozco a Oscar Aldrey, un trabajador ferroviario con el que iniciamos una estrecha relación personal que luego se extendería a la política como interventor de la provincia de Santa Fe. Yo le dije a Aldrey en esa ocasión, durante esos dos meses que estuve alojado en ese hermoso pueblo de San Cristóbal, que los partidos políticos tendrían que adecentarse y organizarse a fin de guiar al pueblo, para que no continuase sumido en la ignoracia, el analfabetismo y la miseria. Los militantes de la política no eran más que falsos dirigentes que para reparar en algo todo el mal que habían hecho, tendrían que haberse impuesto como única obligación la promoción del bien público, y no haberse servido del gobierno en su propio beneficio.

El tiempo que permanecí en San Cristóbal me sirvió para acercarme aún más a los desposeídos y comprender hasta

qué punto nuestro pueblo vivía sumergido en la miseria. Descubrí que era preciso elevar el bajo nivel económico de los trabajadores, que producen y son mayoría, para que sus mujeres y sus hijos disfruten de la igualdad y del derecho de vivir dignamente; lo que por otro lado, no es más que la condición mínima e indispensable para una vida plena.

Los obreros no solamente dan su energía para el goce de los otros, y su sangre en el caso de tener que defender la patria, sino que son acreedores de oportunidades en el disfrute de cuanto brinda Dios y su creación, que los obreros ennoblecen con su esfuerzo. Quienes hacen producir a la tierra con sus músculos y la riegan con el sudor de su frente tienen derecho a ser propietarios de la parcela que cultivan. Por donde quiera que mirara campos y ciudades eran habitadas por obreros y sus familias, pero morando junto a ellos la injusticia social, el hambre y el sufrimiento. ¿Sólo yo lo advertía? ¿No había ningún argentino capaz de suprimir tanto mal en nuestra tierra?

Cuando los obreros se declararon en huelga reclamando mejores salarios, sucedió la Semana Trágica. En ese entonces se los acusó de comunistas, de ócratas, se dijo que eran rusos. Me inclino a pensar que eran solamente pobres argentinos azotados por las miserias fisiológicas y sociales. La reacción violenta del pueblo hambreado no mide consecuencias. El rival circunstancial se transforma invariablemente en enemigo consuetudinario.

El ejército representaba en esa situación, un triste papel que, por lo humillante, sería simplemente olvidable, pero que a causa de su profundo sentido político e ideológico debe recordarse lo sucedido para que no vuelva a repetirse. Recuerdo cierta vez un atentado en la estación del ferrocarril que lesionó gravemente a un maquinista de la gran mole de "fierros" que es una locomotora. Me arrojé sobre ese cuadro desesperante e intenté socorrerlo infructuosamente. Ordené a dos soldados que volaran a buscar alcohol y vendas porque Esteban estaba sangrando copiosamente. Los soldados volvieron con las manos vacías; era lógico, pretendíamos ayudar a un "enemigo", y el comerciante al saberlo se

había negado a abrir la puerta. Los conscriptos me comunicaron la reacción de aquel hombre. Los miré fijo, y desde el piso donde estaba socorriendo a Esteban, les grité: ¡regresen de donde vinieron y me traen lo que les he pedido, aunque tengan que hacer mierda la puerta, y ese fulano que no joda!

En estas situaciones críticas hay que tener la verdadera dimensión del hombre, lo que debe permanecer por encima de cualquier circunstancia. Me ha servido para estos trances nutrir mi espíritu con el legado del pensamiento clásico. Desde mis años juveniles, la filosofía de los varones griegos y romanos que protagonizan "Las Vidas Paralelas", han sido mis modelos y mis ejemplos. El hombre como lo define Plutarco, ha ejercido una suerte de fascinación. Ese contacto con el mundo antiguo ha tenido una influencia decisiva en mi persona, desde los primeros fragmentos de la Historia Universal de César Cantú. No necesito disimular esa clase de pasión, Tácito, Julio César, Salustio, me brindan sus respuestas; a Cantú le debo el sentido universalista y antidogmático de ese aprendizaje.

Muchas veces he releído con emoción los comentarios marginales que puse sobre los diez gruesos tomos de pasta española que componen su historia y que recibí como legado de mi padre. Esta concepción humanista ayudó a profundizar mi propia visión sobre una institución creada por hombres y para los hombres como es el ejército al cual pertenezco. En aquellos días fuimos educados bajo una fuerte influencia germana y de no haber sido por una mediana preparación intelectual autodidacta, con seguridad hubiese sucumbido a las presiones y a la uniformidad que caracteriza al ejército, dada su particular formación.

Fue mi generación la que empezó a modificar la estructura interna del arma. Al principio, nos preparábamos para combatir en orden cerrado, a pesar de que ya se había producido la guerra ruso-japonesa que introdujo modificaciones al sistema. Fuimos nosotros los que cambiamos esa vieja táctica y formamos los cuadros y reemplazamos a los profesores alemanes; es decir, capacitamos e independizamos el ejército de toda acción que no fuera la del ejército

mismo. Eso significó para cada uno de nosotros cuarenta o cincuenta años de trabajo permanente, sin descansar, y muchas veces sin siquiera el tiempo necesario para poder ocuparnos debidamente de ese trabajo.

Sí, el ejército que hoy existe lo he formado yo junto con muchos otros. Empecé de cadete en 1910, en pleno centenario, cuando eso no era un ejército sino un cuerpo de bomberos.

El problema fundamental sólo se reflejaba en la institución ejército pues el mismo tenía sus raíces en una oligarquía sin objetivos claros, excepto para sus propios intereses. Esta falta total de objetivos y metas comenzó a ser manifiesta en tiempos de Baldrich, de Ricchieri, cuando yo hacía mis primeras armas como oficial. En esa época comenzamos a preguntarnos, tratando de ser escuchados, sobre cuál debía ser la misión del ejército en el ámbito nacional.

Unos le otorgaban la función de "seguridad interna", la misión de policía; otros, la defensa de las fronteras; pero muy pocos se plantearon el nudo de la cuestión: rescatar al país, argentinizarlo. Este es el verdadero sentido, un ejército que argentiniza, argentinizándose junto al pueblo. Lamentablemente, y de esto sabemos mucho, el ejército pretendió "argentinizar" y con esa excusa dilapidó el patrimonio nacional en beneficio de intereses foráneos. Se habló del destino manifiesto del Ejército Argentino, del sacerdocio profesional de los soldados, pero cuando se trataba de rendir culto a sus mentores aparecían los ídolos de barro dispuestos a conjugar abyecciones notorias a cambio de "mandar la tropa al desfile".

Con los generales Roca y Ricchieri había concluido el negociado de la frontera, con Vélez y Manuel Rodríguez, la alfabetización del país. Por instinto, el ejército democratizó la enseñanza común. Fue la primera batalla que los hombres de armas ganamos al régimen y que aún hoy no nos perdonan. El ejército fue la primera institución de la nación que sirvió de peldaño a los sectores excluidos de la sociedad para comenzar a ocupar puestos y lugares a los que jamás hubieran accedido por tratarse de espacios de poder reservados

para la oligarquía, como cotos privados. La democratización del ejército puede ser constatada fácilmente si se consultan los apellidos que fueron registrando las distintas promociones. Dejó de hacer falta tener dos apellidos para ser considerado un oficial prestigioso. Aunque la "sociedad" todavía no lo hubiese advertido, los Rodríguez, los Solórzano, los Mercante, los Perón, habían dejado de ser el brazo armado de la oligarquía mucho antes del '43. Los flagelos que exterminaban, con nombres de distintas enfermedades, en forma de genocidio disimulado, promociones enteras de criollos, el drama del altiplano y de las provincias norteñas, la crisis del litoral y del conurbano porteño, eran, a veces, una simple nota periodística o un buen recurso para un alegato político. Pero los problemas seguían sin solución real. Los servicios médicos de los cuarteles recibían cotidianamente muchachos condenados a una muerte lenta provocada por la desnutrición y el abandono en el que estaban sumidos.

Las vivencias, mucho más didácticas que cualquier libro, serían el elemento que me permitiría, años después, dar sentido práctico a los nuevos conocimientos teóricos que incorporaría durante mis años en la Escuela de Suboficiales y en la Escuela de Guerra. Había podido ver, en forma sobrada, lo que mi pueblo necesitaba.

"...Un ejército de muchachos humildes"

A comienzos de 1920 y con veintisiete años, fui trasladado a la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral. Me habían ascendido a teniente primero, asignándome la tarea de instructor de aspirantes. Eran los primeros pasos que el ejército daba en el camino de la preparación de militares competentes y no fue fácil para ninguno de nosotros, lograr que aquellos jóvenes llegados del interior se adaptaran a las formalidades exigidas por la institución, porque para esto hubiésemos necesitado que supieran las reglas más elementales de urbanidad y modales que sólo se adquieren en el hogar.

Allí tomé contacto con legiones de muchachos humildes que venían de todas las latitudes de la patria y que a pesar de todas sus falencias demostraron tener el don de la sencillez y el espíritu de sacrificio que sólo poseen quienes forman parte del espíritu del pueblo. Fue así que yo también aprendí algo nuevo cada día y la escuela se transformó en mi más sólida enseñanza al descubrir en esos chicos la grandeza de los hombres a quienes la patria todavía no les había ofrecido una oportunidad.

En el esfuerzo de síntesis que realiza mi memoria, advierto que recordar la escuela es ver aquellos primeros aviones que sorprendían a todos, porque al mirarlos con cierto respeto y escepticismo nos parecía mentira que aquellas moles pudiesen elevarse del suelo. Por entonces esta especialidad nueva del ejército, se incorporó conmigo a la escuela, hasta entonces las tres principales ramas habían sido caballería, infantería y artillería; pero la novedad, atrajo gran cantidad de suboficiales. En 1921, el sargento primero Luis Barrufaldi lograría batir el récord de altura sudamericano con aquellos 7.400 metros. Fue una hazaña que nos conmovió profundamente, aunque no tanto como el desgraciado accidente que lo llevó a la muerte en una de esas mismas máquinas.

La hazaña de Barrufaldi tuvo dos méritos, el primero, elevar al plano internacional las actividades desarrolladas por la escuela; y el segundo, contribuir con hechos a que la sociedad civil dirigiese su mirada respetuosa hacia aquellos suboficiales ignorados hasta entonces o simplemente despreciados, no tanto por su uniforme como por su extracción social.

El impacto que se produjo en la sociedad me impulsó a ampliar mis objetivos didácticos. Una de mis armas fue la "Revista del Subofical", desde donde sistemáticamente persuadía a los cuadros subalternos para que cambiasen de hábitos. Lo que al principio comenzó tímidamente, se transformó poco a poco en una campaña para lograr que los muchachos tomaran contacto con sectores sociales más refinados; en otras palabras, que tuvieran un poco más de roce.

De esta forma, tratábamos de sacarlos de los bolichones y tugurios donde proliferaban sujetos de dudosa moralidad y mujeres de mala vida, que muchas veces contagiaban a los muchachos de enfermedades venéreas que tanto y tan difícilmente debíamos combatir. Ejemplo de esto era aquel tren que bordeando el río de la Plata, llegaba hasta San Fernando, en el que durante ciertos horarios y días las familias no viajaban pero sí iban repletos de jóvenes uniformados que en sus días francos se agolpaban en los piringundines de mala muerte para darse el gusto de tener una mujer por algunas horas.

El esfuerzo de elevación moral en el que estábamos empeñados, propendía a la exaltación de valores cotidianos que no eran propios del sector social al que pertenecían esos jóvenes. El fomento del ahorro fue uno de los objetivos esenciales, abrimos una caja mutual para los aspirantes y se les impuso la formación de una pequeña pero significativa cuenta descontándoles a tal efecto parte de sus ingresos mensuales. Paradójicamente, mientras el ejército elevaba su moral, la sociedad caía bajo en los efectos de la dura crisis del período que sigió a la finalización de la Primer Guerra Mundial. Diez o quince mil desocupados vivían en casas de lata, en Puerto Nuevo; la olla popular era una imagen cotidiana en las calles de Buenos Aires; legiones de linyeras se extendían a lo largo de las vías del ferrocarril y de los caminos; el pan a más de un peso el kilo en piezas incomibles; el azúcar a 1,50 el kilo vendido en las comisarias; legiones de niños hambrientos que llegaban con su tachito a retirar las sobras del rancho en los cuarteles; y como si esto fuera poco, la explosión obrera que reclama mejoras salariales y termina en la Semana Trágica. Los servidores del Estado, nosotros entre ellos, cobrábamos los sueldos con dos o tres meses de atraso.

En el agro la situación era ruinosa: el trigo había bajado a cuatro pesos, el maíz a dos con cincuenta, etc.; esto por citar algunos datos. La economía del país quedo sumida en una depresión espantosa.

Seis años conviví con los aspirantes que por provenir de

los sectores más sumergidos de la sociedad, tenían una conciencia más viva de la crisis que los propios oficiales. Yo compartí sus vidas y conocí sus problemas, esbozando una nueva concepción del mundo donde la justicia social debía ocupar un lugar relevante.

Así como a mis muchachos por ser "negritos" me los raleaban de cualquier convite social, cuando se empezó a notar que a la sociedad se le desmoronaban sus valores éticos y que aparecía a la saga de la institución ejército en lo que respecta a la defensa de los principios morales, yo comencé a recordarles expresamente esto en cada franco: "Sé que cuando salen a divertirse, ustedes dudan entre la posibilidad de ir a una confitería o a un bodegón porque en las confiterías hay señores con galera, guantes patito y polainas, entonces ustedes se sienten inferiores y eligen el bodegón. Yo les pido sin embargo, que vayan a la confitería orgullosos, porque ese uniforme que llevan les da dignidad, porque es el uniforme de la patria".

La patria, que después de todo no es más que un símbolo, puede ser representada en la práctica por cada uno de sus integrantes, siempre que la conducta personal no haya sido bochornosa y no manchase entonces ese concepto inmaculado. El ejército no podía perder la oportunidad de formar grandes hombres intachables. Había pasado la época de los "enganchados" sin formación ni instrucción, y quien abrazara la carrera militar, debía ser honesto de palabra y obra; no podíamos permitir que nos inundara la caída estrepitosa de la sociedad. La acción de la oficialidad era muy importante básicamente por dos factores: el primero, era su rol didáctico directo con los jóvenes, la función docente lleva implícita una responsabilidad directriz única en lo que respecta a la orientación de los valores y conductas correctas; y el segundo, la imagen de modelo que el oficial proyectaba sobre sus subordinados y que nos obligaba a predicar con el ejemplo.

En rigor, la filosofía implícita en este planteo sigue teniendo resabios del viejo paternalismo de fines de siglo cosa que nosotros estábamos empeñados en abandonar en algún

momento, pero que de cualquier manera valía la pena cierta trampa a nuestras propias convicciones a cambio de un intento por lograr una sociedad integrada.

Ya comenté que también aprendí mucho de ellos, las conversaciones con cada uno de los aspirantes me permitieron ir conociendo, las penurias que soportaban los argentinos en las regiones abandonadas por la "civilización" ciudadana. El intento de remediar la causa de esos males, fue conformando mi propia filosofía, criolla y universal al mismo tiempo. Asimismo, se tornaba imperiosa la necesidad de responder a reparaciones históricas.

Mientras tanto, el único partido popular que teníamos cambiaba de bando. Yrigoyen era reemplazado por Alvear y con él la oligarquía se reinstalaba en el gobierno. No fue 1922 el inicio de algo distinto, simplemente puedo decir que con el fin del gobierno del "Peludo" terminó por parte de los sectores populares el intento de ocupar el gobierno. Esta situación no era difícil de prever, después de todo las bases originales de la conducción radical tenían su origen en los viejos sectores conservadores, desde aquella época en que la vieja Unión Cívica había sido quebrada por la oligarquía dividiéndose en dos grupos, de los cuales la fracción popular sobrevivió como Radical gracias al empuje de Alem, y continuó a partir de 1916 con Yrigoyen. Pero las fuerzas conservadoras de boina blanca, retornó al poder de la mano de Alvear, su gabinete estuvo integrado por notables, como en las viejas épocas. Este regreso está marcado también por una retirada del Estado de las cuestiones económicas.

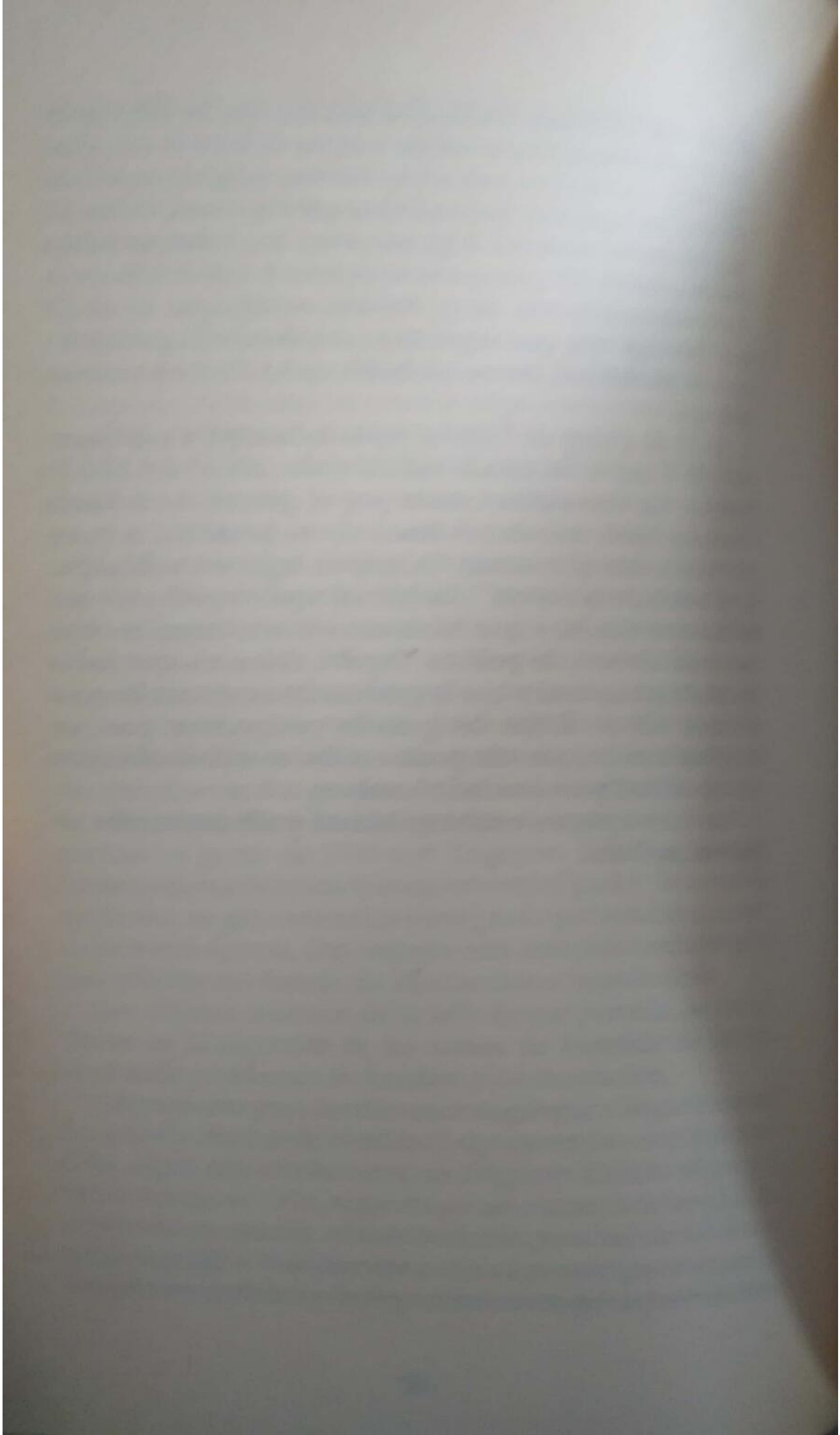
Los últimos resabios de la *belle époque* porteña, se mezclaban en la algarabía de los corsos de Avenida de Mayo ocultando problemas de hambre y desocupación.

La respuesta popular al avance oligárquico llegaría con el triunfo abrumador de Hipólito Yrigoyen en las elecciones de 1928. Aquél era, a todas luces, un Yrigoyen distinto al que yo había votado en 1916, notando su tan comentada senilidad, no siendo yo, quizás, el más indicado para hablar del tema en forma crítica. Más bien me inclino a pensar que eran otros los partidos políticos y la Argentina con la que aquel hombre

se encontró; no nos olvidemos que cuando la oligarquía advirtió que se achicaba la torta a causa de la crisis mundial de 1929, decidió por todos los medios, incluida la ayuda externa, recuperar el gobierno por propia mano, evitando pagar administradores. Algo así pensé que había sucedido también en el '55, cuano nos atrevimos a ir más allá de la mera administración. Si yo hubiera sabido que en el '55 querían algo más que el gobierno, destruir las organizaciones del pueblo, tal vez no me hubiera ido. Pero esta es otra historia.

El 12 de marzo de 1926 fui trasladado a la Escuela Superior de Guerra, de donde saldría como oficial del Estado Mayor. La institución creada por el general Luis María Campos haría realidad el deseo de su fundador, a quien pertenece esta afirmación: "Al arte de la guerra se llega por la avenida de la ciencia". Realmente aquí empecé a ver que había otro ejército y que había una extraña conexión entre esa institución y la política. Percibí, entonces, que había cruzado un umbral y que la graduación no era un fin en sí misma; allí se abrían las grandes perspectivas para un hombre común, que sólo podía confiar en su voluntad y en su capacidad para conducir hombres.

La nueva página estaba en blanco y allí comenzaba un nuevo capítulo.



Los años de la Escuela de Guerra

(1926 - 1930)

Reflexiones sobre la guerra. Estudiar para la paz

En 1926, faltando dos años para que Alvear termine su mandato, me incorporé a la Escuela Superior de Guerra. Allí conocería a hombres de la talla de Von Der Becke, Monferini y Arana. También estaba mi profesor de Organización, y gran amigo, Bartolomé Descalzo; en Historia Militar, cátedra de la que me haría cargo con posterioridad, se desempeñaba el general Rottjer, y luego el general Bosch; en Historia Integral nos daba clases el Dr. Ricardo Levene. Estudiamos dos idiomas: francés con Ravel y alemán con el "alemán" Herr Walter. En Sociología Militar el general Rattenbach y en Fortificaciones Permanentes al teniente general del ejército imperial ruso, ingeniero Alexis von Schwards. A cargo de la materia Comentarios del Código Militar y Leyes Militares estuvo el Dr. Mariano de Vedia y Mitre. Geografía fue responsabilidad de Jorge B. Crespo.

La disciplina militar termina por organizarle el tiempo hasta el más desordenado. A pesar de tener los días estrictamente organizados, logré hacerme del suficiente tiempo como para indagar otras versiones de la historia que las que allí se nos enseñaba. Notaba una permanente contradicción entre el país de ensueño que nos retrataba la escuela y la realidad que había podido observar en los años que pasé en la escuela de suboficiales. Esta "preocupación extra", por así decirlo, que yo manifestaba por el análisis de la realidad, no

beneficia la imagen del Dr. Levene, pero sí recibí palabras de aliento de los coroneles Smith y Verdaguer, y reiteradas menciones de parte de los generales Ramón Molina y Guillermo Mohr, quien más tarde sería inspector general del ejército. Por suerte, supe mantener una criteriosa diferenciación para distinguir de dónde venían las alabanzas y de dónde las recriminaciones.

Con la supervisión de Molina he realizado trabajos de "reconocimiento de terreno" en los alrededores de Esquel, en Chubut; y de Zapala, en territorio del Neuquén. Las investigaciones practicadas en mi materia favorita, Historia Militar, también me dispensaron reconocimientos valiosos que fueron plasmados en mi foja de servicio.

A pesar de mis críticas a la institución pasé de ser un oficial "discutido" a ser un oficial "tolerado" por las jerarquías más altas, pero también conseguí suscitar la animosidad de varios de mis pares.

A partir de entonces me moví en una institución hostil hacia mi persona y mis ideas. No eran solamente mis concepciones ideológicas las que molestaban, yo era la "mosca blanca" y aunque no era el único en esta situación, era quien tenía pretensiones injustificadas de ascender al Estado Mayor sin el requisito necesario de un buen "pedigree".

Prefiero acordarme de otras cosas que realmente me gratifiquen aunque, en realidad, aquellos también alimentan mi ego, pues el tiempo no sólo me dio la razón sino que además me permitió actuar. Muchas noches pasé pensando qué inventarían para sacarme del medio, pero a la mañana siguiente ponía más ímpetu y preocupaciones en la tarea para resultarles imprescindible y aunque es verdad que nadie lo es, ellos parecían ignorarlo. En buena ley obtuve varias gratificaciones en mi tarea.

Cierta vez Descalzo me encomendó una investigación en época de licencia. Recuerdo su sorpresa cuando a mi regreso le traje una monografía que cubría en exceso sus expectativas y me valió la ilustre mención en el primer lugar de la nómina del registro del año 27, sobre investigaciones en el Archivo General de la Nación. "Si yo me hubiese imaginado,

me dijo mí querido capitán, que con mi encargo iba a restarle todo su tiempo útil, no le hubiera encomendado el trabajo". Recuerdo que le contesté: "Es tan apasionante el tema que me ha impedido medir el tiempo". Pensar que podría hacer muchas más referencias sobre casos similares y no sería con afán de vanagloriarme, pues estoy convencido de que haber sobresalido en ese ambiente no se debió a una excesiva inteligencia personal, sencillamente pasó que quienes me rodeaban se encargaron de que lo mío se destacara. Como dice el refrán: "En el país de los ciegos..."

Por aquellos años tenía anotada esta frase en mi libreta de ayuda memoria: "Hombre de voluntad, educar al alma es el supremo bien".

La democracia sin poder

Paralelamente, Hipólito Yrigoyen recobraba el apoyo popular el 12 de octubre de 1928. Los casi 800.000 votos que le dieron la victoria garantizaban a todas luces su sólida base democrática, pero también se incrementa la oposición en número y en virulencia. Los factores que permiten explicar esta paradógica realidad están presentes en un contexto internacional de crisis económica, en el cual la Argentina a pesar de los sucesivos gobiernos democráticos no había logrado resolver con éxito su problema más serio: su estructura económica neocolonial. Lo que pasó en aquel momento fue que la base social que apoyó a los gobiernos radicales era eminentemente urbana, ligados a sectores exportadores. El trabajador que votó a Yrigoyen, lo hizo para no perder su puesto de trabajo. El Peludo ni se preocupó por saber de dónde salían los millones con que mantenía su base electoral y cómo Alvear dejó que en su segunda presidencia las carnes y cereales fuesen la base de financiamiento, con la cual mantener un reparto equilibrado que dejara a todos contentos.

Con el tiempo, descubrí que la condición de posibilidad de mi existencia política hundía sus raíces en aquella crisis

de 1929 y no tan sólo en la ampliación del electorado urbano. Cuando la crisis internacional derrumbó el ingreso de divisas de nuestro país por el cese de las exportaciones, la oligarquía empezó a expulsar peones que se vinieron derechito para Buenos Aires, desocupados sin experiencia industrial que vivían hacinados en los suburbios a la espera de un milagro. En ese momento la oligarquía comenzó a poner los huevos en distintas canastas y si bien no sacó las patas de sus campos, supo estirar la mano hasta la ciudad para no desperdiciar la oportunidad que le brindaba este período de sustitución de importaciones, generado desde afuera a raíz del colapso de la economía yanqui.

Fue la propia oligarquía la que dejó de creer en el "Laisse faire", y permitió que el Estado metiera las manos en una economía que antes de este momento le estaba vedada, ¡claro, después se olvidaron! y reemplazaron una mano invisible por un Estado genuflexo.

Sentando cabeza

Todo esto lo pienso hoy, pero en esa época yo era otra persona, que a pesar de las preocupaciones sociales y la gran cantidad de horas invertidas en el estudio, buscaba distracción junto a tres camaradas con los que más afinidad tenía, con quienes habíamos alquilado un pequeño departamento céntrico que por supuesto no era sala de lectura. Nuestra soltería tocaba a su fin. Un poco por voluntad propia, pero otro poco porque hay que reconocer que estaba mal visto en el ejército que un oficial mayor de treinta años no hubiese "sentado cabeza" habiendo conseguido pareja estable.

En septiembre de 1926, en una recepción para oficiales realizada por el Regimiento de Palermo, conocí a Potota. Era una chica de barrio, hija de un fotógrafo. Era amable, tierna y muy callada. Cuando mis compañeros la conocieron me dijeron que había encontrado la persona indicada para soportar mi temperamento. "Vas a tener la oportunidad de hablar siempre vos", comentaban entre risas. Porque las

verdades más amargas se pueden decir sin tristeza. Se llamaba Aurelia Tizón, fue mi primera mujer, sumisa y heróica con su compañero y con tan poca experiencia en la vida que se adaptó con facilidad a mis caprichos. Es cierto que la diferencia de edad era significativa, pero en última instancia, aquellos dieciséis años no se apartaban demasiado del uso común. Nos llevábamos decididamente bien y nos hubiéramos casado en octubre de 1928, de no haber sido por la enfermedad y el posterior fallecimiento de mi padre, cuya vida se apagó en noviembre, a los 64 años, apenas llegado con todo su desencanto de su estancia en el sur, a cargo de la cual quedó mi hermano. Dos meses después de su fallecimiento, Aurelia y yo nos casámos por civil, teniendo por testigos a Justo Tizón y Manuel Rocca por parte de la novia, y a Bartolomé Descalzo y Mario Perón, por el novio. El sábado siguiente se realizó el oficio religioso en casa de Aurelia, actuando como padrinos mi madre y mi suegro don Cipriano Tizón. Al principio vivimos en la casa del barrio porteño de Flores y luego nos mudamos a un departamento en la calle Santa Fe.

Comenzamos a hacer vida de matrimonio "con todas las de la ley", nuestras relaciones sociales se circunscribían a los matrimonios más allegados de Isidro Martini, Enrique González, Fasola Castaño y Bartolomé Descalzo. Potota demostró cierta preferencia por Luisa y Nancy, mujeres de Martini y F. Castaño respectivamente. Pero mi inclinación siempre estuvo del lado de Descalzo, con quien encararíamos delicadas tareas durante los tristemente recordados acontecimientos del año '30.

Lejos habían quedado los días de garufa en el departamento alquilado con mis compañeros. Juntos vivimos experiencias que recordaré siempre con una sonrisa. Cierta vez fuimos al Palais de Glace, íbamos juntos a todos lados, nos conocían como el clan de las "cuatro P.", Pelufo, Pirovano, Pedernera y Perón. Allí se presentaba Gardel y tuvimos la oportunidad de sentarnos en las primeras mesas, lo que nos permitió estar cerca del escenario. Cuando apareció Gardel fue una ovación y terminada su primera canción, se acercó a

nosotros directamente y muy decidido nos dijo: "...araca muchachos, con esa pinta, ¿sacaron la grande? Me invitan un faso..." y a continuación se sentó por un instante con nosotros a la mesa. Nos creímos los elegidos. A la semana siguiente, para no defraudarlo, volvimos, pero no conseguimos la misma ubicación. Grande fue nuestra sorpresa, cuando terminada su primera canción, Carlitos se dirigía a la misma mesa de la semana anterior y representaba la misma parodia: "araca muchachos...". Aquella era sólo una muletilla para romper la distancia entre él y su público.

En enero de 1929 estrenaba dos títulos, el de hombre casado y el de la graduación en la Escuela Superior de Guerra, por la cual obtuve un destino en el Estado Mayor General del Ejército.

La forja de un conductor

En los años de la Escuela de Guerra fui perfilando los lineamientos básicos que se plasmarían en materia de conducción política. No podemos olvidar que toda esa época, crítica para nuestro país y para el mundo, estuvo fuertemente teñida por el pensamiento de grandes intelectuales que dejaron su impronta en muchos de mis contemporáneos y en mi propio pensamiento. Así, aprendí que la conducción política es un arte y como tal tiene su teoría y su técnica. Ambas constituyen la parte inerte de ese arte, la parte vital es el artista. Sucede lo que en las demás artes. Con una buena teoría y una buena técnica pictórica o escultórica, cualquiera puede hacer un cuadro o esculpir una estatua; pero si se quiere una "Cena" de Leonardo o una "Piedad" de Miguel Angel, no habrá más remedio que recurrir a ellos.

Cualquiera puede también conducir si conoce la teoría y la técnica de la conducción; pero si se quiere una obra maestra como las de Alejandro o Napoleón, será preciso buscar un artista que tenga tanto óleo sagrado de Samuel como el que ellos recibieron al nacer. En pocas palabras, quien aprende a conducir no siempre logra hacerlo, porque

un conductor nace, como sucede con casi todos los artistas.

En esta época continué con mis estudios estratégicos e históricos que hicieron madurar ciertos conceptos básicos en mi pensamiento político. Contribuyó grandemente la ayudantía de cátedra en Historia Militar para el profesor Rottjer, en la Escuela de Guerra, que me hizo reflexionar sobre la evolución histórica nacional. Las investigaciones realizadas en la Biblioteca Nacional y en diferentes archivos, transformaron mis puntos de vista; no olvidemos que mi generación también se había educado en una concepción europeísta y liberal, desembarazada del proceso histórico nacional. Así comprendí que quien aspira a ser, o las circunstancias lo han colocado, en la situación de un conductor de un país, debe forzosamente conocerlo y al mismo tiempo sentirlo para después comprenderlo. Es necesario pensar que las obras que el hombre produce, como los hijos, si son productos del amor, son siempre más perfectos y más belllos. Nadie en la historia ha podido improvisar sus conductores ni sus gobernantes. Los auténticos líderes populares aparecen detrás de un pueblo maduro con convicciones nacionales. A nosotros, con la línea "Mayo-Caseros" nos han vendido la contra historia, creando falsos héroes que proclamaron nuestro sometimiento a intereses foráneos. Se nos ha dado una historia demasiado fluida y heróica como para responder ante ella con otra cosa que no sea la admiración escolar. Las estatuas de nuestro procerato han sido como lápidas que mantienen ahogados los afanes reivindicatorios de nuestros grandes rebeldes. No en vano la oligarquía mantiene un culto a penates, disfrazados de padres de la patria. Alguna vez dijo Napoleón, el autodidacta por excelencia: "No tiren mis cuadernos de la escuela, algún día la humanidad ha de querer saber cómo formé mi personalidad y qué clase de maestros me prepararon". El mismo nos advertía que el pueblo produce con el tiempo una revalorización de los verdaderos líderes, como yo mismo revaloricé, al frecuentar el Archivo General de la Nación, la figura del ilustre "Restaurador de las Leyes", que supo defender el patrimonio nacional de la ambición extranjera.

No sólo estudié historia argentina, sino que complementé mis investigaciones con el análisis del panorama internacional. Los conceptos de "Nación en Armas" o "Guerra Total", emitidos por el mariscal Von der Goltz en 1883 van a tener hondo sentido político en mi pensamiento subordinando el crecimiento industrial y la economía general del país a los intereses y objetivos nacionales.

Hoy los pueblos disponen de su destino. Solo ellos logran su fortuna o su ruina. Es natural que ellos, en conjunto, defiendan lo que cada uno ama y defiendan la patria y su patrimonio. Yo también amo lo mismo porque pertenezco al pueblo. He nacido en la pampa y tengo el orgullo de sentir dentro de mí algo de ese gaucho legendario que lucha por nosotros.

Soy hombre formado desde los doce años en la disciplina más férrea que puede existir, y ejercito y hago ejercitar esa disciplina, he aprendido que ella tiene una base fundamental: la justicia. Por eso creo que si fuera dueño de una fábrica, no me costaría ganarme el afecto de mis obreros con una obra social realizada con inteligencia. Muchas veces esto se logra con el médico que va a la casa de un obrero que tiene un hijo enfermo, con un pequeño regalo en un día particular, o el patrón que pasa y palmea amablemente a sus hombres y les habla de cuando en cuando, así como nosotros hacemos con nuestros soldados.

En la infinita gama de los seres que conducen o creen conducir a otros hombres, existen dos extremos: el caudillo, verdadero conductor, porque Dios lo armó para ello de dotes imponderables, y el usurpador, que sin calidez ni cualidades pretende serlo a pesar de que la naturaleza se lo haya negado. El primero conduce; el segundo es conducido por la masa. Uno engendra orden y obediencia, el otro, lleva a la disolución, al desorden y al caos.

El caudillo se impone paso a paso en la obra, en la acción constructiva. Es generalmente un estadista en el fondo y la justicia es para él un sentimiento innato. Es leal hasta consigo mismo y construye sobre cimientos firmes; éxitos y fracasos pueden alterar su acción, pero él llega siempre a un objetivo

porque sabe lo que quiere.

El usurpador necesita del motín y la violencia; obra en la sombra; es desleal y a menudo traidor, y construye sobre la arena. Una derrota pasajera, se convierte en él, en la ruina definitiva.

Uno, obra por intuición, por inteligencia y método. El otro, por presión, sugestión externa o arranques irreflexivos. El primero es también artífice de su destino; el segundo es juguete de los otros y de los acontecimientos. Uno es martillo, el otro yunque.

El caudillo triunfa en el mando o en el llano, porque su reino no es de la materia sino del espíritu. "Gobierno más que el rey -decía un célebre caudillo francés- porque mando sobre las almas".

Los hechos históricos de la vida de los pueblos, no se manejan con la displicencia de una estancia, ni la irreflexión de una casa. Es menester "conocer" -base para distinguir-; "distinguir" -base para apreciar-; y "apreciar" -base para resolver-. Las grandes decisiones deben ser, por lo menos, un poco racionales, sazonadas con la experiencia y la previsión y ordenadas con el sentido común.

Toda organización implica un problema de tres incógnitas a despejar: el conductor, que es el que maneja el conjunto; los cuadros, que son los dirigentes de segundo grado que dirigen a las partes; y el tercero, la masa. Las incógnitas de esta ecuación, se van dilucidando durante la marcha.

Hay muchas distorsiones en el campo de la organización. Muchas veces existe un conductor, que no merece serlo, pero que ha sido hecho en una convención por los decretos, por audacia, o por cualquier otra razón. Cuando ello suceda el conjunto podrá ser homogéneo, marchar bien, pero no va a buen puerto, porque no lo conducen a buen puerto. Más puede suceder también a la inversa; que el timonel central, el que dirige el conjunto, vaya a buen puerto pero no pueda llegar, porque los cuadros que le sirven durante la marcha, disocian las fuerzas.

A veces un conductor capaz y hasta con cuadros capaces, pero con una masa indisciplinada que no obedece ni a unos

ni a otros, fracasa en la organización. De manera que si aspiramos a hacer una organización como debe ser, ha de tener un conductor capaz, cuadros capacitados para la conducción parcial y una masa unida, doctrinaria y materialmente.

De lo antedicho surge con toda claridad que el conductor es el elemento primordial, porque tiene una acción directa y otra indirecta en la conducción. La acción directa es la que él realiza personalmente y la indirecta es la que sugiere, con su propio procedimiento, el resto de las conducciones locales y a las demás conducciones.

Por otra parte, de esa conducción superior es de donde sale la doctrina. La doctrina no puede salir de otra parte y es su influencia la que prepara los métodos y sistemas de acción en la conducción táctica de toda política.

Sin embargo, un conductor puede traicionar los valores por los cuales ha luchado toda su vida. Cuentan que Alejandro el Grande al salir de Macedonia regaló todos sus bienes, pero cuando se apoderó de Persia, entró al palacio de Darío y al ver su trono de oro, se dio vuelta y dijo a todos sus generales: "Esto sí que se llama ser rey". Alejandro cayó en manos de la oligarquía porque tuvo un sentimiento que lo asimilaba. Hay que tratar, entonces, de que los conductores que tienen el apoyo popular no lo traicionen entregándose a los cantos de sirena de quienes son sus enemigos.

El compromiso político del ejército

(1930 - 1943)

Un juguete del destino

Hasta 1930, mi vida habíase reducido a los trabajos y estudios propios de mi profesión. En vísperas de setiembre de ese año, la inoperancia del gobierno ante los graves problemas que se le presentaban, hacía prever su desmoronamiento por un alto grado de descomposición económico social. Semejante crisis no hacia más que evidenciarme de manera harto elocuente la profunda contradicción que existía entre la actualidad y aquel gobierno de 1916 al cual yo había dado mi voto casi como una apuesta. En las primeras elecciones libres que tuvo nuestro país en 1916, yo también me sumé al sentir unánime de la civilidad. Pero en 1930 ya todo estaba descompuesto e Yrigoyen sólo era una mueca de lo que había sido.

En 1928-1929 la sociedad dejó sentir su profundo malestar ante un estado de cosas que escapaban al control del gobierno. El giro que tomó el sistema capitalista mundial produjo hondas transformaciones en la economía de nuestro país. Sintéticamente podríamos decir que, mientras los demás países acompañaban esta transformación, generando modelos alternativos de participación económica, la Argentina insistía en su modelo exportador de alimentos.

Al mismo tiempo que nuestra sociedad comenzaba a sufrir los efectos de la gran crisis financiera internacional, surgía el enfrentamiento entre dos tendencias antagónicas. La revolución de setiembre de 1930, se estaba preparando entre bambalinas. El pueblo padecía, soportaba, aguantaba.

Pero los jerarcas del poder, los dueños de la tierra y el dinero, decidieron que el chivo expiatorio de todos los males se llamase Hipólito Yrigoyen.

Por aquel entonces había egresado de la Escuela Superior de Guerra y era flamante oficial del Estado Mayor. Maduraban en mí, ciertos conceptos históricos y estratégicos, que al transcurrir de los años, darían forma progresivamente a los lineamientos generales de mi pensamiento político, que cobrará forma y sentido en relación a las circunstancias en que se apliquen.

Recuerdo fundamentalmente la labor que me cupo como ayudante de cátedra de historia militar en la Escuela Superior de Guerra, con el profesor Rottjer, cuya praxis me condujo a reflexionar profundamente sobre el sentido de nuestra evolución nacional.

Cuantiosas investigaciones en archivos y bibliotecas nutrieron mi comprensión sobre el presente y su pasado, y alentaron mi visión sobre un futuro vislumbrado como absolutamente distinto, desde el momento en que el protagonismo de la historia cambiara de mano. Desde el momento mismo en que los desposeídos, los que nada tienen, dejasen de ser juguete de la historia que escriben otros, y pasasen a ser artífices de su propio destino.

Hemos sido formados por una historiografía liberal que nos inculcó la gloria de un pasado, que debería serlo, pero por motivos opuestos a los justificados por ella. Los mentores de la gran falencia histórica se multiplicaron por cientos gracias a voceros impensantes, que nunca se preocuparon por ver los verdaderos documentos de nuestra historia. Paniaguados de un régimen servil, que supieron ocultar la verdad detrás de un fárrago de monumentos a ídolos de barro. Con tal de garantizar la trabajosa digestión de sus cuatro comidas diarias, alimentaron cenáculos de pseudohistoriadores. Ninguno de ellos se asomó por el Archivo General de la Nación, y los pocos investigadores que no tocan de oído prefirieron escamotear los documentos que podía alterar la visión oficial de los hechos que no resisten el menor análisis.

Yo mismo he frecuentado el Archivo General de la Nación y confieso haber descubierto un mundo nuevo.

De todo este ejercicio reflexivo surgirá la profunda autocrítica sobre mi actuación durante los acontecimientos del '30.

Fui un juguete del destino como todos, pero hay quienes se dejan llevar por el destino y los demás, yo me dejé llevar por el destino y por mí.

En setiembre de 1930 ya todo estaba descompuesto, el terreno ya había sido abonado por la "Semana Trágica" y por la inoperancia del gobierno ante los graves problemas que se le presentaban. Los jefes resolvieron, entonces, conversarnos a los oficiales. A mí me conversó el Coronel Descalzo. Por ese motivo fue que mi participación tuvo la misma relevancia que la de los demás. Posteriormente, en 1943, vimos, no sin cierta tristeza, que el 6 de setiembre había resultado un movimiento reaccionario. Pero en 1930 mi vida se desarrollaba en otro contexto. Era por entonces profesor y alumno simultáneamente. Nadie ha ejercido una mayor influencia en el proceso de mi formación castrense, ni durante tanto tiempo, similar a la que debo a quien fue mi primer capitán, D. Bartolomé Descalzo. Su parecer fue lo que me hizo participar en el golpe militar, época en que Descalzo se desempeñaba como profesor de la Escuela Superior de Guerra. De todas maneras quiero aclarar que lo ante dicho no me exime de culpa.

Para nadie era un secreto que se estaba gestando un golpe de Estado. La insensibilidad popular con respecto a la suerte del gobierno evidenciaba un corte entre la dirigencia y su base, pero también el ejército estaba dividido. Los generales Uriburu y Justo eran los jefes naturales de los dos grupos. El primero se autoproclamaba nacionalista, que disconforme con el régimen democrático, al que tildaba de individual y anárquico, sentía la influencia de los grandes cambios que se estaban produciendo en Europa y se apoyaba específicamente en la prédica del gran político nacionalista francés Maurras y de la "Action Françaisse", que recha-

zaba el sistema monárquico de gobierno y propendía a la fundación de un Estado vigoroso representado por un gobierno que se identificase con lo que él designaba como el país real y desechando los comités electoralistas, el parlamentarismo y fundamentalmente oponiéndose al liberalismo y combatiendo el capitalismo. Los nacionalistas en definitiva, rechazaban el "absorbente personalismo de Yrigoyen" y aspiraban a un "dictador patricio".

Justo, por su lado, quería otorgarle a su sector un sentido más legalista y apoyándose en los sectores antipersonalistas, pretendía tomar el gobierno por las armas, para luego retornar a la constitución y la normalidad.

Yo estuve al margen de ambos grupos hasta junio de 1930, pero varios oficiales superiores a los cuales respetaba profundamente, habían tomado partido y compromiso dentro del grupo mayor -el que tomó el poder posteriormente-. Llegaron a mi despacho del Estado Mayor del Ejército y me invitaron a una reunión donde estaría presente el general Uriburu. Faltaban todavía tres meses para que se desencadenaran los acontecimientos.

Esa noche, el general José Félix Uriburu habló sobre las cuestiones concernientes a un movimiento armado que debía prepararse juiciosamente y producirse cuando se contara con el ochenta por ciento de los oficiales como mínimo. Todos aceptamos. Luego se refirió al carácter del movimiento, afirmando que sería netamente militar y desvinculado de los políticos; dijo que habiendo sido él revolucionario en el '90, algo había sacado de enseñanza y que no se expondría ni haría exponer a nadie para luego entregar el poder a los civiles. Afirmó, asimismo, que el movimiento no se dirigiría solamente contra los hombres que en ese momento usufructuaban las funciones directivas, sino también contra el régimen de gobierno y las leyes electorales que permitían llegar a tal estado de cosas y mantener el gobierno en condiciones tan anormales.

Pero la posición de Uriburu era resistida por un grupo de oficiales. Yo hablé con Descalzo y cuando decidimos

generalizar los contactos, observamos no pocas divergencias, sobre todo se argüía que la opinión pública no vería con buenos ojos a un movimiento militar que, desde sus comienzos, pretendía modificar la constitución. Advertí que no era conveniente avanzar e iniciamos una prudente abstención y un silencio circunspecto.

En el Estado Mayor, reuní a los oficiales del grupo y hablamos largamente. Los hice partícipes de mis pensamientos y les comuniqué mis dudas sobre los hombres que en este momento estaban más cerca del general; francamente no los consideraba capacitados intelectualmente ni en su accionar, tampoco pensaba que fueran moralmente tan puros como creía. Yo seguía insistiendo que era necesario agrupar jefes de prestigio intelectual y moral, y no audaces. Hombres que fueran desinteresados y que llegaran al gobierno para defender la patria contra las acechanzas de un nuevo año de gobierno de Yrigoyen, pero que al terminar la revolución no reclamaran nada para sí, ni que entraran al movimiento para defender cuestiones personales pendientes o para evitar situaciones pecuniarias comprometidas, como sabía que sí existían. Esos hombres son inaceptables en la tarea de conducción porque ésta es una función eminentemente moral. Yo tenía dudas, los hechos posteriores lo corroboraron.

De toda esta época previa al golpe recuerdo que por lo menos tuve el placer de hablar claramente y de llegar a la conclusión de que no sólo no estabamos preparados sino que además estábamos desorganizados y sin ningún plan concreto.

Se había entablado una lucha interna: la gente que prefería esperar hasta que madurasen bien las ideas, que se nucleaba alrededor del Estado Mayor, y los hombres que figuraban como consejeros inmediatos del general, los que por cuestiones personales querían precipitar los acontecimientos.

Este último grupo fue el que triunfó y disolvió al del Estado Mayor, al cual yo pertenecía. Inmediatamente nos impusieron otro destino. Recibí directivas de presentarme

bajo las órdenes del teniente coronel Cernadas, responsable supuestamente, de levantar la Escuela de Suboficiales. El oficial me dio una respuesta desconcertante: "...que nada sabía, pero que según le habían dicho disponían de él sin consultarlo...". Este episodio es uno de los tantos que prueban el estado de desorden espantoso que reinaba en el ejército. Estaba indignado.

El 3 de setiembre me presenté ante el teniente coronel Alsogaray y le planteé mi situación en duros términos. "No puedo aceptar, le dije, que seamos juguetes de la ineptitud y falta de conciencia de quienes nos cargan con misiones que sólo puede atribuírsele a irresponsables y desequilibrados. Yo jamás perdonaré a los culpables de tan insólita actitud. Me había dispuesto a colaborar en una causa que sigue siendo la misma para mí, pero estoy disconforme con los hombres que la dirigen y me separan de ella". Alsogaray me respondió: "Muy bien mi capitán, transmitiré al señor general su decisión y, por mi parte, encuentro justificada su actitud. Yo si no tuviera compromisos tan grandes con el general, haría lo mismo".

Después de haber hablado con Alsogaray me sentí libre de toda obligación revolucionaria, en ese momento decidí incorporarme a la compañía de archivistas y arreglé con mi comandante que en el momento en que se produjera la revolución me avisaría para salir a la calle.

Recién el 4 de setiembre me invitó a su casa Bartolomé Descalzo, para participar en una reunión donde me encontré con el mayor Nadal y los tenientes coroneles Sarobe y Castrillón. Toda la reunión estuvo dedicada a buscar métodos que impidiesen la llegada al poder de una junta militar, pensando sobre todo en la repercusión que tendría en la población civil. Por lo que pude conversar en aquel momento, surgía claramente que el verdadero intelectual de Justo era Sarobe. Ambos estaban convencidos de que la verdadera solución política estaba en la formación de un frente cívico-militar. Para empezar, la línea del nacionalismo a ultranza, herencia de los movimientos nacionales europeos que negaban la política participativa, quedaba desechada; para ter-

minar, el grupo civil que conduciría las transformaciones, sería constituido por los partidos políticos opositores. Los presentes nos comprometimos a reclutar a la mayor cantidad de gente posible. En definitiva, la idea básica era la siguiente: independientemente del grupo militar que comandara el golpe, el gobierno terminaría en manos de quien blandiese mayor apoyo popular. Redactamos también un programa de gobierno que fue inspirado en su mayoría por Sarobe y que estaba destinado a ser ejecutado por la junta cívico militar.

Cada uno de nosotros recibió una misión. La mía fue imprimir doscientas copias del programa, cosa que realicé durante la madrugada del día cinco y que entregué a Descalzo en propias manos ese mismo día por la tarde. Yo había sido nombrado ayudante de este último, quien a la vez y por orden directa del general Uriburu, por medio de una carta firmada de puño y letra, sería representante militar ante la junta civil. Un día después fue la revolución, Yrigoyen, supuestamente postrado por una dolencia, había huido a La Plata. Fue su reemplazante Enrique Martínez quien debió asumir la responsabilidad política. Entre varios centenares de civiles, marchó una pequeña columna del Colegio Militar al mando del general Uriburu, tan escasa e inexperta que de no haber sido por la nutrida participación popular, tal vez el ejército no hubiese podido cumplir con su cometido.

Aquel espíritu triunfalista se vio reflejado en el fervor popular y en el tácito reconocimiento a la actitud de las fuerzas armadas ejemplificando con una anécdota que experimenté en aquel instante de pleno bullicio del 6 de setiembre y que motivará agudas reflexiones políticas personales posteriores: a las puertas de la casa de gobierno, un civil se me acercó y entregándome en mano un trozo de mármol, resto del busto del ex presidente y que hacía instantes había sido arrojado desde una de las ventanas de la Casa Rosada, diciéndome: "tome capitán, guárdelo como recuerdo para que nunca más un peludo entre donde no le corresponde". Yo lo guardé y aún hoy lo tengo entre mis

cosas aunque me sugiere ideas y reflexiones totalmente contrarias a las que aquel hombre seguramente imaginó.

Al día siguiente de aquel 6 de setiembre pude dormir algunas horas. Al mediodía fui convocado al ministerio de Guerra y se me notificó que ocuparía el cargo de secretario privado del ministro, el general de división Francisco Medina.

El 6 de setiembre, terminó bruscamente la experiencia radical que había sido promovida por la ley del sufragio universal y por la intensión participativa. Ese día histórico es, el comienzo de una nueva etapa en la cual el gobierno sera dirigido por las huestes de la oligarquía conservadora donde muchos de los que participaron y contribuyeron al éxito del golpe lo hicieron sin saber exactamente quién se movía detrás de ellos. La proclamación de la ley marcial desde el 8 de setiembre de 1930 hasta junio del '31 puso en evidencia que había triunfado la línea del nacionalismo oligárquico.

No pasó mucho tiempo antes de que descubriera que los liberales no sólo habían tratado de salvar, en sus últimos estertores, las huellas de un pasado que ya no podría volver. El intento de proyectar un modelo de república democrática burguesa de fuerte tinte oligárquico en nuestra patria sería desmoronado a corto plazo por la fuerza popular incontenible.

En los pueblos de frontera

Pocos meses después del comienzo de la revolución y después de haber sido profesor de historia militar, fui comisionado para integrar una misión en la frontera norte. Además colaboré en la comisión de límites internacionales. En el primer caso fue para resolver un tema de neto corte policial no exento de implicancia social. Resultó ser que varios peones chaqueños hicieron objeto de malos tratos y abuso sexual a mujeres pertenecientes a una tribu indígena; los hombres de la tribu cercaron a los culpables y les prendieron fuego. Nuestra misión fue la de restablecer el orden e

investigar a fondo la situación. En el segundo caso la tarea nos llevó desde Formosa hasta Jujuy, atravesando todo tipo de terreno, practicando el reconocimiento de distintas zonas como Las Lomitas; Villazón y las cercanías de Fortín Camirí. Por fin designado en La Quiaca, y cuando parecía que el futuro se presentaba menos trotamundo, caímos enfermos de una afección pulmonar, mi ayudante Ventura Donato y yo. El jefe de la misión, ingeniero Dionisio Quinteros, nos abandonó en La Quiaca sin ninguna atención. En esa situación debimos socorrernos mutuamente, nos aplicábamos ventosas para salir poco a poco del aprieto, utilizando vasos comunes. Parecía que todo se había confabulado en contra nuestra: la mala alimentación, la puna, la fatiga, la falta de preparación adecuada, la desidia del máximo responsable. Menos mal que teníamos un organismo a toda prueba porque de lo contrario no estaría contando el cuento. Se hubieran salido con la suya quienes desde Buenos Aires querían desembarazarse de gente como Descalzo, Sarobe y quien les habla, por considerarnos demasiado críticos del proceso setembrino. Una vez en Buenos Aires con el retorno de la vida ordenada y los cuidados de mi esposa, se aceleró mi restablecimiento. Allí continué mis clases y me dediqué a la elaboración de varios trabajos monográficos que fueron nutridos también por esta experiencia tan vívida en el norte de nuestra patria.

La experiencia en la cátedra me condujo a delinear un sistema de enseñanza propio, basado fundamentalmente en el pragmatismo didáctico, yendo de lo particular a lo general y de lo concreto a lo abstracto. Así como no podemos exigir a un aspirante a músico que se siente al piano y toque el Himno Nacional en la primera clase, tampoco podemos proponer un tema de historia militar concreto a un principiante que nunca ha tratado y desconoce lo que es, por ejemplo, un "plan de operaciones". Es natural que, en historia militar como en música, sea necesario aprender primero para ejercitar luego. No implica ello tampoco pasarse al extremo de hacer de la estrategia una especie de "ciencia pura", que no tendría utilidad; pero entre ambos

extremos existe un término medio, que es el conveniente. Esta experiencia edificó en mí la base fundamental de lo que sería mi futura estrategia de adoctrinamiento político, basado fundamentalmente en el cuidado por partir de lo concreto y tangible para que el oyente pudiese ir elaborando por sí mismo las ideas, incorporándolas a sus conocimientos previos sin saltos bruscos, sin rupturas que pudiesen oscurecer la concepción total, pero, a la vez, sin que implicase un quietismo intelectual sino que fuese una propuesta de consolidación de la cultura nacional enriquecida mediante aportes permanentes. En la labor docente descubrí que esta función está verdaderamente justificada cuando y, sólo cuando, la inclusión de nuevos temas están relacionados directamente con ejes intelectuales que se vinculan con datos culturales de sólida raíz sociológica, porque no hay problema más grave que el del hombre. El proceso histórico de estos últimos años viene demostrando al mundo entero que mientras la humanidad siga aferrada a la búsqueda de solución de problemas que no inciden directamente sobre el hombre, no llegará jamás a ninguna solución integral. La cual y sin ninguna duda, tendrá que buscar en el campo económico social y por el ancho camino de la cultura.

No todos los años en la vida de un hombre son igualmente propicios para que fructifique la tarea intelectual. La etapa anterior al año treinta, estuvo dedidaca a mi preparación intelectual combinada con una nutrida actividad práctica propia de la actividad castrense. El período posterior, entre los años 1930-35, fue el más fértil de mi vida intelectual y docente. La revolución militar que inicia el período conocido como "década infame" me sirve para pulir dos ideas básicas, una la interpretación del hombre en lo referido a su concepto metafísico y a su función social, o en otras palabras, la idea del hombre como individuo y como masa. La segunda es la visión estratégica de las instituciones de los hombres, entre ellas el ejército.

Por otro lado, debo reconocer que el asiduo ejercicio de la labor docente contribuyó enormemente a mi creci-

miento intelectual, no dejó que me durmiera en los laureles. Mi vocación permanente hacia el estudio logró que me sintiese en el doble papel de profesor-alumno, aún hoy afirmo que seré siempre alumno con obligaciones impostergables e intransferibles porque estoy persuadido de que nadie puede afirmar saberlo todo cuando aún sigue viviendo.

En esta etapa publiqué varios escritos: "Moral Militar"; "Higiene Militar"; la adaptación de un trabajo alemán sobre gimnasia y un estudio en la Revista Militar sobre las campañas del Alto Perú (1810-1814). En 1931 vio la luz, en la "Biblioteca del Oficial", que edita el Círculo Militar, otro de mis libros, "El Frente Oriental de la Guerra Mundial en 1914". En el prefacio de esa obra, el teniente coronel Juan Lucio Cernadas, tuvo palabras por demás elogiosas hacia mi persona.

Los "Apuntes de Historia Militar" aparecieron en 1932 y, dos años más tarde, tuvieron una segunda edición. Tuve el honor de que los volúmenes de la "Biblioteca del Oficial" no sólo fueran leídos por los alumnos de la Escuela Superior de Guerra sino que hubiesen circulado por toda la institución.

Entre 1933-1934 se publicaron los dos tomos de "La Guerra Ruso-Japonesa", acompañados por más de treinta croquis compilados en forma de anexo por un equipo de alumnos bajo mi supervisión.

Los "Almanaques" del Ministerio de Agricultura correspondientes a los años 1935-1936 incluyeron un trabajo de investigación personal referido a la "Toponimia Patagónica de etimología araucana" que posteriormente y con ese título se editó en forma de libro. Guardo dentro de mí el recuerdo entrañable de la época casi mágica en que tuve la inmensa suerte de relacionarme para este trabajo, que hoy digo con orgullo que fue uno de los primeros diccionarios interpretativos de esa lengua indígena, con los caciques Manuel Llauquín y Pedro Curruhuinca a quienes conservé como grandes amigos.

A consecuencia de mis conocimientos patagónicos y

de frontera fuí convocado por el general Manuel Rodríguez, ministro de Guerra en 1936, como ayudante de campo. En esta época estudiamos el proyecto que daría como resultado la creación de la Gendarmería Nacional, custodia de los confines descuidados de la Patria. Con Pedro y Félix San Martín, este último notable autor de temas costumbristas, con Sanguinetti y Francisco Fasola Castaño, nos adentramos a los contrafuertes cordilleranos y estudiamos las posibilidades futuras de la región que circunda a los lagos Lacar y Traful, de las zonas de Junín de los Andes y de Zapala, como centros de irradiación de una región próspera e inmensamente rica pero descuidada al extremo.

La posibilidad que el destino me dio para incursionar por esos lugares, me permitió reconocer la triste realidad que se plasma cotidianamente en un territorio para el cual no se había realizado jamás proyecto político alguno. Tuve la oportunidad de preparar un trabajo escrito sobre este tema, solicitado especialmente por el ministro de Guerra, al que titulé: "La Patagonia; pasado, presente y porvenir". La presentación del mismo se realizó a partir de una disertación que me cupo como principal responsable del escrito. Estuvieron allí como invitados de honor diversos funcionarios encabezados por el doctor Leopoldo Melo, ministro del Interior.

En la exposición señalé con especial énfasis la desidia y negligencia con que desde el gobierno nacional se encaraban los problemas patagónicos y, posteriormente y a manera de recriminación también, pasé revista a las discusiones y anteproyectos de leyes que la Legislatura nacional había dado sobre el tema; de esta manera quedaba expresado en forma por demás elocuente, la ineptitud expresada también por ese Congreso fraudulento y corrupto. Como siempre pasa, no todas las ovejas del mismo corral se contagian la epidemia; algunos legisladores presentes se interesaron en estas cuestiones. Pero, no por salvarse del contagio dejaban de ser ovejas. No sé si habrá sido resultado de eso, pero al poco tiempo se aprobó la Ley de Gendarmería.

Recuerdo con satisfacción ese momento porque fue la

primera vez que me expresaba ante un auditorio de jerarquía y sobre un tema cuya investigación estaba en pañales. Yo me sentí particularmente responsable de la situación, como si estuviésemos representando todos un hecho histórico sin precedentes. El director de la escuela, una vez finalizada la disertación, respaldada por diapositivas, se sintió obligado a pedir disculpas al auditorio por el tono enérgico y vehemente del disertante, que por su manera de decir podía mal interpretarse como de áspera agresividad. Para rematar la denuncia, me animé a contar en tono irónico esta anécdota que reflejaba la desolación y el abandono de esa tierra, por las malas previsiones políticas que tomaba el gobierno nacional y de las cuales muchos de los presentes eran responsables. La ironía ha servido generalmente para reforzar los argumentos, y en ese caso me resultó de notable ayuda: comenté los detalles del encuentro en la frontera con un guarda aduanero que se cubría con las hilachas de un antiguo uniforme de verano, pese a que la dureza del clima hacía aconsejable el uso de pieles. "Por lo que veo, amigo, usted no debe tener frío", le dije. "Frío tengo" me respondió. "Lo que no tengo es un capote decente".

Otra de las vivencias significativas que experimenté durante aquellos años que pasé trabajando en el sur, fue la de haber conocido y en muchos casos entablado una singular amistad con muchos chilenos. Estos, en su afán de alagar me acercaban infinidad de datos históricos y una gran cantidad de bibliografía de toda índole, entre ellos recuerdo los trabajos historiográficos del profesor Vicuña Mackenna y la fructífera labor literaria de alto nivel intelectual realizada por la inolvidable Gabriela Mistral, y nuestro valiente poeta latinoamericano Neftalí Ricardo Reyes, inmortalizado como Pablo Neruda. Toda esta experiencia me facultó para que se me asignara el primer destino fuera de mi país, en territorio trasandino. Viejas cuestiones fronterizas contribuyeron a complicar el panorama y a demostrar que aquella no sería una misión sencilla.

Más allá de los Andes

Mi traslado a Chile fue bien recibido por muchos motivos, quizás el más importante haya sido el reconocimiento implícito a la tarea personal realizada en anteriores destinos, con lo cual la superioridad premiaba mi desempeño. Pero el principal fue sin ninguna duda, la maravillosa posibilidad que me daba el destino, de utilizar la misión como una forma de descanso en pareja. Nos trasladamos en un auto usado que compré con ese fin, y ya esa experiencia fue singular y reconfortante. Quedaban atrás intensas horas de estudio y labor docente que unidas a las obligaciones militares no me dejaban tiempo para llevar por buen camino una verdadera vida de hogar. No quisiera que esto se tomara como una queja pues en realidad aquella vida había sido elegida libremente. Me paso a mí como a tantos otros hombres que cuando su profesión muestra su verdadero alcance, logra transformarse en una pasión que le hace olvidar el aspecto de su vida cotidiana y familiar. "Potota" fue quien mejor supo de aquellas contradicciones y digamos también que fue la persona que más las padeció, aunque supo soportarme e incluso, a veces, con su doloroso silencio, ayudarme.

Para aquel viaje que encaramos con tanto entusiasmo y alegría, había comprado dos pistoletas, una para cada uno, con el fin de enseñarle a disparar a Aurelia aprovechando los largos trayectos de campos desolados por los que deberíamos atravesar. Aquellas horas de marcha por una ruta vacía donde de tanto en tanto nos cruzábamos con otro vehículo y donde los distintos verdes se sucedían sin interrupción, me recordaban mi niñez en la Patagonia y volvió a mí desde el recuerdo aquel instante que cambió mi vida definitivamente donde debí optar entre volver junto a mis padres en los campos del sur o quedarme en Buenos Aires adoptando para siempre aquella nueva vida urbana.

Más allá de los placeres que nos prometímos a nosotros mismos, en Chile nos esperó una tarea inmensa. El cargo que me habían asignado era el de agregado militar y aeronáutico ante el gobierno chileno, reemplazando al teniente

coronel Jorge Urdapilleta. Eran épocas difíciles, las relaciones comerciales entre ambos países se habían deteriorado día a día durante los últimos años, y había en carpeta diplomática dos temas de fundamental importancia. Uno estaba referido, y el problema persiste hasta nuestros días, al canal de Beagle, relacionado al litigio que ambos países mantienen por aquellas tierras australes. El otro se relacionaba con el futuro del ferrocarril trasandino, único medio de transporte entre ambas naciones desde 1905.

La animosidad del gobierno chileno para con la delegación diplomática argentina hundía sus raíces en el conflicto que había enfrentado a los dos pueblos hermanos de Bolivia y Paraguay. Aún estaba fresco en la memoria del continente el triste papel que nuestro país había jugado en esa contienda. El presidente chileno había dejado en claro que nada hubiera sucedido si las cancillerías de Argentina y Chile respectivamente hubiesen actuado en forma combinada para evitarlo. En opinión del presidente Arturo Alessandri y del historiador diplomático chileno Agustín Edwards, la política exterior argentina era por lo menos confusa y contradictoria. Ellos decían que si la solución estaba en un acuerdo surgido de ambos países andinos, entrometer en el conflicto a países que estaban lejos del área iba a llevar forzosamente a demorar sin fecha cierta la conclusión del problema. En este aspecto culpaban directamente a la persona del canciller argentino Saavedra Lamas, que en vez de resolver el problema en "familia", impulsó en forma poco clara la participación de los Estados Unidos, Brasil y otros países como árbitros de la situación. "No comprendo, -dijo Edwards- la política que sigue el doctor Saavedra Lamas, tan distinta de la que hemos conocido en la época del presidente Alvear, del presidente Yrigoyen y para ir más lejos, de Figueroa Alcorta, Roca y tantos otros que hicieron siempre de la franqueza, de la rectitud y del respeto a los compromisos internacionales, un verdadero culto". Era por demás lógico que no pudieran comprender nuestras actitudes en política exterior, esto se debía a que desconocían que las contradicciones y falta de transparencia tenían su origen

en una política igualmente confusa en el plano interno, sobre todo cuando estaban sobre el tapete los intereses nacionales.

A pesar de todo, la recepción que me brinda Santiago de Chile es inmensamente cordial, en particular en el ámbito militar. Tuve la satisfacción y el honor de enterarme que en el país trasandino conocían y utilizaban las obras sobre estrategia escritas para nuestro ejércitopor mí. El número correspondiente a marzo-abril de la revista "Memorial del Ejército de Chile", de 1936, incluye una nota de bienvenida acompañada de un retrato junto a mi esposa.

En los meses sucesivos nos relacionamos con muchos chilenos y nos hicimos de un núcleo bastante nutrido con el que practicaba toda clase de deportes, para lo cual nos reuníamos en el club "Ñuñoa", instalado en el barrio residencial de ese nombre. Allí también concurría Potota que había entablado relación con las esposas de mis amigos. Era corriente que le preguntaran por la salud de su cónyuge, el "che panimávida", que era el apodo que me regalaron.

Misión en Chile

Desde la distancia se ven mejor las cosas. Chile fue para mí, desde el punto de vista de la reflexión política nacional, un ángulo de observación distinto, desapasionado.

La abundante información llegada a los medios diplomáticos a la que se sumaba la nutrida relación epistolar con mis camaradas y amigos, hacían que, a pesar de la distancia, manejásemos un caudal de datos sobre la realidad argentina aún mayor que al que hubiésemos tenido acceso en nuestro propio país. Así, desde aquella perspectiva se hacía evidente la situación económico-social por la que atravesaba la patria. La incidencia británica en el gobierno de Justo era cada vez mayor. Inglaterra había logrado la creación de un Banco Central, siguiendo el modelo de Sir Otto Niemeyer, proyecto que ni los "cipayos" de la India se habían atrevido a adoptar. La política de entrega del patrimonio nacional,

instaurada desde el gobierno de Rivadavia, mediante la firma del convenio con la Baring Brothers, se consolidó en aquella década "infame" con una serie de medidas vergonzosas desde el punto de vista de la autodeterminación de los pueblos, siendo un claro ejemplo de esta afirmación aquel ultrajante tratado conocido con el nombre de "Pacto Roca-Runciman" del cual ya se han encargado de desenmascarar los historiadores con raíces populares. Sirva como ejemplo de toda esa década, las palabras de quien fuera vicepresidente de la nación y firmante de dicho pacto, el doctor Julio A. Roca hijo.

Mientras esto sucedía en la Argentina, yo, un poco sin saberlo, comenzaba a delinear lo que llegó a ser con posterioridad mi proyecto de unidad latinoamericana. En Santiago pude relacionarme con destacados políticos, entre los que se contaban Carlos Ibáñez del Campo, Arturo Alessandri y María de la Cruz. Con ellos reflexionamos largamente sobre la mejor estrategia para lograr la confraternidad de nuestra América Latina, esquivando los mesquinos intereses que desde siempre se habían opuesto a aquel ansiado proyecto. Un especial entendimiento se dio con Carlos Ibáñez, quien desde 1924 vivió, como oficial del ejército chileno, la experiencia que nosotros viviríamos tan solo dos décadas más tarde. Parte del pensamiento de aquel oficial y amigo pude recogerlo del pliego de peticiones que un grupo de jóvenes oficiales elevaron durante la primera presidencia de Alessandri, donde se incluía entre otras cosas, reformas en el ejército, creación de un impuesto a la renta, la elaboración de un código de trabajo y una gran cantidad de leyes de profundo contenido social e inocultable carácter transformador.

El destino quiso que aquellas reflexiones conjuntas, pudieran cobrar vida en ocasión de desempeñar Ibáñez la presidencia de su país, paralelamente a nuestro segundo período de gobierno. Así pudimos poner simultáneamente en funcionamiento medidas tendentes a un mayor acercamiento tanto en lo económico como en lo social y cultural.

Las amistades cosechadas durante aquellos años de

1936 a 1938, se mantendrían inalterables y robustecidas por una problemática y peligros comunes, que en aquellos complejos y difíciles años de entreguerra, tanto chilenos como argentinos debíamos enfrentar.

Algunas enseñanzas de aquellos años me fueron de suma utilidad en ocasión de desempeñarme como secretario de Trabajo y Previsión, donde pude poner en práctica, mediante los cambios pertinentes, varias de las ideas que en su momento habían inspirado la legislación social del gobierno chileno.

Considero que mi polémica labor en Santiago respondió a las expectativas del momento. No diría que me lucí, pero admito que las circunstancias inclinaron el fiel de la balanza a favor mío. A lo largo de aquellos años había establecido una serie de contactos profesionales con figuras relevantes del ejército trasandino. Desde el notable general Berguño Meneses, desde Sarrain a Preto, lo cierto es que tenía valedores en las instituciones armadas de Chile, y estos espíritus afines enmarcaron mis tareas dentro de un ámbito entrañable y de mutua y cordial confianza.

Sin embargo, apenas concluyó mi estadía, una serie de equívocos dieron pábulo a insidiosos comentarios tales como: "ha realizado tareas de espionaje y su alejamiento de Chile se debió al hecho de haber sido declarado persona no grata...". Nada más alejado de la realidad que esta afirmación aunque en honor a la verdad debamos decir que esta actividad de agregado militar en el exterior lleva ímplicita una tarea básica de trabajo de inteligencia. Sin ir más lejos con mis explicaciones, sólo puedo esgrimir en mi defensa la amistad que me unió a importantes figuras políticas del vecino país y con las que mantuve una fluida relación a lo largo de nuestros años de gobierno. ¡Al que echaron por espionaje fue a Lonardi, el camarada que me había reemplazado! Si yo hubiera sido espía, el gobierno chileno no me hubiese condecorado como lo hizo con la Gran Cruz del Mérito O'Higgins y el Gran Collar de la República de Chile.

De esos años data el resentimiento que malogró la franca amistad con Lonardi, mi sucesor en Santiago de

Chile. Mi conmilitón estaba casado con una hermana de los Villada Achával, calificados extremistas de derecha de la conventual Córdoba y que me atrevería a calificar como individuos prestos a cualquier tipo de aventura armada. Esta señora influyó para que su marido viese en mí al "chivo expiatorio" del desgraciado episodio que en realidad protagonizó el propio Lonardi. Cuando se trató de aclarar esta situación, no hubo justificación que satisfaciera a esta dama. Sobre todo, y como cuadra a la familia militar si su mujer no estaba de acuerdo. Entre las virtudes castrenses que adornaban el carácter un tanto atrabiliario de Lonardi, la influencia sobre su propia cónyuge brillaba por su ausencia, y no hubo más remedio que aceptar como hecho consumado aquel fatal desencuentro, nacido en las confidencias de alcoba y sin otra justificación que los chismes o rivalidades del momento.

Quince años después, cuando en 1953 retorné a Chile ya como primer mandatario argentino, surgirían, para desesperación de Ibáñez del Campo, nuevos desencuentros alimentados, ¡cuándo no!, por esos chismes cuarteleros que suelen amamantar al "partido militar" de todos los países y de todos los tiempos.

Acababa de recorrer Santiago, Valparaiso y Concepción en brazos de la multitud, con una mezcla de entusiasmo y fervor. En mi revista al Regimento de Caballería de Quillota, algunos oficiales recortaron el saludo reglamentario con una excusa baladí. Opté por pedir que no hubiera sanciones para tamaña necedad, propia de muchachos de clase alta chilena.

Al término de esa misma jornada me había comprometido a disertar en el paraninfo de la Universidad Católica. El decano pretendía que me explayara sobre el tema: "El escritor frente a los problemas de América". La prueba era temeraria ya que como militar había leído lo suficiente como para reconocerme con mayor condición intelectual que el común denominador de mis camaradas, pero eso no acreditaba lo suficiente como para montar en caballo ajeno. Entonces sucedió que una vez frente al auditorio, les dije: "No soy

escritor ni me codeo con las especulaciones del espíritu humano, advertí en tono resuelto, simplemente soy militar en comisión de servicios, por mi país y por representación del poder ejecutivo. Esta universidad la fundó un magistral polígrafo, Don Andrés Bello, y es la primera en la América Austral. No quiero ponerme a divagar sobre un tema superior a mi cultura, pues tengo demasiado respeto por los ilustres escritores y artistas chilenos, hablaré en cambio sobre lo que entiendo, la cultura y la justicia social, y la posición política del militar americano, con respecto a estas dos preocupaciones urgentes de nuestro continente. Los mismos que antes habían recortado su saludo, ahora se paraban para aplaudir.

La síntesis de aquella estadía en Chile, puede valorarse como positiva desde el punto de vista estrictamente personal. Puedo concluir que resultó ser una de las experiencias más ricas en lo que a la visión de América Latina se refiere. Pues allí, realizaría los primeros bosquejos de lo que iba a ser más adelante. El A B C de la integración socioeconómica de nuestros países. Pero además, existió una gratificación personal muy importante, fruto de este viaje. Creo haberlo dicho muchas veces, porque realmente fue así, si no hubiese sido argentino, me hubiera gustado nacer chileno. En ningún otro país me he encontrado tan a gusto como en Chile, a ninguno le he dedicado tantas horas de estudio y de serio examen de sus problemas. Chile me ha compensado con creces los sacrificios que importó sostener contra viento y marea una política de identificación y solidaridad continental. Yo siempre he creído corresponder con una conducta correcta, ligada directamente al dictado de nuestra mejor tradición histórica, que debe servir para algo más que para invocarla en academias y en los torneos oratorios. Claro, es natural que este sentimiento sea producto de algo vívido, nada es casual. Colaborarán a fortalecer ese sentimiento, los amigos que coseché en mi primer contacto chileno, cuando en 1936 tuve el honor de ser nombrado agregado militar ante el palacio de la moneda. En Santiago me sentí como en mi casa.

En marzo de 1938 regresamos a Buenos Aires. Desgraciadamente, Aurelia ya había sido atacada por un mal implacable. De todas formas, la enfermedad se mostró en toda su fuerza, recién después de haber llegado de Santiago, donde Potota había celebrado sus treinta años.

En julio, su salud empeoró y fue operada en un sanatorio céntrico, pero de nada valieron los esfuerzos de la ciencia. El 10 de setiembre murió, dejándome en el desasosiego más grande que hube experimentado hasta ese entonces.

Su hermana María y sus más íntimas amigas, Luisa de Martini y Nancy de Fasola Castaño, tiempo después me confesaron que Potota vivió sus últimos días preocupada por la soledad en la cual me dejaría y totalmente despreocupada y alejada de su propio drama. Sucedió que al verla muerta, mi alma reconoció el terrible mal que significa la pérdida. Diez años de matrimonio habían afianzado una gran amistad, un amor desinteresado. Sentí ese día, creo que por primera vez en la vida, el sabor de lo irremediable, la desesperación de quien tiene las manos atadas. El miedo a la soledad o a la mala compañía. Todo lo tapé con exceso de trabajo, no quería pensar en ella. Ocupaba mi cabeza con muchas cosas, pero andaba a los tumbos.

Mis funciones en el Círculo Militar, se amplían en esa época, quizá por una decisión atinada de la superioridad, que no me veía en condiciones. El trabajo se proyecta dentro de la Subcomisión de Instrucción y Publicaciones. Allí mi labor intelectual no se interrumpe. La Academia Nacional de la Historia incluyó en su boletín mi trabajo sobre "La idea estratégica y la idea operativa de San Martín en la campaña de los Andes", que para este fin lo amplié y corregí.

Aquel viejo profesor, Ricardo Levene, a la sazón presidente de la Academia, se encontraba por entonces trabajando en la preparación de lo que sería su Historia de la Nación Argentina. Habiéndome tenido como alumno y conociendo alguno de los trabajos por mí realizados, me encargó varias investigaciones que tratarían sobre la defensa de la frontera norte, entre ellos el controvertido tema de

la labor de Belgrano en situaciones históricas claves como los casos de Vilcapugio y Ayohuma; Puerto del Marqués; Sipe Sipe. Y también la labor sanmartiniana en base a los temas de la independencia de Chile, Chacabuco y Cancha Rayada, Maipú, y la interacción del general Güemes en la guerra del norte. Sin embargo, mi situación emocional me impidió realizarlos y fui reemplazado por dos historiadores militares, Leopoldo R. Arstein y Emilio Loza. Ideológicamente me sentía más cerca del coronel Enrique Rottjer y fue un honor que apareciese en la biblioteca del oficial mi obra "Las operaciones en 1870" que escribimos juntos y que trataba sobre la guerra franco-prusiana, donde nos propusimos analizar las estrategias sobresalientes del conflicto.

Otra de las experiencias que me permitieron aliviar el dolor fue la realización de un viaje a la Patagonia con el coronel Sanguinetti y el capitán Heraclio Ferrazzano. Recorrimos alrededor de 18.000 km desde Comodoro Rivadavia, donde llegamos en barco, hasta los lugares más insospechados por la imaginación humana. Este afán por la naturaleza que tenemos algunos hombres transforma lo que para la generalidad no deja de ser un simple esparcimiento, en una salida que mayormente se torna en un retiro espiritual. La soledad y el paisaje conformaron la mezcla apropiada para que yo consiga un poco de serenidad. La ayuda de mis camaradas, que supieron estar y no estar según los momentos de ánimo por los que pasaba, fueron de gran ayuda.

Cuando regresamos del sur cuál fue mi sorpresa al enterarme de que el ministro de Guerra, general Carlos Márquez, me ordenaba viajar a Europa para estudiar la situación política. En menos de dos semanas tenía que preparar el viaje. A esta altura de los acontecimientos ya no sabía si me estaban ayudando a olvidar aquel desgraciado momento que me había tocado vivir o si trataban de quitarse de encima un pesado e insobornable crítico de aquel desbarajuste. En cualquier caso, yo traté de sacar un mínimo partido, primero elegí Italia como destino; segundo, pedí que no se dispusiese mi regreso aunque Italia ingresara en la

contienda. Quería ver de cerca la actitud de ese país y la transformación del carácter de su gente cuando tuviesen que tomar una actitud tan tremenda.

Por otra parte fui conciente desde un primer momento de que mi alejamiento, al igual que el de muchos otros, permitiría el libre desempeño de aquellos sectores que al igual que en 1930 sólo buscaban beneficios personales por medios inescrupulosos. El liberalismo con su concepción del éxito personal y su particular proyecto de país imperaba en la Argentina y todos se "afanaban" por llegar más arriba aunque al mismo tiempo se hundiera la patria. Aquellos que en 1930 habían recibido un impulso que los elevó a las más altas magistraturas, se enceguecieron de poder. Cosa lógica en hombres que nunca habían trabajado para llegar allí. Aquéllos representaban un verdadero grotesco en su borrachera de poder. Cuanto más alto iban más se envilecían y nunca recordaron el ejemplo del cóndor, símbolo de América, imagen que los políticos deberíamos tener siempre presente porque se trata del ave que vuela más alto y no se marea.

Misión en Italia

Habían dispuesto mi pase a Europa. No sé realmente cómo hubiera tomado la noticia en otra circunstancia, lo cierto fue que, un viaje así y de esas características, venía muy bien para un espíritu alicaído como el mío. Había fallecido recientemente mi esposa Aurelia. Mi querida Potota había padecido en silencio y durante mucho tiempo un terrible mal, cuando falleció y ante el hecho irremediable frente a mí, comprendí de golpe muchas cosas y me sentí culpable de la mayoría de ellos. Sus largos silencios cuando estábamos juntos, su mirada triste casi permanente, su soledad, su comprensión, su segundo plano resignado. Hoy, si estuviese a mi lado le diría gracias, porque supo ser una digna mujer para una digna tarea; pero también le pediría perdón, por no haber advertido durante diez años

todos los actos que me brindaba producto de su amor, y por no haber aprendido durante todo ese tiempo que la mujer posee una misión en sí misma, aunque a veces por amor la resigne, y la inmole ofrendándola al hombre, con una abnegación que bordea lo sublime.

Lo cierto fue que de buenas a primeras me encontré dentro de un barco y a la espera de zarpar. Habían venido a despedirme, como es natural, infinidad de amigos. Descalzo, Ferrazano, con quien había viajado miles de kilómetros por la Patagonia y teníamos infinidad de anécdotas comunes. También estaban las chicas más amigas de Potota, que como yo, aún no se resignaban a aceptar la desgracia.

El destino era Italia, no por imposición, me lo dieron a elegir entre varios países y yo elegí Italia. Era algo personal, no podría haber elegido otro país que no fuera ese, además, hablo italiano casi tan bien como el castellano ¡A veces mejor! Ese día también se hizo presente el padre Antonio D'alessio, que era cura párroco de la iglesia castrense de Nuestra Señora de Luján, rodeado de una veintena de chicos. Fue una gran alegría dentro de todo. Ellos me devolvían el recuerdo de los domingos hermosos que entre risas y bromas, Potota y yo pasábamos con los chicos: jugando o practicando un deporte o bien proyectándoles películas de dibujos animados. Había venido a despedirme especialmente también la esposa de Fasola Castaño, Nancy, quien me pronosticaba que volvería casado del viaje. Su esposo, al enterarse de mi nuevo destino y sabiéndose gravemente enfermo, me había mandado llamar a su casa para darme lo que él bien suponía, su adiós definitivo. Sin embargo a cuanta gente di ese día mi adiós definitivo y nadie, incluyéndome, lo presentía. Cuántas veces durante el viaje, hilvané recuerdos desordenados, mirando por la baranda de proa, y cuántas fueron las imágenes y cuántos los sucesos que pasaron por mi cabeza. Será otro país el que encontraré a mi regreso, pero sería otro Perón quien volvería.

El "Conte Grande" me alejaba de mi tierra, pero yo permanecía allí con mi pensamiento. Digo ésto porque muchas veces se habló respecto a mi alejamiento forzoso de

la realidad argentina, a manera de sacarme de encima. En realidad éramos muchos los disconformes con la situación política y ese año alejaron a varios "molestos", digamos que yo fui uno de ellos, pero no era el cabecilla ni mucho menos.

En general, la oficialidad compartía un mismo sentimiento. A todos nos preocupaba por igual el grado de influencia británica en el manejo de la cosa pública, para más, la situación internacional extremadamente tensa, impulsaba fuertemente al imperialismo inglés a granjearse el apoyo de los gobiernos títeres de las factorías latinoamericanas. Sobretodo el Río de la Plata, que tanto empeño puso históricamente para lograr ser tenido en cuenta como orgullosa colonia. Cierta vez, un 25 de mayo, un grupo de alumnos se acercó a preguntarme sobre el real significado de la fecha para el ejército argentino. Yo les respondí que así como cada órgano del cuerpo se justifica ante los demás de acuerdo y según como realiza la función que le compete, la institución Ejército es un órgano dentro de la Nación y su responsabilidad es la de responder atinadamente frente a todo tipo de estímulos que recibe de la sociedad en la que participa. Si decimos que el ejército nació con la patria, quiere decir que nació junto con la conciencia política de la patria y su respuesta entonces debe ser acorde con el sentimiento popular. En eso, advierto que uno de ellos estaba tan perfumado que era fácil acertar cual de los chicos era. Entonces lo miro y le pregunto: ¿Usted va a visitar a su novia no? Ante la risa generalizada les digo: ven, los países son como los perfumes, los que tienen un ejército auténticamente popular y luchan por la independencia, perciben el aroma de la libertad y la autodeterminación. Los otros en cambio, son simplemente una colonia barata.

El presidente Ortiz no era precisamente un militante nacionalista ni un político antibritánico. Todos los oficiales más reflexivos, que nos considerábamos con ideas avanzadas, producíamos temor en los medios financieros, que después de todo y por sobre todas las cosas, eran los verdaderos dueños de la situación. No obstante, el ministerio de Guerra me envió en viaje de estudios pero con la precisa

orden de que obtuviese información cabal de ese proceso sangriento y apasionado que sería la guerra. Recorrí con ese fin, durante el lapso que duró mi estadía, tres veces el país en forma completa y también realicé incursiones por los países fronterizos. Es maravilloso sentir el caudal de riqueza intelectual que se junta dentro de uno con el trato de personas de diversas nacionalidades. La guerra vista por sus propios contemporáneos, es un mensaje suficientemente desgarrador, como para transformarme en un ser humano decididamente pacifista para el resto de su vida. En ese momento uno descubre por qué el mundo entero rechaza la violencia de manera tajante. La cruda y descarnada visión bélica es la imagen más clara de salvajismo humano, donde la muerte por ejemplo, pierde repentinamente su hondo sentido conmovedor para ser una actitud vulgar y cotidiana de natural y continua convivencia.

No era yo el único oficial instalado en Italia, también habían "instalado" allí a otros oficiales de menor graduación. Era el caso de Jalabert, del arma de caballería, Maidana, de ingeniería, Nazar, de artillería, quienes se habían incorporado a un regimiento de Alpinos y vivían con sus familias en Bassano, en el propio Véneto. Estuve con ellos algún tiempo y después me incorporé al estado mayor de la división alpina, y me fui a vivir a Merano, en el Trentino Alto Adigio, cerca de Bassano. Con ellos conversábamos de continuo sobre la situación mundial, la italiana y la argentina. Todos estábamos convencidos de que nos hallábamos en el epicentro de la tormenta.

Italia se encontraba en pleno proceso fascista, a partir de que Mussolini emprendió la "Marcha sobre Roma", en aquel 1922. Se inició por entonces, un nuevo experimento político y social, complementado posteriormente con el expansionismo territorial. En 1936, Italia había invadido Abisinia y el Duce proclamó a Víctor Manuel III como emperador de Etiopía. En mayo de 1939, Italia firmó un pacto con Alemania y a partir de ese momento, quedó ligada a su suerte, al destino del régimen germánico. Un año después, Italia entrará en la guerra, siguiendo los pasos de su aliado.

Para mí, ese experimento tenía un gran valor histórico. De alguna manera, estando allí, uno se sentía intuitivamente en el futuro. Si había algo de elogioso en el régimen que no fuera simplemente la política social a la que estaba abocado decididamente, eso era el impulso que le habían dado a las labores intelectuales. Comencé a preparme sistemáticamente en cuanto curso importante aparecía. Siempre me gustó la economía política, por ejemplo, y en Italia la he estudiado bastante. También pensé que los italianos tenían los mejores economistas, de otro modo, no podrían vivir más de sesenta millones de italianos en cuatrocientos cincuenta mil kilómetros cuadrados, ¡y vivir bien! Recuerdo que realizábamos cursos tan buenos como intensivos, y muy bien organizados: seis meses de ciencia pura en Turín y seis meses de ciencia aplicada en Milán, a los que asistí regularmente y donde aclaré muchas dudas. Los italianos estaban haciendo una disección del sistema capitalista y tenían todos los trucos estudiados.

Decía que todo esto me aclaró bastante bien el panorama porque me permitió observar el proceso europeo sin ningún prejuicio. Aprendí por ejemplo, que en tiempos de paz, hay como una bruma de convencionalismo pacifista que oscurece el panorama: pero cuando se aclara la guerra todo aparece descarnado en sus intereses, sus dramas y en sus pequeñas y grandes cosas.

La majestuosidad de los Alpes es tal, que una vez allí y después de los primeros días de adaptación, uno se siente como parte de aquel milagro. Mientras viví en Merano, pertenecí a la División Alpina Tridentina, bajo el mando del general Santavita. Participé en varias maniobras de la división y conocí en ese lapso al Marqués Incisa di Camerana, oficial alpino que luego se radicó en la Argentina. Era un grupo de gente maravillosa imbuidos de un alto espíritu de soldado, propio de aquellos que se sienten triunfadores. Muchas de las canciones militares terminaron en boca de toda la población, lo que muestra el alto fervor popular de los acontecimientos y la auténtica extracción nacionalista de los cuadros del ejército. Yo aprendí muchas de ellas, parti-

cipé de aquel calor inmenso que reserva la Patria para quienes se sienten partícipes del mismo destino. A menudo cantábamos una que decía así:

Sul cappello che noi portiamo
ce una lunga penna nera
che a noi serve di bandiera
su pei monti a guerreggiar. Oi la-la...

Cuando entrábamos en algún pueblo cantándola, la gente nos acompañaba con su voz y vivaba al Duce... ¿Habría otra cosa más popular?...

Cuando Eva realizó su viaje a Europa en 1947, mis antiguos camaradas en las guarniciones alpinas la agasajaron no como embajadora argentina sino por ser mi mujer. Los italianos tienen un don indiscutible que, por suerte, nosotros lo hemos heredado, el gran espíritu fraterno y el hermoso recuerdo de sentirse compañero, el que durante muchos años y a pesar del paso de éstos, permanece vibrante. Ya en 1954, en la quinta de Olivos, tuve la satisfacción de recibir a delegaciones de alpinos con quienes reconstruimos viejos episodios vividos entre aquellos años de 1939-40.

Cuando Francia entró en guerra, todos los integrantes de la comisión permanente de adquisiciones militares se trasladaron a Italia. El general Pistarini, acompañado por Sosa Molina, Bertollo, Solís y Cazalás, se encontraron conmigo. En Turín, posteriormente, nos unimos a los vicecomodoros Roberto Bonell y Pérez Aquino. Para esa época se rumoreaba que la Argentina era pro-Eje y la prueba de ello eramos nosotros, que andábamos por Italia, según nuestros infamantes, "regocijándonos con el dolor de los aliados". Reconozco que me deslumbré con la personalidad de Mussolini, pero tengo la serena tranquilidad de espíritu para sostener que, nunca me "enamoré" de él.

Pero evidentemente había en Italia un fervor nacionalista incontrastable, azuzado por dos elementos fundamentales: la personalidad avasallante del latino, hija del temple tenaz de las tres grandes civilizaciones que sembraron la

personalidad del italiano y la firmeza del carácter germano que como llamarada permanente irradiaba a toda Europa, dejando una estela de calor irresistible entre adictos y enemigos. Alguien podrá decir que peco de parcial con mis palabras; pero, sin embargo, no tenemos más que volver la vista atrás, para recordar como la vencedora de la Gran Guerra y primera potencia militar de la época, sucumbió y quedó eliminada posteriormente a partir del resurgir alemán y de sus intensivos preparativos militares. Es evidente que la gran desorganización interna de Francia, desde mitad de la década del 40, la llevó a descuidar su preparación para la guerra, a pesar de ver claramente el peligro que la amenazaba. Eso fue hábilmente aprovechado por Alemania, que le hizo pagar caro su error. Se argumentará que Inglaterra tampoco se encontraba preparada para la guerra y que, a pesar de ello tenía muchas mejores perspectivas de éxito. Sin embargo, hay que recordar que en el Canal de la Mancha, que felizmente para ella la separa del continente, reinó siempre, su aguerrida flota, impidiendo el desembarque del ejército alemán.

Por eso que, en realidad, en el tema de la guerra no es sólo la violencia la que subyace o la estrategia la que dirime; existe también el alto acatamiento de la idea, de la firme convicción del Ser Nacional. Este criterio permanece en todo hombre, se instala debajo de su propia existencia y está por encima de cualquier necesidad.

Primero la Patria. Este principio corrió por toda Alemania como fuego inextinguible y forzosamente se extendió por otros universos culturales. Llegó a Italia y se quedó para siempre. Como una manera de revalorizarse a sí mismo, el pueblo cantó con fervor loas a la Patria, a esa entelequia colectiva que es sólo buena y poderosa cuando está pensada por un pueblo que se siente ganador; y que es humilde, enferma y a veces hasta bastarda, cuando la gente se siente miserable, pobre, sin futuro, y claudica de inmediato ante cualquier accidente cotidiano.

Por todo lo antedicho, no es difícil suponer por qué el pueblo salía a la calle a cantar con nosotros y a saludarnos

con fervor; nosotros éramos parte de esa gente y ellos veían en nuestros uniformes, representados todos los atributos propios de la virilidad, de la juventud, de la sabiduría, de la palabra verdadera y, sobre todo, de la razón.

Al mismo tiempo, en Turín tomé contacto con sindicalistas que me explicaron sobre la organización del movimiento obrero, sobre el funcionamiento de las comisiones internas de las fábricas, que constituían un adecuado instrumento para las armónicas realizaciones entre capital y trabajo. Observando a esa gente, al trabajador, al hombre común, me nutrí de las más ingeniosas muestras de sabiduría popular, inagotable fuente de profunda filosofía que aprendí también desde entonces a recurrir en los sucesivo. En la zona del norte italiano, por ejemplo, había una serie de cánticos en contra del ejército austríaco que contenían una innegable firmeza nacional. Uno que recuerdo decía así: *"E meglio vivere un giorno da leone che cento anni da pecora"* (Es mejor vivir un día como león que cien años como oveja). Pero no sólo este tipo de saber es apacionante en la península itálica, lo popular y lo culto, llevan allí el sello inequívoco de lo excelso, porque desde las obras de Leonardo y Miguel Angel, hasta los escritos del historiador y filósofo menos conocido, existe la misma partícula inconfundible del sentimiento popular y del orgullo cotidiano.

El Duce había dicho ya que los italianos no podían ser engañados más con doctrinas absurdas y criminales. Sostenía que la esencia del fascismo era antimediocre y antinivelador, y que el pueblo no merecía escoger entre las teorías brumosas, antivitales y antihistóricas, porque el pueblo se da cuenta de la verdad, toma la vida como un combate. Y está dispuesto a morir cuando la idea llama y resuena la campana de la historia. ¿Es posible afirmar que una sola persona puede dominar la psicología de todo un pueblo? Yo me niego a reconocerlo porque ello significaría admitir que la conciencia popular no existe. Yo, en cambio, estoy convencido de que un dirigente es sólo un emergente de la sociedad, no cualquier emergente, porque para serlo hay que poseer dotes innatas; pero estoy seguro de que el carácter de jefe lo

lleva a que se transforme en un gran ordenador, un hacedor de las necesidades populares, la persona justa en el justo momento, no un incapaz, porque ese no trasciende. Es el emergente capaz, pero emergente al fin, de un pueblo que quizá no lo elige, pero que seguro lo estaba esperando. Por muchas razones, un pueblo acepta un líder: por trayectoria, por valentía, o porque simplemente es un gran hacedor. Todavía resuenan en mí, palabras que escuché pronunciar de sus propios labios, en una entrevista personal que me concedió: "Los hechos son siempre más elocuentes que los discursos. Recuerda, me dijo, que el hierro de las espadas y de los arados, vale y valdrá siempre más que las palabras".

La Italia esplendorosa de aliento vibrante y permanente, está aún hoy en sus calles y después de tanto tiempo. Roma sigue siendo la ciudad por excelencia. Madre de ciudades, de la historia, sólo se asemeja a una gigantesca estructura de la memoria, construida ex profeso para recordarnos nuestros antecedentes.

En el momento de organizar la Operación Retorno, después de casi dieciocho años de exilio, elegí Roma como punto de partida del viaje y durante el lapso que transcurrió desde mi arribo hasta la vuelta a la Argentina, rememoré aquellas otras jornadas vividas treinta años atrás. Todo, cada lugar que recorría me encendía un recuerdo. ¡Pensar que llegué a Italia como observador independiente y no pude evitar tomar partido al poco tiempo! Es que siempre valoré por demás la idiosincrasia popular, siempre me pareció que no podía ser que mucha gente marchase confundida hacia el mismo lado durante tanto tiempo, sin advertir algún error en su proceder. O es propio de una locura general que subyase en el inconsciente colectivo, o se debe definitivamente a que la masa se encuentra íntegramente representada en esa política. En este caso también tiene una implicancia importante en el inconsciente colectivo, pero en lugar de realizar el análisis por el lado negativo, se concebiría esta interacción pueblo-líder como una experiencia netamente positiva. La imagen de ese hombre es arquetípica; es la imagen del hombre que manda, del hombre que decide,

que lucha y persiste en favor de concretar un ideal colectivo. Ese hombre de valores que no se negocian, es perfectamente conciente de poseer la confianza inmaculada del pueblo, y defraudarlo significaría, no sólo su ruina personal sino también, y sobre todo, la debacle generacional de la sociedad.

Después de tantos años con Plutarco debajo del brazo, la estadía en Roma me encendió la memoria. Los paseos por la ciudad, por el Foro Imperial, el Coliseo, el Capitolio, las Termas de Caracalla, en fin, cada costado de la ciudad era una página de la historia romana. Todas las imágenes de la Roma Imperial se mezclaban con la de la época del Resurgimiento y, a la vez, se cruzaban con la propaganda multiplicada de los mensajes fascistas. Las tres épocas estaban hablando de un tema común, todas clamaban por el espíritu de la nacionalidad, por el "Ser Romano", y esa muda convocatoria que expresaban las paredes, estaba reflejada también en el ser humano de carne y hueso. La vida y la posteridad se daban la mano, y juntas hacían andar, con un mensaje contemporáneo y actualizado, la permanente idea de la inmortalidad de la virtud.

Tuve oportunidad de estar frente a frente, y conversar con el Duce. Fue en Milán, y no sabía que podía atenderme tan rápido, ya que había transcurrido poco tiempo desde el pedido de audiencia. Verlo así, por primera vez, me impresionó sobre manera. El estaba de militar, pulcro y cortés, tenía toda la imagen de un semidiós de la mitología romana. Yo se lo dije y le afirmé que me sentía emocionado y confundido, para no andar aclarando que en realidad tambien me temblaban las piernas. El levantó la vista y me miró a la cara diciendo: "Cada día más seguro estoy que como esta situación política se mantenga así, seremos muchos los que vamos a contribuir a extender la mitología". Mírenme a mí sino, ya soy un mito viviente. Con decir solamente que fui un antiguo agitador socialista, ya va a ver tela para cortar suficiente, para escribir varios libros; por otro lado, no sólo mi imagen personal contribuyó al éxito del proceso, al cariño del pueblo lo ayudamos bastante con la propaganda en la

calle. Veamos, sino, la cara del Duce en todas las paredes. Fotografías en diarios y revistas, tocando el violín, practicando esgrima, arengando a las multitudes con el torso desnudo, desfilando a caballo, besando a los niños, trabajando con los obreros. En fin, la publicidad, uno de los tantos recursos de las democracias liberales, pero tan útil. Vio, aprendí de viejo que hasta de lo inservible puede uno sacarse provecho, con imaginación y habilidad, a veces ni siquiera con inteligencia, hasta las armas del enemigo pueden disparar en contra de éste.

A partir de ese momento seguí de cerca las acciones del gobierno, comparándola con sus contradicciones ideológicas internas. Conversábamos de esto con varios argentinos: los tenientes coroneles Campero y Zucal, y con los oficiales que habían sido alumnos como Pérez Aquino y Jalabert.

Llegué a pedir autorización por intermedio de Virginio Zucal, que era agregado militar argentino en Roma, para visitar el frente de batalla en la frontera greco-albanesa, pero la petición fue denegada.

En dos ocasiones me encontré con Gonzalito, Enrique P. González, que estaba destacado en Alemania. Con él caminábamos sin descanso, comentando los sucesos políticos argentinos. De esa forma llegábamos a conclusiones fundamentales que posteriormente me tocaría ampliar en el gobierno. Afirmábamos, ya en ese entonces, que sólo por el camino de la independencia económica podría un país afianzar su soberanía. La autodeterminación, sin apelar a ninguna receta extranjera, sería para la Argentina el método más eficaz. Para la misma época ya me carteaba con Farrell y a él le hacía extensivo mi pensamiento y mi preocupación por la imagen calamitosa que daba en el exterior la democracia fraudulenta de nuestro país. En esta época diría, ya estaban los atisbos del movimiento militar de 1943. La impresión más grande y la sensación más fuerte que me daba el gobierno argentino era de vergüenza ajena. Sobretodo por los civiles que nos representaban en el exterior como funcionarios. Seguía siendo costumbre en nuestro país,

destinar al cuerpo diplomático a personas de representación social o de suficiente abolengo y, a veces, a algunas que es conveniente alejar para que cumplan medianamente su función en el extranjero. Recuerdo que una vez estaba en Roma, en 1939, y oí a un diplomático argentino que en la embajada habló mal de Italia durante media hora, cuando terminó, habló otra media hora contra el gobierno argentino; y entonces le pregunté: "Oigame señor: ¿a usted lo han mandado a Italia para cumplir una misión diplomática o le han encargado arreglar el problema italiano?

Menos mal que yo me seguía ocupando de aspectos típicamente militares. Como había estudiado especialmente los aspectos estratégicos de la Primera Guerra, me interezó mucho la visita al campo de batalla de Tannenberg, estuve allí con los oficiales alemanes en Loebtzen, frente a los rusos que estaban en la línea de Kovno-Grovno; eran amigos, todavía no había estallado la guerra entre ellos, y me llevaron a hacer unas incursiones por el interior de sus propias líneas, tomé una experiencia directa e irremplazable en todos los lugares. Yo conversaba con los oficiales alemanes un poquito en francés, otro en italiano. A veces chapurreaba algo de alemán, pero ese idioma solo el diablo y los alemanes pueden hablarlo. También me interné bastante en la Unión Soviética por intermedio de vehículos militares; y desde Italia viajé también a Hungría, Francia y la costa Dálmata, antes que los sucesos se aceleraran. El día que Benito Mussolini en la Plaza Venecia, declaró la guerra a las plutocráticas y reaccionarias democráticas de occidente, yo estuve entre la muchedumbre y escuché con atención sus palabras cuando dijo: "En un encuentro memorable en Berlín dije que de acuerdo con las normas de la moral fascista, cuando se tiene un amigo se va con él hasta el final. Nosotros hemos hecho y deseamos hacer ésto con Alemania, con su pueblo y con sus victoriosas fuerzas armadas". A partir de ese momento, los militares argentinos nos encontrábamos integrando ese grupo de estudios, en un país en guerra. Esa misma noche, mientras caminaba por el "Corso Umberto", por el centro mismo de Roma, camino a

mi casa, comenzaba ya a reflexionar sobre los "corsi e recorsi" de la historia que justamente en esos días había estado estudiando de la obra genial del gran historiador Giambattista Vico.

Por sacarme de Buenos Aires... Mendoza

Regresé a la Argentina con un panorama bastante claro de lo que estaba aconteciendo en el mundo. No se trataba solamente de una guerra mundial; la historia seguía su inexorable curso, sólo que ahora lo hacía en forma descarnada que le imponía el desarrollo capitalista mundial. Había un proceso de evolución que tan pronto como terminara ese conflicto, cuyo fin era fácil de prever, seguiría su curso.

Aquel tiempo en Europa, me había permitido crear un cuerpo de ideas sumamente sólido respecto al movimiento de los países en el contexto internacional y a las nuevas relaciones de poder que se estaban gestando; sin embargo, nuestro país parecía vivir al margen de aquella realidad.

Yo sabía perfectamente que lo que había ocurrido en Europa, se repetirían diez o quince años después en la Argentina. En este sentido, creo que el Viejo Continente será por siglos la cabeza y el centro del mundo. Los americanos tendrán un mayor adelanto científico o técnico, pero sin duda el proceso humanista pasa por allí, por Europa.

Llegé a Buenos Aires con una terrible ansiedad por compartir con mis camaradas las nuevas ideas y teorías que en el campo social se estaban poniendo en marcha en Italia, bajo la dirección de la portentosa figura de Mussolini. Sin perder un solo día comencé a dar una serie de conferencias profesionales, pero siempre en círculos relativamente cerrados y sin sacar los pies del plato -como solemos hacer los militares- que todo lo hacemos en secreto, pero un secreto que suele ser a voces.

Al término de esas conferencias, resultó que para el sector cavernícola que siempre tienen los ejércitos, yo era una especie de nihilista, ¡un socialista que llevaba una

bomba en cada mano! Bueno, las cosas ya estaban dichas, ahora sólo quedaba esperar la respuesta de quienes no podían imaginar siquiera el hablar de otros intereses que no fueran los propios. Lo que había dicho, era la verdad tal y como la veía y había sido escuchado por un núcleo de oficiales que presentaba una formación cultural un poco mayor que la media predominante entre la oficialidad que, digamos, ya de por sí no sabe mucho. Hasta aquí había llegado. Muy gentilmente me pegaron una estampilla y como Director del Centro de Instrucción de Montaña, fui a parar a Mendoza. De esta manera me habían sacado de Buenos Aires. Lamentablemente para toda esa caterva de vendepatrias, yo ya había dicho lo que tenía que decir y hubo un reducido grupo de hombres que habían comprendido el mensaje y comenzarían a trabajarlo. En este punto y casi sin pensarlo, empezaba a tomar forma una idea que se transformaría en realidad casi dos años más tarde.

Ya en Mendoza, me alojé en el domicilio del doctor Pedro B. Baldasarre, gracias a la gentil recomendación de un distinguido militar, el mayor Pastor Baldasarre, hermano del primero. Durante el tiempo que estuve alojado allí pude conocer a un nutrido grupo de personalidades de la sociedad mendocina, periodistas, oficiales de la guarnición, destacados políticos del momento y muchos doctores con ambiciones no muy claras. Así fue que tuve oportunidad de conocer al doctor Godoy y los hermanos Jorge y Felipe Calles, Millán, Lencinas y muchos otros que en aquellas cómodas tertulias arreglaban la provincia... y algún que otro negocio personal.

En ese lugar sólo pasé un breve tiempo para luego mudarme a una casita que alquilé en la calle Perú. Necesitaba tranquilidad para pensar y reflexionar sobre muchas de las ideas que Italia había hecho surgir en mí. Seguía dando forma a un pensamiento donde los temas políticos y sociales ocupaban crecientemente mi atención y donde las lecturas de Beveridge, Laski y Mash, me servían como apoyatura teórica.

El tema que ocupaba por aquellos años a los políticos,

claro que con distintas intenciones, era la "cuestión social". Estos no se paraban ante ortodoxias acartonadas, y todo el andamiaje de la política oligárquica y fraudulenta estaba siendo cuestionado en forma irreverente por trabajadores que "nada sabían de política" pero que sabían mucho de viejas necesidades postergadas.

Yo había tenido la suerte de estar en Europa en el año 1941 y de haber recorrido gran parte de aquel continente profundamente convulsionado. Me había dedicado especialmente a estudiar los fenómenos sociales que allí emergían con toda su fuerza y en su manifestación más descarnada. Si me dediqué a aquel aspecto de la realidad europea fue porque quizá marcado por mi particular origen y habiendo tenido que soportar más de un estigma de una sociedad pacata y un ejército donde la cuna contaba más que la inteligencia, hacía años que venía intuyendo que el futuro del mundo habría de tener un carácter eminentemente social. Los gobiernos debían ser cada día menos políticos y más sociales.

A mis interlocutores mendocinos les hice saber que Chile nos llevaba una ventaja de veinticinco o treinta años en la organización del trabajo. Y cuando les comentaba que ellos ya habían encarado las cuestiones de la asistencia social, del salario mínimo, salubridad y descanso, trataban de descalificarme diciéndome: "...seguramente usted no subestima los frutos de la experiencia europea". Para aquellos hombres que "vivían de la política", todo lo que se dijera a favor de lo social sólo podía provenir de un comunista o de un fascista. De nada me sirvió aclararles que no me dejaba obnubilar por aquella experiencia italiana y que, por otro lado, no eran aplicables a nuestra realidad, ya que los factores que condicionaban la realidad europea carecían, por el momento, de significación entre nosotros.

Aquellos hombres sólo veían trabajadores que amenazaban sus privilegios y cuestionaban "su" democracia. No podían imaginarse el drama de países superpoblados, sin espacios vitales, carentes de materias primas, con una autarquía bastante aleatoria como para darse cuenta de que los

problemas que por entonces afligían al europeo no hubiesen tenido sentido en nuestra América.

La crisis argentina obedecía a cuestiones más simples, pero para ellos, mucho más peligrosas, pues se trataba de factores más hondos y sustanciales, aquí debíamos rescatar a los que sufren y entre estos a los más humildes. Los trabajadores criollos poseían la madera que se necesitaba para construir un país nuevo, un país sin privilegiados ni oprimidos. ¡Pero era al pedo!, a los liberales aquello les sonaba a herejía.

La vida provinciana en Mendoza me dejó tiempo para reflexionar sobre temas históricos, pero más específicamente, sobre la historia como disciplina imbuida de una fuerza viva, que nada tenía que ver con la historia que se nos vendía. En algún viejo cuaderno de aquella época había anotado: "Deberíamos evitar la crónica, la aridez del dato o del pormenor intrascendente, para fijarla en grandes principios dinámicos donde la vena popular encontraría el ejemplario más cabal y completo que pueda concebirse. No sé por qué debemos seguir negando que la Patria se hizo a punta de espadas, o que a los casacas negras les importaba un bledo la suerte del país con tal de que salieran a flote sus ideologías...". Mendoza se constituyó en el lugar ideal para, junto a algunos oficiales con cierto nivel de politización y similares inquietudes, desarrollar una profundización en el estudio de la realidad nacional, cada día más caótica y compleja.

En este punto sería bueno recordar algunos cambios que se habían producido en el gobierno y el ejército. En el año 1938, Ortiz recibió el mando de manos del general Justo y continuó en lo fundamental su política. Una de sus primeras medidas fue la profunda reorganización en la estructura del ejército, cuyo objetivo principal consistió en remover a los sectores nacionalistas y poner en su lugar a oficiales de reconocido liberalismo, muchos de ellos provenientes del radicalismo. Por otro lado, la economía seguía estando en manos de la oligarquía y solamente se podía apreciar un tibio acercamiento a prácticas electorales algo más transparentes, que llevaron por ejemplo a intervenir el gobierno de

Fresco en Buenos Aires. Esta sana tendencia encontró pronto su freno en la enfermedad que dejó ciego al presidente. En 1939 había estallado la Segunda Guerra Mundial y ésta repercutió en el ejército, haciendo más profundas las divisiones entre los sectores nacionalistas y liberales. El gobierno, si bien se declaró neutral, se mostraba pro aliado, mientras que los sectores nacionalistas enemigos desde siempre del Imperio Británico, asumían una neutralidad que en ciertos casos parecía brindar su apoyo a las fuerzas del Eje. Esta última posición se veía favorecida por los lazos que se habían creado con Alemania a través de la oficialidad que en su momento había realizado cursos de perfeccionamiento en dicho país. En honor a la verdad digamos que el apoyo al Eje, sobre todo en los cuadros inferiores de la institución, era mayoritario. Sin embargo, digamos también que la acusación de nazis que se hacía a estos sectores estaba relacionado con la necesidad de los liberales, paniagudos de los intereses británicos, de destruir toda oposición a la entrega descarada de los intereses nacionales. En síntesis, para enero de 1941, fecha en la que regresé al país, la situación del ejército se podría definir como de empate entre los seguidores del general Justo, que mantenían un claro predominio frente a sectores que a la luz de los acontecimientos nacionales e internacionales, mantenían abierta la discusión e incierto el futuro.

No quisiera omitir en este desordenado recuerdo a quien fue mi primer ayudante y amigo en el Centro de Instrucción de Montaña, el teniente primero de infantería, Pedro León Lucero, que debió soportarme durante aquel largo año que permanecimos en Mendoza.

Al margen de las obligaciones propias que me imponía el Centro de Instrucción, tuve tiempo suficiente, como dije antes, para dedicarme a profundizar en temas históricos, lo que me valió una invitación para integrar la recientemente creada filial mendocina del Instituto Nacional Sanmartiniano. Mi acercamiento a este instituto, del que formé parte como uno de los socios fundadores, se debió a la gentil presentación del comandante del destacamento de montaña

Cuyo, coronel José Humberto Sosa Molina y gracias a ésto pude continuar profundizando en los aspectos militares de la gesta sanmartiniana.

Poco tenía que ver aquella realidad mendocina con lo que estaba sucediendo en el resto del mundo. En junio de 1941, Hitler se había lanzado sobre la Unión Soviética y, en diciembre del mismo año, se producía el ataque japonés a Pearl Harbor, ingresando en la guerra los Estados Unidos. Para nuestra política internacional, la situación era sumamente comprometida y las presiones para que nuestro país abandonase la neutralidad eran cada día mayores y favorecían al sector "rupturista", que aumentó sus presiones para que la Argentina declarase la guerra el Eje. Todos los que habían participado de una manero u otra, en el fraude pedían ahora "elecciones libres" para que entrásemos en guerra, dando así satisfacción al veterano imperialismo británico y al joven y robusto imperialismo norteamericano.

Las presiones se comenzaron a sentir de inmediato en esta parte de América y los testaferros de turno iban pergeñando la nueva política que nos exigían los centros de poder.

Yo, por mi parte, comencé, impulsado por las nuevas circunstancias, a involucrarme nuevamente en las discusiones que circulaban en el ámbito castrense. Las visitas de algunos camaradas que llegaban hasta Mendoza, me permitieron mantener secretamente, profundos diálogos donde se analizaba la situación política nacional y se ponían en claro las nuevas posiciones que se perfilaban en ese gran sindicato, el ejército.

El 31 de diciembre de 1941 recibí mi ascenso al grado de coronel. Hasta ese momento había desempeñado una activa labor docente ayudado por un invalorable material humano, cada vez numeroso, comprometido en la preparación de sus ingresos a la Escuela Superior de Guerra. Con los años, y muy satisfecho de que así fuera, fui dejando de lado la dura imagen de militar severo y exigente para adoptar ahora la de guía y maestro de los jóvenes que

aspiraban a ser los futuros oficiales de Estado Mayor. Durante aquella gratificante función docente, desarrollé mis puntos de vista sobre los "Criterios fundamentales de la instrucción", y traté de precisar los criterios que con éxito había desarrollado. En aquel trabajo expresé que: "...el procedimiento de la enseñanza no ha de complicarse para la formación de jefes capacitados, porque lo que se busca es hacer de cada oficial un conductor: es decir un hombre que 'sepa ver', base para conocer; 'conocer', base para distinguir; 'distinguir', base para apreciar; 'apreciar', base para resolver; 'resolver', base para ordenar, 'ordenar', base para ejecutar.

Los tranquilos días de Mendoza estaban llegando a su fin y con ellos, aunque lo supe sólo mucho tiempo después, terminaba una etapa de mi vida en la que la paz, el sosiego, los días sin preocupaciones reales, serían reemplazados definitivamente por algo que el hombre, en secreto o abiertamente, anhela: el poder. Siempre digo: se que he tenido suerte, que Dios sabe cuánto le he ayudado yo también a la suerte.

Como dice el refrán, no hay mal que dure cien años... y en aquellos primeros meses de 1942 el dicho parecía comenzar a cumplirse. Los dos principales impulsores del proceso de "democratización", Ortiz y Marcelo T. de Alvear, jefe del antipersonalismo radical, morían dejando "huérfana" a la oligarquía y a un proyecto que pretendía imponer a la nación la ruptura de relaciones con el Eje. Este era el costo político que los imperialismos imponían a Sudamérica.

Paralelamente, los políticos comenzaron a trabajar el tema de la sucesión presidencial bajo la supervisión de la veterana figura del general Agustín P. Justo, quien sabía algo acerca del fraude y las elecciones amañadas y mucho de vender la economía nacional a los intereses imperiales. Justo había sido ayudado, desde luego, por sectores del ejército que se habían encargado en su momento de llevarme hasta Mendoza.

En marzo de 1942 fui trasladado a Buenos Aires para

desempeñarme en la Inspección de Tropas de Montaña, donde retomé el contacto con viejos camaradas que venían siguiendo de cerca el complejo momento político que se acercaba. En rigor de verdad, las discusiones dentro de las filas del ejército se venían dando desde tiempo antes y ya se habían producido conspiraciones que fueron controladas a tiempo. Una de éstas, fue la que protagonizó Juan Bautista Molina y que apenas había alcanzado a plantearse cuando fue sofocada por el propio ministro de Guerra, el general Tonazzi. La otra fue encabezada por Benjamín Menéndez y se creía avalada, incluso, por el propio doctor Castillo. El objetivo final de esta última era llegar a un régimen autoritario y borrar del ejército toda influencia que pudieran conservar los sectores herederos de Justo. Este caso, también puso en evidencia que el ex presidente Justo aún tenía peso en las filas del ejército; logrando derrotar ese nuevo intento de golpe. Sin embargo, este sería el último éxito de los justistas.

A partir de ese momento, se inició en los mandos superiores un reacomodamiento que resultaría fundamental para el futuro. Un incondicional de Justo, el general Cassinelli debió dejar su puesto al general Martín Gras, quien a su vez fue reemplazado como comandante de caballería por el general Pedro Pablo Ramírez.

Para terminar quiero decir que la tan mentada "despolitización" del ejército que había proclamado tan fervientemente el general Justo, no solo no se cumplió sino que con los últimos reacomodamientos en los cargos superiores la relación de fuerzas se había inclinado a nuestro favor. Por último, la muerte de Justo en aquel año de 1943, dejó abierto el camino en forma definitiva a quienes aspirábamos a lograr la verdadera liberación de nuestra Patria.

A la distancia, y si tuviera que definir al ejército y su rol en aquel año, repetiría lo que alguna vez dije: "...lo trascendente en aquel momento, fue la histórica alianza del ejército con el pueblo productor, que se enlaza a su vez con una constante histórica: la que va desde San Martín, sosteniendo con sus granaderos el dogma de la soberanía popu-

lar, como única residencia del poder legal; hasta Mosconi, campeón obstinado en la defensa de nuestro patrimonio energético".

Organizando el "sindicato": El G.O.U.

Las conferencias que había pronunciado a mi llegada de Europa, cobraban a mediados del año '42 una importancia que no preveía. Algo de lo que había visto y aprendido en Italia estaba cobrando vida en nuestro país, bajo el impulso de la oficialidad más joven y quizás por esto mismo más desinteresada y patriota. Mis ideas sobre la misión que le cabía al ejército pude sintetizarlas con claridad sólo bastante tiempo después. En uno de aquellos documentos expresé: "Yo me he esforzado en forma decidida para que estas agrupaciones puedan vivir y puedan progresar, porque entiendo que las fuerzas armadas y el pueblo, o sea su reserva, deben constituir una cosa absolutamente indivisible. Es decir, que en el sentido de la unidad nacional, si hay algo que es indivisible es esa unidad absoluta entre el pueblo y las fuerzas armadas. Observen ustedes, que nuestro oficio es llevar a los hombres a la muerte; en último análisis, esa es la triste misión que nos queda a los soldados cuando las circunstancias lo imponen. No hemos seguido a lo largo de nuestra historia el mejor camino para que eso se produzca. Hemos sido el brazo ejecutor, violento, de medidas que pudieron haber sido resistidas por algunos sectores de pueblo. Me he propuesto que cuando el pueblo tenga un conflicto, jamás tenga que ser reprimido por las fuerzas armadas, porque esa no es la función de las mismas. Para reprimir los conflictos internos con las fuerzas armadas, habíamos distanciado al pueblo de estas últimas y habíamos formado algo así como el enemigo común de todos los que reclamaban o tenían algo que reclamar por medio de la lucha".

Ya en Buenos aires, se acercaron a mí unos diez

oficiales jóvenes y me plantearon lo siguiente: "No hemos perdido el tiempo, me dijeron. Hemos organizado en el ejército una fuerza con la cual podemos tomar el poder en 24 hs."

Como todas las cosas no nacen en un momento determinado y con fecha y hora fija, el G.O.U. también fue un proceso que podíamos rastrear desde la época de Yrigoyen. Yo participé de las reuniones antes y después de mi viaje a Italia, siendo éste el que me permitió afianzar ciertas ideas que con el tiempo fueron los fundamentos del grupo. Por ello, una vez me atreví a declarar: *"el G.O.U. soy yo"*. Pues se debió a la cantidad de nuevas ideas y a la pertinencia del momento que aquel grupo casi mortecino reviviera con un ímpetu que ya no podría ser detenido. Las reuniones se venían realizando en distintos lugares de la Capital Federal, especialmente en la farmacia de los Montes, los coroneles Aníbal y Miguel angel, con destino en Tucumán, y Juan Carlos, que estaba en Mendoza con Farrell y conmigo. A la farmacia la conocíamos como la "jabonería de Vieytes". El sentido profundamente nacionalista que tenía el grupo motivó que fuese tildado por la oposición de pro nazi.

Quisiera decir algo definitivo respecto a lo anterior para que se dejen de macanear y acusar falsamente a tanto hombre que sólo trató en buena fe de defender a su patria. ¿No es extraño que cada vez que se trata de descalificar a algún hombre se lo acuse de "fascista", "nazi" o "comunista"?, en aquella época este último estigma había quedado por el momento de lado pues los yankis eran aliados de los rusos en su lucha contra una Alemania que se atrevía a desafiar la hegemonía mundial. Nosotros éramos nacionalistas y esto para los liberales de todas las épocas era suficiente para aplicarnos el mote descalificativo que mejor se adaptara a la situación. También hay que reconocer que sentíamos una real admiración, yo particularmente y como ya dije, por el Duce, pero otros del grupo se inclinaban más por el proceso alemán. Piénsese que todos nosotros habíamos tenido instructores alemanes y Hitler no surgía desde la nada, sino que era el emergente de un largo proceso que ya

estaba incorporado en nuestros instructores y que de una manera u otra habían dejado su impronta en nuestros hombres de armas.

De todas formas, que nosotros no demostrásemos una postura nacionalista desde el comienzo de nuestra actividad política no significaba que todo el ejército estuviese orientado monolíticamente; el generalato no tuvo nunca en rigor de verdad, interés por mantener una postura ideológica que atentara contra la oligarquía, estaban demasiado conformes para plantear alternativas. Además, ¿qué perro muerde la mano del amo? Por ese motivo los primeros meses de 1943 fueron testigos de reuniones clandestinas del G.O.U., que se debió manejar como una logia secreta. Los diecinueve primeros conjurados éramos: Mercante, Severo Eizaguirre, Pizales, Bengoa, Filippi, Montes, Lagos, Villagrán, González, Arias, Duval, De la Vega, Saavedra, Guillenteguy, Ladvocat, Menéndez, Urbano de la Vega, E. González, Ramírez y yo. Todos teníamos la obligación de incorporar por lo menos a cuatro oficiales en actividad, obligándoles a realizar el juramento de rigor.

Nos reuníamos en el domicilio de Emilio Ramírez por ser el jefe más antiguo, pero por desgracia vivía al lado de una comisaría de la calle Charcas; entonces, por motivos de discresión nos trasladamos a Luis María Campos al 1100, domicilio de Saavedra, que tenía un inocente aspecto familiar. De todas formas nos sentíamos observados y esto nos llevaba a cambiar continuamente de domicilio, así es que frecuentamos también el de Mittelbach, en la calle Jorge Newbery, o el mío propio en Coronel Díaz y Arenales. El sector adverso de militares respondía en líneas generales a la política trazada por el general Justo. Se los llamaba la "cadena genial" a los que estaban en contra nuestro. Era una manera de identificarlos y hasta vaticinaba el dolor de cabeza que les acarrearíamos.

Meses antes del 4 de junio decidimos plasmar por escrito un programa mínimo de acción destinado a la realización de objetivos básicos, entre los cuales se contaba como obligación inicial para cada integrante la defensa del ejército

ante sus propios camaradas y ante los civiles, evitando el desprestigio de la institución. La segunda obligación se refería a la defensa del servicio como un apostolado. La tercera a la defensa del mando. La cuarta a los cuadros militares. La quinta propiciaba la defensa del ejército contra la política y contra el comunismo como respuesta a la intensa propaganda que esta ideología desplegaba en nuestra sociedad.

El G.O.U., traducido indistintamente como Grupo de Oficiales Unidos o Grupo de Obra de Unificación, no ha merecido de los cronistas más avezados otra justificación que un par de referencias urticantes, cuando no juicios peyorativos, significativamente erráticos, de parte de la denominada prensa "seria". Digamos en primer término, que la circulación de denominaciones erróneas respecto al significado de las siglas respondía en parte a una manifiesta intencionalidad de ambigüedad, pero que es innecesaria hoy por lo tanto basta decir que el verdadero significado es la aceptación mencionada en primer lugar. También debemos reconocer que la base ideológica formal del grupo se halla plasmada dentro de los documentos que se hacían circular como medios de difusión, pero en forma restringida, y que estaban redactados por nosotros mismos. Dentro de estos, se ensayó un ataque frontal, de grueso calibre, como la masonería, al judaísmo y a los frentes populares democráticos, en donde se proyectaban las perspectivas del pentagrama político mundial pactado por las potencias vencedoras. Siguiendo este mismo razonamiento, estábamos convencidos de que era falso que San Martín fuera masón. Afirmábamos que la masonería era una amenaza para el ejército porque tendía a la disolución de la unidad entre sus cuadros orgánicos y porque ha promovido todas las perturbaciones sociales en el transcurso de la historia y ha derribado las naciones más sólidamente constituidas. La masonería hizo la revolución francesa y la guerra civil en España, entre otras.

Los miembros activos del G.O.U. no pasaron nunca de ser varios centenares y en su mayoría sin mando directo de

tropas. Aproximándonos a la fecha del 4 de junio se habían afiliado gran cantidad de oficiales jóvenes, el principal requisito para su ingreso era que a la solicitud de ingreso se debía adjuntar un pedido de retiro del ejército sin fecha, lo que nos daba ciertas garantías de lealtad, ya que obraba en nuestro poder un instrumento que nos permitía, llegado el caso, terminar con la carrera militar de cualquiera de los miembros. Los cargos más importantes ocupados por miembros del G.O.U. eran: como jefe de la Escuela de Suboficiales de Campo de Mayo, el coronel Emilio Ramírez; en la Dirección General de Administración, el coronel Miguel Angel Montes, y por último estaba yo que hacía poco que había sido designado en la Inspección de Tropas de Montaña. En los meses previos a la revolución, cuando la información comenzó a circular con mayor rapidez y su conocimiento fundamental para el éxito del proyecto revolucionario cobraron gran relevancia el cargo de secretario del ministro de guerra ocupado por el teniente coronel Enrique P. González, el del teniente coronel Urbano de la Vega como jefe del Servicio de Informaciones del Ejército y por último el del capitán Francisco Filippi, como ayudante y secretario privado del ministerio de Guerra.

Lamentablemente las conversaciones sostenidas con gente del gobierno, con el objetivo de modificar la política fraudulenta y de entrega que se venía llevando a cabo, fracasaron. El oficialismo se empesinó en mantener la figura de Patrón Costas para la presidencia y negarse a modificar algunas políticas económicas. A esta altura la decisión de producir un cambio en la política del país ya había sido tomada.

En una situación tan comprometida como aquella, yo trataba de encontrar opiniones que me afirmaran aún más en el camino elegido y, de ser posible, que se apartaran de la visión que circulaba en el ejército. Así llegué a la lectura de José Luis Torres, que había publicado por entonces una carta abierta al ministro del Interior, Miguel J. Culaciati, donde le cantaba cuatro frescas. Allí, no sólo criticaba la política de entrega de la economía nacional, sino que además se acusa-

ba al propio Culaciati de ser agente de SOFINA y de Bunge y Born. La voz de Torres no era la única que por entonces se alzaba, junto a él estaban Scalabrini Ortiz y los hombres de FORJA, con quienes el G.O.U. no mantenía un contacto directo pero coincidía en un todo, con las denuncias que aquéllos llevaban adelante.

Para el 15 de mayo las reuniones eran poco menos que públicas. En ese mismo mes, una de las reuniones se llevó a cabo en la Avenida Santa Fe 2317, donde estaba la sede de la Inspección de Tropas de Montaña que yo dirigía. Allí se resolvió la acción inmediata, pero la falta de unanimidad y sabiendo que la mayoría de los generales prefería una solución negociada, nos llevó a dar marcha atrás con la decisión.

Para el 1 y 2 de junio, Castillo se había reunido con Ramírez, quien a su vez notificó al G.O.U. que había sido invitado a renunciar a su cargo como ministro, para postularse como rival del candidato oficial. Se le aconsejó no definirse sobre el tema de la candidatura y esperar la reacción del gobierno. La respuesta de éste llegó el día 3 de junio, cuando desde el Ministerio de Marina salió el decreto que daba por terminadas las funciones del general Ramírez. Este movimiento echaba por tierra con todos nuestros planes. Yo fui notificado por el coronel Enrique P. González y estuve en total acuerdo de que había llegado el momento de actuar.

El movimiento debió ser encabezado por el general Gras, que por motivos de salud fue reemplazado a último momento por alguien que no provenía de las filas del G.O.U. y que se hizo potable por la mediación del ministro de Guerra. Así, el día 3 de junio se incorporó al movimiento el general Arturo Rawson, aliadófilo que, según versiones, venía ya planeando una revolución de signo bastante diferente a la que ya, podemos decir, se estaba desarrollando. Yo redacté la proclama, que Ducó se encargó de llevar hasta la imprenta de Campo de Mayo para hacerla imprimir.

Sólo con el tiempo comprendimos que aquella no había sido una simple revolución donde se cambiaban algunos figurones. Allí había terminado un país signado por el fraude y la corrupción; un país que gobiernos inescrupulo-

sos y faltos de miras habían convertido en su propio negocio y como tal lo manejaron, entregándolo al saqueo. Pero en honor a la verdad, el 4 de junio de 1943 fue sólo el comienzo, la revolución recién comenzaba a escribirse, había que planificar y dirigir, darle un verdadero sentido a ese poder y ahí yo quería meter mano. La razón por la que nos impusimos, comenté alguna vez, fue muy simple: todos ellos eran "uno", mientras nosotros eramos "dos": Mercante y yo.

No se puede improvisar una revolución

(1943 - 1945)

La Argentina de 1943

Malestares de tipo social, económico y político, comenzaron a llenar el ambiente, a fines de 1942. La crisis política que sacudía a la sociedad argentina daría lugar al movimiento militar de junio del año siguiente. En este acontecimiento, tuvieron papel preponderante factores de origen externo e interno. Los primeros se refieren a la postura de nuestro país a nivel internacional, y los segundos, a la debilidad manifiesta de los gobiernos conservadores que habían pasado ya su etapa de auge y que, durante la década del '30, se vieron obligados a pivotear, contra su voluntad, un proceso de industrialización que contradecía las bases fundacionales, la médula espinal, del rol que debía jugar la Argentina en el mercado internacional como mera proveedora de materia prima y alimentos. A nivel institucional, también habían perdido el respeto por el pueblo, si es que podemos decir que alguna vez lo tuvieron, al conducir un proceso político que les garantizaba el poder mediante un "fraude legal", que mantenía al margen del gobierno a las mayorías nacionales, justificado en el arreglo o pacto político entre partidos, que el general Justo en persona tituló la Concordancia.

El fraude y la corrupción se enseñoreaban por las calles del país y cientos de ejemplos se disputaban las bocas de la gente.

Los cotidianos escándalos económicos, donde el episodio más conocido; el pacto "Roca-Runciman", era un claro exponente, marcaba en definitiva una franca actitud de claudicación frente a los países centrales.

Es probable que la misma oligarquía advirtiera que la concordancia ya no constituía un instrumento político eficaz y debido a ello, apareciece el presidente Ortiz con un mensaje saneador y moralista ante la gente para tratar de captar así, con otro recurso hipócrita, algún apoyo popular para el modelo político desvalorizado, antes de que algunos otros sectores denominados maximalistas, les dieran un golpe de mano y acaparacen el favor de la gente, motivando el surgimiento de una alternativa "peligrosamente revolucionaria".

El ímpetu puesto por el presidente Ortiz en esta vigorosa campaña de saneamiento institucional (siendo él mismo producto de la trampa), no afectó la confianza política de la oligarquía en sí misma, más bien diríamos lo contrario, ya que después de todo, la elite tradicional terrateniente no había sido mayormente afectada en los gobiernos democráticos anteriores de signo radical. De todas formas, el proceso quedó abortado por la muerte repentina de su mentor y único defensor. A partir de ese momento, los escasos partidarios de la limpieza política y del respeto a la constitución, concentraron sus esfuerzos en la designación de un candidato a presidente por la Concordancia para 1943.

La elite consideraba que ya había pasado la época difícil de la crisis internacional y, consecuentemente, la intervención estatal en la economía, tenía que concluir para volver a la política liberal. De esta forma, la Argentina se reinsertaría como un engranaje más dentro de esa gran rueda maestra llamada capitalismo internacional, como decía el ex ministro de la oligarquía y de la década infame, Federico Pinedo. El gobierno debía anular una serie de medidas que habían sido eficaces para enfrentar la crisis pero que luego correrían el riesgo de afectar lo que ellos consideraban el futuro económico del país y que no era otra cosa que sus propios intereses.

Sin embargo, el tema principal que iba a gravitar en la realidad argentina era de origen externo y estaba referido a la actitud que tomaría nuestro país, ya en la etapa de posguerra. Es decir, nuestra posición internacional respecto de las dos naciones cuyos intereses predominaban en nuestra economía: Inglaterra y Estados Unidos.

Paralelamente, la situación política interna no era menos controvertida. La oligarquía, con su séquito de partidos sumisos, buscaba un delfín para proyectarlo mediante la concordancia y así mantener el control total del poder político, como así también neutralizar al grupo radical yrigoyenista, que en el caso de elecciones libres seguramente se hubiese alzado con la mayoría de los votos. Era público y notorio que una vez más el fraude electoral se consumaría. La opinión pública seguía con atención la decisión de la alianza gubernamental, segura de que de allí surgiría el nombre del nuevo presidente.

La oposición no se quedó con los brazos cruzados. Intentó tejer los hilos de una unidad política de carácter electoralista para cortar el fraude. Demoprogresistas, radicales personalistas, socialistas, se unieron en deliberaciones para crear la Unión Democrática, organización política interrumpida por el movimiento de junio de 1943, pero cuyo nombre no perderá significación sino que, cobrará vigencia sólo tres años después, pero ya con un sentido menos loable.

De todas maneras, el hecho demuestra que los radicales siempre tuvieron la secreta esperanza de que un golpe militar los llevara al gobierno. Precisamente, las gestiones de los dirigentes radicales impulsaron, como una causa más, el levantamiento del 4 de junio, mediante negociaciones efectuadas con el general Ramírez, quien fuera ministro de Guerra durante el gobierno de Castillo.

La contradicción más famosa de la época (Pro-aliados vs. pro-eje), llegó hasta el seno de la elite. El presidente Castillo alardeaba y vociferaba en contra de los Estados Unidos, llamándolo "imperialismo yanqui". Un nombre imprudente para un miembro de la elite oligárquica.

De todos modos, era bien conocido su favoritismo por

Gran Bretaña. Acusaba a los Estados Unidos de ser los culpables de que la Argentina no rompiera relaciones con el Eje, debido a que ellos no le vendían armas, para que nuestras fuerzas armadas pudiesen comprometerse en la guerra. Por eso justificaban ser partidarios de la neutralidad, que no era otra cosa que la expresión de sus tradicionales lazos afectivos con Gran Bretaña. Paralelamente, durante el transcurso de la guerra fue surgiendo un sector dentro de la elite que retomó la bandera del liberalismo puro, a medida que los Estados Unidos se comprometían en el desarrollo bélico mundial.

El general Justo, un claro exponente pro-inglés, cambió de bando sorpresivamente para muchos, y aprovechando la situación en que Brasil le declaró la guerra al Eje, viajó a ese país para ofrecer sus conocimientos como asistente militar y comenzar una crítica exacerbada contra la política exterior argentina.

Evidentemente, la postura de Justo no fue otra cosa que una maniobra política. El general estaba decidido a volver a la primera magistratura en el '43 mediante elecciones o por golpe de Estado. El vio cómo, posiblemente, en el cambio de orientación de la política exterior se hallaba el camino de retorno al sillón presidencial. El avance norteamericano lo ayudaría mucho más, evidentemente, que la abrupta caída inglesa.

Pero el oportunismo político no era razón suficiente para su conducta. Había también un marcado temor por el hecho de que el triunfo aliado determinara el fin de la hegemonía militar argentina en el continente y el comienzo de la brasileña, que contaba con toda la ayuda norteamericana. Washington no demoró la designación del Brasil como país líder de la política de América del Sur.

Para fines de 1942 Justo no era el único; gran parte de la clase dirigente estaba de acuerdo en que un acercamiento a los Estados Unidos podría compensar el desequilibrio tecnológico que ya se manifestaba en favor de Brasil en relación con nuestro país. En este aspecto ya se habían constituido dos sectores bien definidos.

Por entonces, y paralelamente, había que decidir el nombre del sucesor presidencial y la disputa también se manifestaba en la política internacional, que postulaba dirigismo vs. libre cambio, panamericanismo vs. integración con Europa, bilateralismo vs. multilateralismo. Seguir relacionados a Inglaterra o ingresar en la órbita norteamericana.

Sin embargo, la opinión pública y la prensa trataban de demostrar que el grupo de gobierno era minoritario. La prensa llegó a reclamar a los Estados Unidos una política dura hacia nosotros para obligarnos a tomar posición.

Para mí, tanto la prensa como la opinión pública fueron dos factores de presión muy fuertes que favorecieron el clima que rodeó al movimiento del 4 de junio del '43.

La elección de Patrón Costas era decisiva. Hombre de la oligarquía norteña pro-inglesa, pertenecía a una clase política que estaba agonizando y dispuesta a renovarse con tal de no morir. Sin embargo, aunque abrigaba intenciones distintas a los de otros conservadores y estaba dispuesto a "cambiar de collar", los yanquis lo identificaban como aquel que contribuyó a desgarrar las tibias relaciones argentino-estadounidenses, en función de mantener los lazos con Gran Bretaña.

Por entonces, mantuve diálogos con mucha gente. El primero, con Patrón Costas. El fue a mi departamento de Arenales y Coronel Díaz, donde hablamos como cuatro horas. Le expliqué el error grave que estaba por cometer. Era un hombre inteligente y capaz; nada tonto. Le dije que en el peor de los casos no llegaría a proclamarse su candidatura y que si alcanzaba a proclamarse, de todos modos no sería presidente. Le expliqué todo el proceso, tal como lo veíamos nosotros. El hombre, totalmente en claro. La prueba está en que después del 43, jamás se metió en nada. El también creía y pensaba que el camino era el que yo indicaba. Claro, que en la situación en que estaba Patrón Costas no podía hacer nada ni incorporarse a lo nuestro; pero estaba totalmente de acuerdo con nosotros. Y aunque él no podía estar en lo nuestro, muchos de sus amigos sí lo estuvieron. Así, por

ejemplo, el viejito Cárcano, que trabajó con nosotros, Joaquín Anchorena y muchos resucitados de la juventud conservadora, que para mí fue una sorpresa. También con ellos trabajamos en la fase preparatoria de nuestro accionar, contando con personas como Solano Lima, Radío o Jerónimo Remorino, que en Córdoba, había sido secretario de Roca. También con socialistas, como Bramuglia y Borlenghi, y anarco sindicalistas como Santín. Todo ello me indicaba que el país estaba maduro para reestructurar la distribución de su riqueza y de la colocación de sus reservas. Tampoco faltaban quienes preferían llevar como candidato al general retirado Ramón Molina, entre los que se contaba el legislador Ernesto Sanmartino, que era el único que conversaba con el general Rawson y alentaba sus desvíos autoritarios con vistas a un posible golpe militar que tenía su eje de inspiración en las comidas de la Cámara Británica, sensibilizada por los hombres de siempre y de quienes se disponían a prolongar su domicilio en La Plata. Por cierto nada tenía que ver ambos con nuestra prédica y aspiraciones de argentinizar o nacionalizar la política.

En esos diez días que me había tomado para hablar con varias personalidades, antes de decidir si haciamos o no la revolución, hablé también con radicales. Se presentaron los miembros de la Junta Renovadora, que era la juventud del partido; los dos Siri, Antille, Cooke, Quijano entre otros; los viejos carcamanes no nos interesaban.

También tomé contacto con los socialistas; hablé con el doctor Dickman, un hombre extraordinario, que me mandó a todos los muchachos que le respondían. Justamente él fue quien me advirtió de una circular que pasaron los jerarcas del socialismo, amenazando con la horca a quien se atreviera a desafiar la consigna de "no entrevistarme", ya que me atribuían "poderes luciferinos" o de "persuasión". Mucho después, me enteré que la Facultad adeudaba al doctor Dickman la "medalla de oro" obtenida con su diploma de médico. El claustro universitario se negó a entregarle el lauro obtenido en buena ley, so pretexto de que era de humildísima extracción judía. La prensa regimentada silen-

ció este pormenor, porque estimaba de mal gusto conceder dos líneas a un comentario de género racista. Estos profesores tenían la consigna de impedir que confesaran tal origen ocuparan cátedra alguna de la Facultad.

Me atreví a romper con los precedentes establecidos por mentalidades cerradas, que escribían Humanidad con hache mayúscula y negaban "derechos humanos" a sus integrantes, cualquiera fuese el coeficiente de valor o sabiduría que atesoran. Entregué así la medalla al viejo Dickman y rubriqué el nombramiento de Chichinilsky, como titular de la cátedra de su especialidad.

Pero no nos vayamos de lo nuestro. Lo que yo no quería hacer, era un golpe militar intrascendente e inoperante, como suelen ser todos los golpes militares, por incapacidad de los hombres para la realización política que debe seguir a todo golpe de Estado. Pero con la colaboración de ese grupo político; que era la mejor gente, la que interesaba, ya no tenía dudas.

Llamé entonces a mis camaradas y les dije: "Totalmente de acuerdo. Yo me hago cargo, pero no del golpe militar ni del gobierno que resulte, sino de la realización de la revolución de fondo que debe seguir a este golpe militar. Este golpe sólo tiene razón de ser, si a continuación podemos hacer una transformación profunda, que cambie toda orientación que se ha seguido hasta hoy, que es mala".

Por una deformación profesional, los militares siempre creen que el presidente surgido de un golpe militar tiene que ser un general. En este caso, los muchachos tuvieron el tino de elegir tres generales "cabestreadores", como Rawson, Ramírez y Farrel, quien iban a hacer lo que se les indicara. Así ocurrió la revolución, y yo, de acuerdo con lo que había exigido, fui designado en un puesto secundario: Jefe del Estado Mayor de la Primera División, porque no quería estar en primer plano.

Y empecé a trabajar, para formar un concepto, unas bases de lo que debía ser la revolución.

Conocía a todos los radicales, desde el antiirigoyenista Uranga hasta Sanmartino, a quien el coronel Montes llevó

mi borrador de la proclama de 4 de junio. En lugar de corregirla, él pensó en sacar otra proclama más extensa. Para el momento de sacar la espada, él prefería una nueva proclama. Estaban enfermos de retórica; por eso los conservadores no los respetaban y les vedaban el acceso al comicio. Les ponían un negro en el cuarto oscuro y cuando pretendían retirar las boletas radicales, retumbaba el vozarrón del negro, con un: "¡Esa boleta no!"; que equivalía a una orden.

Los votos en cadena, los votos cantados y con guitarra, jalonan aquellos años en que daban más por una piel de oveja que por un hombre. Las policías bravas recibían a la ciudadanía dentro de los reñideros, uno a uno, examinando la filiación de los votantes. A los de la contra les respondían simplemente: "Andá no más, ya has votao". Si se retobaban hasta el extremo de pedir explicación: "¿Y por quién he votao yo!", algunos de estos matones le escupía la jeta: "¿Por qué querés saberlo, no te has enterao de que el voto es secreto!".

La Revolución Nacional

La Revolución Nacional no se ha hecho para dictar unos cuantos decretos y satisfacer unas pocas vanidades. Para esto, no hubiera valido la pena dar un sólo paso.

El comienzo de nuestra revolución, como es natural, ha tenido sus altibajos, sus luchas, sus aclaraciones. Hoy los moldes viejos han sido rotos y fundiremos sobre moldes nuevos, hay una nueva mística de masas.

Se me tacha de haber agitado la conciencia obrera del país, de haber creado un problema social que no existía, cuando lo que he hecho ha sido buscar los medios para encontrar soluciones al problema que se venía ocultando. En vez de ocultarlo, en vez de silenciar las desigualdades y las injusticias sociales, las he puesto al descubierto para que todos supiéramos dónde está el mal y pudiésemos hallar los medios más convenientes.

La táctica ha sido muy otra de la que habían seguido los gobiernos de las últimas décadas: la táctica anterior consistía en fingir un bienestar social, acreditado tan sólo por el orden aparente de la calle, con la finalidad exclusiva de no perturbar las buenas digestiones de la burguesía dorada.

Se me ha acusado, igualmente, de exacerbar las pasiones subalternas de las masas, porque he defendido la necesidad de dar a la gente el mínimo indispensable para que pudiese vivir. Se dice que mi prédica estuvo dirigida siempre hacia los salarios y las condiciones de trabajo, en vez de orientarse hacia los valores morales de la población.

Yo sé por qué, esas fuerzas que me recriminan exaltan tanto los valores morales; es que a los otros, hay que pagarlos.

Tuve la suerte de estar en Europa en el año 1941, y recorrer gran parte de ese continente. Me dediqué especialmente a estudiar los fenómenos sociales, pues desde hace muchos años atrás, venía intuyendo que el futuro del mundo había de tener un carácter eminentemente social.

He removido este estado de cosas y hoy digo con toda convicción que, si por haber salido en defensa de los hombres que trabajan, mi nombre vive excecrado por los que vivían felices en base a la infelicidad de cuantos contribuían a levantar e incrementar sus fortunas, bendigo a Dios por haberme hecho acreedor a tal execración. Confieso que soy de los que creen que así como hay cariños que envilecen, hay odios que honran.

Algunas entidades reaccionarias a esta justicia social que tardó en llegar a nuestra tierra, han sostenido que era enemigo de las agrupaciones obreras y del sindicalismo; posteriormente me tildaron de sindicalista como si fuese una injuria. Veamos en qué principios, consiste este sindicalismo que propugno.

No hemos perseguido otra finalidad que la de fortalecer las asociaciones, para que estén en condiciones de gravitar en la regularidad del trabajo y en el mejoramiento

del standard de vida. Me opongo severamente al debilitamiento de esas organizaciones, o al reconocimiento oficial de los grupos constituidos por los que abandonan sus filas alentadas por las fuerzas disociadoras, que no se resignan a perder sus posiciones.

El porvenir y el bienestar de los trabajadores, solamente ellos pueden asegurárselo. Y nadie se haga ilusiones, quienes no sean trabajadores no pueden empeñarse en mejorar las condiciones de vida de los mismos.

Nosotros no tenemos otro medio para entendernos con las masas, que a través de sus propios representantes. El sindicalismo se hace con trabajo y sacrificio. Esto es lo primero que hay que grabar en el frontispicio de toda casa que albergue un sindicato. El sindicalismo tiene en el mundo, no solamente en la Argentina, dos etapas que podrían dividirse perfectamente por una línea media. Primera etapa de lucha; se trabajaba en los sindicatos para luchar y a menudo morir. La segunda, de acción sindical constructiva con la ayuda del Estado, y aún, de las fuerzas patronales.

No hay que confundir esos dos aspectos. No hay que confundir el sindicalismo de lucha, que se coloca frente al Estado o frente a las fuerzas productoras con el de la segunda etapa, que trata de obtenerlo todo del Estado y de las fuerzas productoras. El primero, lleva al sindicalismo anárquico, y el segundo, al sindicalismo de Estado, que es más peligroso y más terrible.

No ha faltado quien me motejara de haber mimado a los pobres. "Puede ser verdad", repliqué, "a condición que se admita que, hasta el presente los únicos mimados han sido los ricos".

Un 4 de junio

El ejército no abandonó sus cuarteles movido por un sentimiento de ambición. Fue el clamor de la calle, del taller, del campo, el que llegó hasta la milicia, para golpear a sus puertas en demanda de justicia. Y las Fuerzas Armadas -

partes vivas de la indivisible unidad nacional- respondieron patrióticamente. Abandonaron la tranquilidad de los acantonamientos. Salieron a la calle precedidos en su marcha por el mismo pueblo que los estimulaba y aclamaba. No hubiéramos podido justificar nunca ante nuestra conciencia y ante la historia, una actitud diferente frente a la realidad política y a la realidad social de aquella hora.

Un deseo superior de justicia fue el motor que impulsó a la revolución triunfante. En la mente de quienes concibieron y gestaron la Revolución del 4 de junio estaba fija la idea de la redención social de nuestra Patria. Este movimiento inicial no fue una "militarada" más; no fue un "golpe cuartelero" más, como algunos se complacen en repetir; fue una chispa que el 17 de Octubre encendió la hoguera en la que habrían de crepitar hasta consumirse, los restos del feudalismo que asomaba por la tierra americana.

Nuestra revolución lanzó una proclama que si todos la leyeron, pocos la meditaron profundamente. Se dijo que nosotros no teníamos plan. Voy a tratar de probar, que nada hemos hecho desorbitadamente, sino que todo estuvo sometido a un plan absolutamente racional, que no ha fallado en un ápice en sus previsiones.

Como no vengo a exponer sofismas de ninguna clase, voy a referirme a esa proclama, utilizando uno de los originales que me fueron entregados el mismo 4 de junio, un día después de haber escrito su texto de puño y letra.

Fue escrita en un plazo no mayor de quince minutos, a las 10 de la noche del día 3 de junio. Y digo esto, porque si hubiera sido el producto de una madurísima reflexión, probablemente no hubiera reflejado la aspiración que sentíamos; porque las proclamas no han de pensarse, sino que han de sentirse. Tienen como todas las de su género, dentro de su absoluta sencillez, un contenido filosófico que es necesario interpretar. Su texto, está dividido en tres partes.

Primero, plantea la situación. Después, va directamente a los objetivos, enumerándolos en su contenido político, social, histórico y de política internacional. Final-

mente, cierra la misma un mensaje de contenido ético y patriótico.

El planteo de la situación, comprende cuatro párrafos, en los cuales justifica -digamos así- la intervención de las Fuerzas Armadas en un panorama que por impulso de las circunstancias no corresponde a su misión específica.

Inmediatamente después de enumerar estos principios, aparece una recomendación a todos los que participaron en esta revolución, reflexión que inexorablemente se ha ido cumpliendo. La defensa de tales intereses -decía- impondrá la abnegación de muchos. Al mencionar esto, recuerdo a los camaradas que han sufrido o que han quedado al borde del camino, porque no tuvieron la visión o la resistencia suficiente para seguir adelante.

El primer postulado era de contenido político y estaba expresado en dos cortos párrafos. El primero decía: "Propugnamos la honradez administrativa, la unión de todos los argentinos, el castigo de los culpables y la restitución al Estado, de todos los bienes mal habidos. El segundo párrafo, expresaba: "Sostenemos nuestras instituciones y nuestras leyes, persuadidos de que no son ellas, sino los hombres, quienes han delinquido en su aplicación".

"Anhelamos firmemente -y este es su contenido social- la unidad del pueblo argentino, porque el Ejército de la Patria: que es el pueblo mismo, luchará por la solución de sus problemas y por la restitución de los derechos y garantías conculcadas".

Sería inútil que yo tratara de explicar, cómo hemos cumplido con este postulado que encierra todo el contenido social de la revolución. Prefiero seguir como hasta ahora, sosteniendo que "mejor que decir es hacer; y mejor que prometer es realizar". A continuación, expresaba un mensaje de hondo contenido histórico internacional:

"Lucharemos por mantener una real e integral soberanía de la Nación; por cumplir firmemente el mandato imperativo de su tradición histórica; por hacer efectiva una absoluta, verdadera, y leal unión y colaboración americana, y por cumplimiento de nuestros compromisos internacionales".

En ese sentido, tampoco hemos faltado a la promesa.

Finalmente, el contenido ético y patriótico que cerraba la proclama, donde declarábamos que cada uno de nosotros, llevados por las circunstancias a la función pública, nos comprometíamos por nuestro honor a trabajar honrada e incansablemente en defensa del bienestar, de la libertad, de los derechos y de los intereses de los argentinos, a renunciar a todo pago o emolumento que no fuese el que por nuestro grado correspondía. A ser inflexibles en el desempeño de la función pública, asegurando la equidad y la justicia aún para quien cometa un acto doloso en perjuicio del Estado y para quien directa o indirectamente se preste a ello. Juramentándonos, aceptar la carga pública con desinterés y a obrar sólo inspirados en el bien y la prosperidad de la Patria.

La revolución tuvo en su postulado un símbolo; el símbolo de los hombres nuevos, de los hombres jóvenes. Habrían de despedirse para siempre, muchos viejos que delinquieron en el manejo de la cosa pública, porque esos no volverían. Se les marcó el camino: de donde estaban a su casa y de su casa al cementerio, pero jamás de vuelta a la cosa pública.

La República debía defender su futuro y cada hombre joven en su lugar debía saber que estaba en un puesto de combate, para no permitir que las generaciones caducas, que fracasaron en la conducción del Estado, volvieran a tomar el gobierno en sus manos, para desvirtuarlo en sus verdaderos fines.

Los jóvenes tenían en esa hora una responsabilidad tremenda. Ellos eran los únicos que podían prolongar la revolución, hasta la consumación total de su obra purificadora. Los jóvenes debían tener cada uno la bandera en su casa y un símbolo en su corazón que les recordara que para salvar el país había un sólo camino: trabajar honradamente por el bien argentino, persuadidos de que si cada uno no era capaz de cumplir con su deber, el país no sería restaurado jamás, ni recuperaríamos para la Patria los bienes maravillosos que la naturaleza ha sembrado a manos llenas.

No exageraba al afirmar que nos encontramos ante un

verdadero renacimiento nacional. Todo debía germinar, florecer y fructificar. Necesitábamos un renacimiento total de nuestro modo de ser al tiempo que aprovechábamos todo lo bueno que constituía la nervadura del carácter de nuestro pueblo y de nuestra raza, debíamos hacer un acto de fe en nosotros mismos, un acto de confianza en el futuro esplendoroso de la Patria. Fomentar las artes, las industrias y las bellas letras; impulsar los estudios filosóficos, jurídicos y las más variadas ramas del saber; modernizar nuestra legislación; incrementar por todos los medios las fuentes del saber humano, los institutos de investigación y de enseñanza. Por aquellos días les expresé a mis camaradas: "Debemos honrar los talentos, el trabajo y los artistas, y reverenciar la magistratura y las autoridades que se destacan por su saber, por su virtud, por su patriotismo; debemos elevar a los cargos públicos a los hombres de mérito salidos del pueblo. Debemos enseñar a los magnates cuáles son sus deberes de solidaridad social, porque la cuna dorada ha dejado de ser un título de monopolio para los honores, las influencias y la participación del poder. Debemos convencer a cada argentino que dentro del país, juega un papel cuya importancia no depende de su ciencia ni de su poder, sino de la oportunidad de hacer cada día, cada hora, cada minuto, algo útil para la Patria".

Necesitamos renovar valores. La revolución debía ser tomada por la juventud argentina y llevada adelante para estructurar una nueva Argentina que fuera más justa, más libre, y de la que estuvieran ausentes el fraude, la mentira y los sofismas políticos.

Anhelábamos, en primer término, entregar a la juventud del país un trabajo casi completo, para que ella consiguiese afirmarlo y reafirmarlo en el porvenir. Ello diría si era posible a la Argentina del futuro, ser grande, ser libre, ser soberana, ser rica y respetada por los demás países de la tierra. Cada argentino que tuviese su corazón bien puesto, debía pensar que sobre su generación pesaba la tremenda responsabilidad del futuro de la Nación y que debía trabajar entonces en la esfera de su acción, para acumular el máximo

de energías y las fuerzas necesarias para impulsar la grandeza de la Patria.

Lo único que en ese momento constituía un delito infamante para el ciudadano era encontrarse fluctuando entre uno y otro bando, cuando estaba decidiéndose el futuro de la nacionalidad.

Decir que el 4 de junio comenzó la revolución, es un dato meramente anecdótico. La revolución comenzó en el preciso instante en que los cuadros medios del ejército, entre quienes me identificaba, tomaron conciencia de la situación y resolvieron que las cartas estaban echadas.

El día 3 por la tarde, estuve encerrado en mi departamento planificando el día siguiente. Paralelamente, el doctor Castillo recorrió las guarniciones de Palermo y terminó instalándose en la Rosada junto a todo el gabinete a la espera de la tormenta inminente. Sabía que el golpe estaba en marcha.

Para rematar la velada, llamé por teléfono al general Ramírez que estaba en Campo de Mayo y le pedí que fuese hasta Casa de Gobierno para saber cómo venía la mano. Le transmití: "decile que no se puede joder más y que se las tiene que tomar". Palito Ramírez llegó hasta el Dr. Castillo, pero le tradujo el mensaje: "Es tarde para toda resistencia", le dijo. Castillo ordenó su detención y contraatacar a los insurrectos. Con anterioridad yo le había ordenado a Mercante que encabezara una operación comando en la residencia de Castillo para arrestarlo y así acelerar el proceso. Este plan debió ser anulado ante la inesperada reacción del presidente que, en lugar de huir, decidió dar batalla.

Ante el giro repentino de los acontecimientos, con Farrell decidimos no ir a la reunión que se desarrollaría en Campo de Mayo, la noche del día 3. Dejábamos así el campo libre para la entrada de Rawson en Buenos Aires, un general ajeno al G.O.U., corriendo con el riesgo de ser la figura más visible del levantamiento.

La columna rebelde avanzó por la avenida General Paz hasta Libertador, allí tuve un gran y único encontronazo

en la escuela de Mecánica de la Armada. Me había encargado de hablar con los jefes aparentemente leales a Castillo, para paralizar la represión, pero no pude evitar la reacción "legalista" de la armada. Castillo, paralelamente, se retiraba hacia el puerto junto con sus ministros: Culaciati, Ruiz Guiñazú, Amadeo y Videla, Oria, Acevedo, Rothe y el almirante Mario Fincati. Por otro lado, los senadores Matías Sánchez Sorondo y Antonio Santamarina y el escritor Gustavo Martínez Zuviría, conocido con el seudónimo de "Hugo Wast", acompañaron al presidente hasta el barreminas "Drummond" desde donde se internó en el río. A esa altura yo había llegado a la Casa Rosada y ya estaba "deshabitada".

Todo había pasado tan rápido que la mayoría de la población no se había enterado del cambio de gobierno, fue entonces que le pedí a Mercante que hiciera salir a la calle a un grupo de efectivos para que incendiaran algunos vehículos. Un poco de acción psicológica no viene nada mal para despabilar a los curiosos.

La ambición política de Arturo Rawson nos vino bien. Todos sabemos de sobra que los líderes revolucionarios no deben aparecer en primera fila. Los cabecillas de la primera hora terminan siendo devorados invariablemente por su propia madre que es la revolución misma. Quienes habíamos realmente pensado la revolución, debíamos permanecer en segunda fila, para emerger después, cuando la barca de los acontecimientos políticos capeara definitivamente el temporal. En este sentido, el general era la persona indicada para ocupar el cargo más elevado, por supuesto sólo en ese primer momento.

La revolución en su aspecto integral puede ser dividida en tres fases distintas: la preparación, el golpe de Estado y la revolución propiamente dicha. Las dos primeras fases las llevan a cabo siempre las fuerzas armadas, de lo contrario estaríamos frente a una guerra civil. Una revolución bien planeada evitará por sobre todas las cosas el derramamiento de sangre. Por ello no se debe mezclar al pueblo en la preparación y la ejecución del golpe de Estado. La tercera fase, en cambio, no se concreta sin el pueblo y su participa-

ción activa. De no ser así cualquier revolución fracasa indefectiblemente. Por eso la justicia social no será simple palabrerío sino lo que dará real contenido y sustancia al proceso iniciado el 4 de junio.

Una vez tomado el poder, nos sentamos alrededor de una mesa a discutir quién sería el encargado de ocupar la primera magistratura. Debía ser un general y de ésto no había duda. Fue elegido por su buena voluntad y sus buenas intenciones el general Pedro Pablo Ramírez. La sorpresa más significativa nos la dio Rawson, que se sentó en el sillón presidencial y armó un gabinete a "piacere", sin consultar a nadie. Claro, pasó que se consideró el jefe supremo de la revolución, y flojo de entendederas así como era, negoció con la oligarquía el nuevo elenco gubernamental. El resultado fue que volvían al gobierno los que acabábamos de hechar a patadas. Recuerdo que fuimos hasta la Casa de Gobierno y entramos intempestivamente al despacho principal. El estaba allí, sentado muy ridículo detrás del escritorio en el sillón de Rivadavia. Me acerqué y extendiéndole su renuncia le dije: puede ir saliendo, terminó su mandato. Rawson, levantó la vista y me dijo: ¡Cómo, tan pronto! Tomó sus cosas y se retiró.

El 6 de junio Ramírez era el nuevo presidente de la Nación y su gabinete comenzaba a tener menos contradicciones con los objetivos que nos habíamos fijado. Farrell ocupaba la cartera de guerra y yo fui designado como jefe de la Secretaría de Gobierno, lugar a donde llevé a Mercante como Oficial Mayor.

Durante la primera época del gobierno del G.O.U., el ejército tuvo que negociar permanentemente las posturas políticas con la marina. Había en ese momento un inestable equilibrio de poderes entre ambas armas. Con la muerte del vicepresidente, contraalmirante Sabá H. Sueyro, la marina vio recortada su influencia. De todas maneras el puesto quedará vacante desde el 17 de julio hasta el 11 de octubre en que lo ocupó Farrell.

Durante el transcurso de esta etapa, surgió el primer resquebrajamiento dentro de las filas del G.O.U. Apareció

la famosa diferenciación entre aleadófilos y germanófilos, de la cual el general Rawson era el principal exponente de la "libertad". Como por suerte dentro de sus filas no había suficiente cantidad de adeptos, nos fue fácil sacarlo de circulación otorgándole la función de embajador en el Brasil. En medio de las contradicciones que afloraban en la realidad, nosotros tratábamos de gestar nuestro propio espacio político dentro del Ministerio de Guerra, junto con Mercante que se había transformado en mi mano derecha. En el Ministerio recibíamos gran cantidad de visitas gremiales y desarrollábamos una actividad permanente. Con Mercante nos conocíamos desde la Inspección de Tropas de Montaña. En poco tiempo, el Ministerio se transformó en un hervidero de gente, pero al principio los iniciales contactos con activistas gremiales eran casi en secreto. Nunca falta el buey corneta que aliente sospechas sobre el accionar político, teniendo en cuenta que evidentemente esa no era nuestra función. El coronel Emilio Ramírez, jefe de policía, llegó a decir refiriéndose a Mercante y a mí: "¡ojo con esos dos que están llevando comunistas al Ministerio!".

Esta situación los llevó a tomar una determinación que con suerte y un poco de ingenio logré revertir. Me refiero al nombramiento como interventor en el Departamento de Trabajo.

Un año después, tenía bajo mi férula los cargos de ministro de Guerra, Secretario de Trabajo y Previsión y vicepresidente de la Nación. Cada vez más el apellido Perón se asociaba a la palabra poder y reconozco que en esto mucho hizo el destino pero también el constante trabajo personal.

Un lugar estratégico

Llegar a la Secretaría de Trabajo y Previsión o lo que entonces se llamaba Departamento Nacional de Trabajo, fue muy fácil. Allí fui designado por el presidente Ramírez que de esta forma intentaba cortarme el acceso directo con los

sectores del sindicalismo. La alternativa a este puesto era la intervención a la Unión Ferroviaria y a la Fraternidad, pero al considerarse la cantidad de afiliados a estos gremios y la importancia de este sector del transporte en la vida económica del país, se optó por algo que parecía y de hecho lo había sido, un lugar sin trascendencia, donde sólo se amontonaban informes y pilas de papeles aparentemente inútiles. Mercante, con quien manteníamos una coincidencia política casi total, fue nombrado interventor en la Fraternidad y la Unión Ferroviaria.

Ahora comenzaba realmente el verdadero trabajo de la revolución, o mejor dicho de lo que consideraba debía ser el objetivo último de lo que habíamos iniciado el 4 de junio. Tenía que transformar aquella pila de papeles en herramienta política. Desde aquel viejo edificio del Club del Progreso, ubicado en la esquina de las calles Victoria y Perú, comencé a trabajar con la colaboración del Dr. Eduardo Stafforini que ya estaba desde antes y conocía por lo tanto el funcionamiento formal del Departamento. Me hago cargo a partir del 27 de octubre e inicié mis tareas con un sencillo discurso donde ya dejaba en claro hacia dónde estaría dirigida mi tarea. Comencé con el relato de una anécdota donde comentaba que en ocasión de mi viaje a Europa, había visto un reloj, de esos que hay en las plazas de los pueblos, del que cada seis horas aparecía una figura distinta; la primera en surgir era un maestro con una leyenda donde se leía: "Yo soy el artífice de vuestra inteligencia"; la segunda figura era un abogado y decía: "Yo soy el defensor de vuestros intereses"; luego aparecía un cura y decía: "Yo cuido de vuestras almas"; por último, sin nada que permitiera identificarlo aparecía un hombre que decía: "Yo soy un obrero que, con mi trabajo, mantengo a los otros tres". Esta imagen debía ser clara hasta para los tontos, dando a entender el lugar que los hombres de trabajo debían ocupar en nuestra política. En esa oportunidad también me encargué de remarcar el papel que a mi criterio debía desempeñar el Estado, tanto como custodio de la armonía social como garantía para el cumplimiento de los derechos del trabajador. Luego de recorrer todo el edificio y

saludar al personal de cada sección, me encerré con mi amigo José Figuerola en su oficina y allí trabajamos hasta la madrugada. Aquello recién empezaba. Llamé a mi lado al mayor Fernado Estrada, yrigoyenista hasta el caracú. Podía dormir tranquilo.

Para el 27 de noviembre, el Departamento de Trabajo había sido reemplazado, no sin ciertas peleas con algún trasnochado, por la Secretaria de Trabajo y Previsión. Esto marcó, como ya está dicho en algún viejo texto hecho para la batalla, el punto de partida de la era de política y de justicia social, dejando atrás para siempre la época de inestabilidad y desorden en que estaban sumidas las relaciones entre patrones y trabajadores.

Junto con Mercante y Bramuglia nos pasábamos los días reuniéndonos con delegaciones sindicales y patronales. El objetivo era que la enorme masa de trabajadores solucionaran sus problemas de salarios, sus dificultades sanitarias, que lograran sindicatos realmente representativos; todo esto no sería mi regalo desde la secretaría, lo conseguirían sus propios hombres que así cobraban prestigio frente a sus bases y por supuesto junto a ellos estaría yo como el nexo imprescindible. En esta importante maniobra política, fue invalorable la colaboración de los dirigentes sindicales más consustanciados con nuestra filosofía. En última instancia, el objetivo era dignificar la figura del trabajador argentino en su concepto histórico y nos preocupamos por fijar escalafones y condiciones laborales que otorgasen seguridad al trabajador, poniendo en marcha un sistema previsional que contemplara la seguridad social de activos y pasivos, que sacó de la indigencia y el abandono a quienes, finalizado su ciclo productivo, eran prácticamente abandonados por la sociedad. No sin luchar contra los viejos intereses, logramos imponer regímenes de jubilaciones y pensiones que otorgaron tranquilidad al sector pasivo, completando de esta manera el cuadro de justicia social que había comenzado por beneficiar a los trabajadores en actividad. Este proceso no era invento mío era lo que se estaba dando en todo el mundo, nada más que acá cuatro pelagatos miopes no entendían que

si no se lo daba el gobierno, la gente lo tomaría por propia mano y ya no de muy buenas maneras.

Desde la secretaría traté en todo momento de plasmar conquistas que no fuese posible revertir. Mi situación política aún era endeble, como era la de Mercante, ambos estábamos marcados y debíamos obrar de tal forma que aquellas conquistas fueran el reaseguro de nuestra presencia en el gobierno. Yo trataba de crear situaciones que forzaran a los sectores más moderados del gobierno a aceptar hechos consumados que, si por un lado los prestigiaba como gobierno, por otro consolidara la presencia de la secretaría como reaseguro de aquellos logros. Yo pateaba la pelota para adelante y dejaba en el gobierno la definición. En varias oportunidades me valí de la red argentina de radiodifusión para dar a conocer los objetivos de la política social que se planteaba la secretaría, y en uno de ellos sostuve: "El Estado se mantenía alejado de la población trabajadora. No regulaba las actividades sociales como era su deber. Sólo tomaba contacto en forma aislada, cuando el temor de ver turbado el orden aparente de la calle, le obligaba a descender de la torre de marfil de su abstencionismo suicida. No advertían los gobernantes que la indiferencia adoptada ante las contiendas sociales facilitaba la propagación de esta rebeldía, porque era precisametne el olvido de los deberes patronales que, libres de la tutela estatal, sometían a los trabajadores a la única ley de su conveniencia".

La secretaría en realidad era un lugar destinado al olvido donde yo debía quedar tapado por el aparato burocrático, pero como todo lo que tiene un objetivo grande finalmente triunfa, así pude poner en marcha un montón de leyes sociales que esa burocracia cómplice hacía morir en los cajones del Departamento de Trabajo. La Secretaría, se transformó en el lugar estratégico para dirigirme al nuevo sector que emergía en una Argentina que empezaba a poblarse de chimeneas. Estos trabajadores encontraron allí un lugar donde hacer sus reclamos, nunca nadie se había preocupado siquiera por escucharlos, menos por acercar alguna solución. Yo empecé por dejar abierta la puerta y escu-

char a todo el mundo. Si querían más, había que seguir empujando.

El Gran Oidor

Cuando me hice cargo de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, un abogado me preguntó: "¿Cuál cree usted, coronel, que es la ley obrera más necesaria?". Y yo le respondí: "Una que haga cumplir la mitad de las que existen".

Si nuestros gobernantes hubieran leído el *Martín Fierro* en vez de leer autores extranjeros, es probable que hubieran comprendido los problemas argentinos hasta resolverlos con pasión, amor y carácter.

Nuestra Nación, como todas las naciones nuevas, entronca políticamente en un patriciado con todas las virtudes, que siempre tienen los patriciados formadores de nacionalidades. El nuestro, indudablemente virtuoso, se formó desde abajo y, desde allí, formó la Nación. Después, la sucesión del gobierno de la cosa pública fue pasando a otras manos, quizás descendientes del patriciado, pero que por la acción del tiempo y de la molicie, habían perdido las grandes virtudes de sus antepasados. Es así que como todos los patriciados que entregan a sus descendientes el manejo de la cosa pública, éste se convierte en una oligarquía. El panorama político visto en síntesis, presentaría esa oligarquía en la forma siguiente: un joven que recibió dos o tres estancias, un palacio en la calle Florida y el manejo de la cosa pública. Vendió la primera estancia. Se fue a Paris. En Montmatre liquidó la otra estancia; y cuando ya no tenía haberes, volvió al país; hipotecó primero el palacio y luego lo vendió. Cuando ya no tenía nada que vender, comenzó a vender el patrimonio de los argentinos.

Yo no he ido a los tratados de trabajo, ni a las leyes, ni a los teóricos que hablan de trabajo. He ido al trabajo.

A propósito de esto; recuerdo que uno de mis técnicos, me dijo un día trayéndome unos libros sobre Derecho de

Trabajo y Previsión Social: "Léalos mi coronel, son muy interesantes". Le respondí con un recuerdo histórico. Refiere Plutarco que cierta vez pasaba cerca de Esparta un circo, y un amigo de Licurgo lo invitó a que lo acompañara a verlo. Le preguntó qué había de bueno allí, y contestó su amigo que había un hombre que imitaba maravillosamente al ruiseñor". Del mismo modo; cuando el abogado me trajo los libros, le dije: "Querido amigo: Yo quiero ver eso en la fábrica y entre los obreros".

En todo di más importancia a las realizaciones prácticas inmediatas, que a las discusiones bizantinas sobre la estructura de los organismos que tengan confiada, o deban confiárseles la tarea ejecutiva. Más que buenos proyectistas, necesitábamos decididos realizadores.

Creamos, empíricamente, lo que pudimos realizar en el momento oportuno: La Secretaría de Trabajo y Previsión. ¿Qué era la Secretaría de Trabajo? Diré cuál fue la verdadera concepción con que se creó, porque yo fui su creador y el inspirador de todas las obras que allí se realizaron. Veíamos a nuestra pobre gente, empujada desde todos los lugares; iba a todas partes a pedir y cuando lograba conseguir algo, salía amargado a pesar de haberlo conseguido. Veíamos al desgraciado que no tenía dónde recurrir, que debía afrontar las situaciones que se le creaban; desde el agente de policía que lo sacaba del banco de la plaza, hasta quien lo recibía para darle de comer o para ayudarlo. Estos seres eran muchas veces vilipendiados por una sociedad, que es la responsable de ese estado de cosas a las que no ha sabido ponerle remedio y que los repelían por todos los medios cuando tomaban contacto con ella.

Yo creé un organismo: llamé a los ordenanzas y les dije: "Vamos a hacer una casa, donde el más desgraciado llegue y pueda mandar; porque alguna parte debe tener, donde él mande"; un organismo donde llegue un hombre a defender los derechos que no se le han aceptado en ninguna parte y ahí se los aceptasen; o por lo menos, se estudiase su problema para solucionarlo.

Con ese espíritu, la Secretaría de Trabajo y Previsión, pasó a ser la Casa de los Trabajadores y comenzó a estructurar algo más racional y orgánico, y es precisamente del espíritu de esa casa, como han nacido los Derechos del Trabajador. Llegamos a la Secretaría, para cumplir el postulado básico de la revolución del 4 de junio: la justicia social.

Pero ante todo, el Estado necesitaba la herramienta para lograr tan ambiciosa finalidad. Existía el Viejo Departamento Nacional del Trabajo que había comenzado a funcionar en 1907 y que apenas había remozado su actuación.

Muchos legisladores, temerosos de perjudicar los intereses creados que tenían la consigna de defender, regateaban con avaricia las facultades del organismo que debía aplicar las leyes del trabajo.

Así, el Departamento, quedaba relegado a la categoría de simple recaudador de multas y recopilador de los hechos sociales, sin poder desarrollar siquiera, sus funciones conciliatorias frecuentemente absorbidas por los "directores oficiales" de la política en boga. Bastaba un tropel de agitadores para sabotear toda una industria. Pero también bastaba la intransigencia de un sólo patrón, para que los trabajadores no tuviesen otra alternativa, que renunciar a sus legítimas aspiraciones, o convertirse en huelguistas perseguidos por la policía.

Por esa situación, nació el firme convencimiento de que debía acelerarse la creación de un organismo, que fuese la auténtica casa de los trabajadores argentinos.

Tuve la seguridad de que no había sido una alternativa, y que esta organización estaba enmarcada por una opción de hierro: Reavivar las mortecinas esperanzas de los hombres de trabajo, o al sucumbir por su inacción, su descrédito arrastrara en la caída, cuantos habíamos contraído el compromiso de crearla.

Así para nosotros era cuestión de "vida o muerte".

La medida de la eficacia de la Secretaría de Trabajo y Previsión, nos la da tanto la adhesión obrera, como el odio patronal. Si el organismo hubiera resultado inocuo, les tendría sin cuidado y hasta es posible que muchos insospe-

chados fervores democráticos, tuvieran un tono más bajo.

Ya sé que cuando se habla de mi labor social, los adversarios sacan a relucir lo que ellos han realizado. Examinemos brevemente esta cuestión. Es verdad que los legisladores han dictado leyes sociales a tono con las de otros países. Pero se ha hecho siempre dentro de un ámbito meramente proteccionista, sin atacar los problemas en su esencia. Meras concesiones que se iban obteniendo del capitalismo, a fin de no forzar las cosas excesivamente e ir distrayendo a los obreros y a sus organizaciones, evitando reacciones excesivas y violentas. Se daba el caso de reparación por accidentes de trabajo, que muy poco reparaban y que sólo prolongaban la agonía del incapacitado; o insignificantes indemnizaciones por despidos, que ninguna garantía representaban para el trabajador injustamente despedido, víctima del abuso de un derecho dominial, propio de la Edad Media.

La Política Social Argentina se encausaría, así, por los caminos de la colaboración, de la cooperación y el entendimiento entre patrones, trabajadores y Estado. Esa acción habría de operar como causa para: producir el efecto de robustecer los vínculos de solidaridad humana, incrementar el progreso de la economía nacional, fomentar el acceso a la propiedad privada, acrecentar la producción en todas sus manifestaciones y defender al trabajador, mejorando sus condiciones de vida y de trabajo.

¿Es que hay alguien que, concientemente, pueda oponerse a la implantación y fomento de estos objetivos? ¿Es que nos hemos apartado de esas previsiones? ¿O será que cada cual medirá la justicia con rasero, volcando la generosidad para sí y regateando lo que corresponde a los demás?

Fue así que primero se trató de dirigir el esfuerzo hacia las cuestiones más fundamentales: los sueldos y salarios. Después, a la organización del trabajo, en lo que éste tiene de más trascendente: asegurar que la justicia no sea una cuestión discrecional en manos de personas que procedan con cierta arbitrariedad, sino en fijar escalafones

y condiciones de trabajo que permitiesen un progreso similar al de la vida, en los años en que se acumula para la vejez.

Cuando yo caiga en esa lucha en que voluntariamente me enrolé, estoy seguro que otro hombre más joven y mejor dotado, tomará de mis manos la bandera y la llevará al triunfo. Para un soldado, nada hay más grato que quemarse en la llama épica y sagrada que alumbra el camino de la victoria.

Evita: una mujer imprescindible

Éramos no más de cincuenta personas mirándonos las caras, desencajados, nerviosos, improvisados. Como pasa comúnmente con toda la gente cuando recibe una noticia inesperada que no sabe qué hacer ni cómo actuar. Un trágico terremoto se había abatido sobre la ciudad de San Juan el 15 de enero de 1944, destruyendo por completo la ciudad, la alegría y la tranquilidad de la gente. Nos sentamos todos en semicírculos y comenzamos a tratar el asunto. Había en la reunión mucha gente conocida a nivel popular; mi idea inicial consistía en que ellos, figuras conocidas del ambiente artístico, salieran con alcancías por la calle Florida, durante varias jornadas sucesivas.

Debemos hacer una gran colecta, les manifesté, para ello pido la colaboración de todos ustedes, personas conocidas por el público. Salgan y recorran la ciudad pidiendo una colaboración para esta pobre gente en desgracia. La gente de la farándula acudió préstamente. Allí estaban todos los grandes artistas argentinos: Enrique Muiño, Irma Córdoba, Blanca Podestá, entre otros.

Increíblemente, esta desgraciada circunstancia para nuestra patria, significó que me sucediera, el hecho más significativo para mi vida sentimental.

Habiendo terminado de expresar mi pedido surgió de entre la gente una mujer que, a pesar de su belleza, parecía aletargada y monótona. Hasta ese momento yo no la había distinguido, pero a partir de ese momento no pude evitar su

agradable presencia. Entonces tomó la palabra. Era una actriz de radioteatro cuyos compañeros vocearon su nombre no bien comenzó a expresar su opinión: ¡Eva Duarte!, gritaban. Ella se acomodó en el centro de la reunión y comenzó su monólogo mientras giraba en torno de sí para facilitar que se la observara desde todos los ángulos. Llevaba un traje sastre muy sencillo, era muy delgada, lucía el pelo rubio y un sombrero chiquito, como se usaba en la época. A uno se le había ocurrido ofrecer un gran festival artístico a cambio del donativo de la gente. ¡Pobre de él! Nada de festivales. ¿Qué es esto?¿Un carnaval? Respondió a quien lo había propuesto. "Iremos directamente a pedir sin ofrecer nada. En este momento no hay tiempo para organizar un espectáculo, ni un te de masas, ni una canasta. Cosas viejas pasadas de moda que no sirven para otra cosa que para justificar la hipocresía. Los "rascas" vamos a ganar la calle, y digo vamos porque nosotros no somos nada si no reconocemos de dónde venimos". Tuvimos la inmensa suerte de que nuestros destinos cambiaran.

"Es el momento de ayudar a que ellos también cambien el propio. Salgamos a pedir a los lugares públicos, pero también vayamos al hipódromo, la bolsa, el teatro. En todos esos ambientes importantes diremos a la gente: Nuestros hermanos están en desgracia. ¡Vamos a ayudarles! Tenemos que sacar dinero a quienes lo tienen porque los que no tienen no podrán ayudarnos más que con el sentimiento fraterno".

Me gustó la forma de obrar y de pensar de esa mujer. Era práctica y tenía ideas nuevas. "Bueno, muy bien", le dije yo. "Ya que la idea partió de usted, asuma la responsabilidad de darle forma". Ese día Eva Duarte, la que resultaría ser una mujer inconmensurable, me respondió: "Es lo que pienso hacer, ¡organizarlo todo!". Y me advirtió: "Eso, si usted me permite. Si como usted afirma la causa del pueblo es su propia causa, por lejos que usted vaya, por grande que pueda ser el sacrificio no dejaré de estar a su lado".

Para socorrer a la población de San Juan, movilicé el

país entero. Trabajo y Previsión no podía estar ausente ante esa catástrofe. Hice participar en colectas a hombres y mujeres con la finalidad de que todos, en la medida de lo posible, tendieran su mano a la gente de aquella remota provincia. De esta manera fundamos un verdadero ejército de voluntarios que inundaron la ciudad con auténtica fe y pasión por la tarea.

Millares de personas habían quedado aisladas, sin techo, viviendo en zonas frías y desérticas con el único amparo de una muralla amenazante de montañas peladas coronadas por nieves eternas.

Entre los tantos que en esos días s se llegaron hasta mi despacho, pasó por él otra vez esa mujer tan endeble como tierna, tan bella como decidida. De aspecto frágil pero de voz resuelta, de cabellos rubios que dejaba caer sobre su espalda y de ojos tan afiebrados como encendidos. Eva Duarte, actriz de teatro que quería una misión cualquiera.

Yo la miraba y sentía que sus palabras me conquistaban, estaba casi subyugado por el calor de su voz y de su mirada. Eva era pálida pero mientras hablaba su rostro se encendía como una llamarada. Tenía las manos enrojecidas y los dedos entrecruzados, era un manojo de nervios. Charlamos toda la tarde entre visita y visita. Ella me miraba con cara de no entender dónde estaba y, la verdad, yo creo que tampoco lo sabía.

Esa tarde le confirmé que el festival tan discutido por ella en la reunión anterior, finalmente se haría. El objetivo era interesar la mayor cantidad de gente en el tema, y el espectáculo era el recurso más idóneo y más rápido. "Después de todo, le dije, el festival benéfico es casi una tradición en la Argentina, la importancia no está en los medios sino en el fin que le otorguemos al mismo". No sé si lo comprendió, recuerdo que no contestó nada, estaba obnubilada. Yo le conté que para mí nuestro país estaba como la India, una casta privilegiada vivía sin tomar en cuenta las necesidades del pueblo, y quien no pertenecía a ella tenía un sólo deber y un único derecho: trabajar y morirse de hambre. "Eso queremos cambiar nosotros chinita", recuer-

do que le dije, fue entonces que sonrió y tímidamente bajó su mirada de pómulos enrojecidos hacia el suelo.

El Luna Park se habilitó para el evento y se recurrió a la buena voluntad de grandes figuras artísticas que habían ofrecido su participación. Yo sabía que nada de ello entusiasmaba a Eva Duarte y que en este tipo de función a beneficio, enmarcada en un boato de gran espectacularidad, si venía sería por cumplir con la gente y decidida a observar el espectáculo en respetuoso silencio. Para tal fin estaban reservadas las butacas, la de ella, situada lejos de la mía y cerca de sus compañeros.

Yo tenía la convicción de que vendría, a pesar de todo, ella vendría. No por mí, por supuesto, sino por sus principios y objetivos políticos a los cuales nunca traicionó.

El espectáculo había comenzado y a pesar de mi parecer, no había venido. Yo estaba ubicado en primera fila junto a varios funcionarios, había allí varias butacas vacías por la sencilla razón que se destinan a los políticos y sus familiares. Los militares, haciendo gala de austeridad hasta en ese momento, habían ido solos. El resultado: pocas butacas ocupadas en primera fila y un frío bárbaro. Creo que estaba por cantar Hugo del Carril cuando advertí con estupor inesperado que alguien se sentaba a mi lado. Miré y descubrí la sonrisa y los ojos más radiantes del mundo. Eva había llegado y desde ese día no se apartó jamás de mi lado.

Con el tiempo me contó que no había llegado tarde ese día, pasó que ella también confiaba verme y quiso aprovechar el evento para estar todo el tiempo a mi lado.

"Cuando llegué, me dijo, lo primero que hice fue buscarte con la mirada, reconocí a varios pero a vos no te veía, mientras tanto me venían a saludar distintos compañeros, al final se acercó Homero Manzi, con una sonrisa y me dijo: 'Ya sé lo estás buscando Eva, mirá allá, en primera fila, ves que hay un grupo de gente parada alrededor de algo, en el medio, sentado, está Perón; esperá un poquito a que recomience la función, en ese momentos todos

vuelven a su sitio, a su lado están todas las butacas vacías. No hace falta que te explique más nada, ¿no?".

Esa actitud hacia mí y otras muchas con referencia a la gente y el mutuo amor que se prodigaban, me demostraron que era una mujer excepcional. Aquella muchacha voluntariosa no podía agotarse en la ayuda a los desheredados de San Juan. La fe y la conducta de los verdaderos revolucionarios la firmeza y la valentía que solo había encontrado en un pequeño grupo de hombres, estaba resumida en la figura delicada y diminuta de quien sería con todo merecimiento y con todo el honor que presupone, la mujer del pueblo.

Decidí, por lo tanto, que Eva Duarte permaneciese en mi Ministerio y abandonase su actividad teatral. Era la demostración palmaria de que la mujer debía ocupar el mismo puesto de lucha que el hombre, que no debía esperar nuestras dádivas, que el sexo no debía ser demostración de superioridad. Por eso afirmo que, en realidad, la decisión de casamiento entre Eva y yo, fue el primer acto revolucionario que produjo el Justicialismo. Un oficial del ejército argentino, casado con una artista, era una grave ofensa para la imagen de la institución, pero si a ello se agrega el hecho de que ese oficial había cobrado una trascendencia insospechada, el cuadro de esa realidad se volvía, para muchos cortos de genio, bochornosa.

Nuestro casamiento, encrespó a quienes cuya ideología estrecha no les permitía comprender actitudes opuestas al "virtuosismo", no entendieron jamás que una persona como yo estuviese mezclado entre ellos, en el colegio militar y en compañía de personas que me valoraban como amigo y que, a la vez, pertenecían a su núcleo de relaciones. Cuando advirtieron mi decisión de unirme a Eva, primero trataron de disuadirme, luego el hecho les sirvió para justificar la razón por la cual mi desenvolvimiento en el ejército se debió a una casualidad. Yo no era de su estirpe, no merecía semejante honor, a pesar de haberlo obtenido, demostrando mi "baja condición" uniéndome a "esa". La verdad, todo esto parecía un sin sentido, un culebrón de

cuarta.

La sociedad "bien" de la época nunca comprendió mi relación amorosa con Eva. Era lógico. Qué hombre comprendía a otro que se sentía feliz de ir a la cama todas las noches con la misma mujer. Ellos lo hacían, por cierto, pero nunca eran dos en el lecho, porque entre ellos se acostaba también la monotonía, la frigidez y, en el mejor de los casos, la obsecuencia. Evita fue siempre una mujer apasionada y su fervor no sólo lo vaciaba en la política sino que se desplegaba en todos los actos de su vida.

Construyendo el poder

A partir de junio de 1943 comenzó en la Argentina un fenómeno nunca visto en nuestro país; se trataba del acceso del pueblo a las esferas de la decisión política a través de las delegaciones sindicales que se iban organizando, fruto de mi constante presión entre los grupos de trabajadores de diversas ramas que se acercaban a verme para expresarme sus dolencias y sus necesidades más urgentes. "Nosotros somos pobres y nadie nos escucha" me decían. Claro, es lógico... ¿Quién es capaz de escuchar una voz inmersa en una multitud de reclamos? Sobre todo si está convencido que debe hacer todo lo posible para no escuchar nada... ¡Ahora, si son muchas las voces que reclaman al unísono, probablemente las escuche hasta el sordo!... Eso les contestaba yo. Cómo van a quejarse todos de lo mismo pero de a uno. Si de tan ridículo hasta parece estúpido. Armamos tal desbarajuste social que, al año y medio, el proceso era irreversible. La oposición me acusó de manipular. ¡Había que escuchar cada cosa! Era verdad, pero lo que les molestaba a ellos no era la acción sino el sentido. La Secretaría se convirtió en el centro de las críticas y, por intermedio de ella, criticaban al gobierno.

En 1944 llegó Spruille Braden y se transformó en estandarte de la oposición. La disyuntiva a seguir marcó a fuego el enfrentamiento entre la vieja nación, vendida al

mejor postor, y los sectores que enarbolaban banderas antiimperialistas. Esa oposición se reflejó en los gritos y en las consignas de la gloriosa gesta popular de octubre, que no hubiese existido, por lo menos en ese preciso momento, de no haber aparecido el exacto catalizador que, para mí, fue la revolución del G.O.U.

En el aspecto político, la revolución del 4 de junio cumplió debidamente su misión al terminar con un sistema y con las normas que ya no se podían sostener sin grave daño del interés nacional. Actuó de barrendera para dejar libre y expedito el camino del retorno a la constitución sin falseamientos ni privilegios de clase. Sólo con eso, se hizo acreedora de la gratitud del pueblo. Si luego en el aspecto constructivo, durante el período del gobierno de facto, no todo marchó fácil y aún surgieron serios tropiezos, fue debido al hecho inevitable de que la interpretación y los fines de la revolución no fueron homogéneos ni siquiera entre los revolucionarios. Y esto ya es hora de que se exprese claramente, porque aparte de otras manifestaciones menores y que son de dominio público, esas diferencias entre nosotros dieron lugar incluso a mi separación del gobierno y a mi detención en la isla de Martín García. Hubo muchos oficiales que se plegaron a la revolución, apoyando decididamente los proyectos de cambio; pero los cargos, los puestos encumbrados, los fueron transformando nuevamente en los mediocres que habían sido. Reconozco que la oligarquía también ayudaba económicamente a esa transfiguración. Lo concreto fue que cuando, por ejemplo, se crearon los tribunales de trabajo, instrumento jurídico idóneo donde discutir las reivindicaciones del sector laboral, la presión de la oligarquía sobre los funcionarios "negociables" se precipitó.

En el orden internacional, también sucedieron acontecimientos que repercutirían en mayor o menor medida en la política del país. Para empezar, los países latinoamericanos que habían suspendido relaciones diplomáticas con nosotros, nos prometieron reanudarlas solo si desistíamos de nuestra política neutral en el orden internacional y declarábamos la guerra al Eje. Reunión realizada en México y conocida

como el Acta de Chapultepec. A fines de marzo del '44, nos alineamos con el área y declaramos la guerra, pero, tomando los recaudos necesarios, convinimos dos cosas: primero, la dirigimos contra el Imperio de Japón y "su aliado Alemania". Segundo, esperamos hasta último momento; recién el día 13 de abril, en mi carácter de ministro de Guerra, anuncié que la Argentina había contraído el esfuerzo de apoyar el compromiso de la O.N.U..

Con esto, la oligarquía subía otro peldaño. ¿A qué otro sector más que a ella le interesaba coincidir con los intereses de Gran Bretaña y de los Estados Unidos? Quisiera saber ¿qué posición hubiesen ocupado y qué intereses defendido si Alemania hubiera sido la triunfadora? ¿Habrían sido aliadófilos de todas maneras? No creo. Lo cierto es que les quedaba otra tarea en el tintero: sacarse de encima al, como decían ellos, "multifacético coronel" que con tres cargos paralelos "pretendía echarse sobre sí toda la responsabilidad del gobierno. Digámoslo así: al hombre orquesta había que pegarle un buen golpe que lo desafinase para toda la velada.

Yo acepté el juego, y el 22 de abril anuncié públicamente que no tenía aspiraciones presidenciales y que me opondría a quien se animase a postularme. Lo concreto fue que mucha gente ya me había avisado que los gremios estaban dispuestos a proponérmelo no bien se abriese el estatuto de los partidos políticos. La elite oligárquica y financiera, que ya había aceptado de mala gana la baja de su candidato cuando el golpe, ni soñando aceptaría el continuismo militar, por vía de un candidato miembro del G.O.U..

Al mes de este trance, llegó al país el nuevo embajador de los Estados Unidos, Spruille Braden, a quien el banquero Alfredo Tornquist le inviaría mucho después una carta diciéndole: "Usted, fue para todos nosotros la columna vertebral de una sana reacción". En julio ya era el auténtico jefe natural de la oposición, entre banquete y banquete que le brindaban los copetudos, supo decir: "Fue por necesidad y no por gusto que los Estados Unidos reconocieron el gobierno de la Argentina". El tipo venía dispuesto a todo. No era para menos, si la historia argentina la escriben ellos. ¿Por qué

entonces no participar en carne y hueso?.

Para llevar adelante su estrategia, Braden buscó aliados de la vereda donde no da el sol, los "morochitos" estaban conmigo. Sus compañeros de ruta fueron: la Sociedad Rural, la Unión Industrial, los ex ministros de los gobiernos oligárquicos, abogados de empresas extranjeras, y dirigentes de los partidos políticos tradicionales. Entre todos fueron gestando la Unión Democrática que, como primera medida, se opuso al Estatuto de los Partidos Políticos, que el gobierno dio a conocer a fines de mayo. El hecho de que los partidos políticos se hubiesen unido a la oligarquía es muy sugestivo. Quienes tenían el deber de representar al pueblo se le oponían. Había tanto radicales como socialistas, ¿qué estaba pasando? Las instituciones habían dejado de ser expresión popular y este hecho, en lugar de vilipendiar a la democracia, pienso que la enalteció. Porque sencillamente, la gente no apoyó a las instituciones formales que no daban respuesta y miró hacia el futuro, allí estaban ellos mismos construyendo un movimiento político sin precedentes para esta tierra y con toda la energía de la fuerza popular organizada.

El año de 1945 fue crucial para la fuerza popular. Para comenzar, poco después de que el general Farrell alabara la misión de la Secretaría de Trabajo y Previsión, en el acto conmemorativo del segundo año de la revolución, tomó estado público el manifiesto de la industria y el comercio, firmado por más de 300 entidades empresarias, destinado a la crítica salvaje del plan económico que los perjudicaba directamente. Sus dardos principales estuvieron destinados a la Secretaría de Trabajo y Previsión.

La labor corrosiva interna fue acompañada desde el exterior. El New York Time titulaba: "Las fuerzas económicas argentinas declaran la guerra a la política de Perón". Yo no esperaba otra cosa de tales personas, quedaba claro que la ganancia del capitalista no surgía de fabricar cada vez más y de vender esa producción, sino de frabricar cada vez más barato. Lo que nosotros le obligábamos a aceptar con esas mejoras, decrecía sensiblemente su ganancia, porque obligábamos a disminuir la explotación. Esas fuerzas que se oponían

a nuestra política de justicia social han representado dentro del país la eterna oligarquía económica, que ha manejado siempre a la oligarquía política.

En ese entonces a mí me llamaban agitador de masas. Entre la gente humilde había organizado un grueso de personas que se autodenominaban peronistas. Lo habían hecho esto por su cuenta y, a partir de ese momento, las demostraciones de fuerza se sucedieron en la calle. Tamborini pidió que me detuvieran, pero la verdad yo no era ni siquiera instigador de ese tipo de hechos en los que, por otra parte, también participaban simpatizantes radicales y conservadores. Y nunca me enteré que hubiesen pedido la cabeza de Tamborini. De lo que sí probablemente sea culpable, es de haberlas inducido a reclamar lo que les correspondía; pero de esto último, no sólo no me arrepiento sino que estoy orgulloso.

La verdad es que la situación política se estaba poniendo cada vez más espesa, motivada más en el enceguecimiento de la partidocracia burguesa, que en la acción que pudiera implementar yo personalmente. Si hubiera habido un solo político digno de confianza, estoy seguro de que no hubiese existido Perón.

En general, los seudopolíticos disfrazados de líderes populares que usufructúan el hecho de ser conocidos para lanzarse al ruedo, tarde o temprano, terminan siendo alcanzados por el toro. La gente puede estar falta de conciencia política y confundirse alguna vez, pero por suerte o por vaya a saber uno por qué, el pueblo posee un don innato. Conoce la medida exacta de las cosas y sabe lo que quiere. Ni yo ni nadie podríamos haber engañado a alguien más de una vez. Por eso insisto que sin que exista en mí la vana actitud de restarme mérito, afirmo que si la clase política hubiese estado a la altura de los acontecimientos no hubiese existido Perón, porque ellos habrían tomado las banderas populares y, como decía Eva, las hubieran llevado a la victoria.

De todas formas, tenían mucho temor por mi futuro en la política y por mi decisión, pero en verdad yo no quería ser presidente. Quería quedar como el Lenin de la revolución, inmaculado y etéreo, pero no santo. Así, tal cual, como Lenin.

Hacer escuela, dejar constancia de mi paso por la historia y que, cuando algún continuador desdibujase la doctrina, pudiese ser defenestrado justicieramente con sólo blandir las enseñanzas. Siempre resonaron en mí las palabras del general San Martín a Bolívar; el gran venezolano estaba a punto de iniciarse como emperador de la Gran Colombia, incluyendo dentro de él a los actuales países de Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia. El Gran Capitán le advirtió que le sorprendía que siendo él una figura tan digna como libertador y pudiendo quedar para la posteridad de la América toda como algo inmaculado, se rebajase por un cargo político, que en vida podía ser grande pero que empequeñecía y degradaba su valor comparado con el que le podía dar la historia, y aceptara rebajarse al ruedo de las peleas de salón, privando a sus hijos y a él mismo de la infinita satisfacción de ser considerado el Padre de la Patria Americana.

Si yo hubiese podido elegir, estoy plenamente seguro de que, como San Martín, con todo respeto y salvando las distancias, me hubiese quedado con el juicio de la historia. Pero lo cierto fue que no pude. El día de la comida anual de las Fuerzas Armadas, Farrell dio un discurso que fue interpretado como un tiro por elevación a mi persona. "No estamos fabricando sucesiones", dijo, y prometió "elecciones absolutamente libres para que ocupe la primera magistratura la persona que el pueblo elija". Sin embargo, esas palabras se las había dictado yo personalmente en el despacho de la presidencia a las 12.20 horas del día inmediatamente anterior al de la comida. El se sentó y escribió, al otro día inclusive leyó del mismo papel. Pasó el tiempo, yo me mantuve en esa tesitura prescindente, a pesar de todos "los que me hicieron el amor" para embarcarme en una o en otra tendencia. A mi mesa de trabajo llegó la más abigarrada procesión de "vivos" de toda laya. Unos me decían: "Vea coronel, las elecciones se ganan con plata y dirección; nosotros tenemos las dos cosas". A todos les contestaba lo mismo, "no tengo interés en la operación". Estos dirigentes oportunistas me ofrecían el "pacto del Fausto" vendiendo el alma al diablo. Para ellos el problema era una elección. Para mí era el bienestar y la felicidad de catorce millones de argentinos

y el problema del juicio de la posteridad. Ellos ponían la plata y yo ponía el lomo. Evidentemente teníamos vísceras diferentes y hablábamos idiomas distintos.

Sin embargo, la suerte estaba echada. Frente a la acción, los tiempos que tienen las masas no son los mismos en los que se mueven los individuos. Llegó un momento maravilloso donde las pequeñas decisiones individuales no contaban y por su propia condición de incontenible, se transformó en histórico. Recuerdo que vinieron a mi despacho varios dirigentes sindicales con la intención de convencerme. Les contesté que no y me respondieron que los gremios realizarían una movilización en agradecimiento por los beneficios sociales adquiridos y para solicitarme que reviese mi actitud. Entonces les contesté, señalando la ventana: "ahí, en Diagonal Norte y Florida, hay espacio suficiente como para un buen grupo de personas, si ustedes me ponen 20 o 25 mil, prometo que por lo menos lo pienso".

El 12 de julio, la C.G.T realizó un desfile de adhesión a la obra cumplida por la Secretaría de Trabajo y Previsión. Alrededor de 250 mil personas se congregaron en Diagonal Norte y a partir de ese día se transformaron en casi cotidianas. El poder popular aterró a la oligarquía que comenzó a dar manotazos de ahogado. El embajador Braden inició una serie de giras por el interior llevando la representación de la tibia Unión Democrática.

Con el espíritu genial que brinda la capacidad de síntesis popular, se hicieron cotidianos varios dichos: "Perón sí, otro no", "Yrigoyen y Perón". Un sector del radicalismo vino a verme. "Los radicales somos nosotros"... me dijeron. "Puede ser", les dije. Eran de la Junta Renovadora. Al poco tiempo, en un acto de solidaridad política, se juntaron simpatizantes conocidos como peronistas con otros radicales, más de tres mil personas cantando en la puerta de mi casa de la calle Posadas. Desde entonces, no fue difícil encontrar pintado en las paredes de todo el país la leyenda "Alem, Yrigoyen, Perón". ¿Qué cosas tiene el destino, no? Aquel joven capitán que en 1930 contribuyó al derrocamiento del "Peludo", estaba definitivamente inserto en las filas de ese mismo pueblo, al que siempre

quiso comprender y al que parecía que le estaba encontrando la vuelta.

Así como una persona no puede dominar el sentimiento general, tampoco puede hacer nada si está solo. Yo viví mi ingreso en la política como una manera de actuar frente a la reacción oligárquica. Pero significó de insustituible ayuda la colaboración recibida desde el primer momento por muchos de mis camaradas que se jugaron el todo por el todo al enrolarse decididamente en la nueva causa. Como así también los civiles que provenían de las filas políticas y sindicales. Entre los radicales yrigoyenistas se encontraban Armando Antille, Jazmín Hortensio Quijano, Diego Luis Molinari, Juan I. Cooke.

Los dos primeros fueron quienes enseguida vinieron a verme. Gente seria, noble y sincera. Estaban desmoralizados con el giro copetudo del partido popular y no hallaban respuestas a la realidad. Molinari, gran intelectual, militar nacionalista, era yrigoyenista hasta la médula; cuando sucedió la Semana Trágica se entrevistó con el "Peludo" y éste le ofreció la renuncia, a lo que él le contesto: "No señor, yo estoy aquí para hacer la tarea que le compete a un miembro del ejército, defender las instituciones. Yo estoy para servirlo". Cooke era, un eximio intelectual, embajador que como si todas sus cualidades propias no hubiesen bastado, tuvo un hijo tan inteligente como él, que sirvió hasta el final de su vida a la causa del pueblo.

Evita también participó como uno más, pero cada vez con mayor entusiasmo. Al principio, mi pequeña y frágil mujer parecía hasta tímida, no quería, por ejemplo, ni hablar de sí misma. Me seguía como una sombra, me escuchaba atentamente, asimilaba mis ideas, las elaboraba en su cerebro hirviente y agilísimo y seguía mis directivas con una precisión excepcional.

Trabajo y destino: hacia octubre

Agosto del '45 sería un mes significativo. Las concen-

traciones en la calle por parte de los dos bandos eran permanentes. Entonces, Japón se rindió definitivamente y las fuerzas de la Unión Democrática utilizó la realidad internacional para gestar más incidentes contra el gobierno de facto. Yo era presidente provisional debido a un viaje de Farrell al Paraguay, y estaba harto de hacer el papel de bueno de la película. El día 7, aproveché el discurso que tuve que realizar en lugar del presidente y expuse las bases del auténtico programa. Expliqué que el centro de gravedad de las actividades de la revolución habían tenido distintas etapas. Las dos primeras habían sido la etapa económica y luego la social intensa, ahora le tocaba el turno a la política, porque me daba la impresión de que luego de otorgadas todas las conquistas sociales, éstas no se mantendrían en el tiempo si los trabajadores no tenían una herramienta idónea que las pudiese contener, como puede ser un partido político popular. Según mis cálculos, 1945 era el tiempo en el que las condiciones objetivas para un afianzamiento de la revolución estaban dadas, si quien se piensa conductor de la masa no lo advertía, estaba perdido.

La política social que el gobierno de facto había desarrollado nos había atraído a toda la masa de trabajadores del país; en ese discurso yo anuncié con toda la fuerza de decisión que me dio la gente, la reforma agraria, diciendo "ninguna sociedad anónima puede tener como tienen algunas de 1.200 a 1.500 leguas en la Patagonia. Si seguimos en este tren de cosas pronto las compañías formarán provincias o gobernaciones. La revolución ha levantado la bandera de la reforma agraria y esa será una de las grandes conquistas de la revolución. Es natural que contra nosotros se hayan levantado las 'fuerzas vivas' que otros llaman los 'vivos de las fuerzas'". Y quiénes eran: En la Bolsa de Comercio, quinientos que vivían traficando con lo que otros producían; en la Unión Industrial, doce señores que no habían sido jamás industriales; y los ganaderos que, como bien sabemos, cada vez que se reunían era para imponerle al país una dictadura. Ese discurso fue particularmente importante para mí porque lo leí a mis camaradas, tratando de que el ejército se fuese

poniendo en situación, y también porque sabía positivamente que iba a ocasionar una reacción particular por parte de esos "vivos". Así fue, jovencitos bien vestidos recorrieron la ciudad reclamando liberación y la entrega del gobierno a la Corte Suprema, pero olvidaban que nuestros trabajadores, con su trabajo, les estaban costeando los estudios y ellos les pagaban con disturbios y rompiendo vidrieras. Los partidos políticos se unieron al reclamo de esos imberbes. Para ese entonces, yo ya manejaba las decisiones importantes del gobierno de Farrell, logré que Cooke asumiera como canciller, mientras que desde el departamento de Estado de los Estados Unidos criticaban la política exterior.

Pero lo más significativo de la oposición en cuanto a lo atinente al apoyo popular, se denominó Marcha de la Constitución y la Libertad, del 19 de setiembre. Allí, alrededor de sesenta mil personas se nuclearon desde Congreso a Plaza de Mayo, en donde Braden presidió un acto junto a José Santos Gollán, Eustaquio Méndez Delfino, Manuel Ordóñez, Rodolfo Ghioldi y otros políticos. A los cuatro días, Braden se fue del país, acto típico en estos yanquis, tiran la piedra y esconden la mano. La reacción oligárquica aprovechaba la debacle alemana para poner al gobierno del G.O.U. en la misma bolsa. Muchos oficiales fueron tentados e inducidos a aprovechar la reacción. La desunión del ejército era el arma más evidente para el desequilibrio político. Entonces reimplantamos el estado de sitio, cayendo presos varios oficiales que se amotinaron, entre ellos el general Rawson. La situación condujo a que el 8 de octubre convocara a todos los jefes y al general Avalos que encabezaba la oposición; les dije que si yo estaba ocupando tamaña responsabilidad política, eso se debía a ellos, a quienes evidentemente les convenía, nadie puede por propia iniciativa ocupar tantos puestos si no hay connivencia, pero que en ese momento estaban boicoteando mi accionar y que no podía ser, porque cuando a un hombre se lo carga de tamaña responsabilidad, por lo menos hay que permitirle la elección de los medios para cumplir su misión. "Si no me dejan hacer, les dije yo me voy a mi casa, arréglense ustedes", me levanté y me fui. Al

otro día, Avalos le pidió a Farrell mi renuncia, sé que él se resistió, pero la postura del otro bando era inclaudicable. Muchos me dijeron en aquel entonces que ordenara reprimir. ¡Cómo iba a tomar semejante medida para defender una posición personal! Por la tarde, el general Pistarini me avisó que Farrell pensaba que la situación era insostenible y me pedía la renuncia. Yo entonces llamé al jefe de operaciones, le pedí que suspendiera todo posible movimiento de tropas, tomé papel y redacté la renuncia. "Renuncio a los cargos de Vicepresidente, Ministro de Guerra y Secretario de Trabajo y Previsión, con los que vuestra excelencia ha sabido honrarme". La entregué a Pistarini diciéndole: "Se la entrego manuscrita para que vea que no me ha temblado el pulso al escribirla". Di gracias a Dios por haberme permitido renunciar sin sacrificar una sola vida en holocausto a la irreflexión y el apasionamiento. Lo que nunca comprendí es por qué se manejaron de una manera tan poco clara, aduciendo su oposición al nombramiento de un funcionario; tampoco sé por qué se amotinaron para esto en Campo de Mayo, si me hubieran pedido la renuncia desde un primer momento, yo les hubiera ahorrado tanta fanfarronada.

Tenía mis secretos temores sobre la lealtad de Campo de Mayo, pero debía hacer honor a la caballerosidad y el juramento solemnemente realizado. Ello me exigía una conducta prudente, pero en algo hay que creer en la vida y entonces uno está inclinado a creer en mentiras cuando no encuentra verdades para creer. La fe en los juramentos, más que una convicción debe ser una naturaleza en los hombres bien nacidos. Cada uno responde por su conciencia y rinde cuenta de sus actos; por ello no debe negarse *a priori* sino juzgarse *a posteriori* todas las cosas que están ligadas al honor de las personas. Será una aberración pero hay un convencionalismo sin el cual la vida no podría ser vivida con dignidad.

Nunca los juramentos significaron lo mismo y sirvieron para defender los mismos objetivos. Tanto en el levantamiento del año 1930, como en la jornada revolucionaria de 1943 o en los lamentables acontecimientos de 1955, hubo

juramentados. Los actos de fe no son en sí mismos buenos ni malos, son en última instancia los intereses que los mueven a realizarse los que deben ser juzgados.

La oficialidad que condujo la revolución del 4 de junio respetó jerarquías internas que contradecían su cadena de mandos naturales a partir de un juramento secreto que forma parte de mi archivo particular y que por tratarse de un documento histórico que revela un mecanismo de funcionamiento dentro de las fuerzas armadas, poco conocido por la población en general, quiero transcribir en forma íntegra su contenido para echar luz sobre una fecha tan significativa y evitar así que yo me transforme en juez y parte.

"JURO"

"Primero: Servir incondicionalmente a la unión y solidaridad de las fuerzas armadas de la Nación.

Segundo: Reprimir enérgicamente toda forma de disensión o conspiración que intente provocarse entre las tropas de mi mando.

Tercero: Ceder mi puesto sin resistencias cuando así lo estimen mis superiores naturales o cuando a mi juicio haya perdido el prestigio ante mis subalternos.

Asimismo y a fin de disipar toda clase de dudas, convengo y acepto:

Primero: Que el señor general de división don Pedro Pablo Ramírez ha dejado de ser definitivamente jefe de la revolución y en consecuencia, presidente de la Nación.

Segundo: Que en su reemplazo corresponde este alto cargo al señor general de brigada don Edelmiro J. Farrell.

Tercero: Que por tales motivos y a partir de ese momento, cumpliré las órdenes de su ministro interino de Guerra, el señor coronel don Juan D. Perón".

"Si alguna vez faltare a este solemne compromiso de honor, que Dios, la Patria y mis camaradas me lo demanden".

Las firmas de este documento están encabezadas por el jefe del acantonamiento de Campo de Mayo, General Eduardo Avalos.

Martín García, 14 de octubre de 1945.

Al asumir Farrell, el general Avalos y los suyos habían firmado un juramento secreto, que decía que aceptaban por conveniente que Farrell suceda a Ramírez y que por tal motivo cumplirían las órdenes de su ministro de Guerra interino. Claro, después yo fui ganando más espacio en el espectro político, y el hombre es débil, sobre todo a cierto lenguaje pecuniario, así fue que al poco tiempo se arrepintieron de lo firmado. Pero esto tampoco escapó a la percepción de Farrell, que ya había abierto los ojos con respecto al proceder de algunos hombres.

Avalos me reemplazó en el Ministerio de Guerra. El 11 de octubre fui a la Secretaría a despedirme de mis colaboradores y me encontré con que las inmediaciones estaban atosigadas de gente que me reclamaban como presidente. Adentro, los empleados me presentaban la renuncia, tenían miedo a las represalias. Yo les dije que me iba justamente para evitar problemas, pero parecía una cargada, por la ventana se veía la calle que era un hervidero. Entonces fue que salí al balcón y les pedí tranquilidad, les dije que tampoco permitiría que alguien renunciase, que un puesto en la Secretaría más que un lugar de trabajo es un puesto de lucha y que en ese tipo de frente hay que morir por un ideal. "Hoy les pido serenidad. Cuando sea necesario pedir guerra, también lo haré".

Al día siguiente me fui a descansar al Tigre, pero previamente le avisé al general Avalos dónde estaría por si deseaban comunicarme alguna cosa, en realidad esperaba que no viniese nadie. Sin embargo, por la noche me avisaron que Farrell quería verme y me trasladé a Buenos Aires junto con el jefe de policía, coronel Mittelbach. Allí me informaron que me debía trasladar a la cañonera Independencia y así, mediante engaño, me llevaron a Martín García. Allí fueron a visitarme varios camaradas que me apoyaron. Me sentía profundamente traicionado por Farrell, a quien le habían hecho firmar la orden de mi detención, pero estaba en ascuas respecto al por qué de la misma.

El capitán médico Miguel Angel Mazza, fue de una

gran ayuda en esta circunstancia. El llevó varias cartas mías a distintas personas de Buenos Aires y especialmente a Evita, de quien me había alejado repentinamente y a quien no había vuelto a ver.

A la
Señorita Evita Duarte
Buenos Aires

Mi tesoro adorado:

Sólo cuando nos alejamos de las personas queridas podemos medir el cariño que nos inspira. Desde el día que te dejé allí con el dolor más grande que puedas imaginar no he podido tranquilizar mi triste corazón. Hoy sé cuánto te quiero y no puedo vivir sin vos. Esta inmensa soledad sólo está llena con tu recuerdo.

Hoy he escrito a Farrell pidiéndole me acelere el retiro; en cuanto salga nos casamos y nos iremos a cualquier parte a vivir tranquilos.

Por correo te escribo y te mando una carta para entregar a Mercante. Esta te la mando con un muchacho porque es probable que me intercepten la correspondencia.

De casa me trasladaron a Martín García, y aquí estoy no se por qué y sin que me hayan dicho nada ¿Qué me decís de Farrell y de Avalos? Dos sinvergüenzas con el amigo. Así es la vida.

En cuanto llegué, lo primero que hice fue escribirte. No sé si habrás recibido mi carta que mandé certificada.

Te encargo le digas a Mercante que hable con Farrell, para ver si me dejan tranquilo y nos vamos a Chubut los dos.

Pensaba también que conviene, si iniciaron algunos trámites legales, le consultaras al Doctor Gache Pirán, Juez Federal, muy amigo mío, sobre la forma cómo puede hacerse todo. Decile a Mercante que sin pérdida de tiempo se entreviste con Gache Pirán y hagan las cosas con él. Creo poder proceder por el Juzgado Federal del mismo Gache Pirán.

El amigo Brosen puede ser útil en estos momentos, porque el hombre es de muchos recursos.

Debes estar tranquila y cuidar tu salud mientras yo esté lejos para cuando vuelva. Yo estaría tranquilo si supiese que no estás en

ningún peligro y te encuentras bien.

Mientras escribía esta carta me avisan que hoy viene Mazza (el doctor Luis Angel Mazza, médico militar) a verme, lo que me produce una gran alegría, pues con ello tendré un contacto indirecto contigo.

Estate muy tranquila. Mazza te contará cómo está todo. Trataré de ir a Buenos Aires por cualquier medio, de modo que puedes esperar tranquila y cuidarte mucho la salud. Si sale el retiro nos casamos al día siguiente y si no sale yo arreglaré las cosas de otro modo, pero liquidaremos esta situación de desamparo que tú tienes ahora.

Viejita de mi alma, tengo tus retratitos en mi pieza y los miro todo el día con lágrimas en los ojos. Que no te vaya a pasar nada porque entonces habrá terminado mi vida. Cuidate mucho y no te preocupes por mí, pero quereme mucho. Hoy lo necesito más que nunca.

Tesoro mío, tené calma y aprendé a esperar. Esto terminará y la vida será nuestra. Con lo que yo he hecho estoy justificado ante la historia y sé que el tiempo me dará la razón.

Empezaré a escribir un libro sobre esto y lo publicaré cuanto antes; veremos entonces quién tiene razón.

El mal de este tiempo y especialmente de este país son los tontos y tú sabes que es peor un bruto que un malo.

Bueno mi alma: querría seguirte escribiendo todo el día, pero hoy Mazza te contará más que yo. Falta media hora para que llegue el vapor.

Mis últimas palabras de esta carta quiero que sean para recomendarte calma y tranquilidad. Muchos pero muchos besos y recuerdos para mi chinita querida.

Juan Domingo Perón

El Dr. Mazza me comentó que la movilización de las bases sindicales había provocado el desequilibrio del nuevo grupo militar que tomó el poder. Evita trataba desesperadamente de lograr mi libertad, y el ejército vivía sus horas más contradictorias debido a que se habían desembarazado de un "agitador" popular, pero habían provocado con ese hecho un proceso movilizador sin precedentes en el tímido

país de vocación soberana que empezaba a nacer.

La conversación con Mazza me fue de gran ayuda, primero porque me puso en autos acerca de la situación que se estaba viviendo a nivel popular, segundo porque me informó sobre la seguridad de Eva, refiriéndome que la había enviado a San Nicolás, salir de Buenos Aires era evitar cualquier situación desagradable.

En cuanto a mi confinamiento, él estaba seguro de que era momentáneo y que se debía más al miedo de no saber que produciría mi presencia entre los trabajadores, que a cualquier explicación de otra índole. Decidimos entonces tomar la iniciativa, Mazza me propuso falsear unas radiografías que él tenía y que mostraban una dolencia aguda de "hemidiafragma derecho", de probable origen tumoral y, a continuación, elevarlas a la superioridad aconsejando mi traslado al Hospital Militar para la atención prescripta y porque la salud del enfermo en un clima tan húmedo como el de la isla era contraproducente. Mazza cumplió al pie de la letra lo pactado y cuando se entrevistó con Farrell, éste le pidió que me trasmitiera las disculpas personales por lo que estaba pasando y le aseguró que seguía estando conmigo. Es que la ciudad era un hervidero y la junta médica desconcertada tanto como el ejército, decidió ordenar mi traslado a Buenos Aires.

De esta época es una anécdota paradójica. Resulta que el general Avalos y el vicealmirante Vernengo Lima fueron las cabezas visibles contra la oposición popular. Cuando en el Círculo Militar Vernengo anunció mi confinamiento definitivo y deseada muerte política, la multitud, "antiperonista" pero furiosamente antimilitarista, a los gritos le impidió hacerse oír, entonces, este cipayo dijo "¡yo no soy Perón!", como si eso pudiera servir de alguna diferencia para la oligarquía que lo único que pretendía era usar a ese grupo del ejército como brazo armado de sus prerrogativas.

Mientras tanto, a mí me habían mandado una junta médica a la isla para ver si era indispensable mi traslado. ¡Eso sí que hubiese estado bueno! No me dejé tocar. ¡Si se avivaban, me dejaban de por vida en la isla! El 17 de octubre

estaba de vuelta en Buenos Aires. ¡Qué fecha para volver! Exceptuando lo referido por Mazza, yo, en realidad, poco sabía de lo que estaba pasando, después me enteré que Mercante se había portado como un león, fue el contacto con las organizaciones nacionalistas, minoritarias hasta ese entonces, como la Alianza y Forja, y con los grupos sindicales que por supuesto sí representaban la mayoría. Antes de la fecha histórica, Mercante era detenido en Campo de Mayo.

Quiero dejar plasmado en estas páginas un 17 de octubre definitivo. A partir del día mismo en que por imperio de los acontecimientos, la historia cambió su rumbo y mi vida, encuentra su sentido que si yo alguna vez me había atrevido a soñar no había percibido que comenzaba a desenvolverse en esos precisos momentos.

A continuación transcribiré párrafos de un cuaderno que contiene las memorias del doctor Mazza, en cuyas páginas de su puño y letra, se dibujan en forma detallada los días previos a una fecha que él presagiaba como memorable, ya que de lo contrario no se hubiera tomado el trabajo de la sistemática redacción día por día, en los que acontecían situaciones atípicas pero que nadie atinaba a imaginar en su verdadera magnitud. Ni siquiera yo, que paradójicamente era el eje de la disputa, lo advertía.

La narración comienza el 11 de octubre de 1945:

"Cuando el día 11 de octubre por la noche volví a la casa del coronel encontré el ambiente agitado. Además de él estaban Evita, el Tte. primero Arévalo, el gaucho Soulé y Juan Duarte con Rudi que se ocupaban en envolver algunas armas que se llevaron enseguida. El coronel bastante preocupado me contó que le había llegado la información de que lo detendrían para llevarlo seguramente a Campo de Mayo... Le inquietaba el hecho de que lo llevarían a Campo de Mayo para vejarlo seguramente".

Cada uno proponía una estrategia distinta para afrontar la situación. Mazza opinó: "...no escapa tan fácilmente un hombre de su popularidad". Rato después llegó Nicolini, personaje por el cual se había desencadenado todo

el proceso. Campo de Mayo no aceptaba que Nicolini fuese el jefe de correos. Lo acompañaba Petinato, quien había aportado la información sobre el peligro de la detención en Campo de Mayo.

"Poco después llegó el capitán Lucero quien deseaba saludar al coronel y expresarle que este momento decisivo sería beneficioso para su obra de gobierno; le impuse de la situación y pensó igualmente que no podía ser. Se ubicó en el escritorio y conversó un rato a solas con el coronel. Los dejé porque conozco la cordura de sus pensamientos y actos. Después de un rato vino y me expresó que estaba dispuesto a confirmar la noticia (de la detención) en la misma presidencia. Salió para la residencia y volvió luego diciendo que el general le había asegurado que ignoraba todo lo dicho, que creía que no había ningún motivo de detención. El coronel a pesar de todo seguía intranquilo y cuando nos retiramos con el capitan Lucero llevábamos el convencimiento de que las cosas no andarían bien".

Durante todo el día yo había hecho circular la noticia de que no estaría en mi casa sino en la de un amigo en la localidad de Florida. De todas formas persistía mi intranquilidad por si venían a buscarme donde realmente estaba. Por ello prefería que fuese la policía quien me detuviese porque era la institución en la que yo más confiaba porque estaba en manos de un amigo como Mittelbach. En el hall del departamento estaba la custodia. Tenía órdenes de avisarme quién venía a detenerme, si se trataba del ejército, resistiría. No pasó nada y al otro día me fui al Tigre con rumbo desconocido para algunos.

"..El viernes 12 por la mañana llamé por teléfono y atendieron. Dije que hablaba de parte del mayor Estrada, que estaba junto a mí y que deseaba saber si había alguien en casa. Me contestaron que estaban fuera y que cualquier noticia al respecto el que sabía era el teniente coronel Mercante. Esto nos dio la pauta de que las cosas iban bien y que nuestro coronel había ido a pasar su fin de semana a algún lado.

"El sábado 13 al llegar al Ministerio a primera hora me

informaron que en el quinto piso estaba el coronel Mercante. Subí rápidamente para informarme de las novedades y lo encontré en el hall del ministerio esperando. Me informó que el coronel había sido detenido en la noche anterior y llevado la cañonera Independencia. Me preguntó si no se podría hacer algo en su favor desde el punto de vista médico. Le dije que vería y hablaría con el gral. Avalos... Cuando lo ví le dije que como médico personal pedía que se me permitiera visitarlo... accedió a darme una nota para que yo me presentara en el ministerio de marina. Se notaba que el ejército ignoraba cuál era la suerte corrida por nuestro coronel y el lugar en donde se hallaba... Me retiré con la nota en la mano redactada por mí, para demostrar mayor interés personal en el pedido y al salir me encontré con Apold, a quien le confié todo lo sucedido. Al llegar al Ministerio de Marina... me atendió el capitán Colomina, quien me dijo que tomaba licencia por 45 días pero que en obsequio a mis ideales haría las gestiones pertinentes. En primer lugar me dijo que la cañonera no se encontraba en el puerto sino río adentro hacia adonde había partido. Por otra parte me adelantó que mis gestiones no tendrían éxito porque conocía las ideas al respecto del nuevo ministro (Vernengo Lima) quien precisamente juraba recién a las 12 horas de ese día y que no quería ocuparse del asunto hasta la semana próxima... A pesar del desaliento... me acerqué al futuro ministro y le hablé... su opinión era que me tranquilizara y que esperáramos la semana próxima... Me retiré afligido... porque comprendí entonces que todo estaba en manos de un enemigo: el contraalmirante Vernengo Lima... Estrada estaba tan desconcertado como yo. Ellos movilizarían las masas obreras pero aún no presumía nada".

Ninguna revolución llega a buen puerto sin una planificación conjunta entre los distintos sectores que la impulsan. El 17 de octubre contó con la inestimable colaboración de un grupo del ejército que era leal a los objetivos que desde el 43 se habían prefijado y que coincidían plenamente con los intereses populares. Ese día, de magna reivindicación cívica, ese ejército no pudo marchar junto al pueblo, pero estuvo

con él desde otro puesto de lucha menos visible.

"...Por un llamado telefónico me traslado a Puerto Nuevo, allí me confirman que el coronel está en Martín García... insisto en viajar... ese domingo... me contestan que fuera a Dársena Norte a las 7,30 horas y que me presentara al patrón del barco que en caso favorable tendría órdenes... Esa noche regresé a mi casa y me negué más aún al teléfono... Lucero intentó comunicarse hasta las tres de la mañana... al final a las seis no tuve más remedio que atenderlo... deseaba conversar conmigo. Me trasladé a su casa... sus palabras fueron muy mesuradas y su apreciación de la situación la más exacta que yo oí en aquellos aciagos días. Me pidió que le llevara al coronel su impresión: había que contar con tres generales: Sosa Molina, Solari y Urdapilleta.

"El ejército del interior no podía estar con Campo de Mayo y el alejamiento del coronel era favorable a su política. Ahora sí había que tener optimismo en su futuro. En cuanto a lo de Martín García no podía ser algo más que transitorio, obra del ofuscamiento y del temor. Sus palabras me reconfortaron un poco. La famosa Escuela de Guerra, termómetro de la reacción en el ejército ahora estaba dividida y se balanceaba favorablemente al caído. Me pidió especialmente que conversara con el coronel, que le expresara nuestros puntos de vista y que le pidiera los suyos así como las instrucciones u órdenes que quisiera dar. Una vez en Dársena Norte me presenté en el barco ante el patrón del mismo ya que era un aviso... y a las doce horas llegué a Martín García... el jefe de la isla teniente coronel Ladvocat hermano del de ejército a quien yo conozco, después de saludarme amablemente me preguntó si iba a ver al coronel Perón, le dije que sí y me ofreció un automóvil. Recorrimos unos cuatrocientos metros... llegamos a una casita de aspecto modesto donde se alojaba nuestro jefe... nos dispusimos a charlar luego que se retiraron los oficiales. El alojamiento estaba constituido por una habitación dividida en dos por un tabique de madera a media altura. A la derecha entrando al dormitorio, una cama con

mosquitero, una mesita y una buena radio prestada. A la izquierda el comedor, una mesa y dos sillas y una mesita auxiliar. En la pared del fondo había una ventana que daba a la calle. Del dormitorio se pasaba al baño con lavatorio e inodoro, sobre el cual había un cartel muy interesante que decía más o menos: 'utilice bien el inodoro, no sea chancho'. Esta última expresión me llamó la atención y lo comenté, al coronel le indignaba... se sentía preso, incomunicado y quería saber cuál era la causa. Le manifesté que lo ignoraba, que creía que era una medida de seguridad que tomaba el Estado para su propia persona. Siendo así no había motivo para la incomunicación y el centinela de vista ...sobre los obreros sabía que (el mayor) Estrada estaba en contacto con Montiel y que trabajaba secretamente".

Mazza me informó que había tres generales que podían volcar el interior a nuestro favor, le pregunté entonces por Vargas Belmonte y me contestó: "...lo habíamos visto por el ministerio dando algunos abrazos... a cada rato me preguntaba por los obreros, por Mercante. Le expresé que a este último seguramente lo meterían preso lo mismo que a Russo".

Siguiendo con la lógica que Mazza había utilizado desde el principio convinimos en seguir explotando mi supuesta enfermedad, con el recurso de las radiografías antes mencionado. Escribí entonces tres cartas más, una dirigida al ministro de Guerra solicitando asistencia hospitalaria dado mi estado de salud, otra dirigida a Farrell y la última Tauber, que Mazza llevaría en persona. Paralelamente pusimos en conocimiento de la situación a los médicos de la isla para que la parodia fuera completa. También planeamos sobre lo que conversaría Mazza con el presidente.

"Regresé a las 16 horas al (aviso) "Cormorán" ... ya se sabía en toda la isla de mi visita y gestión ... alrededor de las veinte horas llegamos a Dársena Norte y rápidamente tomé un taxi en retiro y le indiqué que me llevara a la Avenida Alvear y Agüero. Le dije al chofer que venía de afuera y que no sabía nada de Buenos Aires, que cómo andaban las

cosas. Dijo que si al día siguiente no había huelga general, sería para el miércoles. Y eso ¿para qué? le pregunté. Y por Perón. ¿Cómo dijo? El hombre se amilanó un poco. Me di cuenta que estaba de uniforme y que podía sospechar donde me dirigía. Al llegar a la residencia presidencial, mientras bajaba le dije no se asuste hombre, viva Perón y muy pronto lo tendremos con nosotros. Me miró asustado y contento de lo que le decía un militar que iba a ver al presidente ... Me recibió el general (Farrell) que estaba con el coronel Tauber... su primera pregunta fue saber cómo estaba de salud el coronel. Le planteé enseguida la situación. La salud del coronel mientras estaba libre corría por su cuenta, ahora al estar preso la responsabilidad era nuestra... fui subiendo de tono porque lo veía aflojar. Enseguida el coronel Tauber estalló en mi favor. 'Ha visto mi general se esta haciendo un héroe. Es una infamia lo que se comete. Nos han engañado' ... El presidente con mucho misterio me habló de su adhesión a Perón, estaba alarmado pues decía que Mercante lo había traicionado, pues él había sido el que dijo donde se encontraba el coronel".

En honor a la verdad debo decir que este juicio sobre Mercante fue hecho sobre la base de rumores. Mercante demostraría con creces su lealtad *a posteriori* pero lo expuesto vale como ejemplo para evaluar hasta qué punto los rumores pueden tergiversar el buen saber y entender hasta en las más altas esferas del gobierno.

Farrell le confirmó a Mazza dos aspectos que yo tenía: la adhesión del interior hacia mi persona, y el peligro de asesinato al que estuve expuesto. Mazza me reconoció después que durante aquella entrevista se habían confirmado su hipótesis de que en todo este proceso había más debilidad que valentía. Farrell, incluso, llegó a decirle a Mazza que se quedara tranquilo pues "los obreros apoyarían a nuestro líder, (...) para hablarme cerró bien las puertas y me dio a entender su desconfianza para con todos. Me hizo salir precipitadamente cuando se enteró que venía el general Avalos". Este último lo llamó a Mazza aparte y le aseguró su profunda amistad y cariño hacia mi

persona desde tiempos inmemoriales. El también afirmó que mi prisión se debía a motivos de seguridad. Ahí surgió también la posibilidad de una reunión de Mazza con los jefes, a las que asistieron Vernengo Lima, Avalos y otros. Durante toda la reunión se trató de convencer a Vernengo sobre la necesidad de sacarme de Martín García. Supuestamente yo estaba en Martín García para salvarme del peligro de muerte en que me encontraba. Pero resultó ser que el único que no me había confesado sus simpatías, es decir Vernengo Lima, era también el único que trataba de mantenerme aislado. Al final accedió. Acompañando a Mazza, mandaron una junta médica que debía testificar sobre mi salud, pero era algo que sólo cubría una formalidad para seguir con la parodia que habíamos iniciado, pues mi traslado ya se había resuelto. Esto era cierto a medias por lo siguiente: Vernengo Lima se había guardado una carta en la manga, de los tres médicos que integrarían la junta, Mazza era uno, pero los otros dos responderían a él. Por eso debí negarme a que se me revisara.

Esta situación fue graciosa, pues a pesar del ambiente que se había creado, Mazza se adelantó para saludarme con un efusivo abrazo que le permitió decirme al oído: "no se deje tocar...". Me llevó aparte y me confió que el gobierno estaba perdido y la gente había comenzado a agolparse en toda la ciudad. Cuando los médicos me requirieron para revisarme les contesté, "mi enfermedad es 'radiográfica'", y los médicos no pudieron opinar.

La radio ya informaba que yo no estaba detenido, pero sin embargo la disensión con la junta médica persistía y se trataba de demorar mi partida. Al final, a las dos de la mañana del día 17, nos notificaron que se había aceptado mi traslado.

Recién cuando llegamos a Puerto Nuevo se reconoció que nuestro destino sería el Hospital Central.

Quiero que el Dr. Mazza cierre con sus palabras lo que fue el final de mi encierro y el comienzo de una nueva historia escrita por las masas:

"Al llegar ahí lo alojamos en su departamento y

comenzó la formada cívica más grande de la historia que alguien escribiera algún día y la armada cerró la infamia de su actitud en las palabras del capitán Nepea cuando el coronel quizo despedirse de él: 'no le doy la mano, antes Ud. estaba en mi casa por eso se la dí, ahora está en la suya. Usted es mi superior pero no mi amigo'. 'Imbécil, le daría una cachetada, ya nos encontraremos'. Fue la única expresión de un hombre cansado de sufrir".

1945: la primavera llegó más tarde

Mientras la Capital del país se organizaba en movilización, gracias al impulso que también le dio Evita, el interior comenzó a disponer huelgas orgánicas de carácter revolucionario, labor que deben a la mentalidad organizativa del Director General de Delegaciones Regionales, el capitan Héctor F. Russo, cuya dependencia estaba adscripta a la Secretaría de Trabajo y Previsión. En Tucumán, los obreros se habían decidido a avanzar a la Capital, pero el Teniente Coronel Fernando Mera, jefe de la 5° Región Militar, les dijo que como el ejército es carne del pueblo, su grupo no sólo no reprimiría sino que acompañaría a los trabajadores a defender el gobierno del pueblo. Esto fue lo que incidió más que Perón en el hecho de que los militares recapaciten.

Cuando la situación se puso más espesa, fue en el momento que advirtieron que probablemente la única persona que podía evitar una posible guerra civil estaba impedido de su libertad. Mis incondicionales vinieron a verme, les pedí que salieran a la calle y coordinaran con los obreros una acción conjunta como medida para calmar los ánimos. El coronel Juan N. Giordano, junto con el jefe de policía Mittelbach arreglaron con el contingente pero también advirtieron a los jefes contrarios que si la Marina disparaba desde el río hacia Buenos Aires ellos tomarían represalias contra sus familiares. Desde el martes 16 había comenzado a desplazarse una gruesa columna de Avellaneda a Plaza de Mayo. El grupo de Cipriano Reyes, del gremio de la carne,

también abandonó su trabajo y se sumó al movimiento popular. Así en forma tan espontánea, se reunió el Comité Central Confederal de la CGT que resolvió la huelga general revolucionaria por 48 horas.

Mientras tanto, habían venido a verme varias personas con la intención de trasladarme las nuevas informaciones. En un momento estábamos el general Tanco, Quijano, Velazco, Antille, Pistarini, De la Colina, Benítez, Lucero, Molina, Uriondo, Herrera y yo. La gente entraba y salía, también estaba el Dr. Mazza y otros que ya no recuerdo. Mantuvimos una larga conversación. Estaban todos muy emocionados y con una confianza ciega en el futuro. Me dijeron sobre la gran marea humana, sobre los intentos infructuosos de Farrell para calmar a la multitud. Sobre las promesas de Avalos de que no se eliminarían las conquistas sociales. Yo lo miré a Tanco y le pregunté: "¿Hay mucha gente?... Realmente hay mucha gente... che?...". Nunca lo había tuteado. Habría muchas cosas que a partir de ese día haría por primera vez.

Mientras tanto la Plaza de Mayo estaba sitiada y el general Avalos dentro de la Casa Rosada era un león enjaulado en el centro de la tormenta. Miles de trabajadores se habían instalado en las puertas del Hospital Militar. Al final, Avalos pudo salir del confinamiento popular y vino a hablarme. Conversó conmigo sobre la situación y me expresó sus deseos de que hablara al pueblo para calmarlo e instarlo a que se retirara de la Plaza de Mayo. Al atardecer me llamó Farrell con el mismo objeto; y también me visitó Pistarini, siempre con el oportuno consejo y buen juicio de su experiencia. Después me enteré que Farrell, Avalos y Vernengo estuvieron virtualmente sitiados en la Rosada y sin saber qué hacer. Vernengo le propuso a Avalos disolver el problema a balazos a lo cual Avalos le contestó que lo debía decidir el presidente. Farrell se negó. El no iba a tirar contra el pueblo. Claro, presos allí..., ¡encima pretendieron dirigir alguna palabra y recibieron sólo insultos...!

Al final me fueron a buscar... Yo pedí varias condiciones: la primera fue que Vernengo se mandase a mudar.

Después, desde allí, llamé a los dirigentes obreros, nos encontramos todos con Farrell y llegamos a un acuerdo. Los obreros sostenían que todos, incluso Farrell, habíamos sido traicionados por agentes de la oligarquía, entonces exigían la renuncia de todo el gabinete y de los traidores. Así se hizo.

El Partido Laborista: Sólo una herramienta

El día 18, me fui con mi mujer a descanzar cuatro días a San Nicolás, a la quinta de los Subiza. Mientras tanto, el nuevo elenco de gobierno se aprestaba a hacer lo que yo les sugería, dentro de él y en el lugar indicado estaba un gran amigo. El coronel Mercante se quedó con la Secretaría y con el diálogo con los obreros. Los convocó y les dijo que para empezar estaba bien pero que si querían realmente mantener las conquistas sociales, el secreto estaba en que yo fuese presidente. Si no se las iban a ver negras. Ellos no contestaban nada. Querían a Perón presidente pero no para mantener lo que tenían, me veían decididamente como un sueño hecho realidad. No estaban desengañados de la partidocracia liberal, pasaba que nunca habían creído en ella. Esto que aparecía ahora no era para ellos algo nuevo, sino lo único.

El 22 de octubre, Evita y yo nos casamos por civil. En Junín, el jefe de la sección 1°, Hernán Antonio Ordiales, levantó el acta ante los testigos, Domingo Mercante y Juan Duarte. Ese día el general Pistarini juró como vicepresidente de la Nación, quedaba en claro que nuevamente era la gente y no yo el que imponía a otro hombre fiel a la revolución del 4 de junio en aquel puesto estratégico. Mercante que se había transformado en mi mano derecha, se encargó personalmente de organizar un partido político que congregara esas huestes incipientes, junto con antiguos políticos nacionalistas. Por otro lado, Evita había vuelto a trabajar conmigo con más espíritu y más pasión. Pensábamos al unísono, con el mismo cerebro, sentíamos con la misma alma. Era natural por ello, que en tal comunicación de ideas y de sentimientos, naciera aquel afecto que nos llevó al matrimonio. Los días de

la campaña electoral pusieron a dura prueba las energías de Eva, que recorría el país a lo largo y a lo ancho, hablando siempre, incitando a los desheredados a unirse a nosotros en la batalla que debía servir para hacer triunfar sus derechos. Trabajábamos día y noche, a veces no nos veíamos semanas enteras, y todo encuentro era desde el punto de vista sentimental, una novedad, un descubrimiento.

Ya en plena campaña y lanzado el partido Laborista al ruedo, los viejos partidos revivieron la Unión Democrática, soliviantados desde el exterior por el ahora secretario de Estado Adjunto Spruille Braden. El me acusaba de fascista y yo aprovechaba y cargaba las tintas con las consignas anti-imperialistas. Era como un juego, todos sabíamos que la suerte estaba echada. Todos, menos los ciegos emisarios de la antipatria, que me acusaban de tirano y no querían ver que el pueblo estaba detrás de mí en forma inequívoca. No quisieron ver, producto de su necedad, que la marcha del 17 fue la chispa que encendió a las masas y abrió las compuertas del torrente, precipitándose el pueblo en los cauces de la historia.

La mayoría de los dirigentes políticos del laborismo serían de extracción sindical. En ese primer momento estaban: Luis Monsalvo por los ferroviarios, Luis Gay por los telefónicos, Cipriano Reyes de la carne, Vicente Garófalo del vidrio, entre otros. Buscábamos ampliar lo conseguido por el GOU. Entre esas cosas estaban la recuperación de los servicios públicos, la eliminación del latifundio, la participación obrera en las ganancias, la amplia previsión social, etc. También hubo muchos grupos de clase media que supieron ver este proceso, como el caso significativo de F.O.R.J.A., los jóvenes radicales, que aunque no pertenecían a las huestes de Quijano, estaban en contra de la hipocresía emanada del comité central del radicalismo.

Cuando fue la fecha señalada para las elecciones, un día antes convoqué al pueblo por la radio, de la misma manera que le hablaba en público, sin subterfugios, con el lenguaje directo que sólo entiende la gente que no cree en los dobles mensajes, los que hablan siempe con la verdad en

la boca, porque es la verdad el único idioma que conocen. Yo les pedí con el corazón, que era la manera en que ellos más fácil entendían, que no concurriesen ese día a ninguna fiesta preparada por los patrones. "Quédense en casa y el 24 bien temprano tomen las medidas para llegar a la mesa en la que han de votar. Si el patrón de la estancia cierra la tranquera con candado... rompa el candado o la tranquera. O corte el alambrado y pase a cumplir con la Patria... Si el patrón lo lleva a votar, acepte y luego haga su voluntad en el cuarto oscuro...".

Por voluntad del Pueblo

(1946 - 1952)

Primer gobierno: El fervor popular y el nacionalismo económico

Qué sorpresa invadió a los representantes de la democracia del Departamento de Estado, al descubrir que habían perdido por más de 300 mil votos. Por eso mi discurso del día anterior pretendió ser clasista. Quise llegar al entendimiento del hombre común por el único camino posible, la identificación con su situación. No podíamos darnos el lujo de perder un sólo voto, porque se nos oponía todo el país "decente". Ellos sí eran una bolsa de gatos. Nosotros teníamos toda la inexperiencia política junta igual de importante a la necesidad de meter dentro del proceso democrático la honestidad y justicia social que no existía y que no hubiese tenido futuro a no ser por la decisión popular, de esa masa informe que sólo cuando se reconoció a sí misma y se sintió con la fuerza suficiente para escribir la historia, se transformó en el brazo popular organizado de la única revolución patriótica que experimentó el territorio argentino.

Yo me sentí ungido, desde un primer momento, por el espíritu popular y no quería para mí ni para mi familia, ningún tratamiento especial, tanto es así, que los primeros seis meses -que entre paréntesis fueron los únicos que pasamos con normalidad-, vivimos tranquilos en la calle Teodoro García, en una sencilla casita propiedad de Evita, especialmente indicada para pasar una modesta luna de miel que, sin embargo, más de una vez nos vimos obligados a interrumpir. A pesar de esto, bien pronto, por la afluencia de gente que venía a buscarnos y por el número siempre creciente de pobres que querían hablar con Evita, tuvimos

que trasladarnos a la residencia presidencial, en el barrio de Palermo.

Desde un principio me sentí presidente de todos los argentinos, y así lo hice saber a quien quisiera preguntarlo y lo demostré trabajando incansablemente por todos nosotros. Cuando llegué a Casa de Gobierno, había un despacho general con un oficial mayor que le ponía el sello a los decretos y pedía la firma al presidente, después el jefe de la casa militar, del cual dependen los edecanes y dan las audiencias; el tercer organismo, el secretario privado que contestaba las cartas; y el cuarto, el secretario político que repartía los cargos. Eso era la Rosada.

¡Por eso mis antecesores llegaban a las diez de la mañana y se iban a las doce con el sabor del deber cumplido! Si de algo puedo jactarme es de haber transformado la Casa Rosada en una institución donde sus organismos tenían una tarea fijada y el día de trabajo no terminaba si su cometido no tenía un final específico.

Con el asesoramiento del estadígrafo brillante que fue José Figuerola, en el consejo coordinador de estadísticas y censos, confeccionamos un plan y orden de prioridades para la acción de gobierno. De aquí surgiría el primer Plan Quinquenal. El primordial objetivo era la puesta en marcha del país mediante recursos propios. Estábamos en manos de un grupito de argentinos que tenían a la economía de la Nación a sus órdenes, con el mezquino interés de responder sólo a sus ambiciones personales. Un país rico, sin beneficio para sus habitantes sino para aquellos que detentaban toda la inescrupulosidad de quienes no aman las cosas de su patria o de la tierra donde viven.

Estaban dadas las condiciones como para que desde un país central se pudiera succionar la riqueza de los demás, sin la incomodidad y sin el peligro del traslado al dicho país para su explotación. La gente común, quienes no tenían ningún bien, tampoco poseían ningún medio para quebrar aquel estado de situación. Sin promesas, restablecimos el orden natural de las cosas, mediante la puesta en marcha de realizaciones que la gente común no esperaba ya de ningún

político, ¡mucho menos de la mano de militares golpistas que habían sido barnizados por la opinión pública como nazis a ultranza! Y sin embargo la gente, esa multitudinaria masa de desposeídos que sólo sabían esperar porque no tenían otra salida, creyó. Y así y todo, cuando llegamos al gobierno, recuerdo que en ese gran recinto testimonial que fue la plaza, o inclusive en una de las primeras sesiones del Congreso, el orgullo petulante de la oligarquía calificó a nuestras mayorías con el despectivo título de "aluvión zoológico". Resultó ser que paradójicamente ese "aluvión" fue quien después ofreció a la Patria, como resultado de su idealismo "descamisado", y contra la soberbia de un siglo oligarca de explotación y de miseria, un verdadero aluvión de bienestar y de grandeza.

No intentaré hacer en estas páginas un panorama explicativo que justifique la acción de mi gobierno. Lo hecho, hecho está. Según mi leal saber y entender, había que hacer eso. La gente esperaba del gobierno popular respuestas positivas, que los situasen a otro nivel en la relación de fuerzas dentro del sistema capitalista. De todas formas, no soy yo quien debe justificarse, será la posteridad la que dé su veredicto. Y en esto, si me permiten la jactancia, voy a sintetizar la idea con las palabras de Josué de Castro: "No importa lo que se diga de mí, eso depende de quien lo exprese. Yo se que la Historia me absolverá".

El sistema oligárquico de dominación estuvo signado por el predominio de la alianza entre la alta burguesía agraria y el imperialismo británico; participaban también, sectores complementarios para su funcionamiento, ubicados en las finanzas, el comercio y el transporte. Finalizada la Segunda Guerra, los sectores que emergían en el panorama nacional, requerían, para poder crecer, la definitiva eliminación del control imperialista monopólico sobre el comercio de exportación y las finanzas, y la contención de los intereses extranjeros en el mercado interno. ¡Hacer argentino el dinero del país era indispensable! Nacionalizar los depósitos bancarios, concentrar en el Banco Central la facultad de emitir moneda y el control de cambios, en fin, nacionalizar

la economía argentina, para que sirva a los argentinos.

No era fácil, había que luchar contra un enemigo tenaz. Para ello contaba con el apoyo popular y con jóvenes inteligentes, de firme vocación nacionalista, puesta al servicio de la Patria. Con Ares o Cafiero, por ejemplo, valores intelectuales de gran futuro, yo tenía la certeza de que la juventud miraría el futuro con los ojos puestos en los intereses populares. Su libro sintetizará nuestra tarea exponiendo con claridad y con franqueza en el estado de cosas que se transformó nuestro país después de nuestro alejamiento y la comparación con los objetivos que nos habíamos impuesto. Nosotros buscamos consolidar y expandir el crecimiento equilibrado de la economía argentina, integrando una economía agro-industrial, independizada al máximo de las contingencias externas y atendiendo especialmente a la elevación sustancial del nivel de vida de la población trabajadora.

Para el logro de esos objetivos, invertimos una cantidad considerable de dinero en carácter de impulso estatal para la puesta en marcha del proceso de inversiones. ¡Si nosotros mismos no invertimos, qué podíamos esperar de los demás!. Un tercio de esa suma se destinó a transportes y comunicaciones; otro tercio a energía, combustibles y agua; y el monto restante, para acción social, salud pública, acción agraria y forestal, obras sanitarias y construcción de edificios públicos.

El país estaba en condiciones más que óptimas para realizar una creciente inversión que comprometiese la ampliación de su economía. Aparte de establecer las pautas mínimas para el manejo financiero, se estructuraron las sociedades mixtas, las cooperativas, se creó el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI); todo conducente a conquistar las dos metas más importantes para cualquier país que se jacte de autodependiente: la recuperación de la deuda y los servicios públicos; porque aparte de la deuda externa que tenía el país, de alrededor de seis mil millones de pesos, unos dos mil millones de dólares, que nos reportaba repatriar remesas de dinero por valor de ocho-

cientos millones al año. También teníamos que dejar ir dinero al exterior en concepto de beneficios aportados por las compañías de servicios privados a sus dueños, que estaban fuera del país.

Cada año los servicios de ferrocarriles representaban ciento cincuenta millones; la corporación de transportes de la ciudad de Buenos Aires, veinte millones; los seguros, ciento cincuenta millones; los servicios eléctricos, ciento cincuenta millones; la comercialización de las cosechas, mil millones; los fletes marítimos, quinientos millones de pesos anuales. Si se considera la necesidad de otras remesas financieras de diversas empresas establecidas en el país y las remesas invisibles, siempre numerosas por la especulación, podíamos calcular una descapitalización anual por envíos y evasiones que pasaba de los seis mil millones de pesos anuales. Si consideramos que el monto de nuestra producción anual no superaba los diez mil millones de pesos, se tendrá la verdadera sensación de para quién trabajaban los argentinos. La radicación de capitales extranjeros, lejos de significar un beneficio para el país, incrementaba en sumas numerosas y multimillonarias el drenaje de divisas, debido a la evasión de sus beneficios. En definitiva, estaba convencido de que el paso que tenía que dar el gobierno era avanzar con toda confianza hacia el incremento del papel del Estado en la economía.

Reuní a un equipo de técnicos y les encomendé realizar los estudios pertinentes, el gasto demandaría alrededor de treinta mil millones de pesos para la adquisición de los servicios, a los cuales abría que sumarle veinte mil millones más para la renovación de maquinaria. Me junté con ellos todo un día explicándoles mis objetivos, tres días después volvieron con respuestas: "Señor, para esto usted debe gastar tantos miles de millones que no tiene. Si no tiene dinero, ¿cómo quiere comprar?". A lo que respondí: "¡Amigo, si yo tuviera el dinero no lo hubiera llamado a usted, hubiera comprado!".

Realmente sentí en aquel entonces una gran desilución, el país tenía grandes intelectuales pero le faltaban

hombres de acción. Hombres que no sólo sean capaces de pronunciar una disertación sobre un asunto determinado sino también que la puedan llevar a la práctica. Así pensaba Miguel Miranda. Ese sí que tenía empuje y audacia. Había empezado su vida laboral trabajando de empleado con un sueldo de noventa pesos, y en diez años había levantado treinta fábricas. Cuando le referí sobre la charla que había tenido con los economistas y su posterior respuesta, me contestó: "General, ¿usted cree que si fueran capaces de algo, estarían ganando un sueldo miserable como asesores?". "Pero Miranda, ¡vea que tenemos que comprar mucho y no hay dinero!", le dije yo todavía. El me contestó: "Y esa es la forma de comprar... sin dinero... con plata compran los tontos...". Miranda era un genio. Su intuición, su tremenda capacidad de síntesis y su certera visión comercial hicieron ganar a la república en un año, más de cincuenta años de acción de todos sus economistas diletantes y generadores de métodos y sistemas rutinarios e intranscendente para el país. Esas reuniones fueron comiquísimas, en la primera estuve a punto de estrellarle una silla por la cabeza. El era un hombre expeditivo y se encontró con la horma de su zapato. Iba a los negocios directamente y yo tenía una preocupación social recurrente que no estaba dispuesto a olvidar. Al final, terminé creando el Consejo Económico Nacional y lo hice presidente. El fue el gran artífice de esa tremenda batalla que se llamó "Recuperación Nacional". El país necesitaba de un hombre activo, sin prejuicios de escuela, con una sólida formación empresaria, no universitaria, y con la suficiente audacia para construir.

Cuando lo sustituí por el llamado "equipo de los cuatro" -Cereijo, Ares, Barro y Gómez Morales-, fue para lograr que el país siguiese avanzando con el dominio del aparato económico, pero desde una perspectiva más amplia, con un parámetro más complejo, que incluiría lo social, aspecto que a Miranda no le interesaba tanto por ser un hombre eminentemente de acción, de empresa. Con ese espíritu se realizó la compra de los ferrocarriles, todo el mundo conoce la habilidad de los negociadores ingleses. Su

gran astucia y su terrible pertinacia para persuadir u obligar, con divisas acumuladas por provisión de cereales, carne, etc. durante la guerra, permitió repatriar la deuda externa. Luego me dijo: "General, vamos a empezar por los ferrocarriles ingleses". Insinuó veladamente por distintos conductos que el gobierno estaba dispuesto a comprar los ferrocarriles. La respuesta no se hizo esperar; poco tiempo después llegó una comisión del directorio de los ferrocarriles de Londres, dispuesta a ofrecer al gobierno argentino la venta de los mismos. Todas las tratativas a las que llegó Miranda con los enviados de la empresa concluyeron en que se fijara un precio máximo por todos los bienes directos e indirectos de la empresa en la cantidad de dos millones de pesos, en contraposición a los diez millones solicitados inicialmente por los ingleses. Un año después, el gobierno de Gran Bretaña firmó con el gobierno argentino un tratado por el que se comprometió a mantener la convertibilidad de la libra esterlina, que nos permitía el negociar triangular con los Estados Unidos. Con habilidad Miranda agotó los saldos acreedores argentinos en Londres para repatriar la deuda. Al firmar el contrato de compra-venta de los ferrocarriles, estableció dos cuestiones fundamentales, en cuanto a la adquisición y la forma de pago; primero, que se compraban en 2.029 millones de pesos los bienes directos e indirectos de la empresa. Segundo, que la forma de pago sería al contado y en efectivo, con disponibilidades de fondos argentinos existentes en los Estados Unidos si se mantenía la convertibilidad de la libra; si no el pago sería en especie.

Ese apasionamiento que poseía Miranda, era común en todo justicialista. La historia nos marcaba el ritmo de los hechos y nosotros obrábamos en consecuencia, si sólo estábamos seguros que nuestro proceder era para beneficio general. Ni nuestros más fervientes opositores podían negarlo. La pasión que poníamos para la consolidación del Estado Justicialista aunque fuera compleja la coyuntura histórica y múltiples los problemas que debíamos afrontar. Al respecto, viene a mi memoria la siguiente párabola: se dice que los austríacos no se podían explicar cómo Napoleón

podía manejar a esa cantidad de gente que se les venía encima ganándoles las batallas. Ellos estaban acostumbrados a marchar bien formados, a maniobrar en forma ordenada y, sin embargo, Napoleón con su gente dispersa, les ganaba las batallas. Es que había conseguido manejar el desorden. En nuestro país pasa algo similar, los gobernantes deben acostumbrarse a manejar el desorden. Por ahora debemos acostumbrarnos a gobernar con él porque estamos inmersos en él. Quizá con el tiempo y la organización, lleguemos a gobernar alguna vez en un país sólido, estructurado y creíble. Pero para ello, es imperioso que por ahora hagamos como Napoleón y aprendamos a manejar este país que recién tiene la categoría de posible. Por esto, se me ocurrió organizar el Partido Unico de la Revolución Nacional, como intento de aglutinar a las fuerzas que convergieron en las urnas el 24 de febrero para enfrentar a la Unión Democrática. Esto generó la desaparición del Partido Laborista, que había encausado electoralmente a las fuerzas sindicales y me preocupé para que en su carta orgánica se incluya la incorporación de sindicatos, agrupaciones gremiales, centros políticos, afiliados individuales y, muy especialmente, quedó establecido que en ningún caso podían integrar el P.U.R.N. personas de ideas totalitarias o integrantes de la oligarquía.

No había homogeneidad; me pasó el hecho curioso de que el Partido Laborista había ganado diputaciones con una lista de hombres que se armó horas antes de que venciera el plazo para presentarla. En este sentido las primeras reuniones de la cámara fueron terribles por la falta de un plan y porque no había una ideología común entre la gente que constituía el bloque. Esto signó el futuro del laborismo y la desaparición de Gay como jefe del partido. Fue Cipriano Reyes quien conservó durante algún tiempo la conducción del mismo.

Desde el primer minuto de mi gobierno, sucedieron cosas importantes, como la provocada en la disputa entre el sector del laborismo y la Junta Renovadora del Radicalismo, ambos trataban de llevar agua para su molino. El primero porque se sentía como el primer partido popular de auten-

tico origen nacional; los segundos porque le habían demostrado a la opinión pública que habían sido ellos, los resistidos, los que lograron rescatar al yrigoyenismo de la mediocridad y el contubernio del Comité Nacional y, por ende, no querían dejar librado al azar el futuro político nacional en las manos de quienes nos creían unos incapaces rejuntados, que podían llegar a poseer muy buenas intenciones pero que sin la orientación de políticos avanzados les resultaría casi imposible alcanzar a la meta. Por eso fue que, antes de la primera renovación de la mitad de la Cámara de Diputados de la Nación, el Partido Peronista ya estaba formado.

Yo no tenía ningún interés de que esto sucediera, pero descubrí fácilmente que la unidad dentro de la diversidad, sino de principios por lo menos sí de medios, estaba sintetizada en mi persona. Decidí entonces dos cosas: Aceptar el personalismo político que la realidad me imponía, e intentar al mismo tiempo erigir un congreso partidario que pusiese en claro las cosas. Yo sería el conductor.

Un amplio cuerpo doctrinario comenzó a escribirse fruto de charlas y clases efectuadas por mí en distintos ámbitos que englobaban los conocimientos básicos que todo militante popular debía conocer, pero también en el congreso partidario que se llevó a cabo quedó establecido taxativamente que nosotros dejábamos de ser un movimiento gregario, para constituirnos en un movimiento organizado, y para ello había que trabajar, eliminar actitudes individuales y consagrarse al trabajo en equipos.

La política popular sólo puede llevar ese adjetivo si está hecha por el pueblo. Dejé que usaran el nombre Peronista pero les exigí organización. Esto fracasó con el tiempo pero realmente no fue culpa nuestra. Si nosotros hubiésemos estado en el gobierno lo suficiente, la mentalidad popular hubiera cambiado. Yo me daba cuenta perfectamente de que mucha gente que pedía cosas lo hacía porque le dábamos y no hubiera utilizado otro recurso para obtener lo que necesitaba sino a través de la dádiva. Pero también sabía que era todo cuestión de tiempo y que si alguien pide porque no tiene y porque le resulta más fácil pedir que conseguirlo

trabajando, no tenemos que dejar de darle por eso; hay que darle lo que necesita, pero a la vez, hacerle más fácil el acceso a las cosas mediante el trabajo, porque si no hacemos eso entonces siempre va a pedir, porque justamente ese medio va a seguir siendo el más sencillo para conseguir lo necesario.

Pero no sólo para los pobres es el medio más sencillo, también los políticos usan la dádiva como método, porque en realidad entienden la política como un fin en sí mismo. Nosotros deberíamos encarar la política como un medio. Si en algo nos separábamos del criterio sostenido por la política tradicional es justamente el vergonzante hecho de la utilización de la política como objetivo final, la desesperada carrera por no perder los votos, que conducía a los partidos de las democracias liberales a hacer girar el mundo alrededor de la próxima elección. Para nosotros, la elección debía ser el acto intermedio, el acto final debe ser la obra, el trabajo. En este sentido y para seguir con Napoleón, ya que estamos, a nosotros nos pasó lo mismo que a él. No estábamos intelectualmente preparados para afrontar las exigencias que posee la democracia burguesa parlamentaria, pero conocíamos desde un principio la "verdad de la milanesa", entonces la verdad democrática era la nuestra y no la de la partidocracia liberal. Cuando Napoleón era criticado por los generales austríacos, ellos decían que ¡cómo podía ser que saliese a la batalla desconociendo las leyes fundamentales de la guerra! Pero no se dieron cuenta de que era gracias a la violación de esas leyes que Napoleón los venció durante treinta años, una y otra vez. El Gran Corso decía al respecto: "Estos generales saben demasiado, demasiadas cosas para vencerme a mí". Yo digo lo mismo de los políticos, ¡saben demasiadas cosas para poder vencernos a nosotros!

Hay que convencerse que en esto como en todas las actividades de orden político, uno sólo es un instrumento del pueblo, y esto en el mejor de los casos. Para ser líder, no basta con fundar un partido político, vender la imagen de popular y después sentarse a esperar los votos. El caso de Cipriano Reyes es elocuente al respecto. Cuando se organizó el Laborismo, gracias al cual me constituí en presidente, fue

necesaria la organización de los dirigentes sindicales para nuclear al pueblo en torno a una consigna, y proponer mediante ese medio orgánico, un destino político común a los intereses de todos.

Una vez en el gobierno, la variedad de estrategias entre los distintos grupos que habían arribado a la unidad era tan grande que tratamos de trabajar en el logro de la integración antes de que las discusiones internas condujeran a la disgregación.

Los Laboristas estaban agrandados, no era para menos, habían organizado un partido político de alcance nacional en menos de quince días, desde el 17 de octubre de 1945 hasta fines de ese mismo mes. Pero la bandera de unidad no estaba centrada en esos mismos dirigentes, ni siquiera en promesas de realizaciones futuras. La organización meteórica del partido fue lograda por el convencimiento de la población, de que el candidato del mismo era una persona de confianza porque ya había cumplido. Que el Laborismo triunfara era garantía de que las conquistas sociales se mantendrían, serían intocables.

Frente a esta situación, todos los dirigentes partidarios respondieron con realismo. Los objetivos populares se sintetizaban en mi persona, a ninguno se le hubiese ocurrido pensar que el Laborismo tenía vida propia sin Perón. Sin embargo, éste no fue el caso de Reyes. El cayó en el error de confundir la vigencia de los intereses populares con la supervivencia del partido. No entendió que el Laborismo fue el fruto de una improvisación, una herramienta. Yo no podía permitir que una vez en el poder, la organización que me condujo a él se desgajara por problemas intestinos. Había que terminar con esa unidad de la diversidad y lograr entre todos un partido orgánico que representase a todos por igual. El peronismo fue eso, unió con su apellido los intereses comunes y no fue catapulta de enriquecimiento personal de nadie.

Desde un principio Reyes pareció buscar otra cosa y cuando pudo lo demostró, pero yo no podía admitirlo había en ese momento muchas pasiones en juego, grupos que lo

calificaban de traidor, incluso al final sufrió un atentado que casi le cuesta la vida y como siempre pasa en estos casos, pagaron justos por pecadores porque la bala asesina acabó con la vida del conductor del automóvil de alquiler en el cual se trasladaba.

Cipriano podía haber sido una figura señera en el Justicialismo, pero no se anotó, prefirió jugarse la individual y perdió tiempo, esfuerzo y vida, sin querer tal vez, hizo lo mismo que la izquierda nacional, hablar en nombre del pueblo sin que éste no sólo lo no autorice sino que además ni se entere. Al alejarse de la causa del pueblo, el pueblo se olvidó de él, terminó siendo un difunto en vida, y quizás el ejemplo más aleccionador al respecto haya sido la conmemoración del 17 de octubre del año siguiente, un año después del evento que él como tantos ayudaron a gestar. Ese día, el Justicialismo convocó a una concentración en la 9 de Julio. Cipriano y su pequeño grupo se concentraron en el Congreso para festejar lo que llamaron el "Día del Pueblo". Pero el pueblo no estuvo allí, fue donde tenía que ir. El, que a esa altura criticaba a los caudillos que se atribuían ser los "amos de la gente", aspiró a reflejar en su acto el interés general, pero no lo obtuvo porque la gente, que no quería amos aunque a veces los soporte de buen grado o a la fuerza, sí quiere por sobre todas las cosas ser interpretada. Y Reyes demostró con su proceder, que no había entendido nada.

La Nación Argentina estaba cambiando durante el primer gobierno Peronista. Variaban el orden de las cosas y los procedimientos. La gente sabía que su palabra era escuchada. En el nivel político lo teníamos a Mercante muy bien proyectado, con muy buena imagen nacional, podía haber tenido un sólido futuro político a nivel individual, pero jamás se hubiera proyectado sin mi consentimiento, él sabía que su ubicación política estaba ligada al partido, que la gente no admiraba a los hombres individualmente sino en función del compromiso social. El político inteligente sabía de sobra que la historia jamás pasaría por él sino que se escribiría a pesar de él y con el título de peronista.

Por eso fue que este país, que muy a pesar mío estaba

tomando un tinte cada vez más clasista, necesito otra constitución, algo más lógico a los tiempos que corrían. Había que enderezar muchas ideas torcidas y después dejarlo sentado por escrito para que no volviese a pasar . "La constitución de Perón" intentó eso. Así la llamó la oposición porque fue aprobada exclusivamente por los convencionales peronistas. Lo cierto fue que los convencionales radicales se retiraron del recinto, había mucha gente capaz entre ellos, pero la verdad fue que todos demostraron que seguían atados a los viejos formalismos de la Argentina caduca.

Me hubiese gustado ver a muchos debatiendo la constitución, porque el discenso genera enriquecimiento, sin embargo hubo cuestiones de fondo que lo impidieron. Empezando por mí, recién ahora pienso así; en ese momento me creía un semidiós a quien ningún mortal podía atreverse a corregir. La vejez, a pesar de su terrible apariencia, tiene una virtud insoslayable que se denomina desapasionamiento.

Pero este comentario también alcanza a la oposición. Moisés Lebensohn, por ejemplo, que era la voz cantante del radicalismo en la Cámara de Diputados, originó un hecho hasta ese momento sin precedentes en la historia política del recinto, retirando a sus correligionarios del mismo. No nos dejó sin quorum, pero privó al país de una crítica certera al proyecto. Desde un primer momento nosotros estuvimos convencidos de que el cambio de la constitución era oportuno. Una carta magna que tuviese en cuenta a los desposeídos, que explicitara las reformas sociales, que pusiese al Capital al servicio de la economía nacional. No había derecho a cuestionar todo esto, fijando la crítica exclusivamente en la reelección. Los radicales tendrían que haber luchado desde el recinto. ¡Total nosotros votaríamos en contra de la opinión radical y de todas formas ganaríamos!... La diferencia estaba en que si la oposición defendía a capa y espada su criterio, podía pasar que el tiempo les diera la razón, y la política es eso, una cuestión de tiempo. Lebensohn tenía en ese entonces 39 años y también le correspondieron las generales de la ley. El también era originario de un partido político popular, por alguna razón el radicalismo se había desdibujado entre la

gente y actitudes como las que descubrí dejan en claro por qué pasan ciertas cosas.

La labor política de Evita

Evita entró en la política cuando estaban a punto de sacarme. Su compromiso político comenzó noches antes del 17 de Octubre, cuando aún en el departamento de la calle Posadas, estuvimos en vigilia esperando un posible ataque militar con el fin de arrestarme. Armados con metralletas, custodiando puertas y ventanas, pasamos la noche dispuestos a resistir.

Al otro día, aprovechando la falta de decisión de mis enemigos, escapamos a un paraje denominado "Tres Bocas", en el delta de Tigre, refugio que nos ofreció el industrial Ludovico Freude.

Cuando las autoridades advirtieron que habíamos dejado el domicilio, resolvieron nuestra captura. El hijo de Freude y Juan Duarte fueron interrogados, al igual que Mercante que prefirió confiar al coronel Mittelbach el lugar donde estábamos, responsable de la policía. Me fueron a buscar en compañía de Duarte, Mercante y Freude.

Cuando Evita se enteró de la actitud inflexible del presidente y que yo sería trasladado a dependencias de la Marina, lloró y me rogó que no me fuera, pero debía abandonar el lugar en compañía de Mercante y el jefe de la policía. Ella permanecía sujeta a mi brazo llorando y un policía debió apartarla.

Ya en la cañonera Independencia, le pedí a Mercante que no descuidara a Evita pues aún era muy inexperta, pero sus agallas podían generar actitudes descontrolados y de consecuencias irremediables.

El mismo día de mi detención le cancelaron todos sus contratos laborales. Esto la llevó a dedicar su tiempo a la búsqueda de una salida a la encrucijada que la afectaba tan de cerca. Su posición al respecto era intransigente. Antes de separarnos me insistió para que no me entregara y resistiera

armas en mano, acusando a mis captores de perjuros y desleales, por lo cual yo no debía considerarlos mis camaradas. Ella no vaciló en ningún momento en calificar a Mittelbach y a D'Andrea como traidores, agregándoles a la personalidad de ambos, tantos adjetivos calificativos que quien la escuchase tendría serias dudas sobre su posición espiritual.

En aquellas jornadas previas al 17, entre otras gestiones, ella deambuló entrevistando a varios letrados, instándolos a prestar un habeas corpus con suerte diversa. No es ocioso recordar que entre sus consultados estuvieron el doctor Bramuglia y Román Subisa, dirigente este último de San Nicolás. En cambio, un cordobés estrafalario, abogado de a ratos, llamado Badessich tuvo el singular gesto de prestar el recurso, cuando otros personajes vacilaron o se mostraron remisos.

El 14 de octubre, Evita tuvo noticias concretas de mi paradero por intermedio del capitán médico Dr. Mazza, quien le acercó una carta que ya transcribí, en la cual le manifesté mi deseo de regularizar nuestra situación y mejorar la suya propia.

Yo nunca quise que Evita se transformara alguna vez en una mujer "de la política". Ella era mi mujer y como tal "hacía" política. Su tarea era realizar y estaba abocada a emprendimientos que dignificaban al hombre.

Evita terminó de una vez y para siempre con la imagen pasiva de la mujer en la historia argentina, y lo hizo desde el sitio más encumbrado al que puede aspirar una mujer, que es el de primera dama, porque demostró no sólo que la pasividad no es sinónimo de virtud sino que ese puesto de primera dama debe ser una extensión de la obra política del gobierno. En esto quizás Evita fue más allá de lo previsto e incomodó a hombres que no podían tolerar que una mujer consolidara su imagen por mérito propio y a la vez porque consideraban que la política social era sinónimo de dádiva y quienes la otorgaban eran los únicos dignos y demostraban serlo mediante la beneficencia. Evita dejó en claro que la dignidad es inherente al ser humano y que lo único indigno de esta historia es que hubiese gente muriéndose de hambre

y otros que no tengan el recurso de contar todo lo que tienen.

En 1946 la Sociedad de Beneficencia rechazó a Evita para el cargo de presidente honoraria, pues si bien cumplía con el requisito de ser esposa del presidente de la Nación no contaba con la edad suficiente. A partir de allí, Evita mostraría su verdadera personalidad, que superaría incluso mis previsiones creando la "Fundación Eva Perón" y clausurando la Sociedad de Beneficencia. Una parte de la hipocresía de la sociedad terminaba ese día, la gente no iba a la Fundación a pedir limosna sino a reclamar justicia.

Evita había demostrado su muñeca política en la acción directa contra quienes se oponían a sus proyectos. Digámoslo así: gracias que estuve yo para moderar su ímpetu que, a pesar de todo, en muchas ocasiones me superó.

La obra social de la fundación señaló el lapso de la historia argentina en la cual el pueblo fue interpretado por sus gobernantes, por única vez en forma directa. Mientras la política social avanzaba sin pausa hacia su objetivo reivindicatorio, existían infinidad de casos puntuales que necesitaban asistencia inmediata. Para eso nació la fundación y fue fruto del ingenio y la creatividad propias e innatas de mi mujer. Se instaló en el Ministerio de Trabajo, siendo titular José María Freire.

De esta época es una anécdota singular que quiero contar pues de alguna manera demuestra el espíritu de entrega que Evita ponía en todas sus acciones. Una noche me expuso su programa, parecía una máquina de calcular. Por fin le di mi consentimiento, pero le pregunté ¿y el dinero para todo esto? Ella me miró con una sonrisa y me dijo: "Es simple, comenzaré con el tuyo". ¿Con el mío? le pregunté. ¿Cuál? "Tu sueldo de presidente". El primer decreto de protección a la Fundación fue creado por mi mujer, mientras comíamos; no estaba lleno de artículos pero fue más drástico que cualquier ley escrita. Y el último decreto también, estando en su lecho de enferma me dijo: "Escuchame Perón, no olvides a los pobres, no olvides a los grasitas, no dejes de ayudarlos".

Evita fue una gran revolucionaria que como tal no precisó de una eximia preparación intelectual para darse cuenta cuál era el camino. Por supuesto, que tampoco poseía preparación teórica alguna que le permitiese elaborar grandes estrategias, lo que sí poseía era esa claridad meridiana para interpretar la realidad, aún en sus aristas más complejas. La teoría no era de salón ni de magnas aulas, era de entrecasa, pero poseía la magnífica virtud de ser auténtica pues era reflejo de la realidad tanto nacional como mundial.

Por ejemplo, con Evita habíamos examinado la diferencia entre el laborismo británico y el sindicalismo francés. Claro, en Inglaterra había oposición de clases, quizás en forma más acentuada que en el resto del continente, pero no lucha de tendencia revolucionaria, de pugna frontal o suicida, de la cual no habría retorno. El laborismo inspirado en Owen, resistía a Marx y sus epígonos; yo le decía a mi mujer que el cooperativismo inglés era más bien solidaridad social, cogestión obrera, y sus objetivos, el mejoramiento del nivel de vida con su estandard y su concepto de clase productora. De ahí nacía, a su vez, la sustancial divergencia entre laboristas y tories que desaparecía cuando se trataba lo esencial: la supremacía británica en el mundo. Desde el punto de vista del imperio todos formaban fila en la tripulación de la Home Fleet, apostando a la pasividad de piraterías marítimas que nadie en el mundo estuvo y está dispuesto a tolerar.

Eva captaba lo esencial de la conflictuada política europea, en aquella etapa de su viaje, cuando el Viejo Continente convalecía ante la problemática suscitada por la penosa etapa de reconstrucción. Yo la imaginé y la imagino así, recorriendo rauda y elegante la llamada octava maravilla del mundo, el real sitio del Escorial, y cuando alguien de su séquito aguardaba oír aquellas exclamaciones que traduzeran el éxtasis de la viajera ante el deslumbramiento, surgía seguramente el espíritu incontaminado de Evita diciendo: "En el Escorial yo instalaría hermosos hospitales para los pobres españoles que mueren sin asistencia médica". Recuerdo que al volver de su viaje le pregunté: "Sabés que Felipe II lo edificó para morir dentro de sus muros". "¿Ah

sí?", me dijo. "Yo lo convertiría en un paraje digno de "vivir" dentro de sus muros". Por ejemplo, le dije: "Me encantaría que funcionara allí una colonia de vacaciones para niños argentinos abandonados".

Evita poseía el don de una inteligencia práctica donde la realidad se mostraba sin subterfugios. Había captado una imagen de Europa muy particular. A su regreso le pregunté si había comprendido esa sensación inefable que da Europa a quien la visita por primera vez, como tierra de convivencia, de civilización organizada, donde todo detalle parece estar previsto. Me respondió: "Depende de los países. Francia se organiza con el mayor desorden, mientras que Inglaterra se dispersa en el mayor orden", con lo cual dejaba claramente expuesta su auténtica comprensión práctica de la realidad del continente.

Cuando visitó Barcelona, "La Dama de la Esperanza", como comenzaba a ser llamada, se dio el lugar de hacer esperar al Generalísimo más allá de lo prudente. Franco apenas podía disimular su fastidio, cuando Evita lo encaró con resuelto talante, al tiempo que lo abrazaba le murmuró: "Ya estoy enterada de que llego tarde; pero para algo somos presidentes".

Eva Perón tuvo, desde el primer momento de su enfermedad, el presentimiento y acaso la certeza de su destino irremediable.

Promediaba el año 1951, cuando se presentaron los primeros síntomas de su enfermedad, que ella mantuvo en secreto, tomando aspirinas para calmar sus dolores, hasta más allá de setiembre de 1951.

"Tenía demasiado que hacer para ocuparme de mí misma... y no quería entregarme a los médicos hasta después del 11 de noviembre... porque sabía que mi enfermedad era cuestión de operar", decía explicando su tardanza en procurar remedio a su mal, pero las exigencias del tratamiento impusieron que la operación se efectuara entre el 6 y el 10 de noviembre, así fue que ella eligió el 6 para poder votar el 11; y sólo aceptó la fecha fijada cuando se le aseguró

que el 11 votaría de cualquier manera. De lo contrario, la operación debería anticiparse o postergarse y las dos circunstancias estaban fuera del dictamen médico.

El 10 de noviembre -el día antes de la elección- pasó muy malos momentos y pensó que había llegado su fin. Durante toda la mañana no hizo otra cosa que repetir su presentimiento, de allí su gran alegría cuando el 11 amaneció mejor y pudo votar.

-¡Ya voté!- dijo, y rompió a llorar vencida por la emoción.

Nunca se le informó la verdad de su diagnóstico; pero su inteligencia extraordinaria penetró el secreto médico y adquirió así conciencia de su difícil situación. De allí que toda su actividad, entre la operación y su muerte, estuvo llena de "premoniciones" definitivas. Hablaba de su muerte con absoluta naturalidad y cuando yo o las personas que la oíamos intentábamos disuadirla de sus ideas, ella agregaba, como para no alarmar o angustiar a los demás: "Lo digo por lo que pudiera suceder. Así, como hoy estoy bien, mañana puedo estar mal. ¡A lo mejor, el primer día que salga para la Secretaría se me cae una sonrisa encima y se acabó", añadía, riendo para poder seguir con el tema de sus previsiones. Prueba de esto son sus discursos del 17 de octubre de 1951 y del 1 de mayo de 1952. En los dos, expresó claramente su amargo presentimiento.

En el del 17 de octubre dijo:

"Estoy segura de que pronto estaré con ustedes. Pero si no llegase a estar por mi salud, ayúdenlo a Perón, sigan fieles a Perón.

Y el 1º de Mayo:

"Yo saldré con el pueblo trabajador. Yo saldré con las mujeres del pueblo. Yo saldré con los descamisados de la Patria, muerta o viva. Para no dejar en pie un sólo ladrillo que no sea peronista". Fue rotunda.

"Quiero tranquilizar a mis 'grasitas' -decía- porque me creen muy enferma. Para eso lo mejor será que vaya al Congreso todas las mañanas y que luego les diga en la plaza un discurso incendiario". Y fue así. Ninguno de sus médicos

creyó que aquel discurso hubiese podido ser dicho por la enferma que veían todos los días. El día de su cumpleaños -el 7 de mayo- realizó grandes esfuerzos, para atender delegaciones obreras, mujeres del partido femenino, funcionarios y aún gente humilde que iba a saludarla en masa.

"¡Después me entrego!", decía a sus familiares, a sus amigos, a sus médicos; quienes conociendo ya lo irremediable de su situación le permitían algunas satisfacciones íntimas y personales.

Pero su mayor sacrificio fue el 4 de junio. La salida le fue permitida, en primer lugar, porque su decisión personal de ir al juramento presidencial era absoluta; y en segundo, pensando médicos y familiares, en la satisfacción de uno de sus sueños más íntimos.

Durante la revista desde la Plaza del Congreso a la Plaza de Mayo se mantuvo en pie, a pesar de que a sus médicos les había prometido quedarse sentada. En todo el trayecto no hizo otra acosa que decir: "¡Qué lindo es el pueblo!". Cuando llegó a la Casa de Gobierno, vencida por el tremendo esfuerzo realizado, sufrió una crisis de extrema debilidad; y dijo: "Yo siempre pensaba que no alcanzaría a llegar a este 4 de junio. ¡Dios ha sido bueno conmigo dejándome ver este día de gloria para Perón!

"¡Quiero sanarme pronto para atender a los pobres! Lo mismo decía "pobres" que "descamisados" o "grasitas". Por la noche no podía dormir. Llamó a su médico de cabecera para que le diese "algo para dormir", y le dijo: "No puedo dormir. Sigo oyendo todavía el juramento de Perón. ¡Es como si me hubiese casado hoy!". Acaso como para engañarse a sí misma preparaba un viaje a Europa. A una de las personas que proyectaba llevar consigo le decía: "Usted verá muchas cosas, pero a ratos perdidos, porque trabajaremos incansablemente por Perón y por la unidad de los pueblos".

Este tema era su gran preocupación: "A veces creo que la hora de los pueblos está demasiado lejos", y agregaba riendo: "¡En cada pueblo del mundo tendría que haber dos o tres fanáticas del pueblo como yo!".

Cuando sus dolores se hicieron más fuertes, a partir del 11 de junio, decía: "Yo no me quejo de todo lo que me toca. Dios sabe lo que hace. Hay gente que vive solamente para sí y muere sin dolor. Yo viví siempre para los demás y mire lo que me toca. Dios ha de hacer justicia después". Con el dolor a cuestas repetía: "¡Si los 'grasitas' supiesen cómo los quiero! ¿Sabrán mis 'grasitas' todo lo que los quiero?". En la misma forma solía referirse a los obreros, a las mujeres del partido femenino o a los descamisados. En ciertos períodos de su enfermedad no podía dormir y padecía intensos dolores. "¡No quiero morirme -decía- ¡Por Perón y por mi pueblo!". Y a los médicos les pedía: ¡Sálvenme ustedes! ¡Tienen que salvarme!, no por mí, que ya he alcanzado en la vida lo que más podía soñar: el amor de Perón y el cariño de mi pueblo. ¡Por ellos tienen que salvarme: por Perón que se va a quedar solo, y por mi pueblo que todavía me necesita!". Y añadía: "¡Quién va a atender a los pobres!". Le preocupaban tanto los problemas de sus descamisados que cuando se habló de hacerle un monumento pidió que allí se construyese un lugar especial para que en él depositasen los descamisados las cartas con sus pedidos: "Quiero seguir siendo -dijo entonces- un puente de amor entre el pueblo y Perón".

A mediados de julio arrenciaron sus dolores. Las crisis se sucedían de manera agobiadora. Eran tan intensos que a veces pedía morir. "¡Dios querido -decía-, si he de sanarme y servirles de algo al pueblo y a Perón, yo aguanto; pero sino, es mejor que me lleves!" A algunas personas que la rodearon en los últimos días dijo, refiriéndose a sus dolores: "Dios es justo. Yo tenía que haber sido todo lo contrario de lo que fui. Era una pobre chica y de pronto me encontré con Perón, que me brindó su cariño. Dios me ayudó para que no agarrase por otro camino y me inclinó por el pueblo. Ahora Dios tiene derecho a hacerme sufrir un poco... ¡Pero le pediría unas vacaciones!" -añadía sobreponiéndose con una sonrisa de dolor.

Unos días antes de su muerte, y mientras sufría una crisis dolorosa dijo: "Yo he besado a mis descamisados

sabiendo que muchas veces eran enfermos, tuberculosos y leprosos. Siempre pensaba y decía que Dios no me mandaría tanto dolor porque yo todo lo hacía por los pobres... y ahora Dios me manda todo esto. Es demasiado. Pero si Dios lo manda, bien está". El 16 de julio nos dijo: "Anoche hice un examen de conciencia y estoy tranquila con Dios. Yo no hice otra cosa que atender a los pobres, a los trabajadores, y quererlos y trabajar fanáticamente por Perón. ¿Qué mal puede haber en eso? Si alguna falta he cometido en mi vida, con estos dolores ya he pagado suficiente". El día antes de su muerte, por la tarde, se habían debilitado extraordinariamente sus fuerzas físicas. Pidió frecuentemente por mí, a sus familiares y a cuantos la rodeaban:

"¡Ayúdenme a rezar!" y volvió a repetir, "no quisiera morirme: por Perón y por mi pueblo". Una o dos noches antes del final dijo: "Si me muero no importa. Yo seguiré con mi pueblo y con Perón. ¡Desde la tierra o el cielo!".

Desde los tiempos de su operación trabajaba a veces en un nuevo libro que pensaba titular "Mi Mensaje" y cuyos capítulos solía leer a las personas que la visitaban. "Soy muy chiquita para tanto dolor", -decía- a veces llorando-.

La noche antes de su muerte me mandó llamar y quiso estar a solas conmigo. "Quería verte un poco" -me dijo. Y después de hablar sobre algunos problemas de su enfermedad me pidió: "Pase lo que pase, lo único que yo te pido es que no abandones nunca a los pobres".

Era la noche infausta del 26 de julio. Eva Perón había expirado dos horas atrás; alguien proyectó despedir sus restos entre severas y refinadas ceremonias fúnebres, sin calor popular, sin marginar el plano de la diplomacia y de las alfombras de palacio. De esa manera, centenares de altos funcionarios visitarían por última vez a lo que quedaba de Evita en el orden físico. El féretro sería emplazado de manera que los visitantes pudieran observar el rostro de la desaparecida, desde una altura de tres metros.

Fui terminante: "¡De ninguna manera!". Y mis palabras, que tuvieron confirmación en los hechos, aún resue-

nan como un eco de la voluntad popular:

"Evita debe permanecer entre los suyos hasta el último instante, porque esa fue su última voluntad y yo cumpliré religiosamente. Su pueblo tiene derecho a disponer de quien más lo amaba. Y ese pueblo será depositario de sus despojos así como fue depositario de su cariño".

La conspiración oligárquica

En enero de 1951, comenzaba un año muy particular que quedaría marcado a fuego en la historia del peronismo, como sinónimo de la reacción. Ese año será recordado por una conspiración oligárquica encabezada por el general Benjamín Menéndez, que constituyó, en resumidas cuentas, un síntoma evidente del malestar imperante en algunos sectores de las Fuerzas Armadas frente a la acción desarrollada por el gobierno. La inquietud de esos jefes reaccionarios tiene su explicación. El gobierno estaba transformando la estructura productiva del país, modificando fundamentalmente el reparto distributivo de la economía nacional, evidentemente para ello tenía que lesionar intereses de otros, los dueños del poder económico desde siempre en nuestra tierra, los auténticos explotadores, la oligarquía. Ellos seguían soñando con la Argentina de las vacas gordas, de la economía agroexportadora. Para ellos el modelo "primario exportador" no sólo estaba vivo sino que no debía abandonarse. La vinculación de ese sector minoritario del ejército con este grupo de poder económico fue suficiente motivo para una aventura golpista.

Pero vamos por parte, ¿qué fue lo que verdaderamente le molestó a la oligarquía? Si nosotros en realidad jamás pretendimos fomentar desde nuestro gobierno una construcción política "criptomarxista". Antes bien, todo lo contrario. Nuestra formación teórica nos lo hubiera impedido. Yo llegué a tener en mis manos todo el poder político como el que jamás obtuvo dirigente alguno en nuestro país. Podría haber impulsado cualquier tipo de revolución, hubiera po-

dido darle a la revolución peronista cualquier matiz, inclusive el izquierdista. Sin embargo, fuimos peronistas o como a mí me gusta decir para que no suene jactancioso, justicialistas. En vez de enfrentar a las Fuerzas Armadas con el pueblo, más bien traté de identificarlas; yo sabía que la petulancia oligárquica podía impulsar a varios camaradas a equivocarse, pero también sabía que en la historia del Río de la Plata siempre hubo dos tipos de intereses y las Fuerzas Armadas se dividieron en el apoyo de uno u otro.

Desde el inicio mismo de la Revolución de Mayo, apenas comenzaban a cerrar las heridas provocadas por la disputa entre saavedristas y morenistas, se abrió la llaga entre el Interior y Buenos Aires representada por la lucha entre Artigas y el Directorio. El primero representaba la imponente hueste organizada mediante el "aluvión" popular, el segundo era la imagen visible de los intereses "decentes" de la ciudad portuaria. ¡Y pensar que Don Carlos María de Alvear, "el señorito", había sido muy amigo de San Martín! ¡Siempre hay tiempo de quemar las banderas; si ese incendio lo apagamos con "billetes"!. Eso parece enseñarnos el director supremo, que no titubeó cuando intentó asesinar al dirigente popular oriental Don José Gervasio de Artigas.

La Revolución de Mayo había triunfado, a continuación le quedaba a la dirigencia copetuda de Buenos Aires garantizar para sí la dirección de la misma, ¡no vaya a ser que el pueblo se quisiese meter y arruinara el estofado! En la intentona de 1951 pasó algo parecido. Yo había subido al poder ante la franca oposición de un sector que se mostró hostil desde el primer momento pero al ver la sucesión de los hechos, con el 17 de octubre ante sus ojos, optaron por tolerar la situación. Después de todo, era un militar el que ocupaba el poder. El problema sobrevino cuando se percataron que mi postura era popular y estaba orientada al fomento de la dignidad para amplios sectores de la población que permanecían marginados desde tiempo inmemorial, o para ser más claros, desde que la oligarquía quemó las banderas de la Revolución de Mayo. Entonces intentaron frenarnos.

Por ello, busqué que mi prédica hacia las Fuerzas

Armadas estuviera dirigida a elevar la moral sanmartiniana. 1950, año anterior a los acontecimientos referidos, fue dedicado al Libertador San Martín, con el objeto de adherir, la comunidad argentina toda, a los sentimientos de independencia y soberanía y, a la vez, solidarizar nuestro país con los pueblos de América. Adhesión que no hubiera tenido sentido en la república sumisa de los tiempos oprobiosos, cuando firmaba compromisos internacionales indignos, pero que sí cobraba relevancia dentro de la vigorosa y alta virtud de los actos de un pueblo que había logrado la plenitud de su derecho y de su dignidad.

Estaba convencido de que el justicialismo iniciaba una nueva era en la historia de la nación. Así también advertí que las fuerzas de la antipatria comenzaban a organizarse. Lo fundamental en ese momento fue la organización de entonces; contestar con organización. El pueblo sabía quién estaba de parte de él, pero no sabía cómo demostrarlo ante una reacción enemiga. La sociedad argentina de mitad de siglo XX estaba dividida en dos bandos muy disímiles: por un lado, los grupos históricos de poder, minoritarios en número pero con intereses económicos muy fuertes e históricamente definidos, a quienes perder un espacio de poder por pequeño que fuese les reportaba mucho dinero. Ellos no titubearían en aliarse con quien fuera con el fin de no perder sus prerrogativas. Al ser tan pocos, pero tan fuertes económicamente, su lucha se desplegó por sendas específicas y tomó ribetes inusitados, como por ejemplo, el manejo de los medios de información y el lanzamiento de una campaña de desprestigio. La realización de atentados contra ellos mismos para luego culpar a sus oponentes, la calumnia y la extorsión económica como medios para lograr un rédito político. En fin, este grupo se ahogaba dentro de su propio veneno sin otro mecanismo que la injuria para repeler el incontenible avance popular.

Por otra lado, estaba el pueblo, inmenso, inconmensurable, desperdigado y solo. Solo con una fuerza mordaz, incontenible. Siempre estuvo así, expectante y bullicioso como una catarata impresionante que necesitaba ser encau-

zada. Nosotros intentamos eso y el mayor castigo para nuestros oponentes fue haberlo logrado.

Los principales cuadros de las Fuerzas Armadas estaban con nosotros, en tanto que la oligarquía tuvo que inspirar la reacción fuera de las filas regulares del ejército, en quienes habían pasado a retiro. Eran las mismas fuerzas de siempre que en su afán egoísta repetían el mismo intento fracasado de someter al pueblo a su arbitrio, no importando los procedimientos a utilizar. Pero esta vez con el añadido de la pasión desbordada que en esta oportunidad los enceguec ió en virtud de la nueva e irremediable derrota que preveían.

El gobierno no esperaba, sin embargo, semejante intentona, traducida en la posibilidad de un levantamiento contra el poder constitucional. Para la segunda quincena de agosto tuvimos conocimiento efectivo de que los ex-generales Rawson, Menéndez, Giovannoni, Molina y Elvio Anaya, y los ex-coroneles Suárez, Gallo y otros, intentaban vulnerar la disciplina y el deber militar incitando a la revolución a determinados jefes de unidades y a muchos jóvenes oficiales. El ministro de Ejército me demostró una lealtad incondicional y gracias a eso y a su inteligente y rápido accionar, el general Franklin Lucero, que de él se trata, logró ponerse en contacto con un número considerable de guarniciones mediante comunicaciones reservadas que terminaron alertándonos sobre las verdaderas ramificaciones del complot, en el que participaban además oficiales de la Fuerza Aérea y de la Marina. Lucero advirtió a las unidades restantes que las autoridades estábamos enterados del complot y que actuaríamos en consecuencia. Los oficiales al mando de las mismas reaccionaron con auténtica determinación en favor de las instituciones democráticas.

De todas formas, los acontecimientos producidos en esa instancia me demostraron que no estaba equivocado cuando afirmaba que pueblo y ejército debían estar mancomunados en defensa de los intereses democráticos. ¿Qué hubiera sucedido si el gobierno no poseía una ligazón fluida con los altos mandos? ¿Hubiese fracasado el alzamiento si

Lucero no hubiera contado con el suficiente prestigio entre sus camaradas? Por eso es que ningún gobierno popular debe aislarse procurando la defensa de un solo sector social, si es popular debe responder a todos los sectores, debe aceptar como inherente la pertenencia a la clase trabajadora, pero de ninguna manera debe ser excluyente. Debe incorporar a todos los grupos sociales que se sientan copartícipes de las mismas banderas. De esa manera, los únicos aislados del proceso social serán quienes se autoexcluyan y entonces, no tendrán espacio para la crítica.

El 28 de setiembre por la mañana, los altos mandos fueron sorprendidos por las noticias provenientes de Campo de Mayo. A las 7.30, el general Vacca fue requerido en su despacho por cierto llamado telefónico, luego nos informó que había sido llamado por el general Delmiro Videla Balaguer, comunicándole que el Liceo Militar Gral. San Martín había recibido la visita del coronel Esteban Font, quien era jefe de la plana mayor de la Dirección General de Institutos Militares, manifestándole a él, que era el jefe de esa unidad, que al llegar a la "puerta 8" no le fue permitida la entrada al acantonamiento de Campo de Mayo, y que un capitán intentó detenerlo por orden del general Benjamín Menéndez, quien, al parecer junto con el general Rawson, se encontraba en la Escuela de Caballería que estaría sublevada.

Esa noticia nos causó profundo malestar por lo que significaba la acción erosiva de un pequeño grupo de oportunistas, pero debo reconocer que fue tomada con tranquilidad. Ambos generales citados eran conocidos ampliamente por sus veleidades revolucionarias, sabíamos que con la excusa de mostrarse como sensores de todo gobierno, cubrían en realidad sus verdaderos objetivos, relacionados con la defensa de los intereses de la elite oligárquica. Ese día quedó demostrado cómo la acción mancomunada del pueblo, incluyendo un sector del ejército, puede arrebatar los intereses contrarrevolucionarios más serios. Fui informado de toda esta acción por Lucero e inmediatamente me comuniqué con los jefes del regimiento en forma personal y los instruí al

respecto, pero como para que esto no quedara en un movimiento de fuerza interno, comprometí a los sectores populares. Me comuniqué inmediatamente con el comando de la CGT y le ordené que tomasen las medidas necesarias para obstaculizar la posible entrada de tropas a la Capital Federal. Recuerdo que me contestaron: "Seguro están armados, ¿nosotros qué llevamos Sr. Presidente?". Yo les dije: "Ustedes poseen el arma más temible para esta clase de chirinada, la movilización popular".

Menéndez era un arribista trepador. Un oportunista insensato. Era la cabeza visible del golpe y a la vez quien menos convicción tenía en lo que estaba haciendo; había conspirado contra todos los gobiernos posteriores al de Justo. En 1943 estaba preparando también un movimiento contra Castillo. Recuerdo que en oportunidad de un brindis que se llevó a cabo en el Círculo Militar, este individuo acercó su copa a la mía diciendo: "Por el éxito de la revolución que ustedes me han arrebatado". Este general de pacotilla quería estar anotado en todas. Nunca fue una persona demasiado importante en materia política, ni siquiera dentro del ejército. Su única gravitación se circunscribió en el arma a la cual pertenecía que era la de caballería, tradicional enemiga de nuestra orientación política, la infantería.

En el '51 cuando se enteró que el general Eduardo Lonardi tenía pretensiones serias de aprovechar las bravuconadas de algunos oficiales y oponerse al gobierno constitucional, Menéndez decidió apurar el paso y ganarle de mano. El no podía permitir que una vez más le arrebataran una conspiración. A pesar de haber sido advertido por varios camaradas, hizo oídos sordos y aprovechando la complicidad de aquellos incapaces que sólo tienen espacio en la política si entran en ella de prepo, ideó un plan. Sacar a la Escuela de Caballería de Campo de Mayo con treinta tanques y marchar hasta El Palomar. Rendir allí al Colegio Militar y unirlo a sus filas. El destacamento motorizado de La Tablada, debía tomar la base aérea de Morón y, a posteriori, todos los efectivos harían una entrada triunfal a Buenos Aires. Por otro lado, un grupo de hombres de la Fuerza

Aérea debía proceder el lanzamiento de panfletos con una proclama revolucionaria por toda la Capital.

Alrededor de las 9.15 ya teníamos en claro la situación. Los únicos focos realmente rebeldes estaban localizados en la Escuela de Caballería y en La Tablada. De esa manera, descubro que la debilidad de mis oponentes era muy notoria y que yo, dentro de mi desconocimiento, los había evaluado como realmente serios. Por suerte, esta comprobación la realizo antes de la pueblada, que inmediatamente trate de frenar. No hacía falta, en realidad, que el pueblo saliera a defender las instituciones porque quienes habían tramado una conspiración en contra de ellas, lo habían hecho tan mal que terminaron temiendo por su propia vida y se entregaron como prisioneros en el Colegio Militar. Pero a pesar de todo, la historia ya estaba lanzada, yo había decretado el estado de guerra interno y la CGT ordenó un paro general de 24 horas, con movilización, para expresar su defensa al gobierno democrático.

En el cargo de mayor responsabilidad de la asociación de los trabajadores, estaba José Espejo. Se había parapetado en Radio del Estado a la espera de mis órdenes. Bastó una sola llamada para que se pusiera en contacto con todos los organismos inferiores de conducción que dependían del Secretario General, y en poco tiempo se comenzaron a levantar barricadas y a provocar interferencias suficientes como para que los levantiscos desistieron de esa locura.

La gente, desde todos los rincones, se precipitó a la calle. Fue curioso observar las extrañas características que mostraba una acción mancomunada y popular, pero al revés de lo que pasa en términos generales. Es común observar que los obreros estallen por las injusticias que viven y que salgan a la calle para expresar por medio de la violencia su disgusto. Ese día la gente salió a defender la democracia. A oponerse a los intolerantes, a la minoría incapaz de interpretar que existen razones de justa valía que están por encima de los intereses particulares. Mostró también que el pueblo es invencible pero si utiliza bien su única arma de presión. El arma que derrota cualquier tipo de elucubración teórica:

la movilización. La comunidad organizada en pos de un objetivo bien palpable o con el fin de defender logros alcanzados. El pueblo, vistiendo, inclusive muchos de ellos, el uniforme de trabajo se incendiaron de odio contra los perversos y salieron a dar batalla. Los otros, los contrarios, afortunadamente muy pocos, deshonraron el uniforme de la Patria; pero la mayoría estuvo cerca, no se unió a esa "chirinada" y solidificó la unidad entre el pueblo y el ejército.

Con la tranquilidad de advertir que ya todo había pasado, me sonreía pensando cuál había sido la actitud de Evita mientras se desenvolvía este proceso. Tuve que contenerla varias veces; y de haber sido por ella, esta frágil intentona de golpe sin ningún futuro cierto, hubiese terminado en un baño de sangre. Me repetía que ese era el momento definitivo de dar batalla a la oligarquía; que si los militares persistían en su accionar no debía haber motivo que nos impulsase a perdonarles la vida. La muerte de esos, será suficiente escarmiento como para que ningún otro se atreviese a contradecir los deseos del pueblo.

Ese famoso día 28, Evita no se sentía nada bien, ya estaba sufriendo por los indicios del mal que la aquejaba. Se le aplicaban transfusiones permanentes y tenía recetado reposo absoluto. A la tarde, tuve que explicarle lo que pasaba porque la comía la curiosidad. Había estado recluida cuatro días en su habitación y, sin embargo, por la noche del día 28 sobreponiéndose a las dificultades propias de su enfermedad, fue hasta la radio para explicarles a sus descamisados las razones por las cuales ella no había podido estar presente junto a ellos en la calle y en la Plaza de Mayo. "Pero no quiero que termine este día memorable, dijo, sin hacerles llegar mi palabra de agradecimiento y de homenaje, uniendo así mi corazón de mujer argentina y peronista al corazón de mi pueblo".

El rápido accionar del pueblo y de las Fuerzas Armadas hicieron que la gesta del 17 de octubre se vivificara. El agradecimiento de Evita estaba referido a ello. Este levantamiento popular confirmaba que el gobierno seguía siendo reconocido por las amplias mayorías. Me costó hacerle

reconocer a mi mujer que un baño de sangre en estas condiciones se tornaba innecesario. Si todo el pueblo estaba con el gobierno, ¿cuánto podría mantenerse en el poder un golpista que no fuese representado por la gente? ¿Acaso después del 55 no pensaban que Perón volvería de un momento a otro, inclusive aquéllos que estaban más cerca de la acción antipopular? De todas maneras, si una vez la acción tuvo un final fallido, el daño estaba hecho dentro de la institución, y en esto sí tuvo razón Evita. Se había roto el cumplimiento estricto del deber militar y a partir de ese día, muchos confabulados quedarían agazapados a la espera de otra oportunidad que les confiriera el triunfo, y con él, un infinito testimonio de gratitud por parte de la oligarquía herida.

La Tercera Posición Internacional

Analizar este concepto como la simple equidistancia respecto a los dos grandes bloques que se repartieron el mundo después de la Segunda Guerra, sería una interpretación muy simplista de la realidad. Porque si bien sabemos que ambas potencias están definidas ideológicamente y arrastran detrás suyo una fenomenal cantidad de países satélites, los cuales nosotros nos negamos a integrar. La tercera posición está relacionada, por sobre todas las cosas, a la intencionalidad integracionista del continente latinoamericano. Somos un mismo país porque tenemos una misma cultura, pero estamos divididos por los intereses imperialistas. El único camino que le queda a América, si en el futuro pretende seguir existiendo, es el de la unidad.

Pensamos que tanto el capitalismo como el comunismo son sistemas ya superados por el tiempo. Consideramos al capitalismo como la explotación del hombre por el capital y al comunismo como la explotación del individuo por el Estado. Ambos transforman a la persona en un insecto, mediante sistemas distintos; inclusive siempre dije que los abusos del capitalismo son la causa y el comunismo el efecto.

Sin capitalismo el comunismo no tendría razón de ser.

El tercerismo justicialista debe interpretarse a la luz de la práctica política, ya que fue una realidad tangible a través de la transformación económica y social de la Argentina. Cuando hablamos de capitalismo y de comunismo, nos referimos a un capitalismo concreto, al capitalismo nacional y al gran capital financiero internacional que se convierte en imperialismo; y a un comunismo bien tangible: el Partido Comunista Argentino aliado a la oligarquía e integrante de la Unión Democrática y a la política de la Unión Soviética en su área de influencia. Esto no implica que no se mantengan relaciones diplomáticas con ambos bloques, pero teniendo siempre la decisión y la última determinación como corresponde a un país que se cree soberano. Estoy harto de conocer falsos líderes políticos, aventureros de la profesión que encima se creen estadistas pero que en última instancia llevan a la práctica la política que les marca el Departamento de Estado. Hasta yo me engañé con muchos de estos sabelotodo a los que sólo pude conocer cuando llegaban a un cargo público, y ante las presiones de la cruda realidad claudicaban con tal de sobrevivir en el puesto.

El auténtico peronista ha de ser siempre la persona capaz de conjugar las necesidades que impone la realidad social y política de la Nación y del mundo, con el equilibrado rol equidistante entre las exigencias de las dos potencias. Si cada país se mantuviese en su posición, probablemente su función tendría valor en el concierto de las naciones. Volcarse hacia uno de los dos bandos irremisiblemente conduce a que uno no lo tenga en cuenta y a que el otro lo utilice para solucionar sus problemas particulares, con tal independencia de los problemas que posee el país en cuestión.

Nostros, por ejemplo, decidimos restablecer las relaciones diplomáticas con la URSS, después del triunfo del 24 de febrero. Aparte de la importancia que revista para el país el hecho de no tener zonas "tabú" en el globlo terráqueo, fue una medida que le sirvió al gobierno argentino como respuesta al intento yanqui de intervenir en los asuntos internos de nuestro país después del famoso caso de Braden. Esta

política independiente de los grandes bloques de poder mundial originó no pocas marchas y contramarchas de la política estratégica de los EE. UU. de América con respecto al área latinoamericana.

Sin ir más lejos, recuerdo que hasta el '55 la tirantez entre nuestro gobierno y la Casa Blanca provocó que la Fuerza Aérea Uruguaya fuera una de las mejores equipadas del continente. Producido el derrocamiento, la Fuerza Aérea Uruguaya fue empujada a un desamparo tal, que hoy prácticamente ha desaparecido. Otro ejemplo que se inscribe dentro de la autonomía del pueblo argentino respecto de sus decisiones soberanas dentro del marco tercerista es la negativa del gobierno a incorporarse al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial.

La política exterior de cualquier país que defienda su libertad de decisión debe implementarse teniendo en cuenta dos elementos fundamentales: por un lado, la perspectiva interna de las fuerzas populares en su intento de controlar el poder político; y, por el otro lado, la perspectiva externa en base a la construcción de un bloque de países que desequilibre la prepotencia imperialista. Esto significa que la caída del ímpetu político de un gobierno que pugna por defender la autodeterminación, generalmente se explica en base a un reacomodamiento del factor externo provocado por una reubicación y contraataque de las fuerzas imperialistas que con sus movimientos intentan destruir el espacio de poder internacional logrado por los países pobres.

Por todo esto, en vistas de la fuerza imperialista de crecimiento impiadoso y avasallante, es que propusimos una política internacional que denominé Sanmartiniana. Abocada a la tarea de llegar a acuerdos bilaterales con todos los países latinoamericanos, ofreciendo nosotros lo que tenemos, y tomando de parte de nuestros hermanos aquello que necesitamos, o nada en el peor de los casos, pero no por eso negar la posibilidad de integración.

Con este criterio fue que viajé a Chile a entrevistarme con el presidente Ibáñez del Campo, y a Paraguay con Stroessner. Desprenderse de esa tintura egocéntrica con la

que está teñido todo político no fue fácil; sin embargo, esa empresa no era personal, de ella dependía el futuro del continente y así se lo hice saber a los políticos que entrevisté. Creo que el acto más significativo estuvo referido al momento en que el gobierno argentino decidió por mi intermedio devolver una gran cantidad de pertrechos militares, residuos de la guerra contra el Paraguay, que la Argentina guardaba como trofeos. Aquella vez, los paraguayos comprendieron de qué se trataba lo que decíamos nosotros. Nuestra actitud, lejos de significar un simple desprendimiento, estaba demostrando que quería borrar definitivamente cualquier querella o mala predisposición de ellos para con nosotros por culpa de una desgraciada actitud belicista del pasado.

Aquella lamentable contienda fue para los paraguayos una catástrofe nacional, que interrumpió su desarrollo económico y que fue provocada fundamentalmente por una potencia extranjera: Inglaterra, que aprovechó la soliviantez del gobierno títere de la Argentina para comprometerlo en una guerra que beneficiaba solamente a los intereses de Gran Bretaña y del Imperio del Brasil. Ninguna política de confraternidad latinoamericana tenía sentido si primero no se lavaba aquella afrenta, si no se brindaba al heróico pueblo paraguayo la reparación histórica que en razón de justicia le correspondía.

El pueblo, siempre el pueblo, sobre él se apoya toda la política tercermundista debido a que es él quien la escribe, porque es él quien hace la historia. Comprender esto es el argumento esencial para comprender la política; esta doctrina, como cualquier otra, no ha sido escrita más que para que sirva de montura y sobre ella podamos cabalgar sobre la evolución sin caernos, que es lo único permanente.

Para nuestros pueblos comprender política es fatal. A la manera de Napoleón decimos: "La política es la fatalidad". Digamos para ser más exactos, que la política es un compromiso con el mal. Cooke solía expresar que el peronismo era el hecho maldito de la política, en la República Argentina. Al "Bebe" le encantaban los papeles de "maldi-

to". El equívoco lo tenía sin cuidado. Por otra parte, él era suficientemente inteligente como para remediar cualquier mal entendido. Después de todo, para triunfar en política se puede ser viejo, joven, rico, pobre, inteligente o tonto. Esta dimensión sólo rechaza a los pelotudos. O, en otras palabras, la falta de honradez tiene un límite, la estupidez ninguno.

No se puede ser dirigente popular sin preservar esta bandera tercerista. Si el nivel de abstracción de la realidad no le permite ver a alguien cuál es el verdadero sentido popular de la historia y por medio de engaños llega al poder político, yo estoy convencido de que por lo menos tendré la seguridad de que no volverá al mismo puesto. Esto como mínimo. Lo máximo dejamos que lo diga el pueblo que después de sentirse engañado ya sabrá como encaminar el juicio de la historia. El tercer mundo debe ser la bandera de impulso para la democracia de los pueblos y por medio de ella, destruir la falsa democracia. La democracia liberal, pagada por las oligarquías en beneficio de sus intereses particulares y en detrimento de los auténticametne americanistas.

Los trabajadores americanos deben abrazar esta consigna profundamente democrática y popular porque está en juego la supervivencia de la clase obrera. La doctrina justicialista es sobretodo una doctrina americana, pero no es necesario que todos seamos peronistas en latinoamérica, lo fundamental es que seamos antiimperialistas. Que no permitamos la expoliación, la expropiación, el abuso de nuestras fuerzas productivas. Todo trabajador debe ser un "político de raza" para no permitir que la raza de los políticos de raza nos arruine el estofado vendiéndose al mejor postor en la primera de cambios.

El pueblo trabajador debe ser consciente de su propio destino, no tiene otra salida si quiere sobrevivir. Los descamisados peronistas, los desposeídos de Alem, los verdejos chilenos, en fin, como dije antes el pueblo, siempre el pueblo, predestinado y único motor principal de un auténtico destino de grandeza si esta orientado en base a la unidad continental y con una sólida conciencia política.

Resulta inexplicable que haya trabajadores que toda-

vía sostienen no querer a la política dentro de los sindicatos y, por lo tanto, los gremios no deban "politizarse", con lo que evidencian estar en un lamentable error o lo que puede ser aún mucho peor: están sirviendo a los intereses patronales, oligárquicos o imperialistas. Si la política no interesa a los trabajadores como entes organizados, seguirán discutiendo por cinco centavos de aumento, en tanto los intereses patronales por intermedio de sus servidores que orquestan las leyes y deciden desde el gobierno, les impondrán la más cruda explotación.

Yo no entiendo a un gremialista, dirigente obrero o político justicialista que pueda sostener las formas del demoliberalismo burgués. Esta política ha venido explotando y escarneciendo a los pueblos durante más de dos siglos con el eterno cuento de una democracia en la cual no creen ni ellos mismos. Hoy las democracias son las de los pueblos y no las de las oligarquías o las plutocracias. Cuanto viene ocurriendo desde 1955, se debe precisamente a que se ha querido volver al demoliberalismo, después que el Pueblo ha probado las ventajas del justicialismo.

Nosotros cambiamos una economía de miseria existente antes de 1946 por una economía de abundancia durante los diez años de nuestro gobierno. ¿Cómo sería posible que, por muy "libertadora" que fuera la revolución gorila, pudiera volver nuevamente el pueblo a la miseria existente en 1946?

El reaccionarismo liberal, producto del gobierno de la burguesía que dominó el mundo más de un siglo, imagina haber alcanzado formas invariables para servir a la convivencia humana en todos los lugares y para todos los tiempos. Según ellos lo que fue bueno para el siglo XIX debe serlo también para el actual y para los venideros. Para ellos, no son formas temporales sometidas a las circunstancias, sino principios permanentes e invariables. No desean comprender que el desarrollo demográfico e industrial de los últimos cien años ha cambiado radicalmente la situación y que la presencia del "hombre masa" ha producido una serie de problemas que presionan de tal modo las formas de vida que

ya no es posible el individualismo de otros tiempos, reemplazado ahora por una conciencia y una acción mancomunada. El hombre ya no puede ser considerado como un ente aislado sino como un elemento integrante del conjunto. Esto explica lo que parece sorprender a muchos: la decadencia de los partidos políticos y su reemplazo por organizaciones mayores y más naturales en las cuales el hombre opina y vive lo que conoce y no aquello que sólo conocen y viven unos cuantos intermediarios.

Por otra parte, la democracia de nuestros tiempos no puede ser estática, desarrollada en grupos cerrados de dominadores por herencia o por fortuna, sino dinámica y en expansión, para dar cabida y sentido a las crecientes multitudes que van igualando en condiciones y posibilidades a las de los grupos privilegiados. Esas masas ascendentes reclaman una democracia directa y expeditiva, y las viejas formas ya no pueden ofrecerlas.

Para imaginarnos lo que está ocurriendo en la Argentina es preciso conjugar simultáneamente la incomprensión propia de la ignorancia, la soberbia del reaccionarismo contumaz y la falsedad de los grupos que sirven intereses inconfesables. Por eso, cuando el gobierno o los partidos políticos representantes de los grupos minoritarios hablaban de imponer la democracia, nadie podía creerles, porque la democracia que anhela el pueblo está muy distante de ser la que pretenden imponerle desde los centros demoliberales de la oligarquía argentina, manejada sin sonrojos desde el State Department o desde el Pentágono.

Todo ello está demostrando que los justicialistas tenemos razón, pero la razón debe imponerse mediante la lucha, ya que nuestros enemigos no se interesan por la razón sino por imponer las necesidades de su provecho.

El gobierno de Lanusse estuvo abocado a la tarea de cumplir a la perfección con los reclamos del imperialismo. EE.UU. necesitaba un aliado de hierro con referencia a su política para con América Latina, y Lanusse fue un sirviente bien adiestrado.

La carencia de grandes objetivos o de elevados ideales

llevó a estos seudo conductores políticos a perder el tiempo en expresiones triviales o peleas mezquinas. Reemplazando su falta de altura por el golpe artero y la diatriba, con los resultados que muestran siglos de historia.

La Argentina está en crisis dentro de un mundo en crisis. Por eso, hoy más que nunca, necesitamos en nuestro país grandes conductores que, con sensibilidad popular y con la cooperación entusiasta del pueblo, le hagan superar la crisis, y cumplir el papel histórico que le corresponde en la lucha por la segunda independencia de la América Latina.

La Argentina estuvo oficialmente ausente en América Latina, mientras poderosas fuerzas imperialistas buscaban crear hegemonías inadmisibles y satélites privilegiados dentro de la región. ¡Triste espectáculo el de esa Argentina oficialmente ausente en el proceso emancipador de la América Latina, sobre todo si se la compara con aquella Argentina de veinte años atrás que, a pesar de estar hostilizada por poderosos intereses extrarregionales, dio importantes pasos para facilitar la unidad y la liberación de la América Latina, respetando siempre el principio de no injerencia en los asuntos internos de otros Estados!

Más triste aún es comprobar que los descendientes de aquellas fuerzas que en el siglo pasado se batieron en medio continente por la primera emancipación de nuestros pueblos, hayan sido utilizados para aherrojar al propio pueblo argentino. Y que, desde la patria de San Martín, haya quienes complotaban contra el gobierno nacionalista y popular del general Velasco Alvarado.

Toda la América Latina -y en particular Hispanoamérica- estaban reclamando la presencia oficial argentina en el proceso de unidad y emancipación continentales. Pero, ¿cómo íbamos a tener participación en ese proceso dentro de su gigantesca dimensión, si nuestros gobernantes ni siquiera tenían resuelto con el Uruguay la delimitación de la soberanía sobre el Río de la Plata? Era absurdo que las marinas de los descendientes de San Martín y Artigas se pelearan para ver quién remolcaba a un barco que se estaba incendiando, en lugar de cooperar estrechamente para apagar el fuego. La

Argentina y el Uruguay debían resolver en la mesa de negociaciones todas las divergencias existentes entre ellos sobre el Río de la Plata o las 200 millas marinas.

Lo importante era que los argentinos, defendiendo nuestros intereses nacionales vitales pero con generosidad hacia los hermanos orientales, nos pusiésemos de acuerdo con ellos para que ni el Río de la Plata se convirtiera en una cloaca promovida por nosotros o por terceros, y para impedir que modernos filibusteros viniesen a operar dentro de nuestras 200 millas marinas. Ningún barril de petróleo podía romper la unidad que nos impone nuestra común estirpe y nuestros comunes intereses vitales. En particular, la Argentina y el Uruguay, junto a los demás integrantes del sistema, debían exigir que la Cuenca del Plata fuese utilizada en beneficio de todos con el debido respeto de los intereses de todos. Además, había que emprender Salto Grande y El Palmar.

La ausencia oficial argentina en el proceso de construir una nueva Patria Grande era comprensible. Yo me pregunto: ¿cómo los gobernantes argentinos iban a promover la liquidación de las fronteras ideológicas afuera del país, si las aplicaban adentro mediante la represión y la proscripción encubierta del mayor movimiento popular de toda la América Latina? ¿Cómo iba a promover afuera el respeto de los derechos humanos un régimen que se burlaba de los mismos, y bajo cuya égida la mortalidad infantil había dejado de ser un problema sanitario para convertirse en un genocidio colectivo? Decían querer recuperar las Malvinas, pero ¿qué hicieron para que Panamá recupere su Canal, al que tan legítimamente aspira como nosotros aspiramos a nuestras islas? ¿Cómo podían mostrarse nacionalistas afuera, si han permitido la desnacionalización de nuestras empresas, de nuestra cultura y hasta del aire que respiramos? ¿Cómo iban a tener longitud de mira en su política latinoamericana quienes, con su miopía histórica, no se daban cuenta de que hasta la propia existencia de la Argentina como nación estaba amenazada?

Todo esto fue lamentable, pero pronto se terminará.

Entonces el pueblo argentino verá fructificar su lucha para reimponer su soberanía y habrá una presencia oficial argentina en la lucha por la Segunda Independencia de la América Latina.

Un nuevo voto de confianza

(1952 - 1955)

Tiempos difíciles

A partir del año 1949 nuestro país tropezó con serios escollos. La economía argentina había aprendido a capear sucesivos temporales, después de varias décadas de zozobras, producto del fortalecimiento continuo que habíamos alcanzado.

La nacionalización de los depósitos bancarios, y los del Banco Central, la repatriación de la deuda externa, la nacionalización de los servicios públicos y del comercio exterior, el impulso notable de la industria y el paralelo crecimiento de la producción agrícolo-ganadera, constituyeron una verdad tangible, aceptada aun por nuestros opositores que no podían negar la realidad, expuesta no solamente desde las más altas esferas del gobierno, sino también valorada por la sociedad trabajadora, que junto a cada mejora que ofrecía el justicialismo, descubría una agachada de los sectores oligarcas, que se llenaban la boca en contra de la falta de libertad y que en realidad no era otra cosa que la ausencia de libertinaje, para que ellos hicieran con la economía nacional lo que mejor les conviniera.

Muchos de estos logros fueron irreversibles y junto con el incremento de la conciencia política popular, creo que fueron los dos beneficios más importantes que produjo el justicialismo en nuestra tierra.

Nos han dicho a manera crítica, y más de una vez, que al peronismo le bastaron dos malas cosechas consecutivas

para caer derrotado, ¡cómo si a nosotros nos hubieran tirado con marlos de maíz! A esos pobres cacasenos de la antipatria, a esos fulanos sin nombre que escriben de rodillas, a esos falsos historiadores de salón, que sólo escriben buenas frases para la gente de empresa y enseguida se piensan literatos, les digo: el peronismo no cayó derrotado. Nunca jamás una salvaje tiranía pudo matar a todo un pueblo. Ya nos demostró con su vida y con su valentía el hermano pueblo chileno en 1973, que un pueblo no se abdica nunca. Hubo intereses más importantes para los golpistas que dos malas cosechas.

Existieron, primero y antes que los populares, los intereses de la antipatria. Eso sí que terminó doblegando al pueblo momentáneamente. Nuestras conquistas eran preeminentemente populares y era menester aniquilar la causa de su origen. Evita lo decía bien en cada barricada. No debíamos hacer nada que se justificara a los ojos de nuestros detractores, porque todo lo que hiciésemos, aun aquello que dispusiésemos para conquistar el corazón de esa gente, no tendría sentido. Ellos buscaron y encontraron infinidad de excusas, para acusarnos igual, para justificar su resentimiento.

La causa surgía de haber logrado conquistas sociales que se transformaron en inclaudicables. Con la movilización de recursos propios, el país había superado exitosamente la encrucijada que significaba el fin del período bélico y la inmediata posguerra.

El proceso de crecimiento argentino, lejos de decaer, como vaticinaban muchos en función de sus especiales intereses, y tal como había ocurrido en la posguerra del 18, se consolidó y permaneció en expansión. Uno de mis últimos ministros rescata estas verdades. Explica, por ejemplo en lo que se refiere al área que le cupo, que la participación de los sueldos y salarios en la composición del ingreso nacional superó a los ingresos netos de los empresarios y rentistas. A comienzos del segundo gobierno, el 58 por ciento de los ingresos del país correspondieron a los trabajadores. El pleno empleo no fue en desmedro de los ingresos.

El fantasma de la desocupación desapareció en nuestra administración. Las mejoras sociales para la comunidad trabajadora fueron pagadas del beneficio de los capitalistas, quienes en muchos casos también eran peronistas y sabían que esas leyes laborales redundarían en una mejor actitud del hombre de trabajo para con su tarea.

Sí, es verdad que las dos tremendas sequías deterioraron los hábitos de abundancia que estaba adquiriendo el pueblo y que de repente se vieron interrumpidas. Todo proceso de cambio social tiene alzas y bajas, éste no fue la excepción. Más concretamente la situación internacional mostraba en aquella época, varios factores de perturbación. En primer lugar, las grandes potencias elevaban los precios de los artículos que exportaban a los países dependientes. Estados Unidos, acaparaba los insumos esenciales para la industrialización de los productos. Las divisas obtenidas por el grueso de las exportaciones, en los años de la Segunda Guerra Mundial, fueron prácticamente bloqueadas en los países importadores y mantenidas en forma de activos en oro y depósitos bancarios en Londres y Nueva York. La situación política internacional también estuvo signada fuertemente por la guerra de Corea, que influenciaba en todas las latitudes.

La inflación de posguerra redujo sensiblemente el poder adquisitivo de aquellas reservas, los negociadores que representaron a mi gobierno, como el caso de Miguel Miranda que estaba especialmente instruido para resolver las gestiones referentes a la compra de los ferrocarriles, debieron buscar inteligentes argumentos para convencer a los representantes británicos.

El tema de los bloqueos unilaterales fue un problema muy serio, porque surgían del área del dólar y de la libra esterlina y provocaban cimbronazos en todas las economías de América Latina.

A pesar de esto, fue muy significativo cómo la Argentina quedó relegada de participar en el proyecto del Plan Marshall, (llamado así por ser idea del secretario de Estado de la Unión). Mediante éste, Estados Unidos aportaría el

55% de los bienes necesarios para lograr la reconstrucción de Europa, el resto de los recursos debían salir de otros países, entre los cuales la Argentina estaba destinada a ocupar un lugar preferencial debido a su alta capacidad productiva en lo que se refiere a materias primas.

Sin embargo, cuando comenzó a hacerse efectiva la ayuda económica al Viejo Continente, nuestra participación quedó relegada al 3% del total de compras realizadas en América Latina para la exportación. Braden, viejo enemigo del movimiento peronista, seguía moviéndose entre bambalinas. Esto nos obligó a recurrir a la firma de convenios bilaterales para la venta de productos, pero ello no impidió que la maniobra del Departamento de Estado norteamericano influyera negativamente en la situación económica nacional.

A esta circunstancia se le sumó la acción psicológica de la oposición, que se valió de esas realidades para golpear incansablemente sobre las espaldas del peronismo. Esas críticas, sumadas a la actitud de muchos comerciantes e industriales reacios a moderar sus ganancias, llevaron al gobierno a endurecer actitudes para quienes no mostraran una resuelta postura solidaria para con el pueblo.

A partir de 1951 y 1952 desarrollé una serie de mensajes periódicos a la población, que incluyeron vigorosas apelaciones a la cordura. La economía de la abundancia había acostumbrado al pueblo a un nuevo estilo de vida; debía entonces ser el pueblo mismo quien colaborara para poner coto al abuso y a la ganancia desmedida. Por primera vez, le pedí al pueblo un poco de sacrificio.

Me daba cuenta, al igual que el pueblo, que la independencia económica no culmina jamás como título victorioso dentro de los logros populares, si todavía dependemos de los países desarrollados en alguna etapa de la cadena productiva o distributiva.

Los países como el nuestro, se independizarán definitivamente cuando se abastezcan de todos los insumos básicos de su producción o cuando sólo dependan de una ayuda solidaria. Esa etapa de 1950 tiene que servirnos de experien-

cia para saber cuáles deben ser siempre nuestros aliados naturales y cuáles parecen ser irremediablemente nuestros opositores históricos.

La oposición dirigió sus dardos, muy especialmente a los organismos del Estado que reemplazaron a los grandes consorcios capitalistas, sobre todo el IAPI. ¿Por qué? Porque destruir el IAPI era terminar con una herramienta fundamental para la consecución de la independencia económica. Además interrumpirían buena parte de la economía social, por la simple razón de que ese organismo pagaba al chacarero veinte pesos por el trigo y treinta por el lino, cuando antes recibía de cuatro a seis pesos. El IAPI contrarrestó la acción de los monopolios que se quedaban con la parte del león del precio final de la comercialización del producto de la exportación.

En concreto, la acción del IAPI fue ésta; tomó el trigo a veinte pesos el quintal, lo entregó a los molinos harineros a nueve, perdiendo por lo tanto once pesos. Pero, ¿a dónde iba ese trigo? Al pueblo trabajador, el cual de esa manera podía comer pan, porque de lo contrario hubiera tenido que pagar cifras altísimas por kilo. Es de imaginar entonces la suma que perdía el IAPI en esto sólo, teniendo en cuenta que el pueblo argentino consumía alrededor de tres millones y medio de toneladas de trigo. Esa era la subvención que el Estado daba para que el pueblo tuviera pan a precio bajo. El IAPI se resarcía de la pérdida, cobrando los remanentes exportables a un precio mayor. Cuando todo el proceso era manejado por los monopolios, éstos ganaban adentro y afuera, porque no subsidiaban el producto al pueblo argentino, que por supuesto consumía menos, y con el saldo exportable más abultado, hacían pingües negocios en el exterior. Cuando las industrias están manejadas por capitales privados, encima extranjeros, el pueblo irremediablemente será más pobre, porque cuando todo el mecanismo de producción y venta del producto que sea, funcione bien, el pueblo consumirá sin que se note gran diferencia, pero cuando los monopolios, por el tema que sea, no ganen suficiente, le cobrarán al pueblo la diferencia y no habrá

manera de quejarse por más que el Estado haya establecido mecanismos legales de control, las empresas monopólicas retacearán la producción y provocarán la suba del precio, para ello no existe ley que evite ese proceso.

Sin embargo, arreciaron las críticas al IAPI, como si esa institución fuera la causa de los males. Yo les contestaba que el objetivo básico que el gobierno debía lograr, era la auténtica industrialización; el IAPI era sólo un instrumento, que podía estar mal o bien utilizado pero al fin y al cabo, sólo un instrumento.

No faltaron quienes estaban convencidos de que había que abocarse a la tarea exclusiva de lograr la industria pesada. Yo estaba de acuerdo, pero era imposible así, de la noche a la mañana. Cuando visité en Alemania una fábrica de nitrógeno sintético, me imaginaba encontrarme con una sola fábrica, pero en cambio encontré que el establecimiento se componía de dieciocho fábricas; pregunté si todas producían nitrógeno sintético, me contestaron que sólo una, las diecisiete restantes aprovechaban los productos subsidiarios de la elaboración para otros fines.

Nosotros queríamos hacer lo mismo para no desaprovechar ninguno de los aspectos de la realización del proyecto productivo. Pero todo debía hacerse armoniosamente. No podía ser que ante el avance ofensivo de las empresas monopólicas, resolviésemos de la noche a la mañana, impulsar el crecimiento de la industria pesada.

Este proceso genera un costo social muy alto. El pueblo tiene que saber que de alguna manera debe subsidiar ese crecimiento. Que los productos aumentarían de precio para acopiar dinero y transformarlo en capital, mediante su inversión en el avance industrial.

Lo antedicho invariablemente debía ir acompañado por otro proceso de educación masiva de la población, para que aceptase el sacrificio en vías de un futuro evidentemente mejor. Pero a la vez, en ese momento el pueblo estaba viviendo una contraofensiva del capitalismo internacional, que ya de por sí le generaba un alza en los precios internos. Entonces había que esperar un poco. Pasaba que lo que el

IAPI subsidiaba no podía resarcirse en el exterior porque el Departamento de Estado nos había cortado el ingreso a las economías europeas. No olvidemos que éstas estaban comiendo del plato yanqui, gracias a los recursos inventados por el Plan Marshall. Había que esperar un tiempo.

Segundo Plan Quinquenal

El Segundo Plan Quinquenal puso a la República Argentina directamente rumbo a la industrialización, fijando dos estapas fundamentales; la primera, tendiente a consolidar lo que teníamos como industria; y la segunda, a organizar, para que en el futuro la culminación de esa industria nos llevara a la realización de la industria pesada.

Era el objetivo del segundo Plan Quinquenal, resolver toda la línea del hierro y del acero completa, como así también la del aluminio y muchas otras. El primer plan, en rigor previó la protección de la industria instalada, consolidándola y extendiéndola en la medida de las necesidades del país; en el segundo plan se fijó como una de las tareas primordiales, lograr el desarrollo integral de la industria pesada en relación al volumen de la materia prima y a las posibilidades financieras y técnicas. El Tercer Plan Quinquenal, debía conseguir la expansión industrial hasta las posibilidades nacionales y el perfeccionamiento integral. Cuando asumí el gobierno en 1946, el país no fabricaba ni las alfileres que utilizaban nuestras modistas. Cuando me echaron en 1955, fabricábamos locomotoras, tractores, camiones, motocicletas, motonetas, máquinas de coser, de escribir, de calcular, y ya estaba construyendo vapores.

Para anunciar el segundo plan hablé con el país. En ese momento hice mención de los factores internos y externos de perturbación y manifesté la voluntad de rehusarme a solucionar los problemas nacionales mediante el peligroso recurso de los empréstitos extranjeros. Por ello preferí solicitar el esfuerzo conjunto de los argentinos. No pedí esfuerzos sobrehumanos, se trataba de cumplir al máximo tres

objetivos: aumento en la producción, austeridad en el consumo y fomento del ahorro interno.

Apuntábamos a trabajar seriamente y no despilfarrar lo ganado, renunciar a los bienes superfluos y reducir los gastos verdaderamente innecesarios. La intención evidente era modificar la balanza de pagos. Aumentar las exportaciones y disminuir las importaciones, generando también un ahorro para el ingreso nacional. Si la política de austeridad triunfaba, con sólo un aumento del 20% de la producción, tendríamos solucionado el problema de divisas, pudiendo disminuir el índice inflacionario. El problema filosófico siempre es el mismo, pasa por saber que pertenecemos al sistema capitalista y allí, el manejo discrecional de las divisas es fundamental para tener cierta libertad de movimientos.

Nuestro país comenzaba a ser jaqueado por los intereses multinacionales y nosotros debíamos adoptar una posición seria e independiente. Por ello dirigimos nuestra atención hacia la constitución de una política de ahorro y austeridad que en principio puede reconocerse como recesiva pero que en realidad demuestra una profunda convicción y una auténtica postura de dignidad frente a la realidad internacional.

En definitiva, los más acérrimos críticos alcanzaban a decir que la economía se había desequilibrado un poco y a mí me hacían acordar a un cuento que contaba Discepolín: "Un día fui al circo de un amigo que siempre veía la parte mala de las cosas; un equilibrista puso sobre una pértiga una mesa; sobre ella una silla; sobre la silla una botella; y se paró de cabeza sobre la botella. Con los pies sostenía un arpa y con las manos la tocaba. Este buen señor comentando el espectáculo, dijo: No me gusta como toca el arpa". Para mí, los que se quejaban del problema económico en aquella época, tenían mucho del escepticismo del personaje del cuento. ¿Qué país no tenía problemas económicos? ¿Quién podía hablar de equilibrio económico en el mundo y tener la pretensión de la Argentina, de subsanarlo por propia mano, recurriendo a sus propios recursos?

Al lanzar el plan de 1952, puse al país en conocimiento de las medidas a tomar para lograr el incremento de la producción, aumentar las exportaciones, reducir las importaciones, seleccionar los créditos, aumentar el ahorro, reprimir el agio y equilibrar los precios y los salarios. Para explicar con la mayor sencillez la forma en que se deberá reestablecer el equilibrio económico, asigné el 50% de responsabilidad al gobierno, el 25% restante a la actividad de las cooperativas y mutuales y el 25% restante a la actividad de las familias. Al mencionar este último factor hice un llamado especial al pueblo para que cuidase hasta en los menores detalles la economía doméstica. Pedí que cada argentino produjera por lo menos lo que consumía y para ello era menester, y sigue siéndolo, quebrar la modalidad existente en muchos hogares, en que el único que trabaja y aporta para los gastos es el jefe de familia. Aún hoy pasa lo mismo, y yo repito: todo aquel que está en condiciones de trabajar, debe producir. Argentina es un país que aún no ha pasado hambre, por lo menos en el Gran Buenos Aires y Capital Federal. Con lo que cada porteño tira de carne y pan diariamente por ejemplo, se podría alimentar a otro Buenos Aires. Para lograr la difusión del plan, se inundó la ciudad de folletos y luego se extendió al interior del país.

Muchos cómicos incluyeron en sus programas menciones referentes al cambio de hábito en la alimentación. Con Luis Sandrini a la cabeza, la comunidad artística colaboró con asiduidad en lo que nosotros estábamos empeñados en modificar, para resolver nuestros problemas con recursos íntegramente genuinos. De a poco fuimos preparando en la gente una mentalidad de ahorro, de cuidado y jerarquización del consumo.

Los resultados se comenzaron a observar en los balances nacionales de 1953 y 1954; quedando demostrado por otra parte, que era posible ejercitar una política de persuasión y orientación del pueblo hacia determinados consumos, preparándolos mediante técnicas y argumentos adecuados a enfrentar las adversidades. En la formulación misma del plan está implícito uno de los objetivos básicos de

la filosofía justicialista: sin la participación del pueblo es inútil esgrimir fórmulas salvadoras.

Nuestra idea del ahorro interno era para un fin nacional, orientar a la Argentina como figura central en su misión exportadora. Para eso era indispensable la obtención de excedentes, había que disminuir el consumo, pero ¿quién le aseguraba al pueblo que el fin era loable? La confianza. Eso fue lo que permitió que el sacrificio tuviese el menor grado de queja de la historia. Los gobiernos sucesivos, que pretendieron que el pueblo se ajustase el cinturón, tuvieron que exigírselo. Nadie les hubiera creído, como por otra parte era lógico; la gente no come vidrio y sabe con quién está tratando. Los gobiernos militares fracasaron uno tras otro, porque sólo se sacrifica uno por quien se lo merece.

Una de las grandes empresas del sector siderúrgico liderado por Techint se realizó por el impulso que le dimos nosotros desde el gobierno. Todo el ambiente industrial y el sector burocrático estaba en contra. Para ellos era mucho más fácil continuar con la economía de la abundancia. Total, cuando se acabara, lo que fracasaba era un gobierno, ellos podrían reubicarse. Pero la confianza del pueblo se fue minando y a la larga se transformó en una bomba de tiempo. Con la mentalidad imperante en aquel momento en los sectores medios, no se hubiera hecho esa empresa ni ninguna otra y hoy se deberían importar los tubos que se utilizan en los pozos.

La orden fue limitar al máximo las importaciones. Al restringir el gasto público, el dinero se utilizó sólo para inversiones de capital. Se estudió con detenimiento la política crediticia y se apoyó a todas las inversiones productivas que no revirtieran sus ganancias hacia el exterior. Había comenzado la época de la reconversión. La economía internacional se reabría y volvía a expandirse. Sus mayores posibilidades productivas estaban referidas a su mayor nivel tecnológico. Aquellas cosas que nosotros habíamos podido realizar dentro de nuestras fronteras mediante el proceso de sustitución de importaciones, no podían competir contra los países desarrollados. Debíamos reconvertir

nuestra economía o estábamos perdidos.

El país tendría que realizar un gran esfuerzo de ahorro económico para facilitar al Estado la posibilidad de brindar una línea de créditos a quienes estuvieran dispuestos a lanzarse al ruedo para competir. Era un riesgo obstinado, sólo posible para quienes tuvieran absoluta confianza en sus dirigentes y supieran que no había detrás de esta posibilidad algún manejo desaprensivo o alguna duda, acerca de la integridad de la gente que llevaría adelante este emprendimiento.

Sólo el empeño generalizado de la sociedad podía modificar la realidad económica hasta el punto que lo habíamos pensado y sólo nuestro gobierno podía hacer semejante cosa, que en definitiva no era otra que propender a que el industrial aumentase su ganancia a expensas del trabajador, que ganaría un poco menos, a cambio de que ese esfuerzo se invirtiese en pos del crecimiento económico de la patria.

Los enemigos de adentro y de afuera

Por varias razones 1953 fue un año significativo. Para empezar, estábamos viviendo los últimos coletazos de la experiencia golpista de Menéndez y otros militares y civiles que fracasaron en su intento por la decidida vocación independiente del pueblo, aunque los golpistas demostraron que su voluntad de quebrar el sistema democrático no terminaba con la salvajada cometida sino que probarían con otros medios.

En el ambiente se respiraba una profunda convicción de finalizar el mandato popular. Pasaba lo mismo que con Yrigoyen. La oligarquía había concedido el beneficio del voto, convencida de que un paisano tan desconocido como don Hipólito no figuraría ni a placé en el escrutinio. Pero ganó, por poco, pero lo hizo.

Esa primera instancia se la aguantaron. ¡Tenía tanto para perder Yrigoyen! Fracasaría irremediablemente en su acción de gobierno; pensaban los galeritas. Carlos Pellegrini

ya había dicho a finales de siglo: "A los radicales habría que dejarlos gobernar... ¡Se dan cuenta que son incapaces, y no nos molestan más!...".

El pueblo y la oligarquía siguen siendo lo mismo a pesar del tiempo, sólo cambian los actores que desarrollan el drama, pero la canción es la misma.

Para el mes de abril de 1953, ya estaban hartos de peronismo, para colmo parecía que iba para largo. Entonces emprendieron una ola de rumores contra cualquier cosa. Primero intentaron amedrentar al pueblo descalificando a los dirigentes. Claro, para ellos ya estaban descalificiados por el sólo hecho de pertenecer al pueblo; pero la gente confiaba en quienes salían de su propia extracción. La oligarquía volvía a la carga blandiendo el mismo recurso inicuo que utilizó contra Yrigoyen: la incapacidad de los dirigentes y el fracaso del modelo político.

Una oposición desesperada utilizaba cualquier recurso para propiciar el desprestigio. Aparte de la acción psicológica que significa orquestar una campaña de rumores, provocaron e incentivaron una ola alcista de precios minoristas para socavar la confianza de la gente y desprestigiar al presidente, al gobierno y al movimiento.

Mi primera medida fue convocar a la casa de gobierno a los periodistas. "Estamos siendo atacados por los enemigos de afuera y de adentro", les dije a los medios. "Yo no voy a quedarme sentado a ver cómo hablan mal de mí injustamente. Por eso los convoqué". El pueblo siempre debe estar adentro, sobre todo cuando sabe que el enemigo es muy potente y se escuda en la libertad de la democracia para calumniar. Más o menos este tipo de cosas le referí a la prensa. La CGT trabajó seriamente para brindarme una abrumadora información sobre el movimiento agiotista y especulativo, muy bien armado, que parecía tener su origen en el exterior.

Le comunique e a la prensa que estaba dispuesto a establecer el equilibrio perdido en base a la organización económico-social que habíamos combinado en el '52. Que si realmente existían ladrones dentro del gobierno los haría

echar. Luego hablé a la nación explicando de qué manera se creaba el aumento de los productos de primera necesidad con la simple ejemplificación de la carne. Si el kilo de novillo vivo costaba 2 pesos, ¿por qué en la carnicería se pagaba hasta 20? La intermediación fomentaba la especulación del producto porque además cuando la gente no ganaba lo que quería, lo hacía desaparecer del mercado consumidor. O extirpábamos el cáncer o nos moríamos de cáncer todos.

Declaré entonces que la Comisión Consultiva Económica y la Comisión de Precios y Salarios quedarían en sesión permanente hasta encontrar la solución del problema. Propuse a la vez que cada consumidor se transformase en un inspector de gobierno para mandar preso al comerciante que no cumpliese con los precios comprometidos. Muchos recibían los productos a otro precio del pactado, en ese caso el culpable era el productor, pero pasaba que los comerciantes no denunciaban a sus abastecedores con el fin de tener esa mercadería. Entonces los verdaderos culpables no caían.

Con la denuncia directa de la gente, prodríamos matar dos pájaros de un solo tiro. Primero, sabríamos que productos eran los sobrefacturados y una investigación nos llevaría al verdadero culpable. Segundo, con la participación del pueblo directamente, evitaríamos la utilización de inspectores de gobierno, que a todas luces habían demostrado ser coimeros.

Así y todo, los precios subieron en dos semanas un 50%. Nuestros adversarios sabían perfectamente bien que para alterar el estado político del país era necesario crear un descontento en la masa popular. Un rumor que se iniciaba a la mañana en la Capital Federal, llegaba a la tarde a todo el país, cuando sabemos perfectamente que una campaña individual tarda semanas en cumplir su cometido, en el mejor de los casos. Era evidente que eso respondía a un plan opositor y que detrás de todo había una organización preparada para difundir rumores. Pero también era verdad que desde adentro del gobierno ayudaban a que la campaña tuviese éxito. Yo no podía resolver solo este problema. Ni el de los ladrones ni el de los coimeros. El de los ladrones

porque si había tontos que se dejaban robar, yo no podía tener policías para cuidar a millones de estúpidos que no sabían comprar; porque si en la administración pública había coimeros y faltaban hombres decentes que se animaran a denunciarlos y a hacerse responsables de la denuncia, ellos también eran culpables de la existencia de los coimeros.

El 15 de abril la CGT organizó una movilización a Plaza de Mayo en defensa del gobierno popular. Mientras tanto, más de doscientos comerciantes caían presos en Villa Devoto y sus negocios eran clausurados. Comenzó una ola de violencia y agresividad que, en definitiva, benefició a nuestros detractores, que con ese fin habían iniciado la ofensiva. Ese día la gente fue a la plaza a consustanciarse con el objetivo del gobieno, nuevamente la canalla fracasaba en su intento disociador. Sin necesidad de discursos agresivos contra la oposición irracional, el gobierno lograba estabilizar la realidad, producto indiscutible de que por encima de todo, seguía poseyendo el favor de la población.

Pero en medio de la masiva reunión, estallaron dos bombas sucesivas. Ahí sí perdí el juicio. No tenían derecho a sacrificar vidas humanas por motivos personales; ¡menos mal que la gente es peronista! Ninguno se enloqueció. Es verdad que hubo sobresaltos. Yo mismo me sobresalté y más aún después, cuando me enteré que hubo cinco muertos y cien heridos.

La estupidez humana nos hizo una mueca dolorosa. Se jugaba con la muerte, y este pobre pueblo que después de tanto tiempo aprendía lo que significaba ser feliz, le tocó luchar contra un enemigo subrepticio que no daba la cara y que seguía los dictados de una acción psicológica manejada desde el exterior con agentes en el propio país. Había que iniciar una depuración. Los muertos del día 15 lo reclamaban, y sus deudos, que éramos todos nosotros, lo merecíamos. Una bomba en un bar de la calle Yrigoyen y otra en la estación del subterráneo de Plaza de Mayo, habían encendido la mecha de la respuesta violenta.

Numerosos grupos indignados por la acción terrorista decidieron hacer justicia por mano propia. Se produjeron

incendios en la Casa del Pueblo, sede del partido Socialista que estaba ubicada en la calle Rivadavia al 2000; en la UCR, en Tucumán al 1600; y en el edificio del partido Demócrata Nacional, en Rodríguez Peña al 500.

A medianoche se quemó el edificio del Jockey Club, en Florida al 500. Mi gobierno no mandó a realizar estas acciones imprudentes, pero es indiscutible que se realizaron en favor del gobierno y como respuesta a la actitud canallesca de la oligarquía. Pero yo no quise que eso pasara, por la sencilla razón de que con eso contribuíamos a echar más leña al fuego. Después de todo, había un dato que era indiscutible, los funcionarios públicos dejaban bastante que desear, la corrupción fue una realidad que nosotros debimos atacar antes que nada, para después sí, llenarnos la boca en contra de nuestros detractores. Pero con que una sola de sus críticas fuese verdadera, nosotros no teníamos argumentación moral para discutir.

Comenzamos una fuerte campaña autocrítica desde el gobierno, que llegase a todas las unidades básicas. La revista *Mundo Peronista* nos sirvió bien a ese respecto. Era un quincenario publicado por el Consejo Superior Peronista, donde se llevó adelante una ofensiva depuradora. Sacando a la luz textos ya publicados contra la corrupción conjuntamente con textos referidos a la reciente actualidad, de profundo contenido moralizante, pero suficientemente claros en su lenguaje como para que el mensaje llegase al pueblo. Un texto decía por ejemplo: "De nada sirve que usted grite ser peronista todo el día si usted es un ladrón o un coimero, o un perro con la gente, o si se escuda en su peronismo para llegar tarde o salir más temprano, con el cuento o el pretexto de que tiene que ir a una unidad básica". De esta manera, pretendimos discutir de ética administrativa, configurando un intento de "Revolución Cultural".

Las bombas no cesaron y para el 1° de Mayo seguían explotando en distintos lugares de la Capital, cercanos a la plaza histórica. El gobierno, sin embargo, ya tenía algunos sospechosos y los había puesto entre rejas. Fueron los primeros presos políticos del gobierno peronista, y sus nombres

estaban directamente relacionados con los intereses económicos de la oligarquía: Carlos Sánchez Viamonte, Nicolás Repetto, Alfredo Palacios, Emilio Carreira, y Federico Pinedo.

Nuevamente el destino ponía al peronismo en el nudo central de la trama histórica, y a su conductor como protagonista principal de la gran dicotomía. Pueblo u oligarquía. El movimiento no tenía dudas porque respondía fielmente a su extracción. Su conductor tampoco, porque respetaba y respeto los derechos inalienables del proletariado.

Otros gorilas cayeron presos en los albores del 1° de Mayo. Elizalde, Centurión, Cullen, Alzaga, Lanusse, Holmberg, Fausón Sarmiento.

Ese día hablé ante el Congreso, pero después lo hice frente al pueblo. Una gran masa humana se congregó en la Plaza de Mayo, habían venido de distintas partes de la ciudad y por sus propios medios. La gran mayoría estaba enfervorizada. Yo les pedí que no tomaran actitudes colectivas, porque eso les daría lugar a la reacción a decir que vivimos en desorden. "Pensemos en los cinco compañeros que hace 15 días perdieron la vida y por ellos hagamos en nuestro recuerdo un lugar para todos los trabajadores que en la historia del mundo han muerto luchando por la causa del proletariado. La oligarquía, les dije, que fue siempre la central interna de la resistencia organizada contra nuestro gobierno y mantiene sus esperanzas de volver alguna vez al gobierno del país, primero arremetió sus dardos contra el espíritu extraordinario de esa mujer que nos acompañó durante tantos años de fidelidad y que con tanta convicción luchó por las reformas sustanciales para la clase trabajadora. Ahora, que ese espíritu inclaudicable no está entre nosotros, la emprende contra todo el gobierno. Pero yo sigo vivo, y mientras no suceda lo contrario, todo lo que haga será poco para exterminar la oligarquía, a cualquier precio".

Así les hablé ese día, era necesario que los enemigos supiesen que no se puede amedrentar a todo un pueblo, sobre todo cuando éste sabe que tiene la verdad. En el primer Plan Quinquenal habíamos terminado con la organización

oligárquica de la tierra y del trabajo, para poder hacer una organización popular. En el segundo Plan, nos propusimos terminar con la oligarquía; y le asignamos tanta importancia al significado de esta frase, que ella dio título al folleto con que la Subsecretaría de Informaciones difunció por todo el país ese discurso.

El objetivo político de depuración dio buenos resultados. Las aguas se fueron aquietando y yo volví a las declaraciones pacifistas. Paralelamente, los dirigentes políticos presos fueron recuperando la libertad. El mismo Federico Pinedo le envió a Borlenghi, quien se desempeñaba como ministro del Interior, una carta en la que afirmaba que los partidos políticos de la oposición debían contribuir al engrandecimiento de la patria ofreciendo su contribución política al gobierno y no mostrando sólo los dientes. El como otros dirigentes del PDN, se entrevistaron conmigo para llegar a un acuerdo programático.

Comenzó una apertura política, pero el gobierno también había depurado sus filas. Descubrimos al hermano de Eva, Juan Duarte, en un affaire tan evidente que le costó la vida más por ignorante que por lo serio del tema. Lo dramático fue que las heridas parecían lavarse con sangre.

Mucho se ha dicho sobre mi influencia en la muerte, por mano propia, de Juan Duarte. Pueden decir cuanto quieran, pueden difamarme hasta el hartazgo, pero nunca regalaré la verdad.

Juan Duarte, justo es decirlo, se aproximó al poder sin haber hecho una carrera previa, que le hubiese permitido ponerse en guardia de todos los aduladores y chupamedias que lo rodearon. Llegó, donde llegó, por una circunstancia fortuita de la que sería principal protagonista su hermana Evita.

La vida de Juan ya se encaminaba por entonces hacia una pendiente que no podría remontar. Una enfermedad prohibida, innombrable para la sociedad de aquel tiempo, lo llevaba hacia una parálisis progresiva. Estos habían sido los diagnósticos de todos los médicos consultados, la mayoría de los cuales, salvo algún médico amigo, desconocían su

verdadera identidad. Esa enfermedad, de transmisión sexual, la había contraído durante los años que sirvió en el ejército, y si bien fue oportunamente tratada, nunca pudo recuperarse plenamente. La enfermedad se manifestó desde mucho antes de asumir su función pública. Era conocida su particular actitud frente a determinadas mujeres con las cuales tuvo contacto, y a las que propinó golpizas que no tenían una explicación racional, más bien propias de un demente.

De todos estos detalles estaba yo anoticiado, y más de una vez llegó hasta mí con lágrimas en los ojos, buscando una protección paternal, para un dolor terrible como sólo puede producir el saber lo irremediable del fin.

Aún sin ser investigado, sus perspectivas eran sombrías. Para decirlo de una vez, estaba ante un callejón sin salida. Imagínese padecer una enfermedad específica como la sífilis, mal tratada. Se hablaba de que había autorizado a un par de amigotes a hacer tratos o negocios poco transparentes, y esto se decía en los casinos del Ejército, ante el cachafaz de Bengoa, que quería hacerse notar a toda costa.

Lo noté aterido por los golpes sucesivos de una adversidad que se inició con su hermana Evita, y que no tardó en llevarlo al borde de la desesperación o en borrarle hasta los pretextos para sobrevivir. Bajó los brazos y pareció entregarse a la Parca, casi sin resistencia. El grado de su atonía alcanzó límites insoportables. Aunque tomó un par de licencias, no alcanzaron para restaurar los entusiasmos perdidos. Ningún otro familiar disputó los cariños y preocupaciones de su hermana que, con toda evidencia, volcaba en Juancito las adhesiones más entrañables.

De modo que no tardó en decidirse. Apenas se preparó con un par de adioses que el doctor Mendé le redactó de corrido. Antes, había tropezado con la negativa del cura Benítez, quien, como sacerdote, no era el auxiliar más indicado para apresurar un suicidio. Aquella carta de despedida me permitió medir el grado de lealtad que yo le merecía. Desde luego, solía mostrarse superior al talabaje que solía rodearlo en ese fácil festín que se apuntala en las

cercanías del poder. Homero Manzi se lo manifestó con todas las letras.

Antes de colocarse conmigo había sido corredor de comercio. El muchacho no poseía una gran preparación, pero sí un gran corazón. Le gustaba mucho la farra, cosa que a mí no me importaba, con tal que cumpliera con su deber dentro del cargo que tenía.

Cuando empezaron a arreciar los ataques contra él, le llamé para advertirle:

-Juancito, lo están calumniando, están diciendo esto y aquello de usted. Hágase un viajecito, estése tranquilo, pásese cuatro o cinco meses por ahí para que la gente se olvide de usted.

Fui yo quien le dio dinero para los gastos. se fue con Cámpora y cuando regresó tenía menos plata que cuando se fue. ¿Qué se compró un castillo en Suiza? ¡Qué se iba a comprar! ¡No tenía con qué comprar! Murió Juan, ¿y dónde está la riqueza? Porque cuando un individuo muere, la riqueza, si es que la hay, tiene que salir a relucir en el testamento. Cuando él murió no hubo ni siquiera testamento porque no tenía nada salvo el sueldo, no más, y unos pesos que ahorró. Recuerdo que vino Juancito a verme: "Todas esas cosas que hablan de mí -me dijo- quiero dejarlo bien claro y bien limpio. Yo le pido que me deje retirarme de la Secretaría Privada para que se haga una investigación".

Para dejar las cosas claras, encargué a la cabeza de los murmuradores, al charlatán y general Bengoa, por decreto, para que fuera el investigador. Y no vio nada. No descubrió nada.

Juancito descubrió su enfermedad cuando ésta ya estaba en su segundo grado, le estaba atacando el cerebro y tenía dificultades motoras para caminar. Todo esto y las calumnias y la enorme impresión de la muerte de Evita, fue combinándose hasta producirle una depresión insostenible. La noche anterior cenó conmigo. Luego, en su departamento, se tomó un somnífero, se le anuló el subconsciente, y se mató.

La formación de la cultura nacional

La palabra cultura, hoy día tan relacionada a la publicidad y a la vez tan reñida con los valores morales y sociales intrínsecos del pueblo, que es de donde, sin embargo, debiera abrevar, tuvo en el justicialismo su significado verdadero. Le dimos nosotros auténtica funcionalidad, porque sencillamente nos convenía. El valor de la cultura nacional, sólo parte de aquellos sectores que son auténtica dirigencia del pueblo.

¿Qué valor puede tener para un publicista avezado que le hagamos una auténtica campaña al mate o a la zamba? La publicidad es un arma implacable y se usa como tal por los sectores de poder económico para imponer su voluntad a las grandes mayorías.

Nosotros, que devolvimos al país a sus legítimos dueños, jamás hubiésemos transado con semejantes objetivos. Por eso la canción popular y la poesía retomaron el camino masivo. Como resultado la conciencia popular fue cada vez más lúcida y penetrante.

La cultura popular es la auténtica cultura nacional: la cultura social. Incentivarla, significó poner nuestros esfuerzos en los problemas acuciantes de los sectores desposeídos: la salud, la vivienda y la educación.

En la erradicación de epidemias, en la lucha por una casa digna, en las reivindicaciones laborales apoyadas desde el gobierno, en cada acto de soberanía frente al mundo y de autodeterminación en la lucha por sus conquistas sociales, el pueblo fortalece su cultura política y en consecuencia, su cultura social.

Para organizar el complejo proceso educativo y cultural, los dos planes quinquenales brindaron los elementos necesarios para que, a medida que superábamos el caos existente, los desposeídos comenzaron a recibir la parte que les correspondía en el derecho de la riqueza cultural. La creación de escuelas en los puntos más apartados del país y la radicación de docentes especialmente preparados para tal función, fueron desparramándose como nunca por el terri-

torio nacional. Es verdad que llevábamos el mensaje del peronismo , pero a esa altura ¿el peronismo no era ya parte integrante del elemento cultural básico de la nación? Quien lo dude, que mire a su alrededor.

Los derechos de la educación y la cultura fueron incluidos en la Constitución del '49. Nada quedó librado al azar. No fue que quisimos manejar el fenómeno cultural con frialdad burocrática, pero sí impulsar el proceso con hondo entusiasmo, sabíamos que el pueblo haría el resto.

Grandes masas de dinero fueron volcadas a la educación, a la cultura y a la medicina preventiva. No existe ni existió dirigente político verdaderamente popular en ninguna parte del mundo, que no incentivara estos tres principalísimos pilares sociales. ¿Qué esperamos como dirigentes? ¿Qué solo haya inversiones privadas al respecto? Entonces sólo habrá educación, cultura y salud para la clase social que pueda pagarla bien.

Entre 1946 y 1955 no se habían producido todavía las grandes revoluciones culturales que el mundo vería desarrollarse años después. La experiencia peronista era en ese momento única en su tipo y por ese motivo también, fue vista con interés por aquellos países no alineados que constituirán con el tiempo el tercer mundo avisorado.

Hasta el advenimiento del justicialismo, la ensañanza estaba sólo al alcance de la oligarquía. El hijo de un hombre del pueblo no podía nunca llegar a la enseñanza secundaria y menos aún a la terciaria, por la simple razón de la escasez de dinero. Al establecer nosotros la absoluta gratuidad en la enseñanza, abrimos la puerta a la instrucción y la cultura a todos los hijos del pueblo, terminando con la odiosa discriminación, dando acceso por igual a todos, para que de acuerdo con sus actitudes pudiesen labrar su porvenir.

Pero sabíamos que esta medida no era suficiente si no iba ligada a una verdadera revalorización económica. El obrero debía ganar dignamente para que su hijo pudiese ir a la escuela y no ayudarlo a ganar dinero. De nada servía que las puertas de la escuela estuviesen abiertas para él, si en realidad no podía ir, por tener que cumplir con el trabajo.

Pasaba lo mismo en la España de Franco, en la cual los libros de Marx y Engels se vendían en los quioscos de diarios, total, no los compraba nadie. Para los gallegos, El Capital, era un libro que hablaba de Madrid, pero tenía mal puesto el artículo en tapa.

Desde 1945 hasta 1955, se duplicó la cantidad de gente que concurría a los establecimientos educativos. De dos millones de personas, se ascendió a cuatro millones en todo el territorio nacional. Los fondos destinados a ese derecho, de quinientos millones en el '45, se pasó a tres mil millones diez años después.

Recibimos el país con 15% de analfabetos y lo devolvimos con el 3%, sólo adultos.

Solamente en los años iniciales del primer Plan Quinquenal, se construyeron más escuelas que en toda la historia de la República Argentina.

Instauramos la obligatoriedad de la escolaridad primaria entre los seis y catorce años de edad. También se sentaron las bases para que los adultos pudiesen cumplimentar ese objetivo mediante la multiplicación de escuelas especiales. Además de las escuelas comunes se impulsó el proyecto de Evita en las escuelas-hogar, por lo cual se erradicó al niño de la calle, y se lo incentivó a aprender algún oficio para integrarlo a la sociedad trabajadora. En este sentido también se orientó a la enseñanza media, con la apertura de escuelas talleres para que los técnicos del futuro pudieran cumplir un papel eficiente en el desarrollo de las fuerzas productivas. Se tendió a la progresiva desmitificación de la antigua enseñanza enciclopedística, desarraigada de la realidad social, permitiendo que el educando descubriese su vocación en base a su auténtica capacidad creadora.

En lo que respecta a la enseñanza universitaria, ampliamos y extendimos su acción, llevando de veinte a cien mil la población estudiantil universitaria y dando lugar a que numerosos latinoamericanos se incorporasen a ella. Sólo en la Universidad de Buenos Aires, había quince mil latinoamericanos siguiendo sus cursos. En 1945 no pasaban

de mil entre todas las universidades reunidas.

Algo había pasado en la Argentina peronista y su resultado insosalayable estaba a la vista del mundo, que lo reconocían positivo, más que algunos argentinos que desvalorizaban la acción de gobierno y desautorizaban a infinidad de intelectuales que seguían el proceso con entusiasmo y con gran vocación de servicio. Ellos como nosotros, afirmábamos lo mismo: la universidad debería transformarse en un centro científico al servicio del pueblo y no una mera fábrica de títulos.

Las manifestaciones denominadas del espíritu, dejaron de ser patrimonio de un único sector social para comenzar a desarrollarse masivamente. Durante nuestro primer gobierno se creo la orquesta sinfónica nacional, que actuó en innumerables teatros y también por medios populares de difusión. Esta orquesta poseyó desde el principio una variada temática interpretativa, no limitándose a lo clásico y tradicional sino incluyendo melodías de profundo sentido popular. El teatro Colón comenzó a brindar funciones populares los domingos por la tarde, las entradas costaban cinco pesos y los gremialistas pagaban sólo tres. Las localidades se agotaban porque la gente hacía cola toda la noche.

Grandes hombres de total pertenencia popular, que hubieran abrazado cualquier otra idea política que hubiese seguido los lineamientos de la nuestra, con lo que demuestra que no eran peronistas por sacar provecho de ello sino que simplemente eran de los nuestros porque no había otra cosa, era gente como Cátulo Castillo, Arturo Jauretche, Homero Manzi, Scalabrini Ortiz. En fin, hombres que por siempre tendrán el recuerdo entrañable de su pueblo porque en todas sus acciones demostraron que de él venían y a él pertenecían.

A Cátulo lo fui a escuchar una vez a una Unidad Básica, iba a hablar sobre teatro criollo. Cuando terminó vino a saludarme y me refirió sobre la necesidad de que desde el gobierno hiciésemos algo para frenar la avalancha de películas extranjeras (sobre todo hizo referencia al avasallante mercado del cine norteamericano que con su impulso

le quitaba el sueño a más de un productor nacional, que se sentía impotente ante semejante aluvión). Dos días después lo mandé llamar y le ofrecí la presidencia de la Comisión Nacional de Cultura. Aceptó, en las reuniones que organizaba participaron los senadores y diputados interesados en el tema, junto con los representantes de los canillitas, de los periodistas y de los gráficos. De esa manera, la planificación cultural comenzó a tener ribetes orientados hacia el propio sector del país que lo tenía que recibir.

Nuestro interés siempre fue uno solo. Lograr que la palabra cultura cobrara su verdadera dimensión. La cultura debía unificarse a todos los actos de la vida. Había que crear una cultura social, artística, deportiva. La cultura no debía ser patrimonio de la gente que sabe leer. Porque eso no es cultura sino instrucción. La verdadera cultura define los patrones básicos de entendimiento de una verdadera nación. Nuestros grandes intelectuales populares como Hernández Arregui, el mencionado Jauretche y hasta Leopoldo Marechal, la definen muy bien. Nuestro país sólo será una verdadera nación cuando se aglutine como una verdadera comunidad de cultura.

Había entonces que hacer un movimiento conjunto donde la Comisión de Cultura tuviera influencia sobre la radio, sobre el fútbol, sobre el deporte en general. El justicialismo estará siempre de acuerdo con elevar la cultura en todos sus aspectos, pero está profundamente interesado en elevar la cultura social, que es la que estuvo abandonada desde siempre en la República Argentina, de manera que la cultura social pueda ponerse a la altura de las demás culturas que en el país se han desarrollado con el esfuerzo del Estado.

Cátulo fue quien organizó, con gran alaraca por parte de los "cuello duro" de la sociedad, "El conventillo de la paloma" en el teatro Colón. Tocó la orquesta de Mariano Mores y fue un gran desafío a las estupideces que se desarrollaban en esa sala desde tiempo atrás. Siempre he pensado que en estas cuestiones de arte, es necesario que el Estado también esté comprometido. Hay gran cantidad de mucha-

chos que no llegan a nada y que tal vez sean ellos los verdaderos representantes del sentir popular en sus obras que expresan por las calles. Sin embargo, no tienen ningún reducto especialmente adecuado como para que expresen con total dignidad al pueblo sus capacidades. Eso también debe ser parte del fomento a la cultura nacional, como en el viejo teatro griego donde la gente iba a ver representar su vida cotidiana.

La cuestión con la Iglesia Católica

El Movimiento Justicialista, a diferencia de otros, era y es ideológicamente cristiano, y tanto era, que por diez años consecutivos el clero argentino, desde su más alta jerarquía hasta el más humilde cura de campaña, apoyó al peronismo, tanto en sus campañas electorales como durante su gestión partidaria. Entre otras cosas, fuimos nosotros quienes reimplantamos la enseñanza religiosa en las escuelas y les asignamos a los sacerdotes la dignidad correspondiente a su gran ministerio.

El 12 de marzo de 1944, siendo secretario de Trabajo y Previsión, concurrí al santuario de Luján a ofrendar mi sable, junto con mi compromiso de obrar de acuerdo a mis convicciones hondamente católicas. A comienzos de febrero de 1946 consideré un deber de conciencia concurrir de nuevo a la basílica, donde me aguardaban, otra vez, el padre Varela y monseñor Serafini. Acababa de salir indemne de un atentado que manos criminales habían perpetrado contra el convoy ferroviario que nos conducía.

Cuando gané la primera batalla electoral y fue votada la ley que reimplantó la enseñanza religiosa en las escuelas, un sacerdote fue a Roma y habló largamente con el Pontífice, el cual se interesó vivamente en nuestro movimiento. Su Santidad escuchó conmovido el relato del padre Hernán Benítez y después de haber leído un mensaje mío, le encargó me hiciera llegar su más alta aprobación, porque yo

había interrumpido una tradición de sesenta años de laicismo y ateísmo; porque había confirmado la indisolubilidad del matrimonio, contra la cual se habían pronunciado las leyes de todos los países católicos y no católicos; porque las leyes sociales del peronismo habían conjurado el peligro de la infiltración comunista en la Argentina y porque con la afirmación de nuestros ideales de paz, había asumido una posición de tercera fuerza cristiana, necesaria en un país donde derechas e izquierdas estaban impregnadas de anticlericalismo.

El Santo Padre expresó, además, al padre Benítez, que había acogido con particular complacencia la afirmación que yo hice el 15 de diciembre de 1945, al término de mi primera campaña electoral. En aquella circunstancia aseveré que mi política social estaría inspirada en las Encíclicas papales y mantuve hasta el final esta promesa. Pero el Papa dijo algo más aún al sacerdote, le manifestó que le había conmovido mi devoción a la Milagrosa Virgen de Luján, cuya pequeña imagen llevé conmigo al exilio, y, que tengo sobre mi mesa de luz. También, consideró sabia mi decisión de iniciar las actividades del gobierno con una visita al santuario de la Madre de Dios.

Como si ello no bastase, cuando Evita viajó a Italia, fue recibida en el Vaticano en forma conmovedora y en aquella circunstancia el Pontífice se dignó concederme la Gran Cruz Plana. Enseguida de la audiencia, Eva me telefoneó. Hablamos extensamente, me contó de sus nervios y recuerdo una frase suya como si su voz me la repitiese todavía al oído a través de la infinita distancia que ahora nos separa:

-He sentido hoy la más grande emoción de mi vida. El Papa conoce perfectamente la situación de nuestro país y sigue complacido tu obra. Llamándote hijo dilecto, te envía su paternal bendición.

Quiero preguntarles a aquéllos que me califican de "diabólico", "enemigo de la Iglesia", o "moderno Atila de América del Sur", cómo concilian las afirmaciones con semejantes hechos. Responderán que yo caminé por un tiempo por el camino recto y que, al final, me desvié por uno

equivocado. Esto habría sucedido, según ellos, en el otoño de 1954, después de diez años de armonía perfecta.

Empero, ninguno se pregunta si los que tomaron el camino equivocado no fueron los de la otra parte y si existen para mí razones válidas de enojo y motivo fundado de desilusión. Aquellos que esperando un debilitamiento de mi Gobierno creyeron que era ese el momento de darme un golpe de gracia para recoger una herencia de comando que después les fue negada. Protestarán haber sido embaucados o haber sido víctimas de un escamoteo, usados, aprovechados sin piedad. Pero es que no sólo engañaron a un gran número de fieles, sino que también crearon un problema que en la Argentina no había existido nunca, como era el de la separación entre la Iglesia y el Estado.

La Iglesia tuvo en el Nuncio Apostólico, monseñor Mario Zanin, un hombre de primer orden, inteligente, sensible, dotado de un espíritu excepcional. Toda vez que yo discutí con monseñor Zanin de las cuestiones que se estaban suscitando, con el ánimo predispuesto para aclararlo todo, delante de nosotros se abría siempre un nuevo camino para llegar, felizmente, al acuerdo de una discusión tan desagradable. Pero de una y de otra parte, iban surgiendo, de improviso, nuevos conflictos, fomentados por elementos que tenían especial interés en avivar el fuego.

Por una parte, me desembaracé de los colaboradores que no se mostraban a la altura de la situación, en la esperanza de que este gesto mío sirviera para aplacar las aguas ya demasiado revueltas. Los sacerdotes complicados en la maniobra política, en cambio, no depusieron las armas; insistieron en organizar manifestaciones de jóvenes y lo hicieron aprovechando el ascendiente con que contaban entre ellos. Ese fue un período, me refiero a los días inmediatos al 16 de junio de 1955, en el que las demostraciones en la plaza de Mayo fueron llamadas "demostraciones del final de Misa", porque tenían lugar, inevitablemente, los domingos al mediodía, al término de los oficios.

Desde el momento en que aquellos prelados pretendieron hablar en nombre de la Iglesia, haciendo en cambio

de políticos, quedó evidenciado que traspasaban las cuestiones del espíritu para perseguir una finalidad de predominio temporal. El éxito se mostró efímero, inaprensible para los Goyeneches, Storni y Ayarragaray, todos ellos fatídicos y gafes de profesión.

Fueron éstas las razones de las primeras disidencias y de la lucha moral que se verificó en el ánimo del pueblo. Pero, acaso, ¿el Pastor de Roma no había elogiado calurosamente nuestra política social, como un tributo para evitar la apostasía de las masas?

Si se quiere encontrar otro motivo de polémica, podría admitirse que decidieron pasar el Rubicón porque del otro lado había fuerzas, según ellos, más sanas y más razonables. Yo contestaría de inmediato: ¿Y cuáles eran esas fuerzas? ¿Los radicales, tradicionalmente enemigos de los curas? ¿Los socialistas, los comunistas, los masones con los cuales se aliaron para abatirme? ¿Y creían poder controlar esas fuerzas?

En lo que respecta a la cuestión de la enseñanza religiosa, puedo afirmar que en los últimos tiempos tal enseñanza no era religiosa sino política, y que en la base de esta política existía una animadversión antiperonista verdaderamente desconcertante. Yo recuerdo que el propio Lonardi, tratando de justificar su alzamiento desde el balcón de la Casa Rosada, aludió al "mal gusto" que caracterizaba al justicialismo. Por lo visto eran vulgares, rudos, poco civilizados, se nos podía eliminar con impunidad asegurada.

El divorcio, en cambio, era otra cosa. Yo me limitaré a interrogar a aquellos que quieren crucificarme, si existe un país en que por eliminar el divorcio, para evitar que las leyes lo sancionasen, se organizó un alzamiento con muertos y heridos o se excomulgó a alguien. La violencia -que incluyó el horror del bombardeo a una ciudad abierta- no resolvió el problema; agravó aquellos que existían y creó otros...

El reconocimiento de los hijos adulterinos y naturales es una cuestión de justicia y caridad cristiana; es inmoral, en cambio, que un inocente sea señalado para toda la vida por culpa de sus progenitores. He sido acusado, además, de

haber promovido la ley de "profilaxis". Se trataba de cuestiones tan viejas como el mundo; ni siquiera se puede decir que en los mismos estados pontificios existían normas para regular el meretricio. Desde el principio me resistí a ceder. El clero presionaba por una parte, las autoridades sanitarias, por razones comprensibles, presionaban en el sentido opuesto. A fines de 1948 el problema estaba en el tapete. Los militares a favor de la apertura de las casas de tolerancia y el ministro de Salud Pública de la época, mi querido Carrillo, con una exposición enriquecida por datos estadísticos, propuso iniciar una legislación en tal sentido. Escuché las lamentaciones de la Iglesia y archivé, por el momento, este espinoso problema.

En ese mismo año se realizó una reunión casi plenaria de obispos y de políticos; estaban presentes los cardenales Copello y Caggiano. En nombre de los prelados habló Caggiano y sostuvo que no se debía y no se podía reabrir las casas de tolerancia. El ministro Carrillo rebatió: "Pero Eminencia, ¿usted olvida que existían hasta en los Estados Pontificios?". El clero no quiso entrar en razones. Nos preguntamos: "¿La existencia de las 'casas ocultas', ha bastado para empeorar las relaciones con la Iglesia en cualquier estado europeo o extraeuropeo? ¿Lo que fue hecho en la Argentina por esta cuestión, fue hecho alguna otra vez por parte del clero?".

De junio a setiembre: La posición política de la Iglesia

Desde noviembre de 1954 tomó estado público lo que se dio en llamar el conflicto entre la iglesia y mi gobierno. El problema estuvo mal encarado, porque no fue estrictamente así, sino más bien entre mi persona y cierto grupo del Episcopado que la había emprendido contra todo lo que era peronista, con un claro objetivo político.

Yo no tuve nada en contra de la Iglesia Católica, culto

al cual pertenezco, y la demostración palmaria que sirve como ejemplo es la doctrina que con tanto sacrificio he llevado adelante durante tantos años, por voluntad y decisión inquebrantable del pueblo argentino. La filosofía que me animó y me anima desde siempre está estrictamente basada en las enseñanzas de la doctrina social de la Iglesia. Mal puedo entonces oponerme a algo que por otro lado defiendo como camino primordial de entendimiento y diálogo entre argentinos. Si fue cierto que en sucesivas reuniones con funcionarios y dirigentes de los sectores representativos de la producción y el trabajo, no ahorré malos calificativos hacia los que escudándose en su investidura y en las estructuras de la Iglesia, buscaban mediante cobardes críticas, el derrocamiento del peronismo.

La función moral y de adoctrinamiento de la religión es profundamente significativa, yo veía que las fuerzas orgánicas de la antipatria no ahorraban recursos con tal de obtener su cometido. Utilizar el púlpito para desvirtuar la imagen de un gobierno que a fuerza de ser auténticamente popular, no podía caer con nada. Ni los militares habían servido. Lo que la violencia no había podido, tal vez lo haría la plegaria.

La ciudad se vio inundada de panfletos difamatorios que se hacían en las iglesias y en los colegios religiosos; en ellos se incitaba directamente a la rebelión, de la misma manera que los curas en los púlpitos se transformaron en oradores políticos de barricada, incitando a los fieles a la revolución y al desorden.

Como respuesta, el gobierno comenzó una persecución de los sectores vinculados al caos, produciendose la separación de funcionarios y docentes católicos, deteniendo a sacerdotes, pidiendo expresamente al periodismo que denunciase las actividades de los elementos clericales perturbadores. Estas medidas produjeron la profundización de las protestas de los militantes católicos. Yo realicé entonces un llamamiento a la iglesia para que prevaleciese la cordura. Les advertí que debían recordar que el gobierno justicialista había sido quien más había colaborado con el catolicismo, quien más atención les había prestado.

Pero la respuesta sólo era perturbación del orden. Claro, en el fondo existían otros intereses. Desde 1943, el nacionalismo católico había marcado su influencia en la educación.

El GOU, por un decreto firmado por el general Ramírez, había establecido la enseñanza de la religión católica en las escuelas como base sustancial de formación del joven argentino. Estaba como ministro de Educación y Cultura Gustavo Martínez Zuviría, también conocido con el seudónimo de Hugo Wast por su obra literaria. José I. Olmedo como presidente del Consejo Nacional de Educación, y Tomás Casares como interventor de la UBA. Los tres se encargaron de hacer cumplir al pie de la letra las directivas de Ramírez, ya que eran activos militantes católicos. Dentro de la Secretaría de Trabajo y Previsión fueron muchos los prelados que vinieron a verme, entre ellos estuvo Monseñor D'andras, quien muy pronto desde su púlpito me acusó de totalitario porque estaba en contra de las medidas de centralización de la central obrera. D'andrea era gran amigo de los socialistas; los muchachos que se llenan la boca hablando de los obreros pero que el sólo hecho de verlos en fotos les produce una sensación rara en el estómago.

Al principio, como éstos no eran muchos, y a pesar de todo, yo que nunca oculté mi fe católica, acusé a ciertos sectores de la Iglesia, como la Acción Católica Argentina, de inmiscuirse en la vida política. En setiembre del '44 y para poner distancia, la dirección de la ACA dio a conocer las directivas de la Iglesia sobre la conducta que los integrantes debían seguir en el terreno político. Recuerdo que les contesté: "Nuestros emblemas serán: Dios, la Patria y la Justicia Social".

Hasta ese momento la sangre no había llegado al río.

Durante todo 1944 se hizo patente la diferencia entre lo que podríamos llamar el alto y el bajo clero. El último carecía de voz propia pero estaba bien cerca de los problemas más acuciantes de la sociedad. Así fue que la organización obrera fue alejándose cada vez más del alto clero, a quien no sentía partícipe de los mismos intereses populares.

A comienzos de 1944 se formó la asociación que será conocida con el nombre de JOC Juventud Obrera Católica. La dirección de la misma estaba en manos del referido bajo clero. Este grupo explicaba así la situación: "Primer hecho: la clase obrera es anticapitalista. Segundo hecho: la clase obrera está persuadida de que la iglesia es aliada del capitalismo. Consecuencia: la clase obrera está contra la iglesia y tenemos un anticlericalismo de clase". Hablaban de clase obrera como concepto genérico, no de un trabajador en especial, ya que todo trabajador tiene por propia decisión, la voluntad de decidir lo que piensa. Hablaban de Iglesia como institución nacional, ni siquiera refiriéndose al Vaticano y por supuesto de ninguna manera en contra de Cristo.

Fue este grupo de gente la que cobró una fuerza inucitada con el advenimiento del justicialismo. Antes de ello, no tenían posibilidades de expandir su criterio, pero el peronismo apareció justamente para reivindicar sus banderas y darle a ese grupo de desconocidos, trascendencia nacional.

Fue entonces evidente el clima hostil que se suscitó a partir de esa situación, por la cual la iglesia quedaba relegada en lo que respecta a su función de caridad y justicia frente a un pequeño grupo sin importancia económica pero que de a poco se hacía más importante en su crecimiento numérico.

La última etapa del proceso se abrió el 11 de noviembre de 1954 cuando se tornó evidente la ruptura entre el gobierno y la Iglesia, que persistía en su triste decisión de apoyo a la oligarquía.

Ya Evita había definido el concepto de cristianismo para nosotros y ese hecho nos brindó para siempre el apoyo de los sectores cristianos humildes y de los grupos católicos que veían en la palabra de la Iglesia un mensaje falto de contenido social, producto de su decidida complicidad con los sectores de poder económico.

"Yo no invoco a Dios a cada rato", dijo Eva. "La verdad es que no lo quiero complicar a Dios en el bochinche de mis cosas. Además casi nunca lo molesto pidiéndole que me recuerde y nunca reclamo por mí. Pero lo quiero a Cristo

mucho más de lo que usted cree, yo lo quiero en los desamparados... Acaso no dijo El que estaría en los pobres, en los enfermos, en los que tuviesen hambre y en los que tuviesen sed.

"Yo no creo que Dios necesite que lo llevemos siempre en los labios. Perón me ha enseñado que más vale llevarlo siempre en el corazón. Yo soy cristiana por ser católica, practico mi religión como puedo y creo firmemente que el primer mandamiento es el amor.

"El mismo Cristo dijo que 'nadie ama más que el que da la vida por sus amigos'".

Menciono estas palabras de Evita de su libro *La razón de mi vida*, porque he aquí otro tema que me proporcionó grandes problemas con la Curia; la mención de Dios y de Perón a un mismo nivel literario según los sacerdotes. Ahora, no es verdad que por fuerza de la historia, yo me he convertido, prácticamente en un semidiós para la clase trabajadora. ¿Qué puede tener eso de malo, si yo no me lo creo? Acaso, ¿no es normal que la persona que brinda tanto bien sea casi endiosada por sus beneficiarios? ¿La Iglesia tuvo celos porque no pudo ocupar ese lugar? Entonces, si es así, ¿por qué no se lo propuso? En vez de criticar a alguien que trató de darle al pueblo lo que le correspondía por ley divina, siguiendo la enseñanza del hijo de Dios. Aquel a quien ellos no siguen y por eso la gente busca en falsos dioses, como en mi caso, la imagen corpórea del Unico. Que bajó de los cielos para demostrar que la humildad y la verdadera fe no está debajo de la sotana o porque se lleve puesta sino que se encuentra en el hombre mismo, aún si este es tan pobre que no tiene que ponerse. Aunque si es así, entonces la Iglesia argentina no creo que se entere, porque a esa gente, los pobres de "capital" no los atienden. Ya tiene demasiado trabajo con los pobres de "espíritu" pero de bolsillos llenos, suficientes para comprar todo tipo de cosas, incluyendo por supuesto la bendición eterna y una habitación especial en suite dentro de los límites que ocupa el paraíso.

En ese estado de perturbación llegaron hasta el día 9

de junio (celebración de Corpus Christi), pero la procesión la postergaron para el sábado 11, en que no estaba autorizada. A pesar de ello, como un verdadero alzamiento contra la autoridad policial, se reunieron en la Plaza de Mayo, donde los arengó el cura Tato; luego por la avenida de Mayo se dirigieron hacia el Congreso con la intención de quemarlo, por las leyes que poco tiempo antes se habían votado allí y que estaban referidas a la ley que daba derechos plenos a los hijos naturales y adulterinos, y a la que acordaba el divorcio.

La policía pudo haber dispersado a los manifestantes, pero indudablemente se hubiera producido una refriega, pues había entre ellos gente que estaba armada. Nosotros ya sabíamos que en algunos conventos y seminarios se habían ocultado distinto tipo de armamento, es más, en algunos habíamos secuestrado material de guerra.

Los manifestantes llegaron hasta el Congreso y en los mástiles de las Cámaras que estaban en el frente del edificio enarbolaron sendas banderas amarillas del Vaticano. Pretendieron forzar las puertas con palancas de hierro llevadas para tal efecto y como no lo consiguieron se dedicaron a arrancar las placas del frente del edificio y a apagar las lámparas votivas que allí ardían permanentemente.

Terminado el desorden con la destrucción de los vidrios y algunos destrozos en el exterior del palacio, se retiraron en grupos provocando desorden y rompiendo vidrieras y vehículos estacionados.

En el lugar de los hechos, según informó la policía, apareció una bandera argentina quemada en partes y según se explicó era con ella que los revoltosos habían pretendido apagar las lámparas.

Luego se quiso echar la culpa del hecho a la Policía Federal y se inventó una fábula para inculpar de ello al ministro del Interior y aun al gobierno y a los peronistas, como si fuera posible que en una manifestación clerical pudieran actuar impunemente los demás.

Esta manifestación, supimos después, había sido un acto preparatorio para la tentativa de asesinato del presidente de la Nación, que se realizaría cuatro días más tarde -

el 16 de junio, por la mañana-, mediante bombardeos aéreos a la Casa Rosada.

En la noche de esa luctuosa jornada del 16 de junio, se produjo el incendio de varios templos porteños, Santo Domingo, San Francisco, San Ignacio y otras iglesias, y la Curia Eclesiástica, frente a Plaza de Mayo. Ninguna de las comisiones investigadoras formadas después de setiembre de 1955, pudo demostrar con precisión a quién correspondió la responsabilidad de esos hechos. De todas maneras los acontecimientos produjeron la indignación de vastos sectores de la población, católicos o no, peronistas o no, y el hecho actuó muy negativamente en la imagen del gobierno que se deterioró sensiblemente. La insurrección había sido sofocada por la tarde con la toma del Ministerio de Marina y de algunas bases de la Aeronáutica. El incendio de las iglesias, que se limitó a la Capital Federal y al Gran Buenos Aires, neutralizó el efecto que la matanza de Plaza de Mayo habría tenido en la población. Sobre todo en los sectores medios, más influidos por la prédica opositora.

Dos activos miembros de la Iglesia -monseñores Tato y Novoa-, tuvieron que abandonar en aquellos días el país. El clima que se vivía era muy tenso. El conflicto entre el gobierno y la jerarquía eclesiástica había llegado a su punto crítico. Los incendios de los templos produjeron una reacción en todo el mundo. La Sagrada Congregación Consistorial declaró la excomunión de todos aquellos que hubiesen participado en los estragos.

De acuerdo con las prescripciones del código del derecho canónigo, la excomunión de los jefes de Estado debía ser declarada directamente por el Sumo Pontífice, cosa que no ocurrió en mi caso personal. Además fue público y notorio que, con posterioridad a los luctuosos sucesos intercambiamos cordiales mensajes con Pío XII.

De todas formas, el 13 de febrero de 1963 fui absuelto definitivamente por el obispo de Madrid-Alcalá y patriarca de la India, monseñor Eijo y Garay, quien en piadosa ceremonia me dio la absolución que recibí de rodillas.

Cuando la intermediación de la Iglesia no les dio

resultado, volvieron a las armas, la consigna fue matar a Perón. Muerto el perro se tendría que acabar la rabia.

El 16 de junio la canalla cobarde mató demasiado, pero como siempre pasa con los débiles, mataron a quien no correspondía. Dejaron vivo al perro y encendieron la rabia para siempre, y quizá por eso hubo un 1973 con retorno popular.

Las contradicciones surgieron del conflicto religioso. Como reconocerán más tarde los responsables de esa jornada, las sacristías y los conventos se habían transformado en lugares de encuentro. Yo ordené personalmente que la recuperación de los edificios tomados se produjera con el menor derramamiento de sangre posible. Pero igual, el saldo fue terrible. Cientos de niños, hombres y mujeres cayeron muertos a escasos metros de donde yo impartía órdenes mesuradas. La inútil y cruel matanza del 16 de junio fue sistemáticamente, impulsada desde el exterior por un movimiento de contrarrevolucionarios que estaban dando por tierra con la mayoría de las democracias latinoamericanas. Otra vez los intereses de la oligarquía coincidían con los del imperialismo.

El pueblo, y especialmente los trabajadores, al conocer la noticia del levantamiento, como otras veces, se lanzaron hacia la Plaza de Mayo junto a la Casa de Gobierno, mientras que otros, obedeciendo las indicaciones que se hicieron por radio, se concentraron en la CGT a fin de no exponerse inútilmente a los bombardeos. Sin embargo, las bombas y las ametralladoras de los aviones produjeron doscientos muertos y varios miles de heridos entre la población civil. Gran indignación causó el fuego de los aviones a reacción sobre las calles atestadas de público, que además de no ser un objetivo militar, estaban llenas de mujeres y niños que venían a presenciar ese día un desfile aéreo programado. Los aviones, antes de huir a Montevideo, una vez fracasada la intentona, descargaron sus armas y sus bombas sobre la población indefensa.

Cuando llegó la noche, yo dirigí las operaciones contra los rebeldes desde el ministerio de Ejército, frente al lugar

de los acontecimientos. Recuerdo que comenzó a llover torrencialmente y que la gente indignada y acongojada que se encontraba todavía allí, no se movía de sus lugares, presenciando los arrreglos y la evacuación de los muertos.

Yo hablé por radio en cadena a todo el país, porque en realidad temía una reacción popular violenta. Llamé a la calma, pidiendo no unir a la infamia de los atacantes nuestra propia infamia. Me enteré después que se habían quemado algunos edificios, entre ellos cuatro iglesias y dos capillas. Luego que pasó la confusión de las primeras horas, el Comando Militar de Represión tomó la medida de custodiar los edificios amenazados y dar seguridad a los sacerdotes que estaban extraordinariamente exitados y temerosos.

Como existía el Estado de Guerra interior, cuya ley en su artículo segundo autorizaba al fusilamiento inmediato de los cabecillas, muchos vinieron a pedirme que los fusilara y aún algunos de los perdonados habrán pensado que fui débil al no hacerlo. Yo creo lo contrario. En esos casos es más fácil fusilar que someterse a la justicia establecida. No me ha gustado nunca mancharme con sangre, ni aún con la de mis más enconados enemigos.

Antes bien, la política que se siguió se caracterizó por el ofrecimiento de una tregua que permitiese al país encauzarse en la convivencia. Durante algunas semanas se vivió un clima de reencuentro. Estaba dispuesto a que el peronismo cayera por sus virtudes y no por sus errores. La matanza de junio me había enseñado algo importante: nadie tenía cabal idea de cómo gobernar este país, salvo el peronismo. Si caíamos por eso, por ser peronistas, llegaría el día en que regresaríamos indefectiblemente.

Se había incubado dentro de las Fuerzas Armadas un movimiento, con la colaboración de varios civiles, que rechazaba de plano todas las propuestas peronistas.

Eran los sectores sociales del privilegio, que aún existen, los que no dejaban de trabajar en favor de un golpe. Las críticas de diverso signo a la conducción económica encerraban motivaciones mucho más profundas que culminarían en setiembre con la derrota del país justicialista. Desde ese

momento y hasta mi derrocamiento, tuve una preocupacion constante: por un lado, la exaltación histérica de la oligarquía y de su brazo armado, la Marina, que estaban decididos a terminar con Perón a como diera lugar, sin preveer consecuencias. Por el otro, la actitud de los trabajadores que decididos a defender su gobierno me habían hecho llegar en un gesto que explicaba la gravedad de la situación, el ofrecimiento de sus seis millones de afiliados para constituir una milicia armada de modo que cuando fuese necesario se la utilizara en defensa de la ley, la Constitución y las autoridades.

Dos días después, el general Lucero, titular del ministerio de Ejército, les contestó a los sindicalistas que el ofrecimiento de reservas obreras sería tenido en cuenta en el momento en que fuese necesario.

Lucero había hecho los aprestos en todo el país para saber a ciencia cierta en qué condiciones se manejaba la reacción. Después de visitar Córdoba y no encontrar ninguna anormalidad, recibimos la información de que el general Lonardi y el coronel Osorio Arana se encontraban en la Escuela de Artillería de esa ciudad. Al promediar la mañana del 16, nos enteramos de que en Córdoba se habían sublevado la Base Aérea Militar, la Escuela de Tropas Aerotransportadas y la Escuela de Artillería. En el noroeste, algunos cuarteles habían caído en manos rebeldes. El santo y seña de la revolución -"Dios es justo"- había sido utilizado en el momento indicado a pesar de que algunos insistían en postergar la sublevación, como fue el caso de Aramburu.

La Base Naval Comandante Espora ya tenía resuelto bombardear la Casa Rosada, en la mañana siguiente en caso de que se postergara la acción conjunta del día 16. Lonardi en Córdoba y Rojas en Río Santiago se constituyeron en las cabezas más visibles de la conjuración contra el gobierno peronista.

La escuadra sublevada amenazó con bombardear Buenos Aires y la destilería de La Plata. Esa noticia propalada el 19 por la noche, incidió notablemente en mis próximos pasos.

Me preocupaba la amenaza del bombardeo a la población civil en la que seguramente perderían la vida miles de inocentes que nada tenían que ver con la contienda. Me desvelaba también la destrucción de la destilería de petróleo "Eva Perón", una obra de extraordinario valor para la economía nacional. Influenciaba también mi espíritu la idea de una posible guerra civil de amplia destrucción, y recordaba el panorama de una pobre España devastada, que presencié en 1939.

Muchos me aconsejaron abrir los arsenales y entregar armas y municiones a los obreros que estaban ansiosos de empuñarlas, pero eso hubiera representando una masacre y probablemente la destrucción de medio Buenos Aires. Fijémonos sino lo que pasó en Chile con Salvador Allende y las milicias armadas.

Esas cosas uno sabe cómo comienzan pero no sabe cómo terminan.

Así lo hice saber en una nota, que los salvajes entendieron como renuncia.

"Ante la amenaza de bombardeos a los bienes inestimables de la Nación, y sus poblaciones inocentes creo que nadie puede dejar de deponer otros intereses o presiones".

A las dos de la mañana del día 20, le pedí a Renzi que me preparase un equipaje mínimo para abandonar la residencia. A las ocho, me dirigí rumbo a la embajada del Paraguay.

Caía el peronismo, y con él un mundo de sueños realizados se desplomaba para los más pobres.

Pero es verdad... "Dios es justo". Y aquí estamos para recomenzar el camino.

El memorial del exilio

(1955 - 1960)

Al pie de la cañonera

19 de setiembre de 1955, lo digo para mí, lo repito y me corrijo, era la madrugada del 20. Estaba muy cansado, y no sólo porque hacía varias noches que no dormía, a eso, mal que mal, estoy acostumbrado; estoy muy cansado de la estupidez, la hipocresía, "cría cuervos...", yo los he criado y vi los resultados: Aramburu, Rojas, Videla Balaguer han comido de mi mano; Wirth, Imaz, Miori Pereyra y tantos más, siempre del lado donde calienta el sol. Ayer conmigo, hoy contra mí, ¿mañana? con el que esté arriba... *Alea jacta est (la suerte esta echada).* No me quedaba más que irme del país. Si me quedaba, si apelaba a los trabajadores, al pueblo, hubiese sido un río de sangre. Yo vi a España después de la guerra civil, yo vi a estos crápulas bombardeando la Paza de Mayo, ¡valientes!, una plaza repleta de obreros sin armas. *Alea jacta est.*

Envié una nota delegando el mando en el Ministro del Ejército, general Franklin Lucero, y los rastacueros ya se habían apresurado a "interpretarla" como renuncia. No importa, lo urgente era parar todo esto, me resultaba insoportable la idea de que se se derramase más sangre, basta.

La ciudad estaba gris. El auto frenó en Viamonte 1851, Zambrino y Cialceta no entendían nada, no tenía ganas de hablar, me bajé, entre en la cancillería de la embajada del Paraguay. Unos minutos después de hablar con el doctor Rubén Stanley, primer secretario, se hizo presente el embajador, mi amigo Juan R. Chaves. Dos palabras y nos pusimos de acuerdo: "lo mejor es trasladarnos a su domicilio particular, seré su 'huésped'". De allí fuímos a Belgrano, a la calle Virrey

Loreto, número 2472. La ciudad estaba vacía, no había sonidos de lo cotidiano. Había tensión.

En la residencia de Chaves me encontré con el doctor Cavagna Martínez y su esposa Dolly y con el capitán de navío Enrique Noguera Isler, quien estaba a cargo de las Comisiones binacionales encargadas de estrechar la amistad argentino paraguaya. Precisamente Noguera sugirió mi traslado a la cañonera "Paraguay", consideraba que era un lugar mucho más seguro. Estuve de acuerdo: era territorio paraguayo, de difícil acceso -estaba en el río de la Plata, en una dársena del Puerto Nuevo-, se podía controlar cualquier movimiento sospechoso, y si bien estaba en reparaciones, éstas no eran de importancia, la dotación estaba completa y nada impediría su desplazamiento.

A Chaves le toma poco tiempo organizar este nuevo traslado. Nuestro grupito, al que se agregó mi compadre el general Cardoso, subió a bordo.

El capitán de la "Paraguay" me cedió su camarote, se lo agradecí y acomodé lo poco que tenía, apenas unas camisas, ropa interior, lo que cabe en una valija de mano. El mayor Renner tuvo el buen tino de traer algo de dinero, eran dos millones de pesos y setenta mil dólares. Ya se encargarán después las usinas de la infamia de multiplicar astronómicamente mis riquezas, algunas veces me dio risas, otras furia, pero también tuve mis buenos inconvenientes por esto de que me creían uno de los hombres más ricos del mundo... tan rico que tenía que hacerse un churrasco solo, en la cocinita de un departamento de dos ambientes.

Eran las cuatro de la tarde, no tenía dónde ir, me sentía sumamente solo y enfermo. Han pasado demasiadas cosas y en el vértigo se hace imposible pensar, entender. Lo único que sabía era que estaba condenado al exilio, y por algo para los griegos era un castigo peor que la muerte; pero también sabía que volvería. Lo único que quería era descansar, dormir.

Así comenzó lo que luego sería "Del poder al exilio", cuando le di forma definitiva, describí mi llegada a la cañonera de este modo:

"Buenos Aires era una laguna; el cielo, bajo y oscuro,

presionaba sobre los techos de las casas. No había en torno ningún signo de vida. (...) En la entrada al puerto, la calle aparecía interrumpida por una franja de agua.

Tratamos de pasar a mayor velocidad pero se mojó el motor y el auto se detuvo. El chofer trató de ponerlo en marcha pero no logró hacerlo andar.

Allí cerca estaba estacionado un colectivo vacío; en el volante había un muchacho adormecido. Bajé y le pedí que empujara nuestro automóvil. Me reconoció y me saludó alzando los brazos. Anduvimos un par de kilómetros por lo menos, remolcados por una correa. Este auto volvió a andar a la entrada del puerto. Tampoco allí había un alma. No se veía un metro más allá de la nariz. Solamente niebla, y en la niebla algún destello de luces del puerto.

La cañonera Paraguay estaba recostada sobre el dique "A" del Puerto Nuevo. Los marinos me esperaban formados en cubierta. Subí primero yo, seguido del embajador, de Renner y de Cialceta. El comandante me recibió con los honores militares".

Los honores no se debieron sólo a mi investidura presidencial, sino también al hecho de que desde el año anterior yo era ciudadano honorario y general del ejército paraguayo. Ambas distinciones me fueron conferidas por mi trabajo para profundizar la fraternidad entre los dos países; política ésta que cultivé con todos los países latinoamericanos, pero en especial con los paraguayos, ya que consideraba que teníamos con ellos una particular deuda: la Guerra de la Triple Alianza siempre me llenó de vergüenza e hice todo lo posible por reparar en algo el daño que les ocasionamos. La culminación simbólica fue la devolución de los trofeos de esa Guerra. Sé que con esto me granjée el odio de algunos compatriotas, pero también el amor de todo un pueblo y obré conforme a mi conciencia.

Por la tarde advertí que en el muelle se había juntado mucha gente, me saludaban, me gritaban que eran mi guardia, que me quedara tranquilo, me mandaban cartas de solidaridad. Durante la cena todos respetaron mi silencio, mi cara adusta. Podría decirse que casi no advertí a los que me

rodeaban, me sentí metido para adentro, tuve que hacer verdaderos esfuerzos para ser bien educado y contestar a las escasas preguntas que me hacían.

Se desató una tormenta, de todos modos decidí dormir acaso fuera de la patria. Me acosté pronto, pero tardé en conciliar el sueño. Llegué con el recuerdo a todas las cosas y todo estaba sin vida y sin calor. Desde afuera me llegaba el murmullo de los marineros; alguien en cubierta cantaba en sordina acompañándose con una guitarra. Era una canción melancólica de la que no llegué a escuchar bien ni una sola palabra. En el silencio, de tanto en tanto, se alzaba una voz. Gritaba "¡Perón!". Estuve tentado de salir, de responder, pero realicé un esfuerzo para no ceder a la ilusión de aquel reclamo.

Durante el mismo 20 de setiembre el embajador Chaves fue hasta el Ministerio de Ejército para informar sobre mi asilo, habló con el general José Domingo Molina, comandante en jefe del Ejército, y en ese momento única autoridad efectiva en la Capital. Sin embargo, recién el 23, cuando Lonardi asumió el Ejécutivo, Chaves pudo lograr el reconocimiento de mi status de asilado por parte del canciller doctor Mario Amadeo. La "Libertadora" accedió a continuar con la tradición diplomática, no obstante les llevó tres días ponerse de acuerdo, ya que había una facción -contraria a Lonardi- que propugnaba el desconocimiento del derecho de asilo. Durante estos tres días los paraguayos y Cavagna Martínez, que los asesoraba, sudaron sangre. De no haber reafirmado el derecho al asilo, el conflicto resultante podía haber sido ser mayúsculo.

Chaves me iba comunicando las alternativas de las gestiones, me tranquilizaba: "No hay gobierno. Es necesario esperar". En realidad se tranquilizaba a sí mismo y yo le agradecí su dedicación.

Mientras tanto, me entretenía escribiendo mucho, como siempre con estilográfica y sin corregir. Leía los diarios y escuchaba radios argentinas, cuyas noticias me dolían muchísimo; finalmente opto por pedir que sintonizaran emisoras paraguayas.

Las pavadas que se transmitían por radio eran increíbles, no había aspecto de mi persona y de mi gobierno que no hubiese sido calumniado, vilipendiado, si hubieran podido no se hubieran contentado con quemar los colchones de la Fundación Eva Perón ni haber destruido cientos de miles de cajas de remedios, les hubiera encantado hacer desaparecer las miles de obras públicas. Yo estoy en paz, encontré una colonia y les dejé una Nación soberana. Y las cuentas estaban claras; dejé una reserva financiera de 1.500 millones de dólares, sin deuda externa y con la balanza comercial a favor nuestro. Durante mi gobierno repatriamos una deuda externa de más de 3.500 millones de dólares y esto fue posible, lo dije más de una vez y lo seguiré sosteniendo, porque prescindimos de los Estados Unidos, lo que nos costó que nos bloquearan y sabotearan de la manera más descarada y cruel; nos odiaron, pero no pudieron con nosotros.

Pasaban los días y hacía lo posible para que mi presencia no alterase la rutina del barco; me levantaba a la misma hora que ellos, conversaba, trataba de no incomodar. Me retribuían con toda la calidez y simpatía propia de su pueblo, hasta me obsequiaron con un recital de canciones folklóricas.

La radio me permitía enterarme que "La Junta Militar, en virtud de la autoridad que asumiera a continuación de la renuncia presentada por el Excelentísimo señor Presidente de la Nación ha llegado a un total acuerdo con el comando de la oposición, aceptando los puntos estipulados con sus representantes". Como cualquier argentino me anoticié de que habían disuelto ambas cámaras del Congreso, que habían nombrado interventores en varias provincias, que los "presos políticos" habían sido puestos en libertad. Como no podía ser de otro modo, las provincias Presidente Perón y Eva Perón vuelven a llamarse Chaco y La Pampa. La jura de Lonardi -el día 23- fue aclamada desde la Plaza de Mayo por el gorilaje (las fotos de los diarios me hacen encoger el corazón). El contralmirante Rojas es el nuevo vicepresidente (¡ay, Rojitas!, ¿te cansaste de chupar medias?).

Por fin el 24 de setiembre, el flamante canciller Amadeo, en persona, me comunicó que el gobierno me aseguraba

"toda clase de garantías al ex presidente de la Nación, general Perón, embarcado en una nave militar perteneciente a un país amigo y en donde ha buscado asilo voluntario".

Me llegaban rumores de que podían atentar contra mi vida. Lo veo en la preocupación del capitán del "Paraguay" César Cortese, veo los refuerzos de la guardia, veo la cara siempre tensa del bueno de Chaves. Estaba tranquilo, me sentía entre amigos; además, nadie muere ni un minuto antes de lo que le corresponde.

A la noche se produjo un incidente que hasta podría haberme hecho reír en una circunstancia distinta. Desde la mañana, una compañía entera de infantería de marina estaba apostada sobre el muelle -¿para no dejarme escapar o para no dejarme volver?-, y por la noche, subió a bordo un oficial que advirtió al capitán Cortese que si llegaba a dejarme hablar a la población desde la nave, ésta sería atacada. La respuesta es aleccionadora:

"Me sorprende que ustedes no sepan que a bordo no hay radio para transmitir en ciudades. Es grave que usted no sepa cuáles son nuestros deberes. De todas maneras, usted pude atacar cuando lo crea oportuno. Incluso puede subir a bordo, pero le advierto que saldrá con la piel perforada".

Se fue entero, pero con el rabo entre las patas. De todos modos, la situación era desagradable, a pesar de las garantías, no sabían cómo sacarme del país. A punto tal que el presidente Stroessner se ofreció a venir hasta la "Paraguay" y con su presencia proteger mi viaje. Lo recordé en "Del poder al exilio".

"Como argentino me avergonzaba la 'payasería' de los marinos de mi país que, armados hasta los dientes, se habían instalado en el muelle, frente a la cañonera. En el interior de ésta reinaba la mayor tranquilidad y tanto los oficiales como la tropa miraba con curiosidad tranquila y no exenta de sorna la agitación temerosa que reinaba en el muelle ocupado por las tropas.

"La decisión a bordo era absoluta. En caso de ataque se defendería el barco con todos los medios. 'Entrarán sólo con buzos', había dicho el comandante. Se distribuyeron las

armas y municiones, con fuerte dotación de granadas de mano; se reforzaron las guardias y se esperó.

"La falta de combustible, que se negaron a proveer en los primeros días, impidió que zarpáramos antes. El 25 de setiembre salimos a la rada. Allí se paraba la cañonera Humaitá con los fuegos encendidos y lista. Para nosotros fue una alegría verla fondeada a mil metros de nosotros, fuera de las aguas juridiccionales".

La "Humaitá" había llegado del Paraguay en marcha forzada, iba a ser la encargada de transportarnos hasta Asunción, pero la sola idea de semejante viaje, a lo largo del Paraná y conmigo a bordo, hizo palidecer a la Junta. Imaginaron que yo podía bajar por el camino, en Rosario por ejemplo, y levantar a la población volviendo a la Capital. No era una hipótesis descabellada, porque Rosario era, al fin y al cabo "la capital del peronismo", pero lo que ellos no sabían era que yo jamás lo hubiera hecho. Como fuere, tenían su buen "jabón" y lo tuvieron loco yendo y viniendo al agregado militar del Paraguay, mi compadre Cardozo, proponiéndole toda clase de alternativas. Finalmente se pusieron de acuerdo: que me fuera en avión. Para que esto pasase del dicho al hecho, el general Cardozo viajó a Asunción y se entrevistó con el presidente Stroessner, éste autorizó el envío de un anfibio Catalina para llevarme.

Ya en Asunción me enteré de los pormenores. Desde el 16 de junio el general Stroessner estaba alerta, sabía que algo desagradable podía pasar. En cuanto estuve en la cañonera se comenzó a barajar la posibilidad de un traslado aéreo, se evaluaron riesgos y alternativas y todos los oficiales jóvenes de la aviación paraguaya estaban ansiosos porque se les confiara la misión. Se creó una verdadera mística en torno a la defensa de la palabra empeñada por el país en protegerme y darme asilo. Finalmente, el presidente confió la tarea a su piloto personal, el capitán Leo Nowak y fue éste con una reducida dotación quienes se llegaron hasta el río de la Plata.

3 de octubre de 1955, me acuerdo y no lo puedo creer, último día en mi Patria, ¿por cuánto tiempo? Esperaba que

fuese lo más breve posible. Breve es un concepto abstracto, indefinido, sobre todo cuando cada minuto lejos de la tierra de uno parece una eternidad, y la tierra se transforma en una obsesión, un recuerdo permanente, una necesidad de dejar de pensar y ponerse a respirar un aire propio, único.

A las 11 de la mañana, atisbamos el cielo en busca del anfibio, pero lo único que veíamos eran barcos, argentinos, por supuesto, y había unos cuantos, ¿para vigilarme, para asegurarse que me fuese? El río estaba muy picado. De pronto lo vimos, venía bajando. Miré maquinalmente el reloj, eran las 11,40.

El Catalina PBY-T 29 descendió, pero no apagó los motores. Me despedí de la tripulación, del capitán, y subí a un chinchorro. Un patrullero nos precedía. Me acompañaban el embajador paraguayo doctor Juan Ramón Chaves; el agregado militar general Demetrio Cardozo; el capitán de navío Horacio Barbita; el mayor Cialceta -asilado como yo-, fiscalizando la operación el canciller "libertador" Mario Amadeo. Cuando llegamos al costado del avión, Amadeo intentó darme la mano, por esas cosas de la miopía no lo ví... Ya durante el viaje tomé notas de estos pormenores:

"Mi equipaje, durante la estada a bordo de la cañonera, se había limitado a dos valijas, preparadas por el camarero de la Presidencia bajo la vigilancia de un funcionario del gobierno.

"Tomé ubicación en el hidroavión que bailaba, impaciente, sobre el lomo de las olas. El agua entraba en la cabina y embestía con violencia el puesto de los pilotos. Esperamos que el viento calmase algo. De repente sentí los motores bramar sobre mi cabeza (...) el avión luchaba con la corriente sin poder despegar. Parecía que estuviese pegado al agua. Seguimos flotando por dos kilómetros, después de los cuales se levantó unos metros, pero volvió a caer súbitamente y con violencia sobre el río encrespado. El piloto no se desanimó, volvió a intentar el despegue y a poco rozamos los mástiles de una nave y finalmente pudimos emprender viaje.

"Buenos Aires surgía de entre una cortina de niebla que más parecía de humo. Con los ojos comencé a recorrer la

ciudad y, sin quererlo, me encontré señalando algunos edificios que reconocí de entre tantos que como una selva cubrían el centro de la ciudad.

"Dije hasta luego a la Argentina, no adiós".

El vuelo duró cinco horas, tuve tiempo de leer los diarios, conversar con la tripulación, escribir, tratando de no demostrar mi zozobra, mi dolor.

Cuando avistamos Asunción eran las 17,40, a las 17,45 aterrizamos en el aeródromo militar de Nu Guazú, "Campo Grande" en guaraní. Un avión oficial me estaba esperando.

"Vengo a ponerme bajo la bandera de este gran país que es mi patria", declaré con convicción ante el ministro del Interior arquitecto Tomás Romero Pereyra y el jefe de la policía de la Capital, teniente coronel Mario Ortega. Nos confundimos en un abrazo.

Mi patria guaraní

Durante el corto trayecto hasta Asunción, el ministro Romero Pereyra me puso al corriente. Habían llegado periodistas como nube de mosquitos, por eso fue preferible no aterrizar directamente en la Capital, donde ya había un cierto número de exiliados; se temían atentados contra mi persona. El general Stroessner no pudo recibirme por razones diplomáticas, pero es mi amigo y quiso tratarme como tal, por ello me propuso alojarme en casa de Ricardo Gayol, un comerciante argentino. Acepté de buen talante, agradecido por las atenciones y providencias.

Apenas me instalé, fui a visitar al Presidente, a su casa, no al Palacio Gubernamental. No podía menos que agradecer personalmente las infinitas molestias que se habían tomado por mí. Ese mismo día me retribuyó la visita, hablamos de una cantidad de temas que nos incumbían a ambos, pero la situación argentina estaba presente en todo momento, analizamos con todo detalle los antecedentes del golpe, como también especialmente sobre sus posibles consecuencias. A la distancia, puedo decir que nos quedamos bien cortos, no podíamos

suponer el encarnizamiento, la rastrera necesidad de destrucción de estos canallas.

La prensa no cesaba en el asedio, hacían guardia alrededor de la casa, trataban de sobornar a la servidumbre. No podía ni quería hacer declaraciones políticas, pero acepté una conferencia de prensa en nombre de la paz de la casa, esos pobres Gayol no se merecían una batahola constante.

Camarógrafos, fotógrafos, reporteros de todas las agencias internacionales; contesté las preguntas previsibles con toda la claridad y paciencia que me caracterizan, aunque confieso que aquello de mi "cuantiosa fortuna" me hizo perder un tanto los estribos. Cuando terminó la conferencia de prensa ví la alegría de los muchachos, por fin estaban saciados, tenían su noticia, y se fueron corriendo a transmitirla. Mi Patria no es fácil de comprender ni aún para nosotros mismos, ¿qué podían y podrán saber los gringos de ella? Lo más probable es que les pareciese muy exótico, un presidente representativo de millones era echado a patadas por una camarilla de desvergonzados, y que prefería irse en vez de resistir. Y mis propios compatriotas, me preguntaba una y otra vez, ¿me entenderán?

¡Qué nerviosos estaban los libertadores! Su susceptibilidad era elocuente, la conferencia de prensa trajo cola y un nuevo problema para el Paraguay. Los pundonorosos asaltantes del poder se sintieron injuriados por mis declaraciones, y al gobierno paraguayo no le quedó más que prometerles que sería internado en una población distante. Lamenté sinceramente haberles ocasionado este inconveniente, que no tenía por qué haberse producido; y justo el día de mi cumpleaños.

Toda esa madrugada no pararon de festejarme, toda la casa estaba llena de flores, regalos de todo tipo, los músicos se turnaban para no dejar de tocar. Tenía todo el amor del mundo, pero lejos de mi Argentina.

Estuve comiendo el día entero, fumando los Chesterfield de toda una semana, sentía como si me hubiera tomado todo el café de Turquía, creo que no me "entraba" ni un festejo más. Pero todavía me quedaba una nota con un periodista

gringo, que me preguntó qué pensaba hacer para volver a Buenos Aires. "Nada, le contesté, todo lo harán mis enemigos".

No era una convicción caprichosa ni ilusoria, era la serena evaluación de la obra de estos elefantes caídos en un bazar.

Hubo una campaña atroz para desprestigiarme tanto a mí como a Eva, y el peronismo todo, era tan burda que daba asco; yo sabía que los trabajadores, el pueblo, no iba a creerles ni una palabra, por el contrario, acumularon más odio. Los gorilas se dieron tiempo hasta para producir un "documental" donde el mismísimo señor vicepresidente de mi gobierno, Alberto Tesaire, puso la cara y la voz para "denunciar" errores y excesos que presuntamente cometimos (supongo que él también se incluía). Un Tribunal de Honor se constituyó para juzgarme. Las joyas de la pobre Eva fueron exhibidas como prueba, ¿de qué sino de amor y homenaje? porque lo que es yo, jamás le regalé otra joya que el anillo de compromiso. El 17 de Octubre lo hicieron día laborable... en fin, sigue la lista ya que estos pacificadores de la Patria no se daban tregua para perseguir, ofender, destruir.

El pueblo estaba a merced del capricho del cacique uniformado de su zona, Lonardi tenía poder sólo en la Capital, el caos se había adueñado del territorio nacional, perseguiendo y encarcelando peronistas. Los asaltos a sindicatos eran cotidianos. Proliferan cortocircuitos para explicar oportunos incendios.

Para demostrar que son gente seria y organizada le encomendaron a Raúl Prebisch la elaboración de un plan económico. Primero presentó un informe sobre "el desastre peronista" y luego se descolgó con su plan. Menos mal que había cabezas pensantes y almas decentes, a los pocos días Arturo Jauretche le contestó con todas las de la ley, y con todo el rigor científico llamó las cosas por su nombre: El Plan Prebisch: Retorno al coloniaje.

El gobierno paraguayo no pudo dilatar más mi internación, la amenaza de interrupción de relaciones diplomáticas es algo demasiado serio. Me informaron que debía trasladar-

me a Villarrica, a 150 kilómetros de Asunción. Aún así alcancé a disfrutar los festejos del 18 de octubre, músicos y cantores, amigos y recuerdos, pero había que partir.

Villarrica es sede del comando de la Segunda Región Militar, es un pueblo pequeño, donde todos se conocen. Me recibieron con gran cordialidad, congenié con ellos, sobre todo con los "mitaí", los niños, particularmente dulces y respetuosos. Allí estuve sólo dos semanas, pero puedo decir que tuve a mi disposición lo mejor de Villarrica, desde la finca de don Rigoberto Caballero, donde me alojé, hasta la amistad de don Rolando Brizuela y la camaradería de la guarnición militar, sin olvidar los refrescantes tereré con los que mitigaba el dolor.

En un lugar apartado y pequeño es fácil caer en la tristeza, dejarse llevar por la nostalgia, no voy a negar que me sucedió, pero el contacto con la gente, ya fuese en la charla casual o en la conversación profunda, los paseos a pie y en motoneta por paisajes nuevos para mí, y mi propia disciplina, ayudaron a que los momentos malos fueran pocos, ocasionales y pasajeros. Por otro lado, como lo que me sobraba era tiempo, me puse a escribir en serio, los apuntes, las ideas, los recuerdos, los argumentos se fueron transformando en libro.

El 1° de noviembre, de improviso, vinieron dos coroneles a buscarme, teníamos que ir a Asunción. Dada la situación no quise preguntar la causa, simplemente me puse a sus órdenes. Yo no tenía cómo saber de las renovadas presiones de Buenos Aires, donde el Tribunal de Honor me había descalificado por "falta gravísima", prohibiéndome el uso del grado y uniforme; y se pretendía que Paraguay me echara lo más lejos posible.

Llegamos a Asunción a las dos de la mañana, tuve tiempo apenas para saludar al ministro Romero Pereyra y ya estaba en la casa del Presidente. Hablamos durante tres horas, me puso al tanto de las "apretadas" argentinas y comenzamos a evaluar los pro y los contra de los países que me ofrecían asilo.

En rigor, yo podía ir a cualquier parte porque durante

mi gobierno tuve particular interés en estrechar amistad con toda América, la Tercera Posición no era declamada, era actuada con hechos bien concretos. Es una realidad que yo era no sólo conocido sino decididamente popular en todo el continente. También podía ir a España, pero me resistía a poner tanto mar de por medio entre mi país y mi casa.

En la madrugada del 2 de noviembre me despedí de mis amigos paraguayos y de Cialceta, sólo Radeglia me acompañaría, y me dirigí al aeropuerto de Ñu Guazú.

El destino incierto de un avión

Todavía durante mi permanencia en casa de Gayol, en Asunción, recibí un telegrama del Presidente Somoza, quien me invitaba a Managua a compartir cuanto era suyo. Así pues, terminé decidiendo ir a Nicaragua.

"Si me restan dos panes para vivir el resto de mis días, uno la reservaría para su augusta persona", así nos mentía el tal Somoza, que no pensaba compartir conmigo ni una habichuela partida por la mitad".

El avión presidencial paraguayo, con el inefable Leo Nowak como piloto, se dirigía rumbo a Centroamérica, durante el vuelo sobre Brasil una comunicación de Anastasio Somoza me hizo saber que su país estaba "muy alborotado", y por lo tanto me desaconsejó el viaje, ¡pero ya estábamos en vuelo! ¿Qué hacer? Tiempo después, descendimos en el sector militar de "El Galeao", en Río de Janeiro, con el pretexto de un desperfecto mecánico. Dormimos en el mismo avión, por seguridad y también para evitar a la prensa. Aunque hubiera querido, no hubiese podido decirles a dónde me dirigía, yo mismo no lo sabía: a Nicaragua no, a Cuba o México tampoco porque se apresuraron a "cancelarnos las invitaciones". Veinticuatro horas antes tenía para elegir, ahora estaba dentro de un avión y ésa era mi única certeza. Mudanzas del destino humano, diría el saber popular.

Con calma o sin ella, la situación era desagradable, eso de estar sobrando en todas partes, eso de poner en compro-

miso a gente que me quería bien pero no le sobraba el coraje. La soledad fue mi compañero durante años, pero la soledad en un terrón propio es una cosa, pero en un armazón de lata suspendido en el aire es una bien diferente. Me sentía completamente solo, si bien no abatido o desesperado; me sentía confiado, alguna solución íbamos a encontrar, pero ese preciso momento donde en mi mente cobró forma la imagen de un avión dando vueltas sobre la tierra por toda la eternidad, sinceramente no se la deseo a nadie.

De Río a San Salvador de Bahía, no puedo decir que disfruté del vuelo, el DC-4 obedecía a Nowak sin chistar, pero yo sentía los corcovos de mi propio corazón. En Bahía no pudimos rehuir a la prensa, mientras el avión era reabastecido y revisado, tuve que volver a contestar las preguntas eternas: ¿por qué me fui sin resistir y cuán grande era mi fortuna?; ya me tenían harto, así fue que se encontraron con la respuesta justa: "Si tuviera la fabulosa fortuna que me atribuyen hubiera podido comprar a todos los traidores". De todos modos, no me creyeron, y el mito de mi riqueza me siguió como una maldición a lo largo de los años.

No entiendo por qué resulta tan difícil creer que quien ha estado en función de gobierno no haya aprovechado para robar, quizá tenga que ver con un sentimiento poco patriótico que tenemos los americanos, al fin y al cabo, si lo público es de todos -mío también- no tengo motivo para robarlo, ya es mío, me robaría a mí mismo; pero no, tenemos un arraigado sentimiento de que lo público es de nadie, por lo tanto no vale la pena cuidarlo, trabajar por la cosa pública, lo mejor es apropiársela, pasarla a manos privadas, las propias, por supuesto. Así nos ha ido, así nos va,.

En todos estos años no sé cuántas veces tuve que hacer el inventario de mis bienes, afortunadamente son pocos y poco ha sido el tedio al escuchármelo decir, siempre fui pobre y entiéndase bien, nunca me interesó ser rico. He tenido ocasiones, legales y no tanto, de enriquecerme, pude haber participado en negocios, empresas, pude ser asesor o consejero, pero no me tentaron. Hay que pagar muy caro para ser rico.

Mis sueldos del primer período los doné a la Fundación Eva Perón, los del segundo los devolví al Estado; puede decirse que trabajé por casa y comida, porque ni siquiera tuve los mil o dos mil pares de zapatos que me atribuyeron los gorilas, ¿para qué los iba a querer, para mirar?

Mis únicos bienes inmuebles han sido y son: una casa en Buenos Aires, de Eva y anterior a mi presidencia; y una quinta en San Vicente, cualquiera puede comprobar que no es lo más paquete ya que la compré con mis sueldos de coronel, que ya se sabe que son mayores que los de un obrero pero bastante más bajos que los de un gerente.

¿Qué más? Los derechos del libro de Evita, "La razón de mi vida", y un legado personal a Eva Perón del testamento de don Alberto Dodero.

También poseo numerosos obsequios de amigos y del pueblo, aunque la mayoría los he ido destinando a premios y trofeos de competencias deportivas. Estas son las riquezas vistas por los demás, porque para mí la mayor riqueza es el amor de mi pueblo, y de ésta nadie me podrá desposeer. Me dolió no poder usar mi uniforme y grado, porque siempre los respeté y honré con mi conducta, me dolieron las infamias sin fin que se dijeron de mí, me dolió la injusticia con que se evaluó mi acción de gobierno; pero todo eso es nada comparado con el dolor que me produciría el abandono de mi pueblo, aunque en este aspecto estoy más que tranquilo, el pueblo conoce mis obras y por ellas me juzga.

A las siete de la mañana del día 3 de octubre levantamos vuelo desde el aeropuerto de Salvador, todavía descenderemos en Amapá y Paramaribo, ¿y luego? Ya veremos, por de pronto la nariz del Douglas apuntó hacia la República Dominicana. Nos entretuvimos en el viajecito con charlas, por supuesto, sobre aviadores, aviones y aviación.

Con la isla de Trinidad a la vista,. Nowak viró hacia Caracas, nos tiramos un lance con los venezolanos. También tuvimos que tener en cuenta el factor seguridad, ya que hay demasiado mar allá abajo y cualquier avión, sobre todo éste, puede tener un "accidente" y desaparecer sin rastro. ¡Qué historias tejerían después!

A las cuatro de la tarde del día 5 de noviembre cuando sobrevolábamos la ciudad de Caracas, aterrizamos en el aeropuerto de Maiquetía y allí mismo me dio la bienvenida el jefe de la Seguridad Nacional, Pedro Estrada. Nos sentamos a hablar en el grill del hotel Tamanaco, aunque antes tuve tiempo de saludar a un lindo grupo de argentinos, también exiliados los pobres, y esquivar a una cincuentena de muchachos de la prensa, frenética por saber dónde iba a radicarme. ¡Si yo lo hubiese sabido! Creo que nunca sospecharon el motivo de mi sonrisa...

Hablé con Estrada y también con el ministro del Interior Vallenilla. Me ofrecieron quedarme todo el tiempo necesario para el arreglo del aducido desperfecto mecánico del avión, sopesé la situación y me di cuenta de que había que seguir viaje. Muy corteses, se preocupaban por mi salud y el calor, al que no estoy acostumbrado, pero nada más. De todos modos, era huésped oficial o invitado personal del presidente, me alojé en el hotel Tamanaco y al día siguiente fui invitado al palacio de Miraflores.

Marcos Pérez Jiménez me recibió con sus colaboradores, efusivo y hospitalario, aproveché la oportunidad para abogar por mis compatriotas desterrados, pedí para ellos trabajo y seguridad personal, ya que nos alcanza con huir de la Argentina para tener la vida asegurada. El presidente se comprometió con todo lo que estuviese al alcance de su gobierno en favor de los hermanos argentinos.

Entretanto, donde voy me seguía la nube de mosquitos con cámaras fotográficas, libretas de apuntes y voces destempladas ¡Qué más querían? Ya había hablado con ellos, me vieron sonriente, elegante, fresco, me fotografiaron jovial y amable, me oyeron decir que no pensaba dedicarme a la agitación política, que quería dedicarme a escribir, les recordé mis años de periodismo. Claro, lo que no les había detallado era dónde iba a desarrollar mis inocuas actividades y por eso no me daban tregua. Lo lamenté por ellos, pero mi destino era secreto de Estado, mejor dicho de estado personal, con minúscula.

Partimos hacia Panamá, teórica escala hacia Managua.

A orillitas del canal

He visto unos cuantos mares, los he saboreado con todos los sentidos, puedo distinguir sus sonidos tan distintos, no podía confundir sus colores ni sus cielos. Cada uno de los mares también tiene la cualidad de inspirar estados de ánimo disímiles. El mar Caribe, indudablemente, inspira alegría, quizá por allí se pueda explicar el buen ánimo de los caribeños.

Lo que es a mí, el Caribe nunca me defraudó, amé intensamente ese mar de aguas increíbles, turquesa transparente, suavidad de terciopelo, gran dador de alegría, gran curador de heridas del alma, lo disfruté cuanto pude.

Tocumen, aeropuerto de Panamá, domingo 6 de noviembre. Los periodistas eran tantos que apenas llegaba a ver a alguno de los amigos que se habían venido a recibirme. Alcancé a contestar lo de siempre, a explicar que preferí irme antes que armar una guerra civil y ante la insistencia si iba a radicarme en Nicaragua, repregunté: "Yo estoy radicado en la Argentina, ¿cómo voy a radicarme en otra parte?". Después de un rato me dejaron en paz, a medias, por supuesto, estaban al acecho de registrar a quién saludaba, quién se me acercaba, dónde iba y con quién.

Por fin pude abrazarme a amigos panameños y argentinos, allí estaban el mayor Alfredo Alemán, ministro de Hacienda; el profesor Rubén Darío Carlés de quien tengo grato recuerdo ya que fue embajador en nuestro país; el doctor Sergio González Ruiz, también ex embajador; y como no podía esperar menos, mi querido Carlos Pascali. Pascali fue nuestro embajador allí hasta setiembre de 1955, pero siguió viviendo en Panamá.

Logramos salir del aeropuerto en el auto particular de Pascali, charlábamos de generalidades mientras íbamos rumbo al hotel El Panamá. Aproveché el viaje para ir familiarizándome con el paisaje, me gustaba aunque fuera y es una ciudad tan distinta de Buenos Aires. El clima pide más árboles, más espacio, la gente es más lenta y risueña. Ningún punto de contacto con el gris de la ciudad que fue mía, aquí el tango es

impensable, todo respira rumba y ron.

Era huésped oficial del hotel El Panamá, es francamente fastuoso, me incomodaba tanto boato, pero al menos sabía que podía descansar, demasiado exceso de tensiones, incertidumbres y kilómetros. La habitación era fresca, la cama amplia, silencio, nada más hacía falta para dormir. Y dormí.

Por la tarde tuve que dar una nueva conferencia de prensa, la soporté no sé cómo. Alcancé a pedirle al director del Sindicato de Periodistas, Moisés Torrijos Herrera, que me ubicara a mi compadre Fernández Domenech; tenía muchos deseos de verlo, como también a mi ahijada Eva Argentina.Cuando comenzó la conferencia tuve por lo menos un gran placer: abrazar a mi compadre, intercambiar unas frases y hacerle upa a mi ahijada.

Pronto me di cuenta hasta qué punto era popular en ese país. La gente me seguía por la calle, me esperaba a la salida de los negocios, me pedían autógrafos. Este asedio no me molestaba, todo lo contrario, el cariño del pueblo es lo que endulza mi vida hasta hoy y me hace recordar permanentemente mi compromiso con mi pueblo.

Recuerdo la gran labor de promoción que había realizado nuestra embajada: había fotos mías en los microómnibus, una cantidad de equipos de fútbol llevaban por nombre "Eva Capitana" o "Presidente Perón", éramos realmente conocidos y queridos.

Esto me dio una gran alegría, eran pequeños pasos hacia la integración continental, viejo sueño que acaso alguna vez logre ver realizado. Sé que es un proceso largo, pero perfectamente realizable, y ojalá nos demos cuenta y trabajemos en esa dirección todos juntos, porque si no "nos devoran los de ajuera". Que ya se encargan muy bien de dividirnos adentro y "ajuera".

Fui a visitar al entonces presidente de Panamá, Ricardo Arias. Hablamos amigablemente y salí con la convicción de que podía quedarme; pero también sé que los "amigos" de la Zona del Canal de Panamá están a unos pasos y bien podían comenzar a sugerir una nueva mudanza para mí. ¿Cómo respondería el presidente? Conozco la respuesta. Había que

ir pensando en otro destino posible, pero mientras tanto había que aprovechar la tregua para trabajar.

Me sugirieron que me trasladase a Colón, a orillita misma del Canal. Mis amigos panameños querían resarcirme de la tristeza, y muy humanamente me sometieron a la cura por comida. En dos días perdí la cuenta de los almuerzos y recepciones; el asunto es que me sentí homenajeado, empachado de vituallas y afecto, y lo agradezco. Entre banquete y recepción, y siempre en la compañía de los dueños de casa, rendí homenaje a la memoria del primer presidente, doctor Manuel Amador Guerrero, y a la del recientemente asesinado José Antonio Remón, a quien había conocido en Buenos Aires.

Nuestro grupito, al que se agregó Pascali, se instaló en Colón, más precisamente en el hotel Washington, que si bien es norteamericano está en territorio panameño. El lugar me fue sugerido por las autoridades, yo no tenía una opinión muy decidida sobre el asunto, por un lado me irritó estar en un hotel de los yanquis, pero por otro me divertía que precisamente ellos me tuviesen que aguantar. De todos modos, no era un huésped molesto ni exigente.

Allí me despedí de Leo Nowak y de toda la tripulación paraguaya que con infinita paciencia y mejor buena voluntad me acompañó y trasladó por muchos lugares. Me emociono hoy recordando a esa muchachada valerosa, cómo me encantaría volver a verlos y retribuirles en algo todo lo que me brindaron desinteresadamente. Me acuerdo que me quedé mirando la alta estampa de Nowak, su fornida espalda que se iba alejando y una sensación de tristeza me invadió todo el cuerpo, un nexo más con mi Buenos Aires se desvanecía. En su momento, me enteraría que el capitán Nowak había muerto en un accidente aéreo en 1957, yo lo sigo llevando vivo en mi memoria.

Se terminó el desorden, volví a mis viejos horarios, a mis conocidos hábitos, poca comida y mucho trabajo. A las 5,30 arriba, a las 23 al sobre, entremedio una siesta de una horita. Me dedicaba a la redacción final de *La fuerza es el derecho de las bestias*, a atender una correspondencia en aumento

y, sobre todo, a organizar lo que luego se llamará orgánicamente la Resistencia.

Debo aclarar que casi sobre el pucho de la Libertadora comenzó a gestarse la resistencia popular, de modo anárquico, como una simple reacción del pueblo ante la opresión. En cada provincia, en cada barrio, podría decirse que en cada casa crecía la oposición y comenzaron a devolverse los golpes. También los dirigentes, aun desde las cárceles, iban actuando, aglutinándose. Pero también es cierto que todos estaban esperando la conducción orgánica, una estrategia elaborada; y ese papel me correspondía a mí.

Establecí enlace con el doctor John William Cooke -el diputado más joven del Congreso- quien desde la cárcel me comunicó que había logrado constituir el Comando Peronista de la Capital para enfrentar la lucha a que nos había llevado la canalla dictatorial. A él le hice llegar mis directivas y en él delegué en aquella coyuntura mi representación total en el país. Aclaro que Cooke fue el único dirigente que se comunicó conmigo directamente desde dentro del país, y el único que tomó una clara posición de intransigencia, como creo yo que correspondía al momento. Habrá otros que se auto titulen resistentes de la primera hora, se jactarán de su correspondencia conmigo, de haber recibido órdenes y directivas; pero entiéndase bien, eso vino después, el primero y a días del golpe, fue Cooke.

Desde luego que me escribí con un número creciente de personas, había todo por organizar y había muchos a quienes había que moverlos de la inacción. Yo aposté al desgaste de la dictadura, alcanzaba con no ceder, una auténtica resistencia pasiva, la podredumbre tenía que terminar de descomponerse por sí sola.

A los pocos días, los hechos parecían darme la razón: Lonardi era destronado por Aramburu, Rojitas se mantenía de vice; reflejos rápidos los de este Rojas. El pobre Lonardi no era más que un pelele, así le fue. Los buitres no se aguantan entre ellos el olor, lo dicho: la podredumbre se iba descomponiendo.

Sin embargo, este golpe palaciego me preocupaba.

Aramburu era un incompetente como Lonardi, o peor; era un militar y no de los buenos. Era lo que pensaba y así se lo hice saber a la prensa. Lo que me importaba era que representa al gorilismo más acendrado y esto significó más "mano dura", más represión y persecución a los peronistas. Aquello de "ni vencedores, ni vencidos" -que no ha sido verdad- con él corrió menos todavía.

Por entonces escribí muchas cartas y también las recibí, aunque no todas eran de amigos, las que me insultaban o amenazaban de muerte las rompía y las tiraba al canasto, pero el volumen y tenor de esta amable correspondencia preocupó a mis amigos al punto de procurarme custodia oficial. Creo que la presencia de un grupo de argentinos un tanto extraño que estuvo dando vueltas por Panamá y Colón fue lo que decidió a las autoridades a procurarme una protección más ostentosa. No me molestó porque eran buenos muchachos, si hasta les enseñé a tomar mate.

Llegó el buenazo de Isaac Gilaberte, me alegró sobremanera, fue un magnífico colaborador "para todo servicio". La llegada de Isaac me permitió darle permiso a Radeglia para viajar a Chile, se moría por irse y así desde la frontera coordinar la resistencia. Fue de gran utilidad.

En los pocos ratos que no trabajaba, me hice mala sangre por lo que pasaba en la Argentina. Traté de disfrutar de las actividades al aire libre, sobre todo del balneario de María Chiquita, un auténtico paraíso lleno de intenso color. También hice footing, lo practico desde tiempos inmemoriales y sigo sosteniendo que es lo mejor que hay para mantenerse en forma; y caminar por esos paisajes era un premio extra.

Por el hotel pasaron muchos gringos, dicho sea de paso el hotel era feo y viejo, pero muy cómodo; y yo era una especie de atracción turística más. Miraban el paisaje, gozaban la calma y se iban con un autógrafo de un presidente derrocado. Me divertían las miradas, los susurros, no me negué nunca a firmar. También abundaban los argentinos, por lo general llenos de afecto y buena voluntad más que de real potencial revolucionario, de todos modos, más de uno se llevó cartas para compañeros en el país.

Me hice de unos cuantos amigos, entre ellos el alcalde de la ciudad, Dominador Bazán, Aarón Abogame y el "cabo" Parra, un cubano radicado por allí desde hace años. Precisamente Parra era propietario de un lugar de descanso en la playa María Chiquita y allí me escapaba cuando me daba el tiempo, podía quedarme horas mirando el mar, me relajaba y me ordenaba los pensamientos.

Me di cuenta de que estaba solo en la tarea de organizar la resistencia, no tenía quién me ayudase o preparase el trabajo, al punto que iba personalmente al correo. Trabajé tanto o más que durante la presidencia, pero la acción lejos de debilitarme me vigorizó, me hizo sentir muy bien, y el único cuidado que no debía abandonar era el footing, la siesta y no permitir que me cebasen como un pavo. A cada rato me insistían con que comiese esto o probase aquello: pescado más que carne, verdura y fruta frescas, nada de fritangas ni picantes, ni una gota de alcohol.

Me preocupaba sobremanera lo que ocurría en el país, y también me preocupaba la imposibilidad de respuestas eficaces y rápidas. Estaba lejos, las noticias me llegaban con retraso, fragmentadas, a veces manipuladas o directamente contradictorias. Todos esos factores atentaron contra la eficacia de acción de la resistencia. La dictadura tenía todos los medios y los objetivos claros, cumplieron su plan paso a paso, a nosotros nos quedaba prever -en la medida de lo posible- y raccionar. No era la posición más ventajosa. Por otro lado, el movimiento estaba muy fragmentado, todavía no había comunicación entre ellos, todo pasaba irremediablemente por mí. Era como una guerra en medio de la oscuridad. Me impuse paciencia, tener confianza en la recuperación de los dirigentes -que ya se estaba viendo- y redoblé mi trabajo. A veces me daba gracia imaginar que las únicas cartas que despachaba el correo de Colón eran las mías, es una exageración, pero bastante cercana a la realidad.

Las noticias que me llegaban eran previsibles, pero no por ello me dolían menos. Estos canallas estaban empeñados en borrar todo vestigio de nuestro gobierno, ¡qué absurdo! No podrán negar la historia y mucho menos echar de la

memoria del pueblo los años felices que tuvieron.

Llegaron a extremos impensables: robar el cádaver de Eva, hacerlo desaparecer, fue una atrocidad digna de bestias. Me gustaría saber qué pasó por la cabeza del que lo pensó, del que lo ordenó, de los que lo ejecutaron. El odio no tiene límites y está visto que lleva a la locura, a las perversiones más depravadas.

A Eva no pueden dejarla en paz ni muerta, cómo le van a perdonar a una mujer la osadía de no cumplir el destino que esa ralea le reserva a los pobres: sirvienta o prostituta. Eva los humilló con su conducta, porque nunca renegó de su origen, no quiso convertirse en una de su clase -eso a lo mejor se lo hubieran admitido-. No le perdonarán nunca haberlos despreciado. Ellos no la desprecian, le tienen miedo. Siguen teniéndole miedo aún muerta, su odio no es más que eso, un miedo temeroso. Eva querida, vos seguís siendo la más fuerte y algún día ellos también pagarán por esto.

La persecución se llevó a cabo en todos los campos, el real y el simbólico, encarcelando gente por cantar la marcha o escribir en la pared "Perón Vuelve", hubo delación y cualquier sospechoso de haber aplaudido alguna medida peronista perdía su trabajo. Retiraban las estatuas alegóricas de la fachada de la Fundación Eva Perón, quemaron fotos, se apoderaron de la CGT. Avanzaron como un ejército de marabuntas, dejando el país en ruinas y a merced del imperialismo. Dieron por tierra con la Tercera Posición, alineándose con los más fuertes, que por algo lo son. Son los más fuertes por el servilismo absurdo de una manga de débiles mentales. Nosotros demostramos durante una década que se podía estar al margen y no dejarse chupar la sangre, y los resultados estaban bien a la vista: prosperidad, desarrollo, justicia social. Pero la historia no retrocede, aunque la fuerza se empeñe en ello, sólo podrá retardar lo inevitable, y es el triunfo de la causa popular.

La acción de Radeglia desde Chile fue muy eficaz, armó una buena red de comunicación y así los mensajes míos se multiplicaban en efectos, así fuimos teniendo coherencia. Los amigos de la prensa chilena también colaboraron, publi-

cando cosas sobre mi vida y nuestro movimiento. Y así, por todos esos caminos enrevesados fueron llegando mis mensajes a los dirigentes, al pueblo que se sentía vigorizado porque no los abandonamos.

"La disolución del Partido Peronista por decreto de la dictadura no debe dar lugar a la dispersión de nuestras fuerzas. Es necesario seguir con nuestras organizaciones. Tanto las mujeres como los hombres peronistas deben seguir reuniéndose para mantener el Partido. Cada casa de un peronista será en adelante una Unidad Básica del Partido. La CGT y sus sindicatos atropellados por la dictadura deben proceder en forma similar. Yo sigo siendo jefe de las fuerzas peronistas y nadie debe invocar mi representación. Si hay elecciones sin el peronismo, todo buen peronista debe abstenerse de votar. Esta es mi orden desde el exilio. ¡Viva el peronismo! ¡Viva la CGT!". La prensa lo publicó, para mí fue como echar las redes al mar. Sabía que llegaría al corazón de los descamisados.

Regalo de Navidad

Se acercaba la Navidad, con todo lo que las fiestas tradicionales significan. Estábamos lejos de la sidra y el pan dulce peronistas, pero estos buenos panameños hacían toda clase de esfuerzos para que lo pasásemos bien. Menudeaban las invitaciones. Me distraían del trabajo, pero también me distraían de la melancolía.

El 23 fuimos a Panamá a un local nocturno a presenciar un espectáculo de baile folklórico argentino, no quise perdérmelo. Fue un gusto volver a escuchar los ritmos de nuestra música, un deleite ver a los bailarines interpretar con gracia y donaire nuestras danzas nativas. Lo disfruté muchísimo y no quise dejar de saludar a los artistas compatriotas y lo que comenzó como charla se convirtió en conversación y no teníamos ganas de dejarnos, así es que terminé por invitarlos a todos al recreo de Parra, en María Chiquita. Mantuvimos una cena de Nochebuena al mediodía, simplemente porque los artistas a la noche tenían que estar actuando en Panamá.

Era un grupo de gente joven, inquieta, que estaba en gira por nuestra América y en sus planes estaba llegar hasta los mismos Estados Unidos. No es mala idea invadir a los gringos por la cultura, podría pensarse algo. Me causa mucha gracia imaginar a los gringos tomando mate a toda hora y churrasqueando mientras tararean zambas y chacareras.

La cena de mediodía fue un éxito. La compañía de los jóvenes me resultó muy estimulante, no estaban contaminados. Estos eran niños en el 45, crecieron durante mi gobierno y es hermoso comprobar qué fue todo eso para ellos, cuánto influyó en su modo de ser, en sus ideas.

Hubo música nativa, tangos, escuchamos juntos, cantamos juntos y hablamos un montón, tanto que la tarde resultó corta. Les prometí visitarlos en Panamá antes de que se fuesen. Y como lo prometido es deuda, nos volvimos a encontrar, esta vez en el hotel donde se alojaban. Tenían una curiosidad insaciable, eran pura pregunta: ¿qué pasó en tal momento?, ¿cómo fue aquello otro?, ¿y ese personaje era tan así?, ¿qué va a pasar de acá en más? Contesté con todo placer, estaba transmitiendo historia.

Como ya les contaré, en el grupo me llamó la atención una muchacha, pequeñita y de apariencia frágil: María Estela. Su sobrenombre o como la llamaban era Isabel, demasiado rimbombante para su estampa de biscuit de porcelana que reclama un diminutivo. Isabelita le quedaría mejor.

Me llamó la atención no tanto por lo evidente como por lo que de ella se adivina: un mentón agudo que denota firmeza y unos ojos mansos y dulces pero curiosos, una persona capaz de escuchar y aprender. Durante las jornadas que estuve con el grupo hablé poco, pero no dejé de percibir en ningún momento su atención, su concentración al escuchar era intensa. También la observé en la relación con sus compañeros, igualmente atenta a lo que necesitaran; antes de que le pidieran una fuente, ya la estaba alcanzando. Es una personita servicial y silenciosa que sabe sonreir para adentro, tiene aplomo y su fragilidad es sólo aparente, estoy seguro que ni se dobla ni se rompe -por usar la imagen de los radicales-, no es un ratoncito asustado ni un gato taimado, es una hermosa

mujer.

El ballet siguió su gira artística, pero Isabelita se quedó conmigo para siempre. Ya les contaré.

Alguna vez me pregunté qué me gusta de una mujer. Por naturaleza soy reacio a hablar de intimidades, pero no me incomoda definir aspectos de mi personalidad. No tengo preferencia por un tipo determinado de mujer, no puedo decir las prefiero altas o me gustan sólo las enérgicas, más bien puedo resumir diciendo que me gusta la mujer útil, esto puede prestarse a malentendidos, como si yo hubiera hecho uso de la mujer como de una herramienta. Debo aclarar que tengo propensión a la pedagogía, desde que tengo memoria siempre traté de educar, dirigir, formar a las personas que se me acercan, y esto incluye a las mujeres. Me resulta importante transmitir cuanto he aprendido, pero sin avasallar al otro, sin que deje de ser él y pase a ser mi copia, nada de eso. Trato de llevar a la superficie lo mejor que el otro tiene, que lo advierta y desarrolle.

Y así Eva, por ejemplo, pudo ser realmente ella a mi lado; le enseñé mucho y lo aprendió todo, y libremente fue fiel a su modo de ser, pero contaba con mi impulso y con mi apoyo. Por lo general los hombres se apoderan de la mujer y la inhiben, frenan, en una palabra la anulan como persona. Yo procedo justo al revés, siempre he tratado de estimularlas. A mí no me vuelven loco las mujeres bonitas, me apasiona lo que tienen dentro de la cabeza. Soy un firme convencido de que no hay que casarse con la mujer que gusta físicamente, sino con quien tenga todas las demás condiciones.

La belleza física es para un tiempo breve, después viene la belleza espiritual, y se prolonga, y la intelectual se prolonga todavía más. El hombre si no advierte esto, tiene mujer para poco rato. Y yo tiendo a lo perdurable.

Siempre necesité una mujer

Yo nunca pensé que un hombre que busque a una mujer cometa un delito. Solamente a un gobierno de maricones

puede parecerle un defecto que al hombre le gusten las mujeres, sin que ello autorice a mostrarse uno como irresistible conquistador de corazones. A mí me gustan las mujeres y estoy contento de que me sigan gustando. No he incurrido nunca en hipocresías al respecto, y jamás pude vivir sin una mujer. Yo siempre necesité a una mujer. Todas esas historias que armaron de chicas que yo protegía son pura hipocresía. Yo no creo -y a mí nadie me va a convencer de eso- que sea inmoral que a un hombre le gusten las mujeres. ¡Lo inmoral sería que le gustaran los hombres!

En el comienzo de mi vida marital con Evita, los conmilitones de la guarnición de Campo de Mayo, encomendaron al general Virgilio Zucal que me apretara en nombre del Ejército, pues la institución rechazaba a mi pareja, advirtiendo las graves consecuencias de la desobediencia. ¡Había que haber visto la cara del pobre Zucal, cuando le repliqué: "No me querés persuadir de que elija, en vez de una se;ora actriz, a un señor actor!"

Hace unos años, entregué a la periodista y actriz Niní Montián, viuda de un militar argentino, unas sesenta grabaciones que incluían connotaciones íntimas, que referían aspectos privados de mi vida. Estos temas se los confié como un avance de otras confesiones de esa misma índole que redondearían mi auténtica autobiografía final. Así salió a relucir una doble aventura; la que protagonizaron a su turno Nelly Rivas y la norteamericana Eleonor Fridmann, ambas manejadas con más visos de escándalo que de realidad. Pero también hablamos de mis tres matrimonios: con "Potota", con Evita, quien indefectiblemente seguía siendo el núcleo real de mi vida, y con Chabela. Pero a Niní le interesaba más preguntar por las aventuras.

Entonces le referí que, en el caso de Eleonor Fridmann, se trató de una norteamericana oriunda de Chicago, de largos cabellos castaños y atrayentes pupilas doradas, la romántica chica tenía unas ganas bárbaras de quedarse a vivir conmigo. Se ofrecía como intérprete, secretaria, y tenía buenos antecedentes. Había sido secretaria de un gerente de carnes de su ciudad natal. Estaba de licencia de su puesto en una cadena

de restaurantes y había llegado a Colón a pasear sin planes ni especulaciones baratas.

Yo la conocí por intermedio del ex embajador, ingeniero Pascali, pero en realidad, todos cuanto la conocieron le andaban allí revoloteando como para darse el gusto de estar cerca de tan linda señorita.

Lo mío fue una cálida amistad. Yo quería perfeccionar mi pobre inglés, y la "gringuita" practicaba de paso el español. Por sobre todas las cosas siempre fue muy prudente y su discreción era admirable. Muchas veces nos sorprendieron juntos en público, pero eso no fue jamás motivo de absurdas habladurías. Lo único que podían decir los periodistas era que compartíamos amables sonrisas alrededor de una mesa de algún restaurante, o entre la arena de la playa en donde nos encontrábamos. Sin embargo, la repercusión que mi persona despertaba entre la prensa era suficiente para que inventaran películas de amor. ¡Es de imaginar lo que comentaron cuando advirtieron que suspendía su regreso a Chicago sucesivamente! No voy a negar que no estuve entusiasmado ante la evidencia, pero también fui perfectamente conciente de la relación tan singular. Yo no podía enamorarme como un chiquilín por varias razones, y ella igualmente por consideraciones evidentes. La nuestra fue una historia de amor que podríamos llamar "excesivamente platónica".

Un día la "gringuita" se fue y tardó mucho en volver. Ya no era la misma en ese entonces. Yo sentí, a pesar de todo, una especie de distancia a través de sus expresiones y de sus actos. Cuando volvió a irse a su ciudad natal, después de una última vez en la cual la sentí más distante aún, ella ya no retornó. Jamás volví a verla personalmente. Con el paso del tiempo me enteré de lo acontecido. Resultó que a la vuelta de uno de sus viajes observó que yo estaba acompañado por una mujer. Ese día la casualidad provocó que la niña tomase decisiones apresuradas y definitivas. Según me relató por carta, aquella vez llegó hasta la entrada de casa pero titubeó cuando tuvo que golpear a la puerta, se dio media vuelta y regresó a la ciudad de los vientos de la que había venido sólo por verme.

De haber sido verdad, otra historia seguramente se hubiera escrito en la Argentina. Sobre todo porque me enteré posteriormente a través de las cartas que me enviaba, que ella sí se sentía profundamente enamorada. A mí, en cambio, me queda la jactancia de haber logrado aquello, siendo un "carcamán" hecho y derecho para el leal saber y entender de la "sociedad decente".

Pero la historia no terminó definitivamente en ese punto, sino que continuó en Caracas. Allí comenzó a actuar el control de Chabela, sus celos eran incalculables. Eleonor me siguió hasta esa ciudad, llegó hasta mí por medio del contacto con mi círculo de colaboradores más cercanos a quienes les había caído muy bien. Isabel me hizo tantas escenas por este problema, el que yo consideraba totalmente menor, que tuve que alejar definitivamente de mi lado a Eleonor, y, además, desprenderme de varios colaboradores. De todas formas, también es cierto que Isabel se iba constituyendo en un personaje insustituible, alguien tenía que ocupar determinadas funciones, e Isabel se prestaba de muy buen grado. Yo, por otra parte, sólo necesitaba eso, una compañera, una secretaria y una mujer. Si Chabela demostraba poseer suficientes condiciones para abarcar los tres campos, era injusto negarle la posibilidad de demostrarlo. Con el correr del tiempo tendría instantes de fatiga, de desesperación, e incluso de profunda zozobra; sin embargo, jamás abdicó de lo que creyó como su credo cívico.

El 4 de agosto de 1973, Isabel fue designada candidata a integrar la fórmula presidencial, por decisión unánime de los congresistas reunidos en el Teatro Nacional Cervantes, en cuyas aulas transcurrió buena parte de su vocación artística como alumna de danzas, y yo, ajeno a esas decisiones del partido, me limité a comentar: "¡Pobre de ella!".

El 23 de setiembre de 1973, mediante un pronunciamiento eleccionario que, por su magnitud, adquirió ribetes plebiscitarios, resultó electa para el cargo de Vicepresidente de la Nación. A este respecto, conviene recordar una imagen que pinta, como pocas, la modestia esencial que caracteriza a Isabel: "Evita fue la luz del dogma peronista; yo sólo soy

su sombra".

¿Quién está enterado de que Isabelita se contaba entre aquellas miles de muchachas decididas que, en la dramática mañana del 17 de Octubre, desbordaron la guardia del Hospital Militar, reclamando la libertad de aquel Coronel?

La mujer útil es la mejor mujer. La inútil, la peor. Yo, como todo hombre acostumbrado durante toda la vida a educar, formar y dirigir, también tengo tendencias en mi matrimonio a formar, educar y dirigir a mi propia mujer. He influido en la medida de mis posibilidades para que las mujeres que compartieron mi vida y estuvieron cerca de mí, aprendieran algo de cuanto he aprendido. Me resultó fácil enseñarles, pues aprendieron sin mayores esfuerzos. Porque tales mujeres fueron criaturas que se distinguieron en algún sentido. Y yo las he impulsado también. Claro, el hombre puede frenar, inhibir y anular a la mujer. Yo no, siempre traté de estimularlas, y de tener cuidado en la elección: a mí las mujeres no me gustan sólo porque son bonitas, o porque se visten bien. Las mujeres valen por cuánto tienen dentro de la cabeza.

Lo repito como una máxima: no hay que casarse con la mujer que gusta físicamente, sino con alguien que tenga todas las demás condiciones. Cumplo con lo que aconsejaba Platón: "Todo en su medida y armoniosamente". Esto hay que tenerlo muy en cuenta en el amor.

El carácter disciplinado de Isabel ponía de resalto su accionar voluntarioso, la clara intuición con la cual encaraba los problemas sociales y nacionales, sostenida por una enorme vocación de lucha. La personalidad de ese diminuto ser que se llama Chabela, sin que ella lo sospechara, venía a ocupar el inmenso vacío suscitado por la ausencia de Evita. En la medida que Chabela comenzaba a identificarse con la bandera que siguió desde adolescente con entusiasmo militante, en el subconsciente de la pequeña riojana reverdecían pormenores y anécdotas encastradas en los memorables sucesos del 45.

Muchos se preguntaron durante bastante tiempo cómo conocí a Isabel. Siempre respondo que así como la casualidad

me condujo a Evita, fue la casualidad también la que me llevó a Chabela.

Cierto día nos invitan a presenciar una coreografía especial de un grupo de argentinos que habían llegado hasta allí con el fin de introducirse en las esferas artísticas de los Estados Unidos. El grupo se llamaba Ballet de Herald y el nombre gringo era sólo una excusa para sonar mejor a los oídos yanquis. Por debajo de esa denominación bullía un conjunto disciplinado de cultores del folklore argentino y latinoamericano. Realmente me llenó de emoción volver a sentir la música nativa, sensación que nos retrotraía a otros ámbitos y a otros tiempos. Esos aires nostálgicos de quien se siente ajeno e indefenso en el lugar donde está, a pesar de estar muy bien tratado.

Terminado el espectáculo, nos acercamos a saludarnos mutuamente. Allí creí conocer por vez primera a Isabelita. Pero en lo mejor del diálogo, ella se acercó a mí y me comentó:

-Recuerda, General, a San Vicente.

-¡Cómo no me voy a acordar!, le contesté.

-Bueno, allí nos conocimos.

-No puede ser, ¿en dónde?.

-¿Se acuerda del almacén de ramos generales?

-Pero cómo no, si allí iba todos los sábados.

-Bueno, el dueño era pariente mío. El un día me llamó al mostrador diciéndome: "Chabela vení, llegó Perón". Usted muy amable se acercó y me saludó con un beso.

-La verdad, hija, no me acuerdo, le dije.

Este comentario le sirvió a Isabel para hacerse ver, y también para comenzar un diálogo, aunque más no fuese improvisado.

-¿Y cómo está de salud, General?

-Por ahora bien. Estoy custodiado por expertos. Lo único que puede pasar es que me envenenen la comida.

Chabela sonrió y mirándome a los ojos me dijo:

-Con tal de estar cerca de Perón aceptaría el papel de probadora de comida.

Al otro día, volví al lugar pero Chabela no estaba. Me informaron allí que estaba enferma, entonces resolví llegarme hasta su casa. Era una pensión de mala muerte que había alquilado la compañía para sus artistas. Estuve con ella toda la tarde; estaba en cama y se sentía mal realmente, tanto que me compadecí de su estado.

Al tercer día, mandé al chofer y me refirió que Chabela seguía con un estado que se estaba tornando depresivo, no sé si fue eso o tal vez la decisión estaba tomada muy dentro de mi ser y no se animaba a salir hasta esa circunstancia, pero, al otro día fui personalmente y le pedí que se quedara conmigo cumpliendo el rol que ella misma se había asignado en aquella noche de copas y alegrías.

Cómo y dónde aparecieron los restos de mi Evita

El tiempo pasó y fue mucho después, por intermedio de ella y de José López Rega, que conseguí relacionarme con las únicas personas que no sólo me prometieron recuperar el cadáver de Evita sino que así lo hicieron. Quizo el destino que paradójicamente, mi última mujer fuese la persona destinada a lograr lo que muchos hombres habían intentado infructuosamente.

Cierto día, dos hombres se acercaron a hablar conmigo. Se presentaron como Licio Gelli y Giulio Andreotti. El primero era jefe de la logia internacional conocida como Propaganda Due, la P2. Los mencionados me refirieron que estaban frente a mí porque se habían enterado por intermedio de López Rega, a quien decían conocer casualmente, que yo tenía problemas serios con referencia a la desaparición de los restos de Evita. Me pidieron que por favor les expresara todo lo que sabía acerca del hecho, en forma pormenorizada, que ellos estaban allí y habían venido a escucharme para encontrar una solución que pusiera punto final al dilema.

-Pero, ¿quiénes son en realidad ustedes?, les dije. ¿Qué

es lo que pretenden?, insistí.

-Estamos dispuestos a colaborar para contribuir a una reparación histórica. Los restos de su mujer le pertenecen en primer lugar a usted y a sus deudos. Es usted quien debe resolver qué quiere hacer con ellos.

Tenían ambos una confianza ciega en lo que decían. Parecía que conocían con absoluta certeza el lugar donde moraba Evita. Todo era demasiado raro.

-Sólo díganos cuánto está dispuesto a esperar, general, nosotros después le diremos si podemos aceptar el reto.

Los miré fijo y me quedé pensando un rato en silencio; poco después afirmé:

-¡Esperé tanto tiempo!

-Díganos, general, por favor, un cálculo más o menos...

-Y bueno, respondí, esperé tanto que ahora pienso que entre la pesquiza que supongo deberán hacer, el rescate, los trámites burocráticos de traslado y demás papelerío y manoseos desagradables, tendré todavía una demora de alrededor de tres años por lo menos, que en resumidas cuentas poco importan si son invertidos con el objetivo de alcanzar un final feliz.

Gelli y Andreotti se miraron... El primero sonrió y me dijo:

-Mire general, ni tres años, ni tres meses tardaremos. Yo le prometo -porque a pesar de estar acompañado Gelli hablaba por sí-, que en tres días tiene el cadáver de su señora frente a usted en Puerta de Hierro.

-Imposible, les dije.

-General Perón, hoy estoy en condiciones de asegurarle que después de recuperar el cadáver, se acercará hasta aquí la persona que lo tenía en su poder para pedirle disculpas personalmente...

-Pero, todo esto, ¿cuánto me va a salir?

-No se preocupe, me contestó. Más adelante, una vez que estemos en Buenos Aires, arreglaremos.

El cuerpo de Evita se reencontró con nosotros a los tres días de la visita, y, una semana después, en la quinta recibí a un oficial argentino que decía querer verme para presentarme sus excusas y sus "sinceras condolencias". No acepté que pasara y no quise enterarme de quién se trataba, pero era evidente que ese individuo venía a mí con el único objeto de cumplir una orden. Preferí negarme.

La historia de Evita y de su deambulación fueron lo suficientemente fuertes como para formar una llaga difícil de sanar. En aquel momento, después de tanto tiempo transcurrido, sentí un poco de paz con mi conciencia, y preferí no seguir escarbando la herida, disponiendo que ese oficial se quedara en mi memoria como lo estaba, sin rostro; conocerlo no remedaba nada.

Después del golpe del 55, sentí que había defraudado a la única persona que tal vez me había querido con toda su alma. Evita había dejado la vida por mí. ¡Tan poco fui yo comparado con ella y, sin embargo, ella se había entregado a mí y a la causa de los desposeídos!

Cuando los salvajes enemigos golpearon sin piedad el ya frágil gobierno del pueblo, y con total impunidad castigaron a mansalva a quienes se resistían, yo pensé en ellos y pensé en mí, y en un momento no supe quién había sido más salvaje. La actitud de haber embalsamado el cuerpo de la más grande mujer que existió en la historia de nuestro pueblo no me libra de semejante juicio. En ese fatídico momento, que fue el indicio del final de toda una época, yo advertí que dejaba vivo tal vez su emblema más significativo. Profané primero el cadáver de mi amada. Yo fui el primero que no demostró una actitud respetuosa por quien había dado todo por servirme. Quiero que estas palabras queden como un ejemplo cabal, como testimonio de que no fui conciente de mi accionar, que su pérdida me extravió el entendimiento. Pido humildemente perdón a su memoria, y perdón al pueblo también porque supo quererla como ella lo merecía.

Muchas veces he reflexionado sobre la obsesión que me persiguió gran parte de mi vida: el rescate de los restos entrañables de mi mujer. No es que establezca comparaciones

fatalmente odiosas con quienes lo fueron antes y después de Evita, pero admito que una sospecha punzante me acompañó a lo largo de todo el exilio: el temor de no recuperar los restos de alguien que con su sacrificio dio la respuesta que cabía aguardar de un ser extraordinario.

Lamentablemente, ese temor se cumplió casi como lo imaginé. Tuve que contemplar a cajón abierto la profanación de esas reliquias, y en algún momento en que amainó mi dolor, recuerdo haber escrito a mi prima, Raquel Perón de Peñalva Torino, estas líneas que nunca hubiera querido redactar:

"Acabo de recibir tu carta del 6 pasado, y te agradezco el recuerdo y el saludo que retribuyo con mi mayor afecto, con el pedido que también le hagas llegar a tu marido, a Haydeé y a Zulema.

"En cuanto a la devolución de los restos de Evita, como tú dices, ha sido para nosotros un hecho positivo pero, aunque los gorilas han querido dar un 'golpe' con ello todo se le va a venir abajo cuando el Pueblo pueda ver cómo han dejado el cadáver como producto de la profanación y el ensañamiento.

"Imagínate que ha estado enterrado en tierra, en un cementerio periférico de Milán después de haber pasado las 'mil y quinientas' deambulando en el Vaticano y alrededores de Roma. Lo que toda esta gente ha buscado ha sido la destrucción de los restos; el Vaticano no sé por qué y los gorilas para evitar que el pueblo mantuviera su mito, pero el tiro les ha salido por la culata. Por un verdadero milagro hemos podido restaurar el cuerpo embalsamado y cubierto por una capa de parafina que en último análisis ha sido lo que ha impedido su destrucción después de estar en la tierra, que pudrió totalmente la madera del cajón y hojalata interior del mismo. Isabelita y las hermanas de Evita que han pasado con nosotros estos días, han trabajado una semana sin descanso, al cabo de la cual creo que lo peor ha sido subsanado.

"Verdaderamente, al presenciar estas cosas, uno no puede sino pensar que los marinos y militares que se han prestado para semejantes actos, que no los cometen ya ni los negros del Congo, son individuos que no sólo deshonran a su profesión sino también a su patria, porque ensañarse cobardemente con un cadáver es un acto tan miserable que no merece calificativo humano. Sin embargo, esos

mismos miserables, que fueron capaces de semejante vileza, quieren ahora que les agradezcamos que nos devuelvan los despojos.

"Y todavía creen esos cochinos que yo anhelo vestir el mismo uniforme de los que han sido capaces de semejante hazaña, se pueden guardar su uniforme deshonrado, su título y su grado que a mí no me interesa. Yo no puedo ser camarada de semejantes ejemplares. Me basta y me sobra con ser solamente Perón, y no quiero agregar a mi apellido honesto un título deshonrado ante el pueblo y ante todo el que tenga un poco de dignidad. Hay un castigo del que jamás se libran los profanadores de cadáveres".

La última referencia del féretro que contenía presuntamente el cuerpo de Evita se había cortado en 1956. Me resultaba imposible aceptar como veraces las mil historias que me habían hecho llegar. De la larga lista de versiones, la que juzgué con mayor grado de veracidad era la que sostenía que el cadáver había sido registrado como María Maggi de Magistris, viuda de mediana edad, que había emigrado a la Argentina, donde falleció, y cuyo cuerpo había sido devuelto a Italia cinco años después de la fecha del deceso.

Al contar con la aprobación *"manu militari"* del gobierno argentino, el coronel Cabanillas se presentó, con documentos falsos, como Carlos Maggi, hermano de la viuda; y con los buenos oficios de la Propaganda Due, consiguió la autorización para trasladar el cuerpo de su hermana a España.

El miércoles 2 de setiembre de 1971, un sepulturero, un responsable de la Sanidad de Milán, el padre Rotger y el coronel de marras, se reunieron junto a la losa de mármol del espacio 86, jardín 41. La tumba había carecido del más mínimo cuidado y era evidente que las monjas que debían ocuparse de ella la habían abandonado por completo. El féretro fue exhumado y su recipiente interior de cinc fue colocado en un nuevo ataúd. Luego de finalizada la parte formal del trámite y firmado los documentos, un coche fúnebre partió del cementerio conduciendo al supuesto hermano y al ataúd.

Ningún problema se suscitó en el doble cruce de la

frontera ítalo-francesa ni en la franco-española, merced a la mano maestra de la P2, extendida como un pararrayos sobre la carretera. A treinta kilómetros de Madrid, el vehículo abandonó la ruta para dirigirse, por caminos privados, hacia un punto de la provincia de Madrid: Puerta de Hierro. Se le pidió al conductor italiano que trasladase el féretro a la furgoneta que allí esperaba, explicándole que su tarea había concluido.

En ese instante, me disponía a abandonar mi chalet "17 de Octubre" rumbo a Benidorm, en compañía de Chabela y un par de conocidos. Nada hacía vislumbrar las escenas siguientes, que no quiero evaluar con ligereza. El filme comenzó con la presencia sin aviso de un sacerdote amigo, el mercedario P. Valentín Gómez y el anuncio que la representación argentina en España se disponía a tomar contacto con el "General Perón".

Apenas fui impuesto de los alcances de aquella inesperada maniobra, por boca de mi ex edecán subido a embajador, Rojas Silveyra, y el propio Cabanillas, con el estómago acostumbrado a cualquier enjuague desde la época que ejercía la dirección de los Servicios de Informaciones.

Procuré abreviar el trámite del expolio, y sin mayores tapujos fuimos al encuentro de los restos de Evita. Yo mismo rasgué la cutícula de plomo que resguardaba los despojos o, más bien, los profanados despojos de quien no hizo mal a nadie. No advertí, en mi apuro, el evitar los bordes filosos de la sábana de metal y me corté las manos hasta la altura de la muñeca. El P. Valentín acudió con su pañuelo tratando de restañar la herida de donde emanaba incesantemente un hilo de sangre que acabó por teñir de rojo el rostro desvaído de mi finada esposa. Me dijeron los abogados Ventura Mayoral y Michelini que exclamé ante los "veedores": -Son ustedes unos canallas-, y que corté todo trato o cordialidad posibles.

Todo cuanto relato tiene testigos de excepción. Y sostendré con la energía que me reste, que todo configuró una burda y alevosa maniobra que no merece la menor consideración del mundo civilizado. Desde luego, los restos

-que habían estado cubiertos directamente por la tierra- reflejaban la insania de estos bandidos que deshonraron el uniforme militar. Y contra el temperamento del Maestro Pedro Ara, que asumió la responsabilidad absoluta de tornar esta reliquia a su estado original, se me va a permitir recurrir al testimonio irrefutable de un Memorandum que explica el ultraje perpetrado:

"El cuerpo de Evita presenta un corte alrededor del cuello, filoso, que secciona parcialmente el cuello del tronco. Se comprobó que el cadáver presentaba también las siguientes lesiones:

"a) hundimiento y fractura del tabique nasal;

"b) golpes en la región frontal de la cabeza y una herida producida por un instrumento filoso;

"d) en la región pectoral, cuatro cortes que toman ambos senos de la extinta, con una extensión de 16 centímetros cada uno, con un instrumento con filo;

"e) corte en el brazo izquierdo a la altura del húmero, con visualización del colgajo de carne y músculos, por instrumentos con filo;

"f) fractura de ambas piernas a la altura de las rodillas, producidas por presión, o por un cuerpo pesado, posado sobre ambas extremidades.

"Todas estas lesiones -sigue explicando el doctor Ventura Mayoral, a través del memorandum- han sido burdamente cubiertas por una capa de cera o parafina, pero son visibles a simple vista del observador. El cadáver, por razones técnicas de embalsamamiento, se encuentra intacto en general, y fue reconocido como tal por el esposo de la extinta. El ataúd que contenía los restos, estaba cubierto por cinc, que hubo que cortar y en el interior del mismo se había colocado abundante cal con el objeto de perjudicar los restos; lo que resultó imposible, por el trámite técnico realizado sobre el cadáver".

Este estremecedor relato explica el motivo por el cual me negué a mostrar el cadáver de Evita al periodismo.

Una mancha más al tigre

Ya aclaré que me había alojado en el hotel Washington por sugerencia de las autoridades, también reitero que el hotel fue construido por los yanquis pero está fuera de la Zona del Canal y es panameño; pero la zarpa del imperialismo es larga y si no puede matar, por lo menos se entretiene en molestar, aunque sea un poquito.

En febrero de 1956 se me apareció el gerente del hotel, el pobre hombre se veía nervioso, me preguntó cómo me sentía, si me faltaba algo. Yo me quedé esperando el verdadero motivo de su presencia, que no se hizo esperar:

-Señor, discúlpeme, tengo algo muy desagradable que decirle, y es que el comandante general de la Zona me ha mandado un funcionario para decirme que usted no puede seguir en el hotel, porque éste es un establecimiento americano. Vergüenza me da decírselo, porque esto es sencillamente una infamia con un cliente que paga y que tiene derecho de vivir aquí.

Sentí un acceso de furia, una auténtica bronca argentina, pero me dominé, además el gerente poco tenía que ver, le contesté:

-No se aflija, si los americanos creen que no puedo estar aquí, me iré, aunque éste es un hotel del gobierno".

La razón del amable pedido gringo era que les molestaban mis declaraciones políticas, mis opiniones y mi comunicación con Buenos Aires. Mi presencia, en una palabra.

Se presentó el alcalde, que era muy amigo mío, Dominador Bazán, y me explicó que aquello afectaba la soberanía de Panamá, y que no debía irme. ¡Me vinieron con el cuento de la soberanía de Panamá! En fin, preparé mis trastos y me fui. Los mismos americanos me manifestaron que era una infamia y los turistas se deshacían en cumplidos. Fue una situación humillante, pero para el gobierno panameño que no podía disimular su absoluta dependencia, y para colmo

tenían que hacérmelo ver precisamente a mí.

Por otro lado, la situación les era todavía más incómoda porque hacía unas semanas yo había presentado la solicitud de residencia provisional. No hubiera sospechado que un trámite de esa naturaleza podía ser objeto de interés en Washington (la capital, no el hotel). Un congresal del Partido Demócrata no se privó de injuriarme y hubo presiones de variado calibre para impedirme la residencia. Lo que suele llamarse injerencia en los asuntos de otro Estado.

Como sea, los panameños tuvieron su par de tragos amargos; yo, como tigre viejo, apenas una mancha más; de todos modos me fui a Colón por un par de meses.

En Panamá quise darme un pequeño gusto: alquilé un departamento justo enfrente de la embajada de los Estados Unidos de Norteamérica. No me querían ver en el Washington pero ahora me tenían que ver todos los santos días paseando por la vereda, entrando y saliendo.

En esos días, el usurpador Aramburu se dio el lujo de enfangarme de lo lindo en un reportaje. Me sacó de las casillas, no aguanté más y opté por contestarle con total claridad, sin tapujos de ninguna clase, llamando a las cosas por su propio nombre.

República de Panamá, 5 de marzo de 1956
Al General Aramburu

He leído en un reportaje, que usted se ha permitido decir que soy un cobarde, porque ordené la suspensión de una lucha en la que tenía todas las probabiliddes de vencer. Usted no podrá comprender jamás cuánto carácter y cuánto valor hay que tener para producir gestos semejantes. Para usted, hacer matar a los demás, en defensa de la propia persona y de las propias ambiciones, es una acción distinguida de valor.

Para mí, el valor no consiste, ni consistió nunca, en hacer matar a los otros. Esa idea sólo puede pertenecer a los egoístas y a los ignorantes como usted. Tampoco el valor está en hacer asesinar obreros inocentes e indefensos, como lo han hecho ustedes en Buenos Aires, Rosario, Avellaneda, Beriso, etc. Esa clase de valor pertenece

a los asesinos y a los bandidos cuando cuentan con la impunidad. No es valor, atropellar los hogares humildes argentinos, vejando mujeres y humillando ancianos, escudados en una banda de asaltantes y sicarios asalariados, detrás de la cual ustedes esconden su propio miedo.

Si tiene dudas sobre mi valor personal, que no consiste como usted supone, en hacer que se maten los demás, el país tiene muchas fronteras: lo esperaré en cualquiera de ellas para que me demuestre que usted es más valiente que yo. Lleve sus armas, porque el valor a que me refiero sólo se demuestra frente a otro hombre y no utilizando las armas de la Patria para hacer asesinar a sus hermanos. Y sepa para siempre que el valor se demuestra personalmente y que, por ser una virtud, no puede delegarse. Hágalo, sólo así me podría probar, que no es la gallina que siempre conocí.

Si usted no lo hace y el Pueblo no lo cuelga, como merece y espero, por salvaje, por bruto y por ignorante, algún día nos encontraremos: allí, le haré tragar su lengua de irresponsable.

Era bastante difícil eso de tener el cuerpo en Centroamérica y la mente en el sur, andaba de aquí para allá, me gustaba pasear por la ciudad, incluso me permitía de tanto en tanto ir a cenar a un restaurante o asistir a un espectáculo en esa ciudad sin teatros, allí no quedaba más remedio que ir a un local nocturno si uno quería escuchar o ver algún artista. Confieso que lo hacía con poca frecuencia, porque soy pájaro madrugador.

No me gustaba nada de lo que pasaba en la Argentina, estaba más que seguro que no habría elecciones y de haberlas habido hubiesen sido tramposas a más no poder. Quienes habilitaron barcos como cárceles jamás permitirían que nos presentáramos a candidatos ni a lustrabotas. Había que crear nuevas formas de lucha y descentralizar los aspectos técnicos de la conducción.

Los apresurados

Compartían la prisión en buques fondeados en el río,

compartieron la conspiración; se habían juramentado para que el país volviera al orden democrático. El general ingeniero Juan José Valle se puso a la cabeza del movimiento. Esto no debe interpretarse como un rapto de delirio, Valle estaba al tanto del descontento entre los cuadro más bajos del ejército y supuso posible el éxito del levantamiento. No había plazo ni fecha predeterminada, se aprovecharía el fermento. El general Raúl Tanco me lo refirió de la siguiente manera:

"La organización del movimiento fracasado el 9 de junio es una consecuencia del pensamiento generalizado en el ejército a raíz del atropello producido por la 'Revolución Libertadora'. En esos momentos nos dábamos cuenta de que el país era llevado en una dirección totalmente opuesta a la que nosotros considerábamos legítima y popular, como era la que había producido el general Perón.

"Entre otros yo conocía perfectamente bien las posiciones del general Valle. Hablamos con él e inmediatamente estuvimos de acuerdo en que era necesario producir una reacción en alguna forma.

"En un momento determinado nos dimos cuenta de que había una gran infiltración en nuestras filas. No buscamos el contacto directo con el general Perón por razones de seguridad. Quienes trataron de modificar la impresión que podía tener el presidente Perón sobre el movimiento que se había manifestado el 9 de junio, le dieron la idea de que era un movimiento que estaba desvinculado del interés político del peronismo. No era así".

La intensión de la conjura fue atraer al mayor número posible de militares y civiles. Explicaban sus aspiraciones, que eran las de la mayoría del pueblo: el restablecimiento del estado de derecho, elecciones generales en un plazo de 180 días, libertad de prensa, amnistía general y derogación de los decretos y medidas discriminatorias dictados por razones políticas o ideológicas, libertad a los presos políticos, etc.

Tampoco les eran ajenas las preocupaciones en lo económico, ya que proponían la revisión de todas las medidas

que lesionasen los intereses del país y que afectasen el desarrollo de las actividades productivas, plenas garantías a los capitales extranjeros ya invertidos o a invertirse en actividades útiles para la economía nacional, plena ocupación y contención del alza de costo de vida.

Tenían propuesta para todos los campos, porque todos habían sido afectados por la Libertadora; eran restauradores.

En lo social se comprometían a devolver los sindicatos a sus trabajadores, a llamar a elecciones libres en la CGT en 45 días, a liberar a todos los sindicalistas y obreros presos por razones políticas, a renovar los convenios laborales de acuerdo a la legislación vigente al 20 de setiembre de 1955.

A las FuerzasArmadas se les prometía la reincorporación de jefes, oficiales y suboficiales que hubieran sido dados de baja por razones políticas o ideológicas.

Textualmente, la proclama emitida en su momento dirá en sus tramos finales:

"Por ello, sin odios ni rencores, sin deseos de venganza ni discriminaciones entre hermanos, llamamos a la lucha a todos los argentinos que con limpieza de conducta y pureza de intenciones, por encima de las diferencias circunstanciales de grupos o partidos, quieren y defienden lo que no puede dejar de querer y defender un argentino: la felicidad del Pueblo y la grandeza de la Patria, en una nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana".

Ciertamente el movimiento fue captando las voluntades de los cuadros inferiores de las Fuerzas Armadas y tenía contacto con sindicalistas como Framini y Tolosa, e intelectuales como Pepe Rosa y Leopoldo Marechal. Valle pasó a la clandestinidad y preparó el alzamiento que, en principio, consistía en la toma de cuarteles por parte de los suboficiales.

Los muchachos no contaban con la lealtad de varios mandos, como tampoco con la Marina, amén de que como estaba la situación y la soberbia demostrada por los gorilas, estos no se entregarían así porque sí. Si a todo esto le agregamos la infiltración, que ellos mismos confesaban saber que existía, se verá que era una verdadera locura el siquiera

intentarlo. Creo que en realidad se encontraron en un callejón sin salida, no pudiendo desarmarlo se lanzaron al estilo *kamikase*, suponiendo quizá que a último momento su ejemplo heroico arrastraría multitudes. Exceso de idealismo, exceso de ilusión; así no se ganan batallas, mucho menos guerras.

El gobierno estaba al tanto de la conspiración, sabía lo que sucedía hasta en el confín del territorio, esperaron el levantamiento sólo para darse el perverso gusto de un "escarmiento sangriento".

El 9 de junio la represión apresó a 18 militares y 9 civiles y procedió como para quitarle las ganas a cualquier otro intento. La revolución fusiladora cumplió con su placer, y fusiló.

Entre los días 10 y 12 de junio hubo fusilamientos en Lanús, José León Suárez, Campo de Mayo, Escuela de Mecánica del Ejército, Penitenciaría Nacional y La Plata. El general Valle fue ejecutado en la Penitenciaria Nacional.

La intención del "escarmiento" era bien visible, ya que un Consejo de Guerra Especial había determinado que no correspondía la pena capital porque el intento se había producido antes de que entrara en vigor la ley marcial; los muchachos se habían rendido a la primera intimación; no se habían producido daños ni víctimas. Pero el Consejo propone y Aramburu dispone.

Unos días antes del 9 de junio fijé claramente mi posición, tildé a estos militares de apresurados e imprudentes. Me parecía terrible la idea de que se podía desatar una guerra civil. De todos modos, una vez producidos los hechos los lamenté considerando que no teníamos por qué regalarles estos mártires a nadie.

El 12 de junio, en caliente, le mandé una larga carta al doctor Cooke, donde entre otros conceptos le expresaba:

"La resistencia es una lucha intensa diluida en el espacio y en el tiempo. Ella exige que todos, en todo lugar y momento se conviertan en combatientes contra la canalla dictatorial que usurpa el gobierno. A las armas de la usurpación hay que oponerle las armas del pueblo.

"El epílogo de este terrible drama que vive el pueblo argentino es el caos del cual solamente pueden salir soluciones definitivas. A él nos llevará la banda de ignorantes y bandidos de la canalla dictatorial. Pero el caos será la hora del pueblo, porque construida la fuerza y disperso el gobierno, todo quedará en sus manos. Habrá llegado la hora de la justicia. (...) Mucho me temo que el pueblo no sea capaz de encaminar su acción en la resistencia por desorganización, temor o simplemente por despreocupación en la lucha. El espíritu individualista de los hombres es muy poderoso, especialmente en los momentos difíciles, cuando algunos creen que solos se pueden salvar, sin darse cuenta que cuando una comunidad sucumbe nadie puede quedar afuera del cataclismo. En cambio la clase proletaria, que es la preferentemente perjudicada en este caso, optará por la ruina de todos si ve que no puede evitar su ruina. Es precisamente allí donde hay que hacer hincapié. Cuando gozamos, lo hicimos todos; ahora hay que sufrir, suframos también todos. Esto ha de ser el slogan.

"Desgraciadamente el golpe fallado del 10 de junio me ha dado la razón, pero el precio ha sido demasiado grande. Hubiera preferido equivocarme. Sin embargo, esto ha de servirnos para no insistir en un camino inconveniente. Nuestra finalidad ha de ser la Revolución Social, con todas sus características y todas sus consecuencias. Para ello es menester que nos preparemos concienzudamente y que estamos resueltos a realizarla en un año, dos, cinco o diez, pero decididos a realizarla. Nada hay que pueda apurarnos en forma de poner en duda el éxito que, por lo que estamos viendo, tenemos asegurado. Aunque nosotros no trabajemos, tenemos allí a dos que trabajan por nosotros: Aramburu y Rojas.

"La canalla dictatorial podrá mentir cuanto quiera, pero nunca sus mentiras podrán tener la verdad. Nosotros seremos siempre los defensores del pueblo y ellos serán sus tiranos; nosotros somos los que luchamos por la justicia social y ellos son los que han vuelto a la explotación de los trabajadores; nosotros somos los que hemos sido arrojados a los imperialistas y ellos los que los han introducido de nuevo; nosotros representamos al gobierno legal del pueblo, ellos son los usurpadores, asesinos y ladrones.

"El odio y el deseo de venganza que existe hoy en millones de argentinos ha de transformarse un día en 'fuerza motriz' y esa

fuerza aprovechada a través de una buena organización ha de dar resultados extraordinarios. La desesperación, el odio y la venganza suelen concitar fuerzas aún superiores al entusiasmo y al ideal. Los pueblos que no reaccionan por entusiasmo sólo reaccionan por desesperación: es a eso que se está llegando en nuestro país. Los fusilamientos no harán más que acelerar el proceso.

"El tiempo trabaja para nosotros. (...) Nuestro camino es simple: organizarnos concienzudamente en la clandestinidad. Instruir y preparar a nuestra gente, con todo el tiempo que sea necesario para los fines que nos proponemos; agruparnos en organizaciones disciplinadas y bien encuadradas por dirigentes capaces, audaces y decididos, que sean respetados y obedecidos por la masa; planificar minuciosamente la acción y preparar adecuadamente la ejecución mediante ejercitaciones y 'gimnasia' permanente".

En esa misma comunicación expuse las formas de resistencia organizada; en lo militar: copar lasFuerzas Armadas puestas al servicio de los enemigos del pueblo para que volviesen al servicio del pueblo; en lo económico: profundizar las contradicciones de la economía nacional para que se revirtiese sobre el gobierno; en lo social: paros, huelgas, trabajo a desgano, como contrapartida de la destrucción de las organizaciones sindicales, salarios insuficientes, despidos en masa; en lo político: permanente agitación por todos los medios.

Estas instrucciones fueron recibidas por la resistencia como principios organizativos y siguieron manteniéndose como tales, con la adaptación coyuntural que los distintos períodos exigieron.

De avión en avión

No me daban tregua, vivía de amargura en amargura, siempre tenían un flanco donde golpear. Me dominaba, trataba de reprimir mis estados de ánimo, me molestaba demostrar ante los amigos cuáles eran mis sentimientos. También es verdad que tengo una buena capacidad de recu-

peración, de no ser así ya estaría muerto o loco.

Apenas vuelto a Colón, me enteré de que el juez Botet había ordenado mi extradición alegando traición a la Patria y asociación ilícita; había orden de captura en contra mía y de varios colaboradores. Si no me amargara, me daría risa, en todo caso me permití una risa amarga ante esa pantomima de justicia. Ese pretendido juez es un perfecto cínico. Traición a la Patria y asociación ilícita, quería tenerlo enfrente para preguntarle desde cuándo el voto popular mayoritario es ilícito o si se traiciona a la Patria construyéndola desde los cimientos. Bosta de paloma, todo era bosta de paloma. Jueces que no administraban justicia, gobernantes que saquean, qué asco. Bosta de paloma que ni para abono servía.

Más de una vez me referí a mí mismo como un canto muy rodado, sin aristas, ¿y cómo iba a tenerlas si ni musgo me dejaban criar? Resultó que se produjo un encuentro de presidentes americanos, el "presidente" Aramburu condicionó su asistencia a mi ausencia, ¡chocolate por la noticia! Antes ya le había ofrecido yo al gobierno panameño ahorrarles el mal trago y ausentarme por un tiempito. Se negaron. Pero después, frente al planteamiento argentino me lo tuvieron que pedir. No quisieron aceptar mi delicadeza y entonces se tuvieron que aguantar la prepotencia de la dictadura. En fin, me fui. Aproveché la cercanía y la vieja invitación de Tacho Somoza y partí a Nicaragua, solo, con la única compañía de Isaac Gilaberte.

El 20 de julio partimos del aeropuerto de Tocumen con poca despedida, la ausencia será corta y tras ciertos inconvenientes llegamos a Managua. Tacho no vino a recibirme porque ésta era una visita privada, pero había una pequeña multitud vivando que me sorprendió gratamente.

Intenté ver algo de la ciudad mientras viajábamos en automóvil rumbo a la Casa Presidencial. Me gustaba lo que veía: la suavidad del lago, la difuminada lejanía de la montaña cubierta de vegetación, la gente de hermosa estampa.

Almuercé con Tacho Somoza y conversamos un buen rato, no nos veíamos desde 1953, cuando visitó Buenos Aires. Habían pasado tantas cosas que costaba un poco resumir y

ponerse al día, pero tuve ocasión de agradecerle el ser mi "correo de lujo", ya que por su intermedio había recibido cartas valiosas enviadas por la Resistencia y de no haber usado su intermediación jamás hubieran llegado a mis manos. Al día siguiente, Tacho se fue a Panamá, a la reunión de presidentes.

Me alojé en la misma Casa Presidencial, donde mi atentísimo anfitrión había hecho preparar una oficina completa con todo lo que podía necesitar, hasta papelería. Venía precedido por mi fama de escriba intensivo.

Estuve sólo ocho días en la hospitalaria Managua, pero fueron días plenos de calidez y atenciones. También pasé allí el primer aniversario de la muerte de Evita lejos de la Patria.

En Managua tuve dos encuentros muy importantes con sindicalistas. El primero, el día 23 en la Casa del Obrero; me invitaron a disertar. Me encontré con un auditorio atento y con buena formación sindical, entusiastas activistas de ATLAS. Por ello, aproveché la ocasión para referirme en particular a la importancia de consolidar esta organización.

ATLAS (Agrupacion de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas) fue creada para difundir la Tercera Posición y tomar distancia de las otras centrales obreras de la burguesía, como la OIT o CIOSL. Los muchachos de la CGT habían trabajado mucho y bien, y yo lo estaba notando en Managua.

El 26 a la noche, en la misma Casa del Obrero, se realizó el acto en memoria de Eva. Me emocionaron los discursos, eran los descamisados americanos que la recordaban con el mismo sentimiento intenso que el pueblo argentino. En esos momentos me sentía como en casa, rodeado por los "grasitas" que son la razón de mi vida. Cuando me tocó hablar, no pude menos que decir lo que me estaba sucediendo: *"Ella dijo una vez que el dolor no tenía fronteras; yo, esta noche, recordándola, debo decir que el amor tampoco tiene fronteras"*.

Repartí fotos de Eva y observé con cuánta unción las guardaban, como para no arrugarlas, para que durasen. Me los imaginaba mostrándolas a los hijos, a los nietos y contándoles quién había sido y qué había hecho "la señora del

retrato".

A pesar de toda esta actividad, tuve tiempo de ultimar los detalles de mi traslado a Caracas con Jorge Antonio. El ya vivía allí y a mí me parecía más conveniente residir en Venezuela porque sentía que la hora de la acción política intensa estaba llegando. En Caracas residían muchos argentinos exiliados y sería un buen epicentro de irradiación política.

Volví a Colón el 28 de julio, y aunque estaba en plenos preparativos, no descuidé mi trabajo, mis entrevistas; mi agenda estaba rebosante.

El 30 de julio despaché una carta que podría llamar paradigmática de mi pensamiento en esos días, acerca del papel del peronismo.

Colón, 30 de julio de 1956
Dr. D. Angel J. Miel Asquía
Montevideo

Mi querido amigo:

Contesto su carta del 14 de julio pasado y le pido disculpas por la tardanza, pero he estado unos días fuera de mi casa por razones personales. Le agradezco sus informaciones que coinciden, en general, con las que me llegan de otras fuentes.

Le adjunto unas directivas e instrucciones impartidas en los fines de la resistencia civil, para que las haga reproducir y distribuir lo más profusamente posible dentro de los grupos peronistas ahora debatiéndose en una lucha inorgánica como consecuencia de no tener aún directivas precisas. Contamos con un inmenso sector popular pero, como consecuencia de las barbaridades que han hecho los de la canalla dictatorial, se encuentran desorganizados y dispersos. Las revoluciones militares no pueden ser soluciones para el Pueblo desde que nada ganaría éste con salir de las manos de la dictadura para caer en las de otra. La única solución puede ser la victoria del Pueblo mismo. Para ello se ha ordenado la resistencia como un medio para desgastar a la dictadura y descomponer su fuerza, mientras nuestro movimiento se organiza en distintas formas para luego buscar una decisión final, aunque sea en el caos,

única manera en que el Pueblo puede tomar las cosas en sus manos y cobrar la inmensa deuda que los asesinos tienen con él.

Estas mismas instrucciones han entrado y están entrando por las fronteras de Brasil, Chile, Paraguay y Bolivia, además de esa y deben saturar la masa peronista, como una manera de ver si el Pueblo carece de condiciones para la lucha o está desorientado o resignado a la esclavitud. Del resultado de la aplicación de este tipo de lucha depende cuanto hagamos en el futuro, pues perdemos el tiempo en planear revoluciones si los hombres de nuestro país no están dispuestos a luchar por sus derechos y libertades. Les hemos dado una doctrina, los hemos organizado y dado diez años de felicidad e innumerables obras; ahora les toca a ellos consolidarlo. Los pueblos, si no saben o no quieren defender sus derechos y sus libertades merecen la esclavitud. El camino de la felicidad pasa siempre por el sacrificio y, si no son capaces de realizar ese sacrificio, será inútil cuanto hagamos por él o por ello. ¿De qué vale dar a un Pueblo todo, si no se muestra capaz de defender sus conquistas y si se las deja quitar por la reacción.

No deje de escribirme y decirme la forma en que han procedido ustedes para hacer llegar estas directivas a los compañeros y dirigentes de Buenos Aires y otras. No escapará a usted la importancia de distribuirlas profusamente, porque de acuerdo con lo que se conozca surgirá la acción a desarrollar y la organización según se vaya realizando. Por eso es decisivo llegue a cada peronista una copia de las presentes Instrucciones para lo cual conviene mandar el mayor número posible y hacerlas entrar por todos los medios. Los destinatarios allá harán copias y distribuirán ese material en gran escala entre toda la población dispuesta a sumarse a la resistencia en todas sus formas, mientras se organizan de toda manera para las acciones futuras.

Ustedes están allí cerca y hay miles de maneras de hacer que una comunicación escape al accionar de la vigilancia de la tiranía militar y sus secuaces. Saludos a todos los compañeros que se encuentren allí. Un gran abrazo.

Firmado: "p 5"

El 6 de agosto despaché a Gilaberte por barco, llevando mi auto. El 8, nos fuimos nosotros.

En tierra de Bolívar

Venezuela esta vez me recibió llena de argentinos, o es lo que me pareció cuando desde la escalerilla del avión ví una pancarta de salutación de los compatriotas. ¿Cuánto tiempo tendría que quedarme en Venezuela? En Panamá habían sido nueve meses...

De entrada me lancé al trabajo, hice una vida normal pero permanentemente sentía decenas de ojos que me perseguían, con más o menos benevolencia. Por un lado, era objeto de interés de los caraqueños en general, de la prensa en particular, de los argentinos residentes y de los argentinos espías. El amigo Aramburu estaba particularmente interesado en mis actividades, desconté que estaba al corriente de todas ellas, no me interesó en lo más mínimo, yo no me muevo en las sombras.

Mi presencia le acarreó problemas a Panamá y Venezuela tuvo lo suyo, y no sólo con Aramburu, sino también con los yanquis. Yo creo que esta gente tenía un encono particular, como un viejo rencor al que no querían renunciar; porque, mirado de afuera, ¿quién era yo?, ¿en qué los incomodaba? No tenía poder, no era gobierno, no tenía fuerzas militares, no era una amenaza para ellos ni para sus intereses. Lo más simple que se me ocurre es que querían molestarme al máximo, destruirme por desgaste por la amenaza potencial que representaba. No les gustó ni cinco la Tercera Posición y los diez años de independencia que tuvimos y encima estuvimos desparramando ideas.

Permanentemente me llegaban rumores sobre posibles atentados, me tenían harto. Apenas llegado, les llevaba el apunte y dormía en casas de diferentes amigos, pero luego me pareció absurdo. Viví en un departamento como cualquier persona normal, acepté del gobierno un par de guardias y Gilaberte con Landajo se establecieron justo enfrente. Para seguridad bastaba y sobraba.

La vida continúa. Los horarios habituales para las actividades habituales. Mucho trabajo, algo de esparcimiento, el contacto enriquecedor y necesario de los amigos. Hasta

que tuve que poner en marcha una campaña especial: habían convocado a elecciones para la reforma constitucional, prevista para julio de 1957, y en febrero de 1958 habría ocasión de votar autoridades nacionales, provinciales y municipales.

Al final, los gorilas se animaron. Resultaba obvio que nosotros estuviéramos proscriptos, prohibidos y éramos innombrables; pero algo había que hacer, de ser posible, mucho.

Intentaron ganarme de mano, claro que utilizando otros métodos; lo mío era político, lo de ellos criminal. No sabiendo cómo sacarme del medio se les ocurrió matarme; claro que no era una idea nueva, amagos de secuestros y asesinatos tuve en discreta cantidad. En ese momento quisieron ser más efectivos y utilizaron una bomba.

No sé si eligieron el 25 de mayo para darle un valor simbólico o si fue por pura casualidad, lo mismo da. Afortunadamente, Gilaberte no sacó más que rasguños en la cara y el auto no quedó tan mal, se ve que no era mala la chapa. Quiso la casualidad que Gilaberte se bajara del auto para entrar a una carnicería, en ese momento estalló la bomba; no fue moco de pavo, rompió los vidrios de ochenta y dos ventanas.

Le conté el hecho a Cooke por carta: *"El embajador se apuró a decir que me la había colocado yo mismo, lo que cayó aquí muy mal y le restó el poco respeto que, de su menguado prestigio, podía quedarle. Yo, naturalmente, aproveché la ocasión y pedí permiso al gobierno para contestarle, lo que se me acordó con placer porque aquí nadie lo quiere y menos aún a la dictadura argentina. Ese permiso lo pedí porque, aunque no lo necesitaba, quería tener el okey del Gobierno, que prácticamente me asociaba. Mi comunicado fue leído y aprobado con anticipación, lo que me colocó en situación de preeminencia y franca ventaja para el caso de que el embajador contestara nuevamente, pero su situación era tan precaria, que optó por meter violín en bolsa"*.

Festejamos la fecha patria con este regalo sorpresa.

Quiero referir otro hecho para mejor ilustrar el trato que me era brindado en Venezuela. Debo aclarar que por

una cuestión de formas diplomáticas nunca me entrevisté con el presidente Pérez Jiménez, ni oficial ni privadamente; sí lo hice después de su derrocamiento. Al ministro del Interior, Laureano Vallenilla Lanz, lo visitaba en su domicilio particular, siempre por invitación suya, y recibí muestras de su afecto y consideración tanto morales como cuando me obsequió un par de trajes típicos del país, por ejemplo. Yendo a los hechos: el 5 de julio, fecha patria de Venezuela, tuve el honor de estar en el palco oficial, junto a autoridades y visitantes ilustres; se me consideraba en la práctica el representante oficial de la Argentina.

Finalmente, llegaron las elecciones en la Argentina, o habría que decir farsa que nadie se creía. Era la pura forma, vacía de contenido, era un intento de darle un barniz de legalidad a lo innombrable. En los hechos ya habían derogado la Constitución del '49, la habían pisoteado desde el primer día, ahora necesitaban un justificativo tardío. Nosotros no se lo daríamos, mi decisión fue la abstención al voto. No convalidaríamos esa farsa.

El correo ya no era confiable, me robaban las cartas, las interceptaban, o lo que es peor hacían circular apócrifos sembrando la confusión entre la resistencia; desde ese momento, sólo Cooke tendrá mi palabra y se encargaría de transcribirla.

"La Tiranía, mediante el fraude, busca suprimir la Constitución Justicialista, anulando así los Derechos del Trabajador y la Independencia Económica, para retornar a la explotación obrera y al colonialismo.

"Los peronistas, en cualquier caso, deben abstenerse de votar, no concurriendo al comicio. Si, por cualquier causa, debieran hacerlo, votarán en blanco o anularán su voto con la palabra asesinos.

"Julio de 1957. Juan Perón".

Esto fue lo que leyó Cooke.

Ganamos el pretendido comicio. Hubo fraude como no se había visto desde la década infame, en vano.

Estaba atareadísimo, las reuniones con dirigentes y sindicalistas parecían no tener fin. Teníamos que prepararnos para las elecciones de febrero, y había que estar bien porque algunos querían cortarse solos, los "neoperonistas" pretendían ganarse algún carguito. Dividir para reinar, y nunca falta algún crédulo que se cree muy vivo.

No me gustaba nada el clima social de Caracas, Pérez Jiménez no supo sacarse el uniforme para gobernar y sobrevinieron las consecuencias. Es justo reconocer que creó riquezas, pero las aprovecharon unos pocos y no dejaron ni las migas. Marquitos no supo crear conciencia, elaborar doctrina. No había estructuras sanitarias, cloacales y aguas corrientes, lo que no hacía más que denotar que buena parte de la población continuaba sin acceso a la higiene, comiendo salteado o debatiéndose entre las epidemias. Yo mismo lo comprobé en esos días al sufrir una amebiasis que me tuvo a muy mal traer; enterarme que la mayoría de los niños del país la padece no me sirvió de consuelo, por el contrario.

Estos sumergidos conforman una bola de nieve cada día más voluminosa en su carrera de descenso. Si se deja crecer ese monstruo de la montaña -y es notorio que se lo está dejando- sin equilibrar las notorias falencias que exhibe el andamiaje social, aquél acabará devorando a quienes especulan con tal desmesura. Para el poder público es tan peligroso no encarrilar el orden surgido de la estampida que provoca la riqueza fácil, como dejar sin respuesta al desorden generado por la extrema pobreza. La franja paupérrima que yo observo, entre la insolente ostentación de riqueza y las escenas infrahumanas que componen la extrema necesidad, codeándose dentro del mismo cubil, nos autoriza a predecir una explosión social que arrasará con lo bueno -y no es poco- y con lo malo de esta situación de desigualdades.

En cuanta oportunidad tuve de hablar con gobernantes no me he cansado de repetir que aquello de "primero sanear la economía y después atender lo social" es un absurdo imposible de llevar a cabo, amén de injusto y socialmente peligroso. O se aúnan las dos acciones o no se

hace ninguna, pero los sofistas del pensamiento, los "bien pensantes" que se arrogan el derecho de sumergir en la pobreza al pueblo con el maravilloso argumento de "después lo arreglamos y ya van a comer" persisten en su obcecación. Nuestra historia americana está llena de estos ejemplos, que los han dado aún los bienintencionados.

Transcurrían los días y las reuniones con Cooke, José Alonso, Serú García, Sevillano, Gianola, Madariaga, Saadi, Borlenghi, mi muy querido Américo Barrios, Jesús Paz y Patricio Kelly. Escuchaba sus opiniones, los veía discutir entre ellos y argumentar los pro y los contra de la decisión de a quién votar. Mi opinión se inclinaba cada vez más hacia Frondizi, creí que era la única salida lógica.

Recibimos el Año Nuevo en casa de Miguel Sanz, responsable de la policía política; quien estaba casado con la actriz argentina Zoe Ducós, compañera de Evita. Inauguramos el año con una rebelión en la base aérea de Maracay. Lo dicho, la bola de nieve había llegado a la base de la montaña.

Marquitos consiguió sofocar la intentona, pero era cuestión de días, porque eso estaba demasiado caldeado.

Mientras se combatía por las calles, la prensa informaba pavadas como que yo estaba asesorando al gobierno en materia de represión, ¡tan luego yo! Finalmente, me dejé convencer y solicitamos asilo en la Embajada Dominicana, éramos apenas cuatro: Isabelita, Américo Barrios, Cooke y yo. A la noche se sumaron Roberto Galán, Enrique Oliva, Ramón Londajo y ¿cómo podía faltar? Patricio Kelly.

La situación estaba negra, se nos acusaba a los argentinos de un par de cuestiones desagradables, la hostilidad no era conmigo solo, estábamos todos involucrados. En la embajada tuvimos que dormir vestidos y armados, y en la madrugada del 27 nos tirotearon por los fondos; cuando salí dispuesto a repeler el ataque, éste fue rechazado por la guardia.

El mismo día a la tarde partí para Ciudad Trujillo, en compañía del embajador dominicano en Venezuela, Don Rafael Bonnelly.

Ultimo destino americano

Una nueva tierra de paso, República Dominicana. Una vez más tuve que salir a la disparada con solo lo puesto. Si yo fuera un hombre apegado a los bienes materiales ya estaría loco de desesperación, ¿cuántas cosas perdí en esos escasos dos años y medio? Ni se me ocurriría hacer la cuenta, pero han sido muchas.

Pasados un par de días, estuvo conmigo mi gente, de momento nos alojamos en el hotel Jaragua, y como no había tiempo que perder, nos arremangamos para trabajar; teníamos encima las elecciones.

Yo sé que todos estaban esperando mi decisión, tanto propios como ajenos. El voto peronista le daría el triunfo al candidato que apoyáramos, pero no iba a apresurarme.

Nos mudamos al hotel Paz, lo preferí por sencillo y poco llamativo, allí había un clima casi familiar y nadie me tomaba a mal porque me hiciera un churrasquito.

Todavía en Caracas, me había entrevistado varias veces con Rogelio Frigerio, pero recién a fines de enero y en Ciudad Trujillo, suscribimos un acuerdo con Frondizi. Le daríamos la oportunidad de ganar las elecciones pero esperábamos que cumpliese el compromiso de restablecer las conquistas logradas por el pueblo en los órdenes social, económico y político; tal como especificaba el acuerdo. Si Frondizi se apoyaba en el pueblo, podría cumplir; si cedía ante los militares -que no me cabía duda de que lo presionarían de todos lados-, no podría mover un dedo aunque lo hubiese querido.

Tuve que explicarles claramente a los compañeros mi decisión, no quería que hubiese ninguna confusión; les dije: "Frondizi no llega siquiera a compañero de ruta, nuestro apoyo es absolutamente circunstancial".

Textualmente, entre otras cosas, expuse que:

"Esta decisión no implica, en modo alguno, una unión con las fuerzas que respaldan al doctor Frondizi, ni tiene otro alcance que el de una norma de conducta a seguir en el momento de sufragar: es un acto de táctica política y una manera de expresar el repudio por

dos años y medio de opresión y vasallaje.

"El doctor Arturo Frondizi no puede dar soluciones de fondo a la problemática nacional: las consecuencias de la política reaccionaria y pro imperialista desarrollada a partir de la restauración oligárquica de setiembre de 1955 demandan un enérgico programa de recuperación que solamente puede cumplir el Peronismo. Y a esa función jamás renunciaremos, pues somos la única fuerza con sentido histórico, cohesión doctrinaria y operativamente apta para reimplantar la Justicia Social, recobrar el patrimonio entregado y restablecer las libertades conculcadas".

Esta explicación tan clara estaba dirigida sólo a los máximos dirigentes del Movimiento, aunque anduvo circulando en otros niveles por decisión de los mismos dirigentes y para que no hubiera dudas acerca de lo que se había dispuesto hacer.

Frondizi obtuvo el 45 por ciento de los votos, también hubo un 10 por ciento de votos en blanco. A los gorilas les quedó claro que los peronistas seguíamos ganando.

Consideré que los cuadros políticos y sindicales estaban bien formados, lo fueron demostrando en las acciones de la resistencia, pero hubo un sector que descuidamos ante la necesidad de atender la coyuntura, y era el de la cultura. Por lo tanto encargué a Raúl Scalabrini Ortiz la tarea de organización; quién mejor que él, de cuyas ideas he abrevado incesantemente. Hecha la evaluación de las elecciones no quedó más que esperar el desarrollo de los acontecimientos, no sin antes proceder a una limpieza de la casa. O sea, los señores Alejandro Leloir, Elsa Chamorro y Vicente Leónidas Saadi pasaron a calidad de ex-dirigentes peronistas, así podían ir imprimiendo tarjetas con ese nuevo título. O éramos coherentes y disciplinados, o todo el esfuerzo se lo llevaba el diablo. Y en la palabra esfuerzo englobo sangre, sudor y lágrimas en el estricto sentido.

No participé de la vida política de la República Dominicana tal como no lo hice en los otros países que tuvieron a bien acogerme, pero sí llevé lo que podría denominar una agitada vida social. Todas las semanas conversaba, almuerzo mediante, con el generalísimo Trujillo; acepté invitaciones a

viajes y excursiones -este diminuto país tiene mucha belleza- e incluso fui invitado a actos oficiales. Podría decir que mi estancia allí era muy placentera, si hubiese podido olvidar, pero no pude. Era ave de paso y no quería arraigarme, viví con la permanente sensación de tener que tener las valijas listas.

Trujillo me prestó una casa de uno de sus hijos, sin costo alguno; era un lugar tranquilo, algo apartado. No me parecía apropiado usar la casa así como así, decidí hacerle algunas mejoras y organizarle el jardín -las rosas son mis favoritas-. Cuando me enteré lo que les pagaban a los obreros no lo podía creer, me daba vergüenza y les pagué el doble.

Me preocupa la Argentina, remití claras instrucciones para comenzar una tarea de agitación para presionar al gobierno a cumplir el acuerdo. Mucho me temía que Frondizi se olvidaría de sus buenas intenciones. Pájaro que comió voló, en este caso doctor que ganó estafó.

Me preocupaba que Trujillo siguiese los pasos de Pérez Jiménez, era otro que no había sabido aprovechar el poder para transformar la realidad social de su país. En cuanta ocasión tuve traté de convencerlo que teniendo todo en la mano era su obligación moral dignificar al hombre dominicano. Me consultaba en temas económicos, pero no se daba cuenta que había que avanzar en todos los frentes. Como fuese, colaboré en lo que pude, y trabajé en un proyecto de molinos harineros pues allí no los tenían. Necesitaban viviendas, protección social, subsidios agrícolas; pero de mí no dependía, y lo lamenté.

Finalmente, Frondizi se quitó la careta, no dio los aumentos de sueldos como debía, ni pensó en legalizarnos, y contestó a las huelgas con estado de sitio; la deshonestidad y el arribismo no tenían límite.

El 20 de diciembre le escribí al jefe de la División Operaciones del Movimiento:

"Hay que salir de esta inactividad destructiva y proceder, proceder, proceder, pero no como hemos estado haciendo hasta ahora, todo en esfuerzos esporádicos y parciales; hagamos un esfuer-

zo de conjunto y habremos vencido (...) La acusación más grave para todos los dirigentes peronistas y en especial para los que tienen o tuvieron en sus manos la conducción táctica, es la pregunta que todos los días hacen millones de peronistas: '¿Qué hacemos?' Es que los encargados de la conducción general han resultado pequeños y, como tales, se han ocupado de los menesteres subalternos, en vez de ponerse a realizar la conducción en grande, que es su misión".

Los términos eran duros, pero en verdad me entristecía ver toda esa pelea por un carguito, por un titulito, por un privilegio; mientras tanto el pueblo que aguante. Los dirigentes, ayer como hoy, deben ser conscientes que los que se exponen a la represión y pérdida del trabajo por las huelgas no son ellos sino el pueblo y es a él a quien se deben.

Cada vez más lejos

Las gestiones con el gobierno español fueron un tanto largas, pero estaba empeñado en irme. Ya había revuelto demasiado el avispero por este continente. Mi vuelta a la Argentina estaba cada vez más lejana, y no resultaba tan fácil echar a la canalla. Cada tanto me asaltaba la melancolía, y también Isabelita estaba llena de nostalgia. Pensé que si nosotros la pasábamos mal, los descamisados estaban peor, perseguidos, maltratados. Tuvimos todo para ser felices, es más, lo fuimos y eso es lo que más duele. Haber probado la dicha y estar privado de ella.

A modo de despedida acudimos a la "Fuente de los Tres Deseos", que está en el centro de la isla. Allí, en compañía de mis formidables edecanes, hemos escuchado, con voz de grito, el angustioso deseo de Chabela: "Yo quiero volver, volver y volver". Sin comentarios.

Ya estamos en 1960, ya han pasado casi cinco años de mi partida. Viví momentos inolvidables, y momentos espantosos, ¿cómo cualquier persona? No creo, la intensidad de los acontecimientos que me tocaron vivir el destino los reserva para unos pocos. Tuve fuerzas para soportar y también para

reponerme, retemplarme en el fuego de las desgracias y el agua fresca de los afectos. Preparé las valijas, me desprendí de lo suplerfluo -para mí casi todo- y me despidí de la hospitalidad dominicana. Quedaban muchos amigos, no pensaba abandonarlos, como nunca he abandonado a mis amigos de tantos países. Seguí escribiéndoles, viéndolos en lo posible, llevándolos siempre cerca de mi corazón.

Subimos al avión, era el 26 de enero de 1960, como es mi costumbre, miré el reloj: 2 y 40. Levantamos vuelo, la noche era clara y ví la fosforescencia de mi muy querido mar Caribe, lo saludé como a un amigo confidente.

El viaje, como no podía ser de otra manera en mi caso, tuvo sus inconvenientes: tuvimos que retornar desde las Bahamas a Ciudad Trujillo por un desperfecto en uno de los motores. De inmediato, recordé otros viajes, otros desperfectos, pensé en el destino.

Estuvimos esperando el cambio de motor durante todo el día, volvimos a partir con oscuridad. Nuestro destino: Sevilla, cuestión de seguridad, decían los españoles. Seguridad de ellos, temían que en Madrid se armasen manifestaciones demasiado bullangueras a causa de mi presencia. Volvía pensar en el destino; soy un hombre que quiere pasar desapercibido, pero no hay caso.

El avión descendió suavemente, se pararon los motores, se abrió la escotilla. Me asomé y aspiré el aire de la Madre Patria. Para mí lo será por muchos años. Le he manifestado a mi habitual anfitrión: "Vuelvo para cumplir un mandato bíblico; horarás a tu padre y a tu madre..."

Exilio y resistencia

(1960 - 1972)

Casi un retorno

La década del '60, se inició con una nueva perspectiva en el panorama político de nuestro país. Habían pasado cinco años de la caída del gobierno del "Tirano Prófugo" como gustaba decirme cierto periódico, y lo único que había logrado el régimen antipopular había sido ahondar esta característica. Habían asumido el poder con toda la energía sangrienta de quienes se saben sin la fuerza popular suficiente como para mantenerse en él. A comienzos de 1960, la opinión popular era terriblemente condenatoria y los militares no sabían hasta cuándo lograrían mantener el control de los gobiernos títeres, sin que la clase trabajadora se manifestara contestataria.

El proceso democrático que por decisión del Peronismo, había llevado al poder a Frondizi, había dejado en las huestes de las fuerzas armadas mercenarias, la convicción de que alejando al perro, la rabia no se terminaba. La democracia sin fraude le da el poder al pueblo, que no se convence de cualquier cosa por intermedio de una campaña publicitaria. El Movimiento Peronista, aún sin organización, estaba vivo y lo demostraba ante la primera posibilidad de manifestación libre, a través del voto. En ese momento comprendí que había llegado la hora de poner manos a la obra y comenzar a organizar la resistencia de manera orgánica. El año 1961 fue dedicado a ese esfuerzo, teniendo en cuenta que en marzo de 1962 serían las elecciones.

En esas circunstancias sucedió lo previsible, un triunfo peronista en varios distritos y las consiguientes intervenciones federales. Al final, el proceso concluyó con la caída del cobarde presidente que no atinó a defender la voluntad popular por miedo y quedó para siempre expuesto ante el pueblo como un pazguato. Un incapaz de defender las banderas por las que se había comprometido. El temor a la muerte fue superior al temor a la historia.

1963 será también el año de la farsa eleccionaria del 7 de julio. El peronismo fue proscripto Arturo Illia triunfó, si así podemos denominar el hecho, con el 21 por ciento de los votos. El radicalismo, ese movimiento popular que con Alem e Yrigoyen llegó a ser incandecente, había abdicado a su destino. Y encima el coro de mediocres aceptó esa derrota triunfal, orgulloso por ser la única manera de volver a ocupar un lugar en la política que no le correspondía porque el pueblo había advertido que la historia se escribiría con otras herramientas.

El ingreso del radicalismo al poder había sido otro triunfo peronista. Era la demostración palmaria que sin pueblo no hay democracia, que sin peronismo no hay historia. Illia tomó el gobierno controlado por el ejército; mientras la ciudadanía observaba expectante la escena como cuando en un viejo circo de pueblo el domador introduce la cabeza en la boca de un león ya viejo y sin dentadura. El ejército había escrito el libreto y su primer actor, el presidente Illia, debía interpretar bien el papel, de lo contrario sería reemplazado por otro actor. El trabajo en la Argentina posperonista escaseaba y ese puesto era muy bien pago, por consiguiente, más de uno estaba dispuesto a intentar una prueba para quedarse con el papel. Después de todo, el 21 por ciento respaldó al radicalismo pero, acaso, ¿el porcentaje de gente que apoyaría un gobierno militar no era similar o mayor? ¿Haber si todavía en esa circunstancia resultaba más popular un gobierno de facto?

Por diversas razones, entonces, 1964 me pareció a mí como el año del retorno. Durante esa etapa traté de llegar hasta la Argentina pero sucedieron una serie de hechos que

frustrarían mi llegada, entre ellos el accionar de las cancillerías argentina y brasileña en íntima vinculación con la CIA.

Durante 1964 todo Madrid fue el cuartel general del justicialismo. Infinidad de gente llegaba de la Argentina para conversar conmigo por diversas razones. Muchos solamente para figurar entre las visitas, otros, los menos publicitados, para informarme acerca de cómo funcionaba la resistencia. Con estos últimos comencé a verme en distintos lugares. En general, prefería dejar la quinta como la residencia para los "turistas", y me veía con quien era importante tanto en la casa del Plantío -un lugar apartado del centro-, como en breves recaladas en bares y mesones donde pasábamos los datos básicos o bien combinábamos una entrevista posterior en otro lugar.

Para escapar al cerco de los curiosos que no concebían un viaje a Europa, sin ver a Perón y sacar patente de informados, armé dos lugares menos conocidos: el refugio que mi médico tenía en la sierra, y el despacho de Jorge Antonio en la Castellana, un lugar estratégico frente a la embajada argentina.

Otra clave para la organización fue la correspondencia. El correo en un país como España, fue de mucho mayor peso específico para el seguimiento del proceso popular argentino. No se podía comparar. La península Ibérica, con su resonancia a nivel europeo, su estratégica ubicación y su prestancia internacional, no podía ser tan controlada en sus acciones como lo eran los países latinoamericanos. Esta circunstancia favoreció profundamente la integración con la Argentina de los organismos de control político residentes en Europa y fortaleció la comunicación de los organismos políticos argentinos con mi persona. Concretamente, el Comando Superior Peronista, de destacada labor en la Patria, pudo actuar más libremente desde que yo me instalé en Madrid. Hasta el diagrama de vuelos de las agencias internacionales favorecían la ductilidad que el movimiento peronista iba adquiriendo, porque gracias a las constantes visitas yo estaba informado al minuto de las circunstancias acontecidas en nuestra querida tierra.

El cambio cualitativo en el apoyo logístico de las actividades del Comando Superior, nos permitió animarnos a tomar decisiones atrevidas a nivel político pero que como tales, dejarían la impronta que posee un movimiento popular organizado. Gracias a esa nueva facilidad, el peronismo decidió votar en blanco en las elecciones parciales de marzo de 1961. El hecho en sí, que hoy se lo recuerda como menor, debo decir que para el momento significó una atrevida toma de posición con respecto a la política nacional. Pudo pensarse que el justicialismo abandonaba la lucha y que el voto en blanco era sólo la justificación del adiós. Por otra parte, la gente siempre necesita ver un horizonte; pedirle de repente que votara en blanco podía interpretarse como que el famoso "líder" no tenía respuesta política a la coyuntura. Por eso fue fundamental la campaña de adoctrinamiento que comenzó el Comando y por la misma razón que España fuese el país de residencia y el centro de operaciones.

Nuestra decisión, después de todo, logró una postura histórica por varias razones. Por un lado, mostrando la fortaleza del poder popular, por otro, favoreció el resonante triunfo del viejo líder socialista Alfredo Palacios. El inolvidable veterano luchador fue elegido como Senador por la Capital Federal. Aparte, el frondizismo pudo ser hostigado en forma directa por los cuadros políticos del movimiento que con directivas cotidianas podían reprochar permanentemente al sector del gobierno por su incumplimiento de lo pactado.

Desde los primeros meses de ese año el peronismo estuvo en estado de asamblea con corrientes encontradas en su seno y las ramas políticas no lograron unificarse. Era lógico, el movimiento crecía en forma permanente, los primeros peronistas tuvieron hijos en toda esa etapa y estos últimos eran peronistas por dos razones: voluntad propia y comprensión de la realidad. Quienes nos habían arrojado del poder resultaron tan malos, demostraron tanta incapacidad que, al final, la imagen que tenía el pueblo de nuestro gobierno, ganó espacio porque prevaleció el sentido voluntarioso y afectivo para con los pobres. Nosotros, quizás hasta

sin saber bien cómo hacer las cosas, resultamos ante los ojos del pueblo como óptimos, debido a la buena voluntad que pusimos en la tarea y porque, sencillamente, los que vinieron después resultaron tristemente incapaces. Ello nos permitió aseverar que, si en un comienzo, había triunfado con el voto de los hombres, y en 1952 con el de las mujeres, tenía asegurado el futuro con el voto de los niños y de los recién nacidos.

De todas formas había que tomar el toro por las astas. Había que organizar el movimiento. Ya teníamos muchos militantes revolucionarios presos gracias al Plan CONINTES, que el ejército de ocupación le impuso al "ilustre Presidente". Era innegable que el desconcierto y el temor había comenzado a propagarse entre las filas populares. Para esa época vino a verme desde la Argentina y comisionado por varias organizaciones de base, el mayor Pablo Vicente. Había estado preso por peronista todo el año 60. Fue torturado salvajemente y cuando recuperó la libertad comenzó la tarea de la mano del pueblo. A él le di en mano la orden de que se dispusiese el llamado a elecciones internas del peronismo, sin digitaciones y de abajo hacia arriba, a los efectos de que surgieran los verdaderos representantes populares. Mi intención era repetir la voluntad de Alem que plasmó Yrigoyen; realizar un partido político desde un movimiento de opinión avasallador, para que con instituciones reconocidas por la democracia liberal, no pudiesen culparme de retrógrado. De esa manera, se evitarían las rencillas internas en torno a la verdadera representatividad.

Yo recibía a todos, no hacía diferencias, después de todo si me gustaba o no la persona que venía a verme, era harina de otro costal, si ésta decía ser representante o referente de alguna sección electoral y lo podía demostrar, poco importaba que opinara yo de él.

Una vez realizadas las elecciones estaría todo más claro, e inclusive me permitiría seleccionar las visitas. Este tema hacía al fondo de la cuestión, yo estaba convencido de que el tiempo de lucha del movimiento hubiese sido mucho menor, ya dije muchas veces que sólo la organización vence

al tiempo, con lo que me interesa dejar claro que esa preocupación no es un tema de hoy para mí, porque estoy cerca de la muerte.

Organizarse es la función básica fundamental de cualquier comunidad y es también la base de la comunidad organizada.

Esas elecciones no se llevaron a cabo y su anulación resintió al movimiento. Los dirigentes continuaron siendo elegidos a dedo más por su lealtad que por su capacidad, en cierto sentido yo necesitaba esa característica, es innegable el hecho de que una persona desleal no podría mantenerse en los altos mandos porque el sentido de su función implicaba responder a mis directivas.

Pero también era verdad que yo no podía tomar todas las decisiones desde miles de kilómetros de distancia. Los peronistas conductores debían ser leales a mí pero por sobre todo leales a quienes en realidad iban a representar una vez que no estuviese para guiarlos. Yo aseguro que las clases de conducción política estuvieron destinadas a ello.

Muchos cuadros directivos fueron deficientes en ese sentido, otros peor, fueron corruptos que pretendieron imponerse en los altos cargos para beneficio personal. Flaco favor le hicieron al movimiento. Si no hacíamos algo al respecto, la gente terminaría por desconfiar de todo, encima estando proscripto sería evidente que el peronismo mostraba su faceta más amarga y el ímpetu popular podía morir. Le pedí a Framini que llevara mi pensamiento a la base. Le expliqué que en mi gobierno había tenido hombres que sólo por honestidad y porque les parecía justicia todo lo que estábamos realizando se llamaban peronistas y muchos de ellos actuaron con la mayor buena fe. Pero en el exilio sabíamos que ser peronista no implicaba solamente eso. Debíamos dar lugar a una nueva mentalidad revolucionaria, una mentalidad de lucha. El verdadero sentido del ser peronista no pasa ya por respetar al líder o a las veinte verdades. Esas fueron cuestiones del primer momento.

Ser peronista ahora significa tener sentido común y pensar que el pueblo puede responder a nosotros o no, pero

que hay una ancha franja de gente que no está de acuerdo con nosotros y que merece nuestro profundo respeto por ser sobre todo defensora de la democracia. Nuestro enemigo común estaba fuera del pueblo no dentro de él. Todo esto no lo podían saber "ciertos" peronistas incapaces de tener vuelo propio, a los cuales había que adoctrinar.

Por eso yo creo que el peronismo tiene un camino y una solución esencial que realizar y no es otra que ir elevando la cultura política, la cultura cívica y la cultura social del pueblo. Sin esto estaremos siempre expuestos; si le enseñamos a discernir, a comprender por sí mismo, estaremos seguros de que no nos volverán a engañar nunca más.

Lo he dicho mil veces: "Dudo que exista pueblo más politizado que el nuestro; pero carece de cultura política".

Con el mismo predicamento instruí a quien había sido mi canciller, el Dr. Bramuglia, para que a su regreso a la Argentina se encargase de explicar al peronismo y a la oposición democrática que el país debía ser pacificado. Que era urgente y necesario un diálogo integral con la participación de todos los sectores de la vida nacional. En marzo de 1962, varios acontecimientos de relieve se sucedieron. El asesinato de Trujillo ocurrido el año anterior pero que repercutió posteriormente en la política internacional; la conferencia económico-social de la OEA en Punta del Este y el viaje secreto del Che Guevara a la Argentina y su entrevista con Frondizi en Olivos; el asesinato del líder negro Lumumba completa el panorama. A nivel local, la muestra de debilidad del neoperonismo que perdió las elecciones de Santa Fe contra la UCRI. La juventud que comenzaba a organizarse por propia iniciativa, detrás de las consignas populares. Paralelamente, las Fuerzas Armadas que temían la infiltración izquierdista. Frondizi rompía relaciones diplomáticas con Cuba, "otra de sus concesiones tácticas", alentado por el triunfo de su partido en Santa Fe, y albergaba, además, secretas esperanzas para las de marzo en en la provincia de Buenos Aires.

Asimismo, desde España envié a Américo Barrios, a la sazón mi secretario privado, a preconizar el voto positivo

del movimiento. Había alcanzado para ese instante la fórmula Framini-Perón, a sabiendas de que el régimen proscribía mi nombre, pero quedaría señalado a los ojos del pueblo cuál era el candidato que se debía votar. La orden fue votar y ganar, y el 18 de marzo el peronismo triunfó. Esto terminó por "pelar" a Frondizi, demostrando que él tampoco podía velar al peronismo. A pesar de haber anulado las elecciones, los militares lo desalojaron de su puesto el 29 de marzo, paradójicamente el día del Ejército Nacional.

Frondizi no respondió a los compromisos solemnemente contraídos, Frigerio y Cooke mediante, porque jamás pensó en cumplirlos. Lo prueba el hecho de que rubricó no menos de media docena de solemnes juramentos similares al que firmó conmigo, que a menudo se contradecían en un ciento por ciento. No hubo más remedio que organizarle una derrota, así como le organizamos una victoria. El se limitó a transferir a la obra del tiempo, la solución de los problemas más acuciantes; los dejaba para mañana, los enviaba a ejercicio vencido. Pero claro está, los problemas seguían existiendo, acumulándose en grandes pilas en la puerta del despacho presidencial. Una mañana salió con el paso de costumbre: tropezó su pie con un expediente y la pila se vino abajo hasta aplastarlo bajo su peso. Cayó víctima de sus contradicciones; de su "posibilismo", que algunos llaman "maquiavelismo".

El error mayor de Frondizi fue el de no tirar el gato en la primera noche de su viaje de bodas, de sus nupcias con la presidencia. Después, resultó tarde y cuando finalmente se decidió a hacerlo, los factores de poder lo tiraron a él.

A mí siempre me pareció una suerte de domador de leones hambrientos, capaz de asegurar el éxito del espectáculo con el sacrificio gradual y paulatino del equipo de sus colaboradores. Una vez, les entregaba como carnada un ministro; otra vez, un vicepresidente; en alguna oportunidad, un asesor técnico, o un amigo íntimo.

Cuando se le acabaron las víctimas de su lista, él mismo pasó a ser pasto de los leones.

El gobierno de Guido fue sólo la consecuencia de lo anterior. Se produjo en el momento en que las circunstancias demostraron que Frondizi podría malograr los fines y los planes de la dictadura militar, que prácticamente venía gobernando desde 1955; poniendo a las claras que existía un verdadero plan contra el poder civil, encaminado a mantener la supremacía militar en todos los aspectos de la vida nacional, cosa que inclusive parecía ser una consigna continental a la que no eran ajenos los agentes foráneos de presión. Guido fue aceptado inmediatamente porque los "altos mandos" se persuadieron de que por sus escasos valores y falta de personalidad, era el personaje que más se adaptaba a sus intenciones y designios. Así se llegó a la farsa de Illia en donde la minoría se transformó en mayoría. Modelo de arbitrariedad y de descarada simulación que quedará en la historia al implantar un gobierno fantasma cuya representatividad efectiva ni se acercaba al 20% del electorado.

En ese momento comencé a pergeñar la idea de que el gobierno de Illia corrigiese a corto plazo la situación inadmisible creada en el país por tanta ignominia en lo económico, social y político. Si el enemigo común de la civilidad eran las fuerzas de ocupación, había que unirse contra ellas.

Recién en 1972 lograríamos conformar este frente cívico, pero la idea ya estaba lanzada. También estaba lanzado el deseo del retorno y tampoco fue posible alcanzarlo por aquella época. La mía, sin embargo, fue una decisión irrevocable. Así lo hice saber a quien quisiera escucharlo. Pensaba que mi llegada podía ser prenda de unión y pacificación nacional. A esa altura de mi vida me di cuenta de que la única función política que podía implementar personalmente era la de factor aglutinador.

Algarbe era en ese momento mi secretario y la persona que se encargó de supervisar desde Madrid el "Operativo Retorno". De Gaulle visitó la Argentina y las bases lo reciben al grito de: "De Gaulle y Perón un solo corazón". El 17 de octubre del 64 pasó a ser memorable debido a que más de 60.000 personas se nuclearon en Plaza Once para testimo-

niar su fe justicialista. En aquella ocasión se leyó una declaración de la comisión del operativo, la cual había puesto como fecha del mismo el mes de diciembre de ese año. Los integrantes de la misma fueron: Delia Parodi, Andrés Framini, Augusto Vandor, el Dr. Lascano, Iturbe y Remorino. Dos ilustres personalidades españolas cumplían la labor de asesoramiento: el general Cavanillas Prosper y el director de "Pueblo" y viejo amigo, Emilio Romero. Ya durante el mes de noviembre comenzaron los aprestos para la comitiva que regresaría al país.

Ninguna empresa aérea quería comprometerse a realizar el vuelo con nosotros, todas tenían algo que ver con los intereses económicos yanquis.

La decidida intervención de Jorge Antonio permitió concretar la compra de los pasajes en un vuelo de la compañía Iberia. Bueno, en algo también lo habíamos ayudado nosotros, ¿no?, Antonio firmó un compromiso por el cual se hacía responsable de cualquier gasto extraordinario que surgiese en el viaje. Esa circunstancia le valió la expulsión de España. Faltaba de todas maneras burlar la vigilancia del aeropuerto de Barajas. Allí estaban los organismos de seguridad locales, la prensa de ambos países y los diplomáticos argentinos. A pesar de todo, pudieron hacerme ingresar subrepticiamente a la nave. Partimos de España en vuelo regular y con todos los documentos en regla. Cuando llegamos a Río de Janeiro, la nave quedó impedida de seguir hacia Buenos Aires. Una comitiva militar ingresó y ordenó al comandante que identificara al grupo de argentinos. El funcionario se acercó a mí y me informó que debía volver a Madrid. "¿Quién lo manda?", interrogué. El presidente de Brasil, me contestó. Detenidos e incomunicados permanecimos hasta que nos permitieron volver a España. Las autoridades brasileñas expresaron que en caso de que la aeronave se desviara de su ruta hacia Europa y pretendiese retornar al continente americano, sería derribada sin contemplaciones. La conjetura del gobierno había tenido buen resultado. Los regímenes de la Argentina y el Brasil, uno surgido de elecciones restringidas, el otro de un golpe militar, se habían

puesto de acuerdo. Yo estuve decidido a trasladarme a la Argentina porque allí se estaba forjando un movimiento que podría apuntalar al gobierno de Illia.

El gobierno radical era constitucional a medias, pero así y todo era mejor que una dictadura. Así se lo hice saber a Jerónimo Remorino que era un hombre muy vinculado y capaz. Al tiempo apareció un mensaje de Illia diciendo que el gobierno constitucional no tenía exiliados. Después el ministro de Relaciones Exteriores Zavala Ortiz, dijo que si yo estaba en España era porque quería. ¿Ah, sí?... dije yo; entonces saqué boleto y me largué para allá. Me pararon en Brasil y me hicieron volver. Siempre caemos en lo mismo, en el dominio de los países que mandan. A la vuelta en Puerta de Hierro instalaron una fuerte custodia, el gobierno español también tenía miedo, no podía negarme asilo por todo lo que había significado yo para el régimen, pero tenía miedo a que la presión del capitalismo internacional le impusiera severas restricciones políticas. Optaron por aceptar que volviese a Madrid, pero me prohibieron todo tipo de actividad política. Yo no tuve más remedio que aceptar, no estaba en condiciones de exigir nada. Pero quedó claro para la sociedad argentina cuál era el grado de democracia que vivían, fruto de un gobierno en el cual en ese momento sobresalía Illia como "jefe" pero que era una continuidad desde 1955 y que en diez años había reunido un millón y medio de desocupados y la falta de un millón de viviendas. ¡El corso seguía su marcha!

Uno contra todos

Los "intelectuales" de moda, me hacen acordar a un asistente que tenía en Paraná, que andaba en talle gentil aguantando temperaturas bajo cero. Le pregunté si no lo habían provisto del capote reglamentario. "Carezco, mi teniente", me aclaró, orgulloso de haber acertado con el término.

Todos estos exquisitos, personifican, en efecto, el des-

dén, el exotismo llevado a la categoría de preciosismo de cenáculo. Tienen una categoría ajena y extraña al ser nacional, presumen de independientes aunque actúan domesticados por los grandes pulpos editoriales y periodísticos, que los amenazan con el látigo o los extorsionan con los complots de silencio, en tanto los autorizan a declamar odas a la libertad; claro, a la "libertad" en abstracto. Este tema lo he conversado alguna vez con Belisario Roldán, a quien los turiferarios no pudieron malear ni ofreciéndole prebendas en bandeja de oro.

Quiero detenerme ante un hombre símbolo: Raúl Scalabrini Ortiz, quien personifica la mejor tradición civil de los argentinos. Entre las víctimas de este período de abdicación, de negación de los valores más sagrados de la nacionalidad, ninguno le aventajó en cualidades morales, en civismo de la mejor ley.

El forjó el carácter de la resistencia frente a los usurpadores, haciendo inteligible lo que todos trataban de interpretar como "causas de la derrota argentina". Era un luchador de raza y yo, particularmente, soy deudor de sus ideas madres transcriptas en *La fuerza es el derecho de las bestias* y *Los vendepatrias*.

Ejerció, es cierto, la primera magistratura moral de la República y cuando le tocó partir de este mundo, me hizo depositario de su testamento político.

Se les ha ido la mano, acaso. La palanca ha girado los 360 grados dando una vuelta total y le ha dado en la nuca al mecánico que la puso en movimiento. A veces pienso que toda mi labor de esclarecimiento ha sido suficientemente justificada por la actuación posterior que les cupo a los "rojas-aramburus" y demás adláteres de turno. En el ejercicio de la antipatria han sido mis mejores y más seguros aliados, y los que han alejado del cálculo de muchos tibios la esperanza de un "modus vivendi" a la manera de tregua, que les permitiera disfrutar en paz, la digestión del botín respectivo. El saqueo de fuera y de dentro padecido por la economía nacional tuvo como corolario la fuga masiva del

dinero argentino, que no tiene vocación suicida ante las perspectivas de un deterioro en progresión geométrica. Es la torpeza y la iniquidad de mis enemigos las que fabrican un clima favorable para que nuestros propósitos fuesen comprendidos. Como en el adagio castellano, *"otro vendrá, que grande te hará"*.

El capitalismo, en lucha por sus intereses, impuso al mundo su sistema ordenador y práctico, primero, ineficaz e injusto luego, inaceptable y anacrónico, después. Ello dio nacimiento y razón de ser al comunismo teórico, que en la práctica fracasó. Sin embargo, fueron los errores del capitalismo los que lo fortalecieron; sus abusos los que lo tonificaron, y sus ataques los que lo vigorizaron. El capitalismo, sigue siendo hoy la causa y el efecto que es el comunismo.

Creo que ningún padre, medita seriamente en matar a un hijo malo. Me atrevería a afirmar que hasta en la Unión Soviética se enfrenta el comunismo con las limitaciones propias de quien no lo quiere vencer; lo que prueba el hecho de la aparición tímida de modalidades capitalistas, de la tolerancia que existe para las expresiones elementales de la propiedad privada.

En los momentos actuales, lo conservador sería evolucionar inteligentemente. La decisión del capitalismo, de conservarlo todo, lo llevará a perderlo todo. El justicialismo, suprimiendo los abusos capitalistas internos e internacionales, ha dado origen a una evolución constructiva y salvadora. Sólo la ceguera inaudita del capitalismo, pudo haberlo impulsado a combatirlo.

A propósito, me acuerdo de una de estas conferencias tipo convocadas en nombre de los ideales panamericanos. Una de ellas, pomposamente tituladas "Conferencia del Consejo Interamericano Económico y Social" se celebró en Panamá a mediados de 1951, y fue clausurada antes de lo programado, sin resolver nada; como de costumbre y dejando nuevamente "el rabo por desollar". Lo único que patentizó su desarrollo, fue la falta de buena fe, de sinceridad y de lealtad en los procedimientos.

Tomemos el enfoque nacional argentino, pero en sus

conexiones con el juego de los intereses supranacionales:

Cuando las fuerzas de ocupación usurparon el gobierno derrocado, el justicialismo -que había sido elegido por una mayoría absoluta del setenta por ciento del electorado argentino-, dejó un estado financiero internacional que arrojó tres indicios reveladores:

a) Teníamos una reserva financiera de 1.500 millones de dólares.

b) No teníamos deuda externa.

c) Teníamos un saldo favorable en la balanza de pagos al exterior.

Durante mi gobierno, repatriamos una deuda no inferior a los 3.500 millones de dólares que recibimos como herencia de los gobiernos anteriores.

Todo esto pudimos hacerlo precisamente porque prescindimos del concurso de los Estados Unidos. No es secreto para nadie que este país enemigo mortal de mi gobierno, nos bloqueó y saboteó de la manera más descarada y cruel.

Se lo dije a Eduardo Miller, en lenguaje diplomático, cuando arribó a Buenos Aires, como flamante adjunto a la Secretaría de Estado de la Nación, y para que no repitera los gruesos errores de Braden. La frase es corta y la recuerdo entera; dice así: "Siempre que hable conmigo tenga presente estas dos premisas fundamentales: que gobierno el pueblo más sensible y delicado de la tierra, y que yo soy el gobernante de ese pueblo".

Caídos nosotros, la cosa cambió, porque prohijada la usurpación gubernamental por los Estados Unidos, comenzaron los usurpadores a recibir su "protección", consistente en empréstitos sucesivos para pagar la deuda que gradualmente fueron contrayendo con este país. Las consecuencias, están a la vista: en la actualidad el estado financiero internacional de la República es el siguiente:

a) Se han "tragado" la reserva financiera, de la que no poseen ni un cobre.

b) Tienen una deuda externa que supera los 4.000 millones de dólares, sólo en deuda estatal directa.

c) Tienen una deuda externa por documentos descontados en empresas financieras norteamericanas con el aval de los bancos argentinos que debe fluctuar alrededor de los 1.000 millones de dólares.

d) Deben todos los servicios financieros de las empresas petroleras instaladas después de mi salida, servicios que deben pasar los 1.200 millones de dólares.

En resumen: durante los diez años de mi gobierno, pagamos toda la deuda externa existente, acumulamos una reserva financiera y mantuvimos una balanza de pagos, con la persecusión y oposición sistemática de los Estados Unidos.

El gobierno de la ocupación que nos derrocó a nosotros, con el apoyo y la ayuda norteamericana, en ocho años de "protección", ha perdido la reserva financiera que encontró; ha contraído una deuda externa de alrededor de los 6.000 millones de dólares, que deberá pagar el pueblo argentino con hambre, miseria y dolor; y mantiene una balanza de pagos deficitaria.

En el mundo, ya no queda país sin economía dirigida. O la hace el Estado en beneficio de la comunidad, o la ejercen los grandes consorcios en beneficio de los particulares intereses económicos financieros.

Por ejemplo, no existe un tanque central en el Tesoro de Washington, suficiente como para colmar de combustibles los pequeños bidones que representan las economías deterioradas de América Latina. No hay vasos comunicantes, sino tubos de succión, de capitales y de mano de obra. Segundo, la oligarquía en el país atrasado, se fortalece al constituirse en la intermediaria del sistema colonial. Cobra así, un seguro contra la revolución, respaldada en el poder más rico. Por eso estoy convencido que los Estados Unidos no cosecharán amigos entre las "espaldas mojadas", sino complacientes instrumentos de penetración económica. Su combinación de "mitad a mitad", me hace acordar a la proporción que entra en el relleno de cierta clase de empanadas criollas: "una vaca, una gallina; una vaca, una gallina...".

Nuestros enemigos, no nos han derrocado y mucho menos, derrotado.

Hemos caído víctimas de nuestras debilidades internas; o con mayor rigor, de nuestras defecciones, de nuestro aburguesamiento.

Un movimiento político cuyos dirigentes no están dotados de una profunda moral; que no están persuadidos de que esta es una función de sacrificio y no de gangas; que no están armados de una probada abnegación; que no sean hombres humildes y trabajadores; ese movimiento está destinado a morir a corto o largo plazo, tan pronto trascienda que los hombres que lo conducen y dirigen no tienen condiciones morales suficientes para hacerlo.

Muchas veces he dicho que los pescados y las instituciones se descomponen por la cabeza. Por otra parte, en el área popular, los altos standard de vida, la plena ocupación, el acceso fácil y remunerativo a los puestos de trabajo, una justicia distributiva aplicada a rajatabla, sin la contrapartida de esfuerzos y sacrificios, creó un clima de enervamiento que era el menos indicado para resistir a la insidia, la calumnia, el ataque frontal, que se llevó contra las posiciones conquistadas, que acaso no respondían a la pequeñez de la nueva clase.

En los equipos dirigentes, amén del desgaste propio del ejercicio de poder, defeccionó el espíritu de lucha; en tanto la corrupción burocrática, el descreimiento, la desidia, ganaban terreno hasta pudrir nuestros mejores elementos y volver aleatorias las intenciones mejor inspiradas.

Yo vi claro que teníamos que reconstruir el movimiento; pero con otra tónica,. con otra moral, con otro estilo de vida.

Lo que daba con facilidad como regalo o prebenda, no se defendía en ningún caso, y con igual facilidad se resignaban posiciones o se abdicaba en otras oportunidades, como si no se estuviera convencido de tener razón.

Para mí, ninguna organización debe ser confundida con amontonar gente. Ni el ideal de la unidad partidaria puede ser obtenido amontonando dirigentes, activistas o bases.

Organizar es hacer que la gente responda "de un cierto modo ante ciertos supuestos" y para ello, debe ser previamente adoctrinada; porque es la existencia de una determinada mentalidad la que explica por qué la masa reacciona de una manera determinada. Indudablemente que para hacer una cosa así, es necesario tener la conducción y todo un sistema de acción establecido, de transmisión para que cuando llegue el momento de la ejecución se conecte en un todo y accione todo el mundo junto; porque las sucesivas dictaduras y gobiernos que actuaron en la Argentina desde 1955, se esforzaron en destruir cuanto nosotros habíamos hecho en la justicia social, sin conseguir mejor resultado que anarquizar el país, arruinar la economía, entregarlo a la voracidad de la explotación colonialista y sumir al pueblo en la miseria.

Una patente ignorancia y una inaudita falta de grandeza en los hombres que las circunstancias han puesto en situación de decidir, están malogrando las posibilidades de llegar a una solución, por pretender resolver el problema mediante fórmulas y esquemas dirigidos a burlar la voluntad popular y no a satisfacerla.

Nosotros, no tenemos ni tendremos el mundo en nuestras manos; pero sí algo más grande e importante: Nuestros ideales y nuestras soluciones.

Estamos convencidos de que el mundo podría salvarse con esos ideales y soluciones: Justicia social, independencia económica y soberanía política.

Sé que alguna vez hemos transitado por el error; pero empezar por reconocerlo nos hace menos imperfectos que antes de cometerlo. Aquí, habría que repetir la sentencia árabe:

"Si me engaña una vez, lo maldigo.
Si dos, lo maldigo y me maldigo.
Si tres, me maldigo".

Hemos avanzado a costa de nuestra propia piel, que es como interpretan los tontos la experiencia, según Bismarck.

Los hombres se separan en hedonistas, que son los que

aguardan todo de los demás, y en justicialistas, que deben aguardar todo de sí mismos para compartirlo con un sentido de la solidaridad y la justicia, tal como está en el Evangelio.

El triunfo no me enerva. He alcanzado una etapa en mi experiencia en que puedo hacer más mía la actitud de un filósofo estoico: he llegado a soportar la victoria.

Estoy en un punto de mi vida en que ni el triunfo me exalta, ni la derrota me deprime. Pero estoy seguro que ahora mismo me animaría a ganar una elección general en la Argentina, con el 70% de los votos, sólo con los "derechos del trabajador" como plataforma.

Conducción y militancia

A comienzos de 1965, la nueva etapa de desenvolvimiento político-táctico parecía planteada en base a una nueva estrategia. La decisión del gobierno español, referente a la imposición que el imperialismo le había hecho, respecto de la prohibición de que yo efectuase algún tipo de acción política, al principio influyó en el desenvolvimiento normal de las acciones tácticas. Sin embargo, y con el transcurso del tiempo, quedó claro que no podía evitar el constante afluir de gente de la resistencia. Entonces, la exigencia del gobierno de Franco se limitó a que nosotros mantuviésemos una recatada privacidad. ¡Ojos que no ven...!, me contestó el generalísimo, cuando le referí la auténtica imposibilidad de suspender toda acción política. Aparte, los sucesos políticos de la Argentina no estaban para desaprovechar.

Cada vez se tornaba más evidente que nuestro país viviría una experiencia golpista. Había algo en el ambiente político que preocupaba a los sectores de poder. Por un lado, José Alonso volvía a ser elegido como secretario de la CGT y la central obrera propiciaba una serie de actos de fuerza bajo la advocación de Felipe Vallese, un militante peronista secuestrado y asesinado por la policía, en 1962.

Enero del 65 comenzó violento. Las fuerzas sindicales luchaban sistemáticamente en su frente de acción cotidiano,

que habían transformado en frente de lucha. Se tomaron fábricas, ingenios azucareros en Tucumán..., en fin, aires de lucha armada soplaban en el ambiente político. La violencia engendraba violencia una vez más.

La fuerza de la gente por momentos incontenible, trató de apaciguarse mediante una concesión política: el otorgamiento de la personería jurídica al Partido Justicialista. Esta jugada clave aplacó los espíritus.

Las huestes peronistas comenzaron a prepararse para un nuevo enfrentamiento electoral. Marzo sería la fecha; y el objetivo, el recambio en los integrantes de la Legislatura. Era solamente una jugada política. Un darse tiempo.

Todos sabíamos de sobra que las elecciones ni siquiera servirían para medir fuerzas, a esa altura de los acontecimientos, había un solo ganador. Las Fuerzas Armadas no permitirían que los representantes peronistas asumieran luego de elecciones libres, por consiguiente se hacía evidente que antes de que el acto eleccionario se llevara a cabo, las Fuerzas Armadas tomarían el poder. Desde Madrid, más que nunca, comenzaron a viajar hacia la Argentina sucesivas instrucciones referidas a los pasos que el movimiento debía dar, como para no quedar expuesto ante los grupos de poder. Estos ya habían comenzado a realizar su espinoso y salvaje trabajo de erosión dentro de las filas del movimiento, con el fin de desgastarlo hasta provocar su división. "Divide y reinarás" fue la consigna y muchos dirigentes aceptaron la propuesta.

Con el objetivo de renovar los cuadros militantes y directivos muchos dirigentes avalaron con su acción la farsa de conseguir un peronismo sin Perón. Rápidamente el justicialismo se dividió en dos bandos, que si bien decían defender la misma doctrina, desde el comienzo se transformaron en antagónicos. Otra vez en la historia política argentina era mi nombre el que generaba unidad y recelo.

Apareció un grupo que se autodenominó Partido Obrero Peronista, conformado por muchos dirigentes que habían usado mi apellido y nuestra doctrina para ostentar beneficios de índole personal. Estuvieron encabezados por una figura que con el tiempo tomó relieves propios debido a sus actitu-

des personales: Augusto Timoteo Vandor. Como reacción a este grupo surgió el grueso de unidades de base en todo el país denominadas con la frase significativa "De pie junto a Perón".

Fue un momento político muy especial. El ejército tenía dos caminos ante las elecciones inminentes, o dividía el movimiento organizando una fractura irreparable, o tomaba el poder y seguía neutralizando el avance popular mediante el golpe y el quiebre de las libertades individuales. Ante esta disyuntiva, primero esperó que los acontecimientos se sucedieran; cuando el resultado en las urnas le confirmó que el peronismo seguía intacto, entonces inició su acción con la primera estrategia. Apareció un pacto explícito entre ciertos gremios y las Fuerzas Armadas que terminaron por reconocer hasta quienes decían no entender nada de política. La burocracia sindical fomentaba los disturbios en los gremios que, por otra parte, no era una tarea difícil de hacer porque el descontento era natural y espontáneo. Así, el ejército conseguía la excusa para tomar el poder so pretexto de conmoción social interna.

Las elecciones de marzo del 65 fueron aleccionadoras para nuestros adversarios, porque la acción organizada y masiva del pueblo irrumpió una vez más en el proceso político argentino con fuerza tremenda, superando la aplastante campaña psicológica encaminada a dividirlo y dispersarlo. La imponente masa descamisada votaba bien por sí misma, superando o menospreciando la cobarde disputa interna por los cargos que había propiciado un reducido grupo de egoístas. A comienzos de julio, el ex presidente Aramburu declaró, en rueda de prensa internacional, que las posibilidades de golpe de Estado aumentaban día a día. Y en agosto y setiembre, la República fue escenario de huelgas y paralizaciones laborales sucesivas.

Dentro de ese contexto, fue que yo decidí el viaje de Isabelita. La presencia fortuita del diputado provincial Enrique Guerci, me facilitó grandemente las cosas, porque mi mujer tuvo la oportunidad de ser acompañada por él, a quien yo estimaba por su lealtad infranqueable. En esa época, el juego de las lealtades y de las traiciones había cobrado una

cotidianeidad inusitada. La gente se empezó a identificar y a reconocer por su "lealtad a Perón". Ya no valía solamente reconocerse como peronista.

Por eso será que diez años después recobró su vigencia, y la mitología popular, que muchos se encargaron de cargármela a mí, identificó mi apellido con la palabra Patria. Yo nunca tuve semejante pretensión, pero reconozco que en el momento álgido de la lucha contra el vandorismo, se habían cargado las tintas tal vez en demasía, y esto pudo provocar que para la conciencia popular, defender a Perón fuera defender a la Patria.

Muchos sociólogos e intelectuales de todo tipo se acercaron a mí en distintas épocas y me contaron que para ellos, mi apellido estaba incorporado como concepto y formaba parte de una manera más de entender racionalmente la idea de ser Nacional. La palabra Perón como perteneciente al mágico breviario de que dispone el pueblo para auto-reconocerse como copartícipe de una misma integridad. Con que esta aseveración fuese verdadera, aunque sea en un pequeño porcentaje, demostraría entonces la trascendencia que tuvo, para muchos compatriotas, el haberse opuesto al plan de la oligarquía, de hacer un peronismo sin Perón. Si mi nombre valía aún algo, era menester que sirviese como factor de unidad y no de agresión violenta.

Yo ya tenía 72 años, a pesar de que todos me creían nacido en el 95 y suponían que tenía 70. Parece que no, pero a esa edad dos años son muy importantes, así fue que jamás me encargué de desmentir a nadie. Sin embargo tenía la convicción de que si bien nadie tiene la vida comprada, yo por mi edad, estaba cada vez más cerca de morirme el día menos pensado.

Mi intención fue convertir al movimiento en una institución que se prolongase en el tiempo. Un hombre solo no puede vencer al tiempo. Sólo puede superar el paso de los años por medio de sus realizaciones, pero no quiere decir esto que entonces la historia esté reservada a los grandes hombres que realizaron grandes obras. En realidad, el juicio de la historia será para cada uno de nosotros, grandes o chicos, famosos o

no, porque la historia la escriben los pueblos y mi único soporte deberá ser que me consideren el catalizador de un movimiento, que si en su origen fue gregario, es porque no lo pude evitar, pero siempre quise que, para que siguiese funcionando sin mí cuando yo hubiera desaparecido y se organizara en función de un interés común, en torno a líderes que velasen por ese interés común y no en provecho personal. El movimiento no debía institucionalizarse en provecho de ningún hombre, sino de la nación, que es a quien debemos servir todos los hombres. Algunos de ellos serán los dirigentes del mañana, pero deben merecerlo, no obtener por medio de la prepotencia los cargos más altos, porque son los puestos de mayor responsabilidad, y si son asumidos por mediocres, con aspiraciones personales y apetitos privados, lo único que lograrán es que la gente se desmoralice de ellos y por ende de todo el movimiento político en el cual confían.

Estos individuos que logran encumbrarse en los puestos de mayor trascendencia, mediante un mensaje falso e hipócrita, basado en promesas que después no cumplen, contribuyen a desmovilizar la fe y es natural que el pueblo tarde o temprano haga presa de ellos y los trate como realmente se merecen, como si hubiesen cazado hienas que hay que sacrificar porque, al fin y al cabo, no sirven ni para devorarlas porque indigestan.

Si yo hubiera creído que cualquiera de esos hombres que estaban pretendiendo reemplazarme tenía las virtudes necesarias y las cualidades indispensables para mantener el movimiento de pie, entonces sí, ¡No lo había hecho ya! ¿Acaso Cooke no fue un ejemplo personal, de que mi proceder estaba orientado a dejar un continuador, no un sucesor? Porque no era una monarquía la que estaba en juego; si existe una persona capaz de amalgamar la inmensa variedad de necesidades que experimentan los distintos sectores sociales que forman el movimiento, ¿cómo no lo voy a convocar? Pero yo sabía que estos individuos estaban llenos de trampas, de vicios, llenos de cosas raras. No podía ir personalmente a poner orden y, encima, dar todas las instrucciones

reservadas que debía enviar a la Argentina, para no complicar más aún mi especial relación de tirantés con la cancillería española. Por eso decidí que Isabel viajara. El movimiento estaba viviendo una coyuntura muy especial, pero a la vez muy natural en toda organización de características populares.

Lo que sicedía era parte de un proceso natural con una dinámica especial que poseen todos los movimientos populares y que tiene un objetivo: la renovación y eliminación selectiva de sus dirigentes, a través de la lucha entre ellos. Esta circunstancia tenía que superarse perfectamente bien.

La misión de Isabel estuvo orientada principalmente a llegar a la masa peronista con la palabra equilibrada del propio líder que, al margen de todo, sustentaba como principal política de perduración del movimiento la interacción con su pueblo, sin la intermediación de falsos cultores de una lealtad hipócrita. Por eso ella fue y habló directamente con la gente y recién después comenzó a hablar con los dirigentes. Recuerdo que me llegaban mensajes de estos arribistas para jurarme lealtad, mientras quien lo había mandado estaba en Buenos Aires pactando con los enemigos. Una vez vino a verme Juan José Taccone, dirigente de Luz y Fuerza, y en la propia cara me juró que Vandor trabajaba a favor de la unidad del movimiento y por mí. Yo le dije: "Usted no se da cuenta de que yo sé tanto sobre esto que tengo contadas las pulsaciones de Vandor y sé con qué ritmo inhala y exhala el aire que respira! ¡Vaya Taccone y no vuelva hasta que no invente algo más creíble!".

Así, mi única carta fue Isabelita, a quien envié con las siguientes instrucciones:

Instrucciones a Isabel

I.- METODO:

Es necesario establecer un programa y un sistema.

Lo primero que hay que cuidar es la salud, para lo cual es indispensable ajustarse a un programa de trabajo y seguir

un sistema racional en su realización, que contempla:

a) Actividades totales en el tiempo de permanencia.

b) Trabajo diario a cumplirse.

Las actividades totales deben ajustarse de acuerdo con la misión y el tiempo de permanencia, de acuerdo con la situación existente en el Movimiento.

Las actividades diarias interesan especialmente a la conservación del estado de salud: establecer un horario de trabajo, por ejemplo, recibir gente a la mañana y dedicar las tardes para otras actividades o el descanso. Un día por semana debe dejarse totalmente libre para reponer energías. Respetar minuciosamente el horario establecido es fundamental.

II. MISION:

1. Unión y solidaridad de todos los peronistas.

La unidad del Movimiento Peronista es, por ahora, lo más fundamental. Esta acción ha de estar especialmente dedicada a la rama femenina a la que la Señora de Perón debe tratar en primer término, porque ello le dará una base de operaciones, desde la cual accionar. Conseguido lo cual podrá extender su acción al Partido Justicialista y a la rama sindical ("62" y C.G.T.). La forma para lograr la unidad en la rama femenina es simple: tomar contacto con las dirigentes femeninas aisladamente primero y luego reunirlas a todas y allí establecer claramente las cosas en forma de asegurar la unidad orgánica y funcional. Entre tanto esto se realiza se puede establecer y tomar contacto con todos los peronistas (Partido Justicialista - "62" - C.G.T. y otras agrupaciones como la Juventud, Escuelas de Formación Política, etc.).

La acción de la Señora de Perón ha de estar caracterizada por una falta total de prejuicios. Ser una suerte de Padre Eterno que bendiga a todos y a nadie maldice, porque a todos los peronistas les corresponde igual trato ante quien pretende unirlos. El que tal tarea realice, no está para juzgar sino para unir. La función impone entonces la necesidad de proceder con la mayor grandeza y lejos de todo interés de círculo. En esta forma, la tarea de la Señora de Perón estará

por sobre todas las autoridades partidarias porque su función no es la de conducir sino la de unir e impulsar la coordinación armónica de todos.

2. Institucionalización del Movimiento

De acuerdo con la situación imperante y las necesidades de la acción, es indispensable que el Movimiento Peronista se maneje solo y se conduzca por sí. Para ello es necesario que se comprenda una vez por todas la necesidad de organizar la conducción, el encuadramiento y la masa peronistas. Ello ha de ser en el concepto ya tradicional en el Peronismo: un movimiento nacional que, por imposiciones del medio, está formado por un partido masculino, un partido femenino y una rama sindical, que debe funcionar como un todo armónico respondiendo a una conducción centralizada.

A esta forma orgánica y funcional debe responder toda acción y a ella debe tender el esfuerzo actual de la unificación peronista. Si bien las imposiciones del actual Estatuto de los Partidos Políticos ha llevado al Peronismo a la utilización de diversas siglas partidarias, ello no debe ser causa para alterar las formas ya determinadas en el Peronismo, que es lo que pretenden nuestros enemigos empeñados en hacer del Peronismo un partido político más, para absorberlo y destruirlo, como se destruyen ellos.

3. Transvasamiento Generacional

Es también indispensable, para que el Movimiento no envejezca y muera, la renovación de sus valores dirigentes. Todo movimiento político de las características del Peronismo lleva implícito un problema generacional: es imprescindible realizar paulatinamente y en la justa medida la renovación de los cuadros dirigentes. Esa es una tarea impuesta por la hora que vivimos en el Peronismo.

Hay que dar entrada a la juventud en forma gradual. Las Escuelas de Formación Política están funcionando ya y su acción se incrementará en el futuro: de allí saldrán los futuros dirigentes del Peronismo. Los actuales dirigentes

peronistas deben ser los más interesados en incorporarlos si, como debe ser, piensan en el futuro del Peronismo.

La juventud debe saber que, en política, no se regala nada y que el derecho de conducir o encuadrar al Peronismo, hay que ganarlo. Los viejos dirigentes, han de comprender su obligación de preparar el porvenir del Movimiento, facilitando la entrada de los jóvenes que, en el tiempo, han de reemplazarnos. Si, en este sentido cada uno cumple con su deber honestamente, no puede haber dificultades en el trasvasamiento generacional.

4 - Organización de la conducción

La impresión generalizada en el Peronismo es que no existe en la actualidad conducción alguna. Ello es consecuencia de que no existe una organización adecuada de los organismos conductores, como así mismo se carece de enlaces adecuados entre los organismos de la conducción y las formaciones peronistas que funcionan en todo el país. Para evitar que ello se siga produciendo es que se ha dispuesto la integración del Comando Superior Peronista actual con las representaciones de las demás fuerzas organizadas y que, con distintos rótulos, actúan en la Capital y en diversas provincias aunque todos sean peronistas.

Es indudable que esto no será suficiente para alcanzar un estado orgánico permanente, pero servirá para impulsar a una organización definitiva que se ha de alcanzar racionalmente, si no se pierde de vista la necesidad indispensable de lograrlo cuanto antes.

Nada hay más perjudicial para el Movimiento, que la tendencia de algunos dirigentes de la conducción a aislarse dentro de círculos de acción personal, en forma similar al procedimiento de los caudillos de la "política criolla", porque el Peronismo no acepta ya estas formas de acción y, esos dirigentes, terminan por ser repudiados por la masa, perdiendo así toda posibilidad de conducción.

5 - La Acción Peronista

El Peronismo se ha caracterizado siempre por una

enérgica acción directa. Es en la calle como en las oficinas, los talleres, los cafés, etc. donde han actuado los mejores peronistas. De un tiempo a esta parte, no se ve ya esa acción que nos hizo fuertes, por lo menos en la medida que es necesaria.

No todo se ha de reducir al voto, que muchas veces se deposita vergonzantemente en las urnas por los peronistas. La lucha activa de todos, todos los días y en todas partes, vale por diez elecciones.

Las instrucciones impartidas a los órganos de la conducción en el Memorandum N° 1 y en el Memorandum N° 2 tendían precisamente a despertar organizadamente esa lucha generalizada. La falta de cumplimiento de esas instrucciones ha conducido al Movimiento a la inacción. Solo la C.G.T. ha mostrado interés mediante su Plan de Lucha y ha mantenido encendida la antorcha insurreccional.

Los políticos demoliberal burgueses son precisamente fuertes en sus bufetes y en las transacciones políticas electoralistas. Donde son débiles es en la calle. Es allí, precisamente, donde debemos darles la batalla. Todos los triunfos del Peronismo se han ganado en la calle y no en los comités políticos ni en los bufetes de los dirigentes. Abandonar esa táctica es renunciar deliberadamente al factor de nuestra mayor fuerza.

III - FORMAS DE EJECUCION

Establecido el método de trabajo y fijadas las misiones, me queda por indicar las formas de ejecución que mi experiencia en el trato con peronistas, aconseja:

La Señora de Perón tiene una gran ventaja ganada ya para el cumplimiento de su misión: ha trascendido su personalidad ventajosamente con su viaje al Paraguay. Ahora sólo le queda afirmar en la Argentina el favorable concepto que el Peronismo tiene de ella, para lo cual sólo tiene que mantener una conducta de bondad invariable, de humildad permanente y de buen juicio en la dilucidación de las diversas cuestiones que se le presentarán en el desempeño de su misión.

La primera condición que un político debe reunir es la paciencia y la tolerancia. El manejo de hombres se hace tanto más difícil cuanto uno sea menos paciente y menos tolerante. Cuando se maneja desde la cumbre, se tiene la obligación, antes que nada, de unir a los que se pretende manejar, para ello existe un solo camino: no entrar, como parte, en ninguno de los pleitos que comúnmente se producen entre peronistas. La función del que conduce no es la de administrar justicia sino la de conducir a todos unidos y solidarios.

El peor enemigo de un Movimiento como el Peronista es el "caudillo", ya sea se encuentre en nuestras filas como en las del enemigo. En nuestras filas, porque él no trabajará jamás para el interés de todos, sino para los intereses menguados personalmente o de un círculo. En las filas enemigas, porque el caudillismo es la antítesis de los movimientos doctrinarios. Nosotros queremos dirigentes políticos y sindicales que trabajen unidos y coordinados para el bien y en provecho del conjunto, porque ésa es la forma de unir y no de disociar. Todo caudillo es la peor amenaza contra la cohesión indispensable a todo movimiento organizado.

De ello se infiere la necesidad de proceder con paciencia y tolerancia para extirpar el caudillismo e impedir por todos los medios este germen de disociación motriz que impulsa a las grandes acciones y que, en ese sentido, es una condición positiva en los hombres que se dedican a la acción política y debe ser estimulada. En cambio, es en la elección de los medios para hacerla efectiva y en las cualidades y calidades de los hombres que la poseen, donde es necesario apreciar si la ambición es justa o injustificada.

Normalmente, existen dos clases de dirigentes: los que trabajan para el Movimiento y los que lo hacen "pro domo sua". Los que triunfan son los primeros. Los que sólo buscan ventajas personales pueden obtenerlas en forma circunstancial pero, a la larga se desprestigian y sucumben porque la gente sabe discernir entre los que simulan valer de los que valen efectivamente y, la política es un juego a la larga.

El dirigente vale, además, por la honestidad de sus procedimientos. Los que proceden mal suelen sucumbir

víctimas de su propio mal procedimiento. Los que proceden bien, a la larga, tienen el premio que su honestidad merece. Aunque la política "es un juego de vivos", gana siempre el que durante más tiempo puede pasar por tonto, pero en caso alguno es a base de trampas. El político "fullero" suele tener el fin de todo jugador "fullero": termina en Villa Devoto. La política no es un juego con ventaja, sino que debe ser un juego entre caballeros, en el que se gana porque se juega mejor y no porque se tiene la perversa habilidad de hacer la mejor trampa.

En la política, el amigo más fiel ha de ser una conducta honrada. La norma ha de ser la veracidad. La mentira tiene las piernas cortas y como la trampa se puede decir una vez pero ello puede anularlo a uno para toda la vida y, no hay que olvidar que la política es un juego "a la larga", porque suele durar toda una vida. Si yo debiera aconsejar a un novato aspirante político, le aconsejaría: no decir la primera mentira. Suelo insistir en esto: se puede decir una mentira; pero no puede hacer una mentira.

En política, dicen los italianos, es preciso saberse tragar un sapo. Ello habla de la cantidad de paciencia que hay que poseer para practicarla, de la tolerancia que es preciso usar con las personas imprudentes y de la comprensión superior de que hay que abroquelarse para superar hasta la injusticia y el dolor. A los hombres no hay que mandarlos sino gobernarlos. Mandar es obligar, gobernar es persuadir y, el hombre, es mejor persuadirlo que obligarlo. Por eso, en la política, hay que tener un fin y fijarse los objetivos que conducen a él, para luego trabajar a los hombres que han de acompañar en la marcha mediante la más perseverante acción de convencimiento.

Los partidos políticos demoliberales burgueses pertenecen al siglo XIX y han sido superados por la evolución que, con el tiempo, ha de hacerlos desaparecer en nuestro país, como ya han desaparecido en casi todo el mundo civilizado. La fuerza del Peronismo radica en gran parte en que constituye un movimiento nacional y no un partido político. Lo moderno y que obedece a las nuevas formas impuestas por

la evolución y las modernas necesidades del hombre de hoy, es una idea, transformada en doctrina, que luego se rodea de una mística con que el hombre suele rodear a todo lo que ama. Ese es el único caudillo que resiste a la acción destructora del tiempo en las evolucionadas comunidades modernas del mundo de ideologías en que nos toca vivir.

Por eso, el Peronismo, ha podido resistir a la violencia del gorilismo como a la insidiosa integración intentada luego o a los ensayos de disociación, que con la actual campaña, se procura destruirlo. Cada dirigente peronista debe saber que, para nosotros, organizar es adoctrinar. No interesa que los peronistas estén encuadrados en organizaciones en tanto como en cada uno de ellos se haya inculcado nuestra doctrina y se haya desarrollado una mística. Frente a las doctrinas existentes hay que oponer la doctrina peronista, porque, a una doctrina sólo se la puede vencer con otra doctrina mejor.

La acción política, desde el punto de vista de la conducción, es una sucesión de problemas y situaciones concretas que es menester resolver y que, en cada caso, tienen condiciones diferentes y en ocasiones totalmente originales. Por eso la política no se puede aprender, por lo que menester conformarse con comprenderla. La experiencia no sirve para explicar soluciones por si el caso se repite, porque sabemos que no se repite, sino para ser más sabio y más prudente en todas las ocasiones.

Nuestros enemigos, que vienen del sistema demoliberal capitalista, traen con ellos, de una época política que ha sido superada por el tiempo, los viejos sistemas y "triquiñuelas" de una escuela caduca. Por eso se ven superados por la acción del Peronismo que representa una etapa nueva: la de los movimientos nacionales que vemos surgir por todas partes donde hay hombres progresistas y evolucionados. Es que ellos han hecho toda su vida la política sin comprenderla en tanto nosotros la hemos comprendido sin hacerla. El grave peligro del Peronismo está representado por los dirigentes que, en una forma u otra, quieren asimilarse a los métodos y procedimientos del demoliberalismo. Los caudi-

llitos provinciales del tipo Serú García, los dirigentes de círculos que comienzan a abundar especialmente en la Capital, los dirigentes sindicales con pretensiones de dominio político, los dirigentes políticos con anhelos de dominio, etc. son otros peligrosos casos de demoliberalismo.

Lo que en realidad existe en el panorama político argentino es su marcado atraso sobre la evolución que la política viene desarrollando en el mundo. Estamos medio siglo atrás de esa evolución. El Peronismo es lo único evolucionado y de ahí su éxito. Los demás organismos políticos, caracterizados por los partidos políticos del demoliberalismo decimonónico, han sido superados por el tiempo y la evolución y tienden fatalmente a morir. Sus hombres declaman todavía en el lenguaje del siglo XIX y pretenden atarnos a su atraso imponiéndonos a todos las formas perimidas.

Por esta razón, el Peronismo debe mantener "a outrance" sus tradicionales estructuras y, en especial, su articulación actual. Nuestros enemigos pretenden que nos transformemos en partido político porque comienzan a percatarse de nuestras ventajas y esa es la principal razón por la cual han dictado el Estatuto de los Partidos Políticos. Pero lo que es inconcebible es que existan peronistas que lo deseen porque con ello sólo pueden mostrar el grado de su incomprensión o su ignorancia.

A menudo la gente me pregunta en la actualidad ¿qué pasa en los países?, ¿por qué se está luchando en todos ellos? La respuesta es simple: la evolución del mundo nos está llevando a un cambio de estructuras generales. Lo político, lo social, lo cultural, lo económico, etc., en sus actuales formas, ya no resiste a esa evolución que lleva invariablemente a una mejor satisfacción de las necesidades del hombre de hoy. En la historia, jamás esos cambios estructurales se han realizado sin lucha.

Precisamente, uno de los milagros del Justicialismo que muchos tontos o ignorantes no han podido comprender, reside en haber realizado los cambios estructurales incruentamente a través de una reforma racional. Aun hay

muchos peronistas que todavía no lo comprenden y, el fracaso del gorilismo, que estos diez años han puesto en tan terrible evidencia, ha sido producido precisamente por una reversión del moderno sistema justicialista hacia las formas que ya perimidas por la evolución, han caído en el vacío.

Lo que hay que comprender también, es que la lucha incruenta de la reforma justicialista, ha sido seguida por una lucha más cruenta en la reversión que los gorilas realizaron desde 1955 y que es prever que el futuro nos ha de ofrecer también una lucha, tal vez más cruenta aún, para reimplantar de nuevo al Justicialismo. De esta manera, se evidencia claramente que los peronistas que creen que han de llegar sin esfuerzo y sin lucha, están muy equivocados: la oligarquía, el imperialismo y los políticos demoliberales y burgueses, que medran en la situación actual, han de ofrecer una tenaz resistencia antes de ceder.

Es también misión de la Señora de Perón, esclarecer estos puntos de vista en todos los peronistas, de manera de corregir los procedimientos de muchos, que aún están en la lucha sin haber comprendido de qué se trata. La tarea de la conducción es precisamente ésta, pero nuestros dirigentes, empeñados en las tareas subalternas del quehacer diario de la política menor, parecen haberlo olvidado. Es preciso entonces que alguien los llame a la realidad.

IV - CONDUCTA A SEGUIR

En el Peronismo existen dos horizontes de acción: los dirigentes y la masa. Los primeros conducen o encuadran a la segunda, aunque no siempre marchan de acuerdo y no siempre esa conducción y ese encuadramiento son obedecidos por sus subordinados. Otro de los defectos comunes es el enfrentamiento entre los propios dirigentes por intereses personales o de círculo. Tanto la desobediencia como los enfrentamientos, se traducen en síntomas de disociación que pueden culminar en divisionismos suicidas. La culpa en ambos casos reside en la conducta de los dirigentes.

En consecuencia, la tarea fundamental del Jefe del Movimiento, debe estar dirigida a neutralizar de la mejor manera ambos males que suelen ser congénitos en toda organización política. La conducta a seguir es la persuasión. Es preciso que todos se subordinen a las necesidades de las conveniencias de conjunto deponiendo actitudes y sacrificando intereses parciales. Sólo así se puede conseguir la unidad de acción indispensable.

En los casos de contumacia divisionista y cuando la persuasión no da resultados, no queda otro remedio que sacrificar a los dirigentes y, para ello, es preciso contar con la masa. Por eso, el que tenga la responsabilidad de cumplir esta tarea, no debe jamás perder el contacto directo con la propia masa. Ello impone la necesidad de recibir a todos y mantener con todos el diálogo indispensable. De esta manera se descarta también que los dirigentes puedan actuar de "fusibles" en provecho de sus propios intereses, que no siempre son los del Movimiento.

Para realizar esta función yo aconsejaría a la Señora de Perón que procediera de la siguiente manera:

A su llegada: tomar contacto con los dirigentes: primero con los de la conducción: Delia, Vandor, Framini, Lascano e Iturbe.

Luego: mantener permanente contacto con Delia. Sin perjuicio de lo anterior, recibir a todos los que quieran verla y atenderlos debidamente.

De la misma manera, tomar contacto inmediatamente después con Alonso de la C.G.T. y la Mesa Ejecutiva de las "62" Organizaciones.

Realizado lo anterior dedicarse al Partido Peronista Femenino, tomando contacto con las dirigentes de todo pelo e incursionando en la masa en la medida de lo posible.

Finalmente, dedicar el tiempo que sea necesario al Partido Justicialista Masculino, al Partido Unión Popular, a los neoperonistas, a la Juventud Peronista, a las Escuelas Superiores de Conducción Política del Doctor Vázquez, etc., etc.

Toda esta actividad hay que realizarla muy privada-

mente y sin llamar la atención, evitando comidas en actos públicos o concentraciones políticas porque es indudable que nuestros enemigos y entre ellos el Gobierno pueden producir cuestiones desagradables que, a toda costa deben evitarse.

A la Juventud Peronista hay que dedicarle principal atención conjuntamente con el Doctor Vázquez y las escuelas de formación política.

Realizado el trabajo en la Capital Federal, creo que se debe proceder en las provincias en forma muy similar, pensando que allí la tarea será mucho más fácil y sencilla porque se trata de gente diferente. Sin embargo, es precisamente en las provincias donde existen mayores y más profundas divisiones aunque, la experiencia pasada, también es donde ha sido más elocuente para demostrar los perjuicios del divisionismo.

En cada parte, todo consiste en el tino con que se actúe, la buena información previa que se posea y las acertadas disposiciones que se tomen para resolver cada uno de los problemas que se encaren. Una amplia accesibilidad es fundamental para el éxito.

Quien pretenda manejar políticamente a los demás ha de comenzar por persuadirse que tendrá que vérselas con buenos y con malos y que es menester construir con lo que se tiene. Ayudar a los buenos y neutralizar la acción de los malos es la clave de la conducción política. Sin embargo esta discriminación hay que hacerla sin que se note y dando la sensación de que todos son iguales ante la conducción. He ahí el principal inconveniente que sólo se puede salvar mediante un habilidoso proceder.

Entre los dirigentes que se le presentarán los habrá de todas layas, pero todos se podrán agrupar en las dos categorías de que ya hemos hablado: los que trabajan para el movimiento (que son pocos) y los que trabajan para el (que son muchos). A los primeros es necesario alentarlos y ayudarlos; a los segundos hay que observarlos, corregirlos o neutralizarlos en la medida que sea conveniente porque muchos de ellos, aún trabajando para sí mismos, sirven

perfectamente a los fines del Movimiento.

La lealtad comienza por ser una condición que, para ser efectiva ha de ser mutua. En su ejercicio hay dos clases de "hombres leales", los que son leales de corazón (que son los que valen) y los que son leales porque no les conviene ser desleales (estos son siempre peligrosos). A los primeros hay que dejarlos actuar y estimularlos, a los segundos hay que colocarlos siempre en la situación de no poder delinquir.

De lo anterior se infiere la necesidad de rodearse de los leales de corazón sin hacer notar a los otros que hay preferencias, porque ello los induciría a proceder mal. En la acción política, que es cuantitativa, hay que sumar buenos y malos, porque para votar no puede haber discriminación. Pero para manejar al Movimiento y gobernar se requiere un elenco elegido, ya que la tarea es cualitativa. La obra de arte de la conducción consiste precisamente en congeniar ambas cosas sin producir divisionismos perjudiciales y sacando todo el provecho posible a todos los hombres en beneficio del Movimiento.

En la actualidad, nuestro Movimiento se caracteriza por una acción profundamente emulativa: todos los dirigentes se encuentran empeñados en una lucha sorda por su supremacía dentro del Movimiento. Los dirigentes de la conducción por no ser desplazados y reemplazados; los dirigentes jóvenes porque anhelan todo lo contrario; los caudillitos del neoperonismo que pretenden hacer valer sus posiciones provinciales en el orden nacional; los dirigentes de la rama política porque esperan desplazar a los dirigentes sindicales y reemplazarlos; los dirigentes de la rama sindical porque defienden sus posiciones contra la ofensiva de los políticos; los tránsfugas del Peronismo porque imaginan que pueden integrar otros frentes con una "integración" que les daría predicamento y posiciones; los desplazados porque pueden recomponer su pérdida y reconquistar las posiciones que han perdido; la juventud que no desea ser instrumento de las ambiciones de nadie y aspira a un cambio generacional indispensable para el futuro del Movimiento y por sobre todos ellos, los Peronistas sinceros que ambicio-

nan sólo el éxito de nuestra causa y que, en consecuencia, se esfuerzan por unir a todos en una acción de conjunto coordinada.

Todo esto es lícito y, sobre todo, humano. Al hombre no se le puede pedir más que lo que el hombre puede dar. Corresponde a la conducción, liberarse de la influencia maligna de todo otro interés que no sea el del Movimiento, para estimular a todos "en su medida y armoniosamente" hasta conseguir mediante un trabajo metódico la paralelización de los intereses en forma de canalizarlos constructivamente en beneficio del conjunto. Toda dispersión de los esfuerzos lleva a debilitación de la acción política: los esfuerzos han de ser conjuntos y todos orientados sobre los mismos objetivos. Esto es lo más fundamental de la economía de las fuerzas. Concebirlo es simple. La dificultad está en su realización que implica la verdadera obra de arte de la conducción.

En la política, la ejecución está siempre por sobre la concepción. Por eso se ha dicho que su conducción es un arte sencillo y todo de ejecución. Sin embargo, será indispensable que, en todos los actos de un político, se apliquen los principios que rigen el arte de la conducción. Muchos de ellos son instintivos en los que poseen "olio sagrado de Samuel" pero, en todos los casos, será aconsejable tenerlos muy en cuenta.

El problema fundamental del Peronismo de nuestros días es su consolidación institucional. Para ello es preciso que todos comprendan que la época gregaria ha terminado para dar paso a la institucional. Ello no implica, como muchos lo creen, la desaparición de Perón sino su confirmación al frente de un Movimiento fortalecido por su organización funcional. Es preciso que el Peronismo se maneje solo y se conduzca por sí, para que la conducción superior pueda dedicarse a la realización de cuestiones más importantes.

El transvasamiento generacional es la única garantía del futuro de nuestro Movimiento como asimismo la única forma de que no envejezca y muera. A esa tarea debemos dedicarnos todos, ayudando y aconsejando a los jóvenes

dirigentes que comienzan a actuar y formando en las escuelas peronistas a los jóvenes futuros dirigentes de la conducción y encuadramiento. Ningún dirigente peronista, que no tenga intereses negativos, puede oponerse a tan noble como fundamental necesidad.

En cada una de las reuniones que la Señora de Perón realice, así sea en conversaciones aisladas, debe insistir en todas estas cuestiones porque, es precisamente la repetición, lo que ha de ir formando opinión favorable para que se realicen. Hay que ser incansable en repetir estas cosas porque eso marca el camino de su realización. No hay que olvidar que la palabra de la Señora de Perón es casi la propia palabra de Perón que todos esperan. Por eso, será conveniente grabar bien claramente los conceptos de estas instrucciones.

No hay que olvidar que la misión confiada a la Señora de Perón es de persuasión. Para convencer lo primero que se requiere es estar convencido. En estas instrucciones están las fuerzas fundamentales en que se apoyan las convicciones que se sustentan. Poco cuesta penetrarlas y transmitirlas vivamente, agregando los argumentos que circunstancialmente convengan de acuerdo con el auditorio. No se habla a los políticos del Movimiento sin comenzar diciéndoles que ellos son el cimiento del Peronismo; no se habla a las mujeres sin decirles que ellas son el pilar de la sinceridad y la lealtad peronista, como tampoco se habla a los sindicalistas sin comenzar diciendo que el Movimiento Obrero representa la columna vertebral del Movimiento. Sin embargo, sabemos que nada de ellos, aisladamente, representa sino un sector inoperante o intrascendente.

De manera que, después de decir a cada uno lo que les gusta, ha de decírseles a todos lo que conviene a los fines del Movimiento y que son las cosas que se vienen mencionando en estas instrucciones. La unidad y solidaridad entre los peronistas está, indudablemente, trabajada por numerosas fuerzas disolventes, muchas de las cuales se generan dentro mismo del Movimiento y por eso debemos empeñarnos en destruirlas o neutralizarlas mediante la prédica y la acción

de todos los días. Otras de esas fuerzas disolventes provienen de la campaña de disociación en que están empeñados nuestros enemigos con el empleo de la provocación por todos los medios publicitarios de que disponen. El peligro es que nuestros compañeros muerdan el anzuelo y entren en el juego insidioso de los enemigos que utilizan los enfrentamientos que existen para ampliar la grieta y dividirnos. Es un juego en que sólo pueden entrar los tontos pero, desgraciadamente, los tontos abundan más que lo que nosotros mismos imaginamos. En otros casos no se trata de tontos sino de sinvergüenzas que aprovechan la propia campaña enemiga con fines inconfesables que llegan en algunos casos hasta la verdadera traición.

Contra todo ello hay que estar preparado, y contra todo ello es preciso luchar con habilidad y sin violencia.

En diciembre de 1964, luego del fracaso de la operación retorno, se impartieron dos directivas fundamentales (Memorandum N° 1 y Memorandum N° 2) en las que se aconsejaba a la conducción una línea operativa y hasta se indicaba una forma de ejecución. Como idea operativa se prescribía el desencadenamiento de una lucha generalizada contra el gobierno mediante la agitación política y social. Para ello debían actuar las fuerzas políticas en todo el país en un plan combinado con las fuerzas sindicales, en esfuerzos bien coordinados y acciones bien estudiadas y planificadas en conjunto.

Durante este año, las fuerzas políticas poco han hecho de una manera general y casi nada es lo realizado en el sentido indicado en las directivas. En cambio, la Confederación General del Trabajo ha desarrollado un "Plan de Lucha" que coincidía perfectamente con las directivas impartidas y se propone seguir en el futuro con el mismo Plan en su "quinta etapa", lo que ha sido recibido por el Peronismo con gran satisfacción. De esta manera la conducción ha ido perdiendo predicamento y sus dirigentes, prestigio.

Creo que los dirigentes de la conducción se han asimilado a los métodos de los demás políticos del régimen demoliberal, sin percatarse que en ese cambio ellos son los

débiles. Han renunciado así a la calle, en cuya lucha el Peronismo ha demostrado ser invencible. En esta conducta de los dirigentes de la conducción ha influido sin duda el deseo de no perturbar la tranquilidad aparente en que se desenvuelven, sin darse cuenta que, con ello, nuestros enemigos nos están neutralizando, dividiendo e intentan destruirnos. En este orden de cosas nada hay tan perjudicial como la inacción. Si no se reacciona en poco tiempo pasaremos a ser un partido más con la intrascendencia e inoperancia que caracteriza a los cuarenta y cincuenta partiditos que ya funcionan en el país.

Es imprescindible que todas las fuerzas políticas del Peronismo se lancen a la acción acompañando al Plan de Lucha de la C.G.T., coordinándose en los aspectos más fundamentales y acompañando sus acciones con otras simultáneas en el campo político. De lo contrario, la conducción del Peronismo será rebalsada por la conducción enérgica del sector sindical, en cuyo caso no conducirán sino que serán conducidos, con lo que perderán hasta su razón de ser.

Otro aspecto lamentable es el que están dando nuestros legisladores en el Congreso, con una conducta demasiado contemplativa y "blandengue" que ha dado ya lugar a que nuestros propios enemigos la juzguen así. Si bien se dijo que había que obrar con prudencia, en caso alguno se pensó que había que proceder con debilidad y menos aún con evidente obediencia y obsecuencia. El hecho de que hayan sido los peronistas los que presentaron el proyecto de aumento de sueldo a los diputados los presenta en una situación lamentable y hasta deshonesta. Muchas otras actitudes individuales han sido aún más delesnables. Parecería que la conducta de los legisladores del Peronismo obedece a la misma tendencia de la conducción; no complicarse personalmente la vida y cuidar el puestito.

Conviene que en todas las ocasiones que sea propicio, la Señora de Perón se ocupe también de este aspecto de la conducción peronista que tan crudamente termino de exponer, si bien no en los términos en que yo lo hago para ella.

pero tratando de dar la sensación de una realidad que no se me escapa a mí.

Es indudable que durante la estadía en mi país y a través de la información que de todas fuentes recibirá, se pondrá enseguida en las mejores condiciones para juzgar. Es precisamente de esa información de donde podrá sacar mucho de lo que debe hacer allí en los sentidos que informan las misiones que al comienzo de estas instrucciones se han anotado. Lo importante es asegurarse que esa información es fehaciente y veraz, antes de utilizarla en el sentido indicado. Habrá mucho chisme, de los cuales hay que cuidarse. La gente interesada, es capaz de inventar cualquier cosa, pero una consulta con las personas de confianza con quienes se actúan suele ser suficiente para aclararlo todo.

V - ALGUNOS CONSEJOS PERSONALES

La personalidad del dirigente político juega un papel muy importante en su predicamento y en la eficacia de su acción. La Señora de Perón tiene una personalidad que hace presuponer su éxito en la misión que se le encomienda. Posee carácter firme y decidido para actuar y califica este carácter con la cualidad de ser a la vez reflexiva y profunda, lo que es garantía del buen resolver y mejor hacer.

Mi experiencia (que suele ser la parte más efectiva de la sabiduría) me inclina a darle algunos consejos con respecto a este aspecto personal, no porque ella no posea las cualidades y calidades indispensables, sino porque nunca están demás estos consejos, desde que, como dice Martín Fierro: "Es de la boca del viejo de ande salen las verdades".

Al contrario de lo que muchos piensan, es la humildad la fuerza que puede dominar al mundo, pero jamás la soberbia. En el Movimiento Peronista se ha hecho escuela en ese sentido y sólo los humildes tienen cabida. Siempre que sea posible se ha de dar una muestra de nuestra humildad y, a veces, algunas lecciones a los que no lo sean.

El trato de "compañeros" es la fórmula ritual en el contacto de los peronistas. Sólo los que no se sienten así, usan otra fórmula, con lo que comienzan a no sentirse peronistas.

De ahí al oligarquismo, hay un solo paso.

Para nosotros, "mejor que decir es hacer y mejor que prometer es realizar". Este "eslogan", tan viejo como el Peronismo, es todo un axioma de la filosofía de la acción. Hay que tenerlo siempre presente.

En el Peronismo "todos somos artífices del destino común, pero ninguno instrumento de la ambición de nadie". Esta afirmación constituye la base fundamental de nuestra conducta.

El Peronismo no es de nadie en particular, porque pertenece a todos los peronistas por igual y todos, dentro de él, tenemos las mismas obligaciones e idénticos derechos. Pero, nadie que no cumpla bien con las primeras, puede invocar los segundos.

El dirigente es quien tiene mayores obligaciones y responsabilidades. Sus faltas o sus errores son siempre más graves y más perniciosos cuanto mayor sea la jerarquía que inviste en el Movimiento.

Las "Veinte Verdades del Justicialismo" es el catecismo de los peronistas: hay que tenerlas siempre a mano, porque ellas nos recuerdan las obligaciones que hemos contraído con el Pueblo Argentino.

En el manejo político hay que tener siempre en cuenta que se trabaja con hombres y mujeres: el conocimiento humano es pues lo fundamental. Pero en la conducción es donde más crítico se pone el manejo. Hay que pensar siempre que "el hombre es bueno, pero si se lo vigila es siempre mejor".

En el proceder directivo es preciso que el impulso esté siempre dominado por la reflexión, que jamás la pasión domine al raciocinio y que nunca la lengua se adelante al pensamiento.

La amistad es la gran fuerza aglutinante en toda lucha y nada puede desarrollar la solidaridad indispensable, como la existencia de una verdadera amistad entre los peronistas. Yo sé que esto no es fácil en las circunstancias actuales. Pero cuando todos los peronistas trabajen por el bien común, esa amistad será su consecuencia.

Hay siempre que distinguir los buenos entre los "fulleros". Ya lo dice Martín Fierro: "Nace el hombre con la astucia que ha de servirle de guía. Sin ella sucumbiría; pero según mi experiencia, se vuelve en unos prudencia y en los otros picardía".

La misión fundamental del que conduce el conjunto consiste en la unidad y ella es producto de la persuasión. El convencimiento es el arma del conductor político.

La elocuencia no es sino la expresión de la verdad en el menor número de palabras. Luego la verdad, es en último análisis el arma fundamental del político. Pero, la verdad, debe hablar siempre sin artificios.

El que se dedique a la política ha de saber de antemano que al éxito se llega sólo por el sacrificio. Al sacrificio sólo lo puede enfrentar el que lucha sinceramente por una causa.

Así como no nace el hombre que escapa a su destino, no debiera nacer el que no tenga una causa para servir, porque esa es la única forma en que se justifica una existencia. Muchos hombres extraordinarios pasan desapercibidamente por la vida porque no han tenido una causa y muchos hombres comunes se encumbran porque la tuvieron y la sirvieron.

Al Peronismo se lo sirve con capacidad y con mística, pero para que ello suceda es menester que se lo sienta profundamente y se lo practique todos los días con verdadero amor. El hombre humilde es el que más inclinado se encuentra a ello, por eso los dirigentes tenemos la obligación de respetarlo y de servirlo.

El quehacer del político es la conducción de hombres, luego el profundo conocimiento del hombre le es indispensable.

Sólo la soberbia es más repudiable que la adulación. El dirigente sabio y prudente lo primero que aprende es a desligarse de ellas. Sin embargo, sólo la grandeza puede superar las de los demás.

En la tarea política de todos los días hay que hablar mucho de las cosas, poco de los demás y nada de sí mismo.

En la acción política, cada uno es artífice de su propio

destino. Los que proceden bien tendrán su premio y los que procedan mal, sucumbirán víctimas de su propio mal procedimiento.

Los males que se produzcan en la acción política no han de mejorar al que conduce sino inducirlo a neutralizarlos. La ira es siempre una mala consejera, pero en política, es fatal.

Las "buenas maneras" es consustancial al quehacer político. Quien no atrae, difícilmente puede llegar a dominar. Quien no domina no podrá conducir y el arte de la política es todo conducción.

Finalmente:

Y les doy estos consejos
Que me ha costado adquirirlos,
Porque deseo dirigirlos;
Pero no alcanza mi ciencia
Hasta darles la prudencia
Que precisan pa seguirlos.

Aparte de la trascendencia que podían y debían cobrar las instrucciones de Isabel; cuyo viaje, por otra parte, también me sirvió para corroborar quién estaba absolutamente conmigo y quién había elegido el camino del pacto con los militares. Tuve la necesidad primordial de tomar posición política clara ante la caída inminente de Illia.

Apenas producido el derrocamiento envié un mensaje analizando la situación nacional para que sirviese también como una toma de posición, que a la vez deslindara cualquier sospecha de responsabilidad del peronismo dentro de la conjura. Dije en aquella oportunidad que ese golpe de Estado había sido realizado a un gobierno que, jurídicamente, no tenía ni más ni menos derecho que cualquier otro de facto, ya que su existencia legal era tan discutible que estaba afirmada en el fraude de una opción, que apenas le arrimó una quinta parte del electorado.

Comenzaba una nueva etapa en el proceso que desde 1955 se venía produciendo en el país, con el evidente deterioro y descomposición de las formas institucionales y de las

condiciones morales, políticas, económicas, sociales, etc. Todo aparecía quebrado ante los ojos atónitos de un pueblo que había venido contemplando crueldades tras desatinos con una calma superior a toda ponderación.

Quedaba demostrado que el problema argentino era político. Lo económico y lo social eran sólo consecuencias, porque debíamos partir de la base que ya no se podría gobernar sin el concurso del pueblo y para ello, habría que tener dirigentes seriamente representativos, que luchasen por la felicidad y la grandeza de la nación. Bastaría simplemente que un gobierno representativo asumiese la responsabilidad del poder y con él, realizara los cambios estructurales necesarios, basados en asegurar la justicia social, la independencia económica y la soberanía política. Era evidente que ese rol era responsabilidad insustituible del peronismo. Ningún otro instrumento político-social estaba en condiciones históricas más claras que nuestro movimiento para asumir con responsabilidad, tamaña tarea.

La labor de conducción política tenía una continuidad permanente gracias al tráfico epistolar; debido a ello, es que hoy se conservan infinidad de cartas de todo orden y dirigidas a variadas personas. Era más sencillo para mí enviar una carta a alguien que mandarle a decir, porque de esta última forma muchas apreciaciones cambiaban de "sentido ideológico" en el transcurso del viaje, y después, quien había recibido una falsa orden y era castigado por mí, se sentía profundamente desorientado. Inclusive, con el correr del tiempo se me atribuyeron distintas opiniones sobre los mismos temas y se habló mucho de que la contradicción de los dichos en realidad era un manejo político; en verdad, la causa fundamental de este problema radicaba siempre en que mi interlocutor de turno invariablemente se iba contento después de verme, porque creía escuchar de mi boca las palabras que él pensaba que yo debería decir. Cuando los hechos demostraban que en realidad no pensaba así, muchos se ofendían y terminaban haciendo lo que querían. En un movimiento político tan vasto y con gente de tan diversa personalidad, se tornaba difícil su conducción; ¡sobre todo si

uno estaba a más de 15.000 kilómetros de distancia!

Al general Sosa Molina, ¡compañero de tantas!, le escribí alguna vez sobre este tema: "Muchos se están probando mi ropa pero creo que a los candidatos de marras les queda grande por ahora". El movimiento debía generar los anticuerpos necesarios capaces de neutralizar a los tránsfugas y los traidores. El viaje de Isabelita tenía entre otras cosas, ese propósito. Evitar hechos desagradables o irreversibles en la lógica purga que el movimiento debía darse. Si bien no los evitamos, su presencia allí sirvió para anularlos o neutralizarlos; estaba seguro que después de ese entredicho, que sería funesto para sus autores, se compaginaría algo mejor para la conducción del peronismo.

Por intermedio de la oligarquía se había tejido un complot que había que desbaratar. El enfrentamiento entre los dos sectores internos alcanzó su punto culminante en las elecciones de Mendoza, en marzo de 1966. El candidato "leal", que tenía todo el apoyo de Isabel, se impuso numéricamente a sus adversarios; sin embargo, Corbalán Nanclares no consiguió el triunfo, debido a que la división interna nos debilitó. En definitiva, sucedió que el Partido Demócrata se hizo de la gobernación. El famoso axioma "divide y reinarás", había dado buenos resultados. Toda esta situación me hizo ver que siempre uno está aprendiendo algo nuevo, independientemente de la edad que tenga. Pensar que después de tantos años de conducción indiscutida, al primer incidente serio que amenazaba con dividir el movimiento, ¡solamente pude confiar en mi mujer! ¡Menos mal que resultó buena alumna! Claro, ¡hacía diez años que estaba conmigo! Por otra parte, en aquel momento ¿qué delegado mejor que ella podría haber mandado?

A pesar del impulso disociador, el Justicialismo estaba más fuerte que nunca, el año 1966 estaba signado por distintas circunstancias políticas nacionales e internacionales. Yo había tomado partido desde hacía mucho tiempo a favor de los pueblos que luchan por la liberación. Estos, a manera de respuesta contra el avasallamiento imperialista estaban realizando un giro abrupto hacia la izquierda y yo no tenía

ningún roce con ellos por esa circunstancia, más bien todo lo contrario, lo único que no toleraría sería que por sacarse "un chupasangres de encima se apoyasen en otro", porque de esta manera cambiarían de collar pero no dejarían de ser perros. Así les dije aquella vez a los miembros del Pentágono que habían ido a verme no bien se desencadenó la revolución cubana. Y el criterio lo mantuve a través del tiempo. Siempre sostuve que el problema de Castro y del casrismo era de competencia exclusiva de Cuba y de su pueblo. Los hombres del Pentágono se interesaron no hace mucho por saber mi opinión al respecto: "¿Qué haremos con Cuba?". "Lo que ustedes permitan que haga Castro con Cuba". "Se trata de un hombre difícil", me respondieron. "Mientras intentó conseguir nuestra ayuda, nos alabó". Entendí este lenguaje acaso por conocerlo a fondo, sobre todo en el plano de las exigencias. Me hacían acordar a las instrucciones que dio el zar a su embajador en Constantinopla en vísperas de la guerra de Crimea, a fin de obligar al sultán a que fuera a la contienda. "Vaya a exigirle la libre navegación del Estrecho", le manifestó. "Si cede, exíjale el Bósforo". "¿Y, si de nuevo nos satisface?", insinuó el embajador. "En ese caso -concluyó el zar- se acerca al gran turco y le retuerce el cuello".

Castro había emprendido una gradual política de nacionalización "a pagar", que los yanquis interpretaron como confiscaciones de tomo y lomo. El planteo tenía aspectos razonables: "Nuestro gobierno no tolerará que se atropellen intereses norteamericanos sin las debidas compensaciones financieras y económicas; admitimos la renegociación, pero dentro del reconocimiento de nuestros derechos legales".

"Hay un solo modo de evitarlo, y es concediendo a Castro los 800 millones de dólares que necesita para reparar las pérdidas que padecerán nuestros inversores. Ahora viene la etapa más difícil, después de que han instalado ustedes a Castro en el poder, y es sostenerlo contra viento y marea. Manténgalo dentro de la legalidad. ¡Préstenle el dinero que no tiene!. Ahora bien, sólo ustedes pueden

posibilitar que Castro merezca el nombre de depredador o de progresista".

Arribamos a conclusiones jugosas en el transcurso de aquellas jornadas. Hubo brindis y copas de más, para festejar el acierto de mis conclusiones. Claro, el epílogo fue de lo más inusitado. Imaginen que en medio de la borrachera de la despedida, aquellos militares perdieron la carpeta del informe, y retornaron al país del Norte huérfanos de todo parecer. Y huérfanos continuaron por mucho tiempo, sin comprender por dónde pasa la historia de los pueblos, por considerar que la única realidad es la que escriben ellos.

Ese año de 1966 se caracterizó por una actividad muy marcada por la acción consecuente de los países del tercer mundo. Se realizó una asamblea en La Habana que juntó más de ochocientos delegados de Asia, Africa y América Latina. J. W. Cooke fue quien encabezó la delegación argentina a la tricontinental. El peronismo, sin estar en el gobierno, aunque cerca del poder, estaba representando al pueblo en el foro tercermundista más importante de la década. Paralelamente en nuestro país, el peronismo ganaba las internas de todos los sindicatos y las elecciones provinciales también; inclusive, el Neoperonismo, ganó Jujuy con el nombre de partido Blanco de los trabajadores. Este grupo ya pasaba a ser como la goma de mascar, que todos masticamos pero que ninguno traga. No bien empezado el año, le escribí a José Alonso para agradecerle que se hubiese conectado con Isabel para lograr la acción coordinada entre las ramas sindical y política. El encabezó el grupo de dieciocho candidatos que defendió la proclama de continuar la lucha "De pie junto a Perón".

El pueblo seguía respetando las banderas justicialistas pero la situación interna no aclaraba. Lo que aclaró definitivamente fue la situación política nacional, cuando el 28 de junio Arturo Illia fue derrocado. Onganía "aceptó" el ofrecimiento de la Junta Militar para que se transformara en presidente de facto. Lo cierto es que la apatía de Illia, a despecho de mis advertencias personales, facilitó el asalto del poder constituido. El día de la hazaña, el embajador

Gauna no vaciló en arrodillarse ante mí en Puerta de Hierro, rogándome que "salvara la democracia". ¡Era tarde! La situación estaba "pal gato".

La administración de Onganía fue una simple continuación del accionar que había agotado el país en los últimos once años. Había despertado un razonable margen de expectativa, no voy a negarlo, pero con el tiempo se transformó en una desilusión: el atropello a la universidad, el problema portuario, el fracaso de la solución azucarera y las imposiciones inicuas a los ferroviarios, que preanunciaban la destrucción de la red fueron cuestiones que dejaron en claro que se había agotado el margen de maniobra de aquella pseudo revolución.

Yo no podía tomar en serio un régimen autoritario burocrático que sintetizaba su ideología en la siguiente frase: "Unámonos en defensa de la tradición occidental y cristiana", traducción anacronismo y simplezas mentales pocas veces vista. Onganía reiteró un viejo objetivo: la lucha salvaje de una minoría contumaz para conservar sus privilegios, contra la mayoría del pueblo ansioso de cambio. Asumieron el gobierno y no establecieron plazo alguno para su mandato, pero evidenciaron propósitos absolutistas y aspiraciones a gobernar a "la tártara". Entretanto, conminaron al país a vivir con los excedentes de las exportaciones e imponiendo una tregua política, desde arriba y a palo limpio. ¿Para qué estaban los bastones?; culparon a los partidos políticos de haber provocado la desunión de la gente. Pensar que este hombre alguna vez me hizo saber que él también era peronista.

Con Onganía en el gobierno, revivieron las incoherencias y los desatinos que suelen prevalecer en todos los gobiernos que los militares argentinos conducen. Pasó siempre que el partido militar envolvió y carcomió por dentro la médula del Estado hasta que al final terminó destruyéndolo y transformándolo en elemento útil de algún sector social que no desaprovechó la oportunidad para devorárselo. Esta contradicción está integrada por dos elementos que se contraponen. El fuerte contenido naciona-

lista de la carrera militar, que los lleva a defender como propios los valores autóctonos de nuestra sociedad por ser testimonio concreto de identidad; y la falta de capacidad para comprender por dónde pasan y de qué elementos se compone la auténtica cultura nacional, aceptando entonces con esa definición, los valores que le vende la oligarquía, quien se cree auténtica representante de la nacionalidad por ser la que con la ayuda de los militares oligarcas, exterminó al indio y al poblador de la campaña y, con él, eliminó el único ordenamiento cultural sólido que podía hacerle competencia.

Los valores de la culura nacional pasaron a ser los valores de la oligarquía nacional y su defensa estuvo en manos de las Fuerzas Armadas argentinas, pagadas por el pueblo argentino, y convertidas en sus dominadores. Claro, muchos militares resolvieron sus problemas económicos en base a este acuerdo explícito. ¿Qué niña de la sociedad iba a ser mal vista si se enamoraba de un oficialito? ¿Qué oficial no soñó alguna vez codearse con esa estirpe "seudonoble" mediante el contrato matrimonial? Muchos apellidos de antigua data en el Río de la Plata se leen en los registros de los aspirantes a las Fuerzas Armadas en todos los tiempos. Los otros, que no pueden blandir apellidos ilustres se entronarían en la política. Tengo un ejemplo para ambos. Al mes de la dictadura de Onganía ya había datos suficientes al respecto. Un apellido "común" se hace del gobierno, uno "ilustre" le organiza la economía. Este último es quien hace de dictador, de factoum, de todo. Y, desde su dosel, reparte centavos entre el personal uniformado, que concluye como convidado de piedra.

Bastaba observar los nombramientos y los primeros pasos de los nuevos funcionarios para percatarse de cómo irían las cosas en el futuro. Como era de prever, Alvaro Alsogaray había empezado a cometer los mismos desatinos que lo hicieron el hazmerreír en otros tiempos y que colocaba a la dictadura en la misma triste situación en la que estuvo el gobierno de Frondizi. Es que siempre hubo hombres fatídicos para todo, y Alsogaray era uno de ellos. Con dos

como él, cualquier gobierno quedaría enterrado para siempre. En otras palabras, las dictaduras son siempre guiadas y mantenidas por cipayos, que para perpetuarse pueden usar el lenguaje liberal, ponderando el juego limpio, ¡pero no son tarados!; saben que si alguna vez logran el gobierno no es con juego limpio, porque la gente no acepta agachadas y no vota por los intereses que no son los de ellos. Todo este grupo de arrastrados, intentó perpetuarse en el gobierno mediante la creacción de un poder supraconstitucional y por supuesto, no podía tardar la gente en formar grupos de oposición natural, donde también estuvo el peronismo, organizado desde las bases.

A los seis meses de comenzado el desgraciado proceso llamado Revolución Argentina, los obreros y estudiantes argentinos tenían sus primeros mártires como el caso del estudiante y obrero Santiago Pampillón, asesinado por las balas policiales, institución que, surgida del pueblo, estuvo obligada a pelear contra sus propios intereses. La juventud se politizaba a gran velocidad. Quizá lo que la dictadura no había logrado mediante el intento fracturista del movimiento, podía llegar a suceder en ese momento en el que los jóvenes advertían que la bandera justicialista era de auténtica base popular, pero les faltaba el adoctrinamiento adecuado que motivara su espíritu de lucha, con riesgo de verse influido por ideologías foráneas. Ya desde febrero de 1967 me puse en contacto con esa pujante juventud, mediante un mensaje destinado a poner las cosas en su lugar. Por respeto a la doctrina y a sus postulados, por respeto a muchos luchadores que habían caído defendiéndolos, y por respeto también a mi persona que había encausado el movimiento desde un primer atisbo de reacción popular, allá en ese lejano 1945.

En dicho documento les planteé los inconvenientes que veía en el movimiento; y a continuación les propuse las actitudes a tener en cuenta para lo que creía podían ser las soluciones del problema.

Para comenzar mencioné el problema ocasionado por la división de la rama sindical; luego hablé de la apatía

de la rama política en su acción, tanto por la fatiga después de tanta lucha, como por el lógico temor a la represión. Por último, mencioné la falta de una acción comunitaria debido a la desorganización provocada en la pérdida de unidad y solidaridad tanto en el horizonte directivo, como así también, en la propia masa. Era indispensable que ante estos defectos, sumados al impulso renovador que ofrecía la juventud, se tendiese a buscar un trasvasamiento generacional. Pero atento a las confusiones ideológicas que podían provocarse, bregué desde un comienzo por un trasvasamiento paulatino. Inteligencia y mesura debían ser las notas de la transformación. No se trataba de tirar a los viejos por la ventana para ocupar su puesto. Sólo se puede ser revolucionario, si se tienen presentes en todo momento los objetivos que se persiguen y se poseen los valores morales y la mística necesarios para luchar por ellos sin descanso. Recuerdo que les recomendé tres libros ya publicados, donde encontrarían tales principios: *La comunidad organizada*, *La doctrina peronista* y *Conducción política*. Yo les dije a los muchachos que era para mí perfectamente normal que la doctrina fuese variando con el correr del tiempo, pero por lo menos debían esperar que yo me muriese. Mientras el que escribió el libro estuviese vivo, cualquier cambio o modificación del texto dependía exclusivamente del autor. La juventud, poco a poco iba mostrando un vuelo propio no convencional, tratando de que no se alejase de los lineamientos básicos; en tanto al sector obrero, tratábamos de alejarlo del sindicalismo amarillo que pretendía resolver el tema de las vacaciones, lejos de las grandes proyecciones. Finalmente, la rama femenina, la mujer, había recibido un impulso fenomenal con la llegada de Isabel.

Ella estuvo nueve meses en el país y a su regreso no volvió sola, como tampoco se había ido. La acompañaba una persona menuda, de voz demasiado aguda para su edad, digna de risa si no fuera por otras características que causaban más gracia y entonces tornaban poco importante el tema de la voz. Había sido, según él, actor y cantante, y no sé de qué reducto lo trajo Chabela, pero cuando me lo

presentó, este ñato mostró una particular y fundamental cualidad, una sumisión proverbial, digna de los lacayos que saben que van a atender a reyes de por vida. De tan servicial, juro que a uno le terminaba dando lástima pedirle algo por temor a que por no poderlo hacer se apareciera llorando; lo digo porque esto sucedió muchas veces, entonces yo le decía: "Está bien Lopecito, no importa, a veces hay cosas que no salen, deje nomás y suene esos mocos. Me olvidaba, se llama José López Rega.

1969 será el año de las grandes movilizaciones populares. El año anterior había fallecido de una desgraciada enfermedad, J. W. Cooke, de quien el destino me había alejado bastante. El fue uno de los grandes ideólogos de cierto peronismo combativo que, si bien yo nunca aplaudí, tampoco quise que se desmadrara. Cooke fue una de las personas más inteligentes que tuvo el peronismo, pero su deseo combativo, su fuerza vital arrolladora, lo llevó más allá del nivel de conciencia popular que tenía el pueblo argentino en esos días. Cierta vez, yo le dije a él algo que también le referí a Puiggrós en su momento: "Yo no sé si el peronismo podrá devenir en socialismo en el futuro próximo, de hecho parecería que todo el mundo realiza un giro a la izquierda hoy día. ¿Pero hasta cuándo? ¿Podemos asegurar que es definitivo? ¿Acaso los liberales no creyeron que el crecimiento del sistema era inconmensurable y los más cuerdos tuvieron que retractarse?".

John no escuchó mis demandas casi desesperadas y yo hacía la vista gorda porque necesitaba alguien que pensase también conmigo con criterio peronista y estaba realmente muy necesitado de gente con materia gris. Hasta que una vez, se me fue a pelear a Cuba para defender Bahía de los Cochinos. Apareció en todos los diarios de América. El, el representante justicialista más importante después de mí, jugado por la revolución socialista cubana de tal manera, que hasta tenía carnet de combatiente, el mismo que otorgaba Fidel a sus compatriotas.

La juventud comenzó a alzarse por el peronismo

revolucionario, el que se me escapaba de las manos; no importaba si iban a las de él, el problema era que se escapaban y no regresaban a ninguna mano. En otras condiciones, hasta yo me hubiera ido a pelear por Cuba en contra del imperialismo, ¡pero en ese momento!, el peronismo estaba alejado del poder y tomar decisiones de esa envergadura sin poder manejarlas, podría significar mandar al muere a un grupo muy grande de jóvenes. Eso me alejó bastante de Cooke, recuerdo que le pedí a Pavón Pereyra que le dijese todo esto por mí, yo estaba tan dolido que sentía como si un hijo me hubiese lastimado. De todas maneras, él siguió cumpliendo muchas tareas formales; lo que terminó entre nosotros fue la confianza mutua.

En 1969 también asesinaron a Vandor. Este episodio quedó velado y se cerró sin respuestas satisfactorias. Sin embargo, quisiera aclarar que cuando todavía venía a verme, yo le dije que se cuidara, que estaba procediendo mal, que a mí los muchachos me contaban. "Así como usted me manda voceros, Vandor, yo también tengo referentes que me cuentan". El me decía que no, que me mentían, lo mismo que escuchaba de Taccone y de otros. Yo le decía, "Mire, quien mal anda mal acaba. A mi no me importa porque el mal se lo hace usted. Yo no le deseo mal a nadie pero cuídese, porque el movimiento no soy yo sólo. Haber si todavía alguien cree con justo derecho de hacer justicia por mano propia y se termina todo". Así fue, un día pasó, la culpa fue sin lugar a dudas del gobierno represivo que soliviantó las voluntades, comenzó un proceso de militarización clandestina que no había tenido parangón en ninguna otra época de la nación y desde allí, evidentemente, partió la bala asesina. Pero también tuvo parte de culpa el propio Vandor. Alguien que se equivoca puede y debe ser perdonado. Pero cuando reitera el error, evidentemente no se equivocó, con su proceder cuáles fueron sus verdaderas intenciones. Vandor jugó con fuego mucho tiempo; como no lo quiso apagar, lo repelieron, pero en vez de agua usaron el mismo elemento que él usaba.

El retorno tan temido

En medio de una situación política muy explosiva, yo vi que el peronismo estaba despertando a una nueva faz, no sólo interpretativa sino también de carácter, en lo que se refiere a su acción. Un líder ya viejo, y tan lejano como estaba y me sentía, divisé claramente que el horizonte político de la revolución nacional se me escapaba de las manos, para trasladarme gustoso a las de aquellos jóvenes líderes que con su empuje, le daban sentido al ímpetu peronista, para transformarlo en algo mucho más importante que un episodio, para darle la forma definitiva de revolución popular.

Confieso que le tuve miedo a tanto ímpetu. ¿Quién podría contener tanta sangre bullendo si yo no daba abasto? A veces pensaba que el peronismo se había transformado en otra cosa sin dejarme morir antes. A veces creía que era cierto lo que decía López, que la reencarnación sucedía. Que era Eva quien volvía un tanto joven para terminar con esa trunca revolución que una desgraciada enfermedad, tan terrenal como inmerecida para mi hermosa chinita, no le había dejado ultimar, como regalo, a quienes la quisieron de verdad y nunca la abandonaron. Como ofrenda de amor por los miles que hubieran dado más de lo que tenían, la vida misma, con tal de no verla morir así, tan joven y tan triste, como sólo se merecen morir esos cobardes, aborrecidos canallas que existen en todos los tiempos y que enla época de Eva sólo vivieron para deleitarse al verla sufrir.

Por eso, cuando comenzó 1970 y con él apareció el peronismo combativo con tanto brío, yo me alegré, lo confieso. Porque en cada joven que gritaba mi nombre y pedía por mi vuelta, reconocía a Evita. Yo veía a esa mujer esplendorosa, a ese astro magistral de luz propia, a esa mujer que fue tal vez mi única mujer, mi más querida. La veía volver para decirme que aún vivía. La sentía regresar y repetir sus sagradas e inolvidables palabras que estallaban en cada garganta como una improvisada sentencia: "Yo sé que un día ustedes recogerán mi nombre y lo

llevarán como bandera a la victoria" "Eva si es verdad que estás ahí entre los jóvenes, ayúdame a contener tanta aventura, tanto esfuerzo vigoroso, tanta fiebre libertaria. Yo sé que ese día está próximo. Yo estoy seguro que tu nombre ha de ser una bandera cotidiana...".

En nuestro país la situación política había llegado a su pico máximo de exacerbación. Se produjo el Cordobazo como rebelión final de una serie de ellas que se expandieron por toda la República. Las Fuerzas Armadas decidieron entonces que no podía seguir ese gobierno debido a que no controlaba la "seguridad pública". Se produjo, así, un cambio de mano. El gobierno pasó bajo control directo del jefe del Ejército que era Alejandro A. Lanusse. Pero el cargo de presidente fue ocupado por un personero suyo, el general Levingston, quien al mejor estilo de Sarmiento y salvando las desde ya impresionantes distancias, también vino directo de Estados Unidos a ocupar la primera magistratura. La verdad, daba la impresión de que alguien muy inteligente había planeado la destrucción de la Argentina, que muchos cómplices vernáculos se encargaban de ejecutar. Sólo así se podía concebir una política predatoria semejante, sumada al relajamiento moral y material que se percibía. Seguía adelante el régimen que desde el 55 mantenía a la población castigada o, para decirlo sin eufemismos, se nos habrá asignado el trato de "país ocupado".

Ya Onganía había formado gobierno con sólo cuatro sectores. El cursillista, donde estaban sus compañeros de ejercicios espirituales; el perteneciente al Ateneo de la República, muchachos que venían macaneando desde hacía cuarenta años sin haber hecho nunca nada; un tercer grupo agroexportador, interesado en arreglar sus problemas personales, con Salimei y sus fábricas de aceite; y en fin, un sector remanente de gorilas que venía de arrastre desde el 55. Estos cuatro sectores no entraron a gobernar sino a pelearse entre sí. Ante lo cual, el Fondo Monetario Internacional cerró el crédito a la Argentina en todas partes. El ministro de Economía se vio obligado a salir a mendigar cinco millones de dólares por aquí, cuatro por allá; esa era

la mejor manera de arruinar todo el crédito para el país. Ante ello, el Fondo Monetario exigió que se designara un ministro de Economía de su total confianza. Así fue elegido Adalbert Krieger Vasena, un empleado de las empresas norteamericanas. Su primera medida fue la estabilización de la moneda, para lo cual no se le ocurrió nada más peregrino que bajar el peso a 350 por dólar. A renglón seguido, nuestros bancos empezaron a ser comprados por moneditas, ¡en un mes compraron 25 bancos! Desde entonce,s la Argentina fue gobernada por el Fondo Monetario.

Fue en el año 69 y con el secuestro y muerte de Aramburu, que comenzó en la Argentina un proceso de delicados ribetes bélicos, por el cual la violencia de arriba engendró la respuesta violenta de abajo. Un grupo armado paramilitar se arrogó la representatividad de todo un pueblo, que ante las sucesivas acciones de fuerza armada, no podía estar más que expectante. Yo no acepto haber contribuido a la exacerbación de dichos grupos. También resulta cierta la consigna planteada para aquel entonces, recuerdo claramente que establecía pautas o estrategias bien delimitadas. El poder político nos correspondía a nosotros, pero habíamos pasado demasiados años sin él por injusta arbitrariedad. La violencia propiciada desde el gobierno de las Fuerzas Armadas, las que actuaban virtualmente como un ejército de ocupación dentro de su propio territorio, al que tendría que proteger de las posibles agresiones externas, más que jugar a la guerra como soldaditos de plomo contra la incapacidad de todo un pueblo sin armas.

Las Fuerzas Armadas no demostraban ser más que eso: un ejército de monigotes vestidos, pagados y alimentados por los intereses foráneos. Ante esa circunstancia, un grupo de ciudadanos se levantó en armas y se arrogó la responsabilidad de defender la causa popular. Yo no los desmentí nunca, pero establecimos desde el primer momento de esa experiencia, y en forma taxativa, que una vez que el gobierno popular regresara a tomar el poder definitivamente, la guerra armada o de guerrillas ya no tendría

razón de ser. Levantarse en armas contra un gobierno antipopular puede ser lícito, si el objetivo es devolver al pueblo el mandato y la decisión política. Si se toman las armas por ese motivo pero a posteriori la intención pasa a ser perpetuarse en el poder, con independencia de la opinión popular, entonces caemos en otro gobierno de fuerza y cambiamos una dictadura por otra.

Stalin supo explicar, dolorosamente para el pueblo ruso, este contrasentido, por el cual se toma el poder para desalojar a un gobierno de facto y se coloca otro de las mismas características pero con el verso de la intención popular.

Yo les pedí a los muchachos que tuvieran en claro lo siguiente: "El mundo marcha hacia la revolución socialista de ribetes planetarios, pero no sabemos hacia qué tipo de socialismo. Este también está cambiando y el socialismo ruso ya mostró fisuras irreparables. Antes de que el otro gran sistema económico caiga, el mundo entero deberá escribir su auténtica profecía de futuro y estoy seguro de que un socialismo más puro, más renovado, abrazará la faz de la tierra, y la concepción del mismo, no sé por qué pero estoy seguro de que habrá un mensaje conexo con los profundos y sinceros preceptos justicialistas". Pero en la Argentina el lenguaje de las balas hablaba por sí mismo. Se habían formado dos células independientes entre sí. Una era trotskista, el Ejército Revolucionario del Pueblo, pensaba que el fin de la dictadura llegaba por medio de la lucha armada y como todo el pueblo no estaba en condiciones físicas, intelectuales y de conciencia política como para percibir lo que ellos, pretendía, entonces enarbolaron las banderas de lucha erigiéndose en el brazo armado del pueblo por la conquista del poder político. Dentro de este criterio de interpretación política, el peronismo era sólo un conjunto de buenas voluntades, en el mejor de los casos, que estaba muy lejos de la posibilidad de tomar el poder, ya que concebían que éste sólo se conseguiría por la lucha armada y no veían en su conductor a alguien propicio para semejante decisión. Es más, me consideraron siempre co-

mo un incapaz de pensar en la liberación de la Patria en forma desafiante. Lo que pasó en realidad es que la interpretación política de los trotsquistas, siempre parte del mismo criterio, suponer que la verdad es concebida sólo por ellos. De ese modo, nadie que pensase distinto podía, tener ni siquiera visos de posibilidad. Yo, que también hablé con ellos, a pesar de todo, les decía que no se fueran por las ramas, que el pueblo argentino era peronista y quería seguir siéndolo, que seguir en esa tesitura no era prudente sino más bien hasta contrarrevolucionario. Pero ellos ya tenían muertos en su lucha, era evidente que aunque terminaran comprendiendo lo que les decía, ya no podían volver atrás.

Fue lamentable todo ese sacrificio para que al final pasara lo que yo predije: El peronismo se quedó con este viejo "burgués acartonado".

Paralelamente, en marzo de 1971, el presidente Levingston relevó del mando al general Lanusse como comandante en jefe el éjercito. Al día siguiente, por supuesto, el relevado se sacó la careta y asumió el cargo de presidente en modo personal. El criterio hipócrita usado esa vez fue que la Junta relevaba al presidente y que, a partir de allí, los tres ocuparían el cargo sucesivamente, empezando por Lanusse, quien, desde luego, no lo largó hasta que nosotros se lo obligamos a hacer.

A partir de ese momento comenzará el proceso del segundo retorno, esta vez definitivo. Yo supe que todo iba a pasar por los contactos con el enviado de Lanusse a Puerta de Hierro, el coronel Cornicelli, con quien resolví no arribar a ningún acuerdo. Las cartas estaban echadas a favor de mi persona. Sólo tenía que desnudar la infamia del Gran Acuerdo Nacional -el GAN- y comenzar yo a consentir acuerdos programáticos con los partidos más importantes y, después, sentarme a esperar a que Lanusse cayera solo, para regresar al país en el momento que quisiese.

Lanusse había comenzado una impresionante propaganda en los medios de difusión. Convocaría al país a elecciones pero quería intentar primero fortalecer la oposi-

ción peronista lo suficiente como para que el fracaso nuestro no fuese sólo una remota posibilidad. Pobre infeliz, él, que nunca creyó en la democracia, ahora estaba esperando que la libre elección "inducida por los medios periodísticos" diera por el piso con las aspiraciones del peronismo. Como si se tratase de un partido político burgués más. Como si no se tratase del pueblo en su conjunto...

Así le fue. Igual, yo tampoco me hice esperar. Unos compañeros cineastas me propusieron contestar el fuego con fuego. Filmar los mensajes pasó a ser una propuesta más que atrayente. Yo decía ante las cámaras, con toda naturalidad, lo que deseaba y, de paso, el mensaje llegaba al país con dos objetivos logrados: primero, me escuchaban y podían recibir de mis propios labios la impresión política que tenía que darles; y segundo, me veían y podían quedarse absolutamente confiados por el estado de mi salud, lo cual dicho sea de paso, se trató de vilipendiar con el único objeto de que la gente pensase que el viejo conductor tenía cada vez menos de lo último y más de lo primero. Por fin el 8 de julio de 1972, en una agasajo del justicialismo a mi delegado personal, Jorge Daniel Paladino, se leyó un mensaje que le di para ese evento y en el cual hice saber a la audiencia que estaba dispuesto a volver, afirmando que "con la única consigna de poner mi experiencia para lograr una verdadera solución y no para prestarme inocentemente a un emparchado que a la larga pueda resultar un remedio peor que la enfermedad".

El 3 de setiembre de ese mismo año, se me restituyeron los restos de mi querida esposa Evita, de la manera y forma que ya he expuesto.

El 8 de octubre fracasó una asonada militar en Azul y Olavarría, llegándome la información de que Lanusse sabía demasiado de mí, aun lo que yo no hubiese querido que se enterase.

El mayor Pablo Vicente me informó que Paladino andaba de buenas migas con el presidente, yo lo hice venir a los dos y en mi propiedad discutieron. Los careé y me limité a escucharlos. Fue la última vez que apareció Paladi-

no, el 3 de noviembre lo reemplacé por Héctor J. Cámpora. A partir de ese momento, él fue mi delegado personal en la Argentina. Cámpora podrá tener muchos defectos, pero son todos humanos, en ninguno de ellos se asemeja a las hienas. Por eso, lo elegí a él como mi representante en la fórmula electoral; se transformó en sinónimo de lealtad, y fue la síntesis de todo un proceso de condicionamientos contra el Frente Justicialista, que él terminó resumiendo muy bien en su persona cuando demostró con su entrega personal, que todo hombre es sólo una herramienta dentro del proceso de liberación popular. De paso, para qué engañar, con su elección yo me aseguré el acercamiento de toda la juventud que lo apoyaba, y con ella, la propaganda de la revolución se extendió más allá de las fronteras llegando a convencer con su ímpetu, a la mayoría de las naciones hermanas del continente. Los militares, consecuentemente, eran los que absorbían la cada vez mayor hostilidad de América Latina, porque hasta el movimiento de liberación peruano estaba dirigido por militares; en Latinoamérica los golpistas se daban cuenta por dónde pasaba la historia. Lanusse se manejó siempre con franca hostilidad. Hasta había creado un partido político propio, el del presidente joven... Por oposición a la imagen de ya saben quien...

A ese joven militar lanussista; Ezequiel Martínez, lo votaron su mamá y su hermana. No sé si su esposa finalmente se animó; pero junto al partido de la familia de Alsogaray, la Nueva Fuerza y el partido de Manrique, Lanusse pretendió quebrar la mayoría popular. Ya se sabe lo que pasó. No había que ser adivino para imaginarlo, solamente había que ser incapaz para darse cuenta de la realidad. Con ese triunfo electoral tan apabullante, el pueblo dejó de ser un convidado de piedra al festín de los poderosos, para convertirse en el protagonista de la historia nacional.

Después del 11 de marzo de 1973, había pocas cosas que yo podía hacer dentro del país, mi rol se encontraba más bien en el exterior. En ese campo, yo podría impulsar con mi palabra las estrategias políticas del gobierno de

Cámpora. En ese sentido, mi viaje a París buscó dicho objetivo. Lo mismo sucedió con el viaje realizado a la capital italiana. Viajamos con Cámpora y visitamos juntos a las autoridades italianas; luego, en el Vaticano hicimos otro tanto, reforzando la imagen de primer mandatario que tenía que poseer nuestro representante justicialista.

Mi función debía ser la de un componedor de las desarticulaciones sociales y políticas que pudieran manifestarse. No olvidemos que en nombre de la libertad y hasta en el mío propio, se tejieron intrigas diversas que terminaron con la muerte de varias personas. Una de ellas, y quizá la más desagradable fue la de Aramburu. Digo esto, en función de que su muerte me fue atribuida directamente, como si yo hubiese ordenado su calvario.

Muchas veces le deseé la muerte. No sólo a él, sino a varios de sus secuaces; sin embargo, hubiese sido incapaz de cometer el atrevimiento de semejante orden. Había dos explicaciones fundamentales que demuestran esta afirmación: la primera, fue que a mí y al movimiento no le convenía políticamente introducir un hecho de sangre tan significativo en ese momento, pues estaba claro ya, que la dictadura tenía para pocos años más y a nosotros nos importaba ingresar al gobierno con las manos limpias de sangre. El segundo dato, fue que ya se hablaba cotidianamente de la firme convicción de Aramburu de conversar conmigo para fomentar una pacificación nacional que incluyese a todos los partidos políticos, y, sin demora, iniciar un proyecto pacificador para cambiar el gobierno.

El hecho de que Onganía habría mandado matar a Aramburu para cargármelo a mí fue un comentario conocido en ese momento. Después, la historia siguió su curso y quien haya sido el autor intelectual de semejante barbarie, sacó buenos frutos de ello, porque yo no pude conciliar ninguna política común con la oposición.

Cuando me entrevisté con Balbín por primera vez, después de tantísimos años, nuestra conversación derivó hacia la unidad y la conciliación nacional; inclusive proponiéndole que él pusiese los hombres para un gobierno de

coalisión. Me dijo que no, que el partido no se lo permitiría, que él estaría gustoso pero que en varios círculos de poder hablaban de cosas raras en el manejo indiscriminado de la política que había llevado a cabo yo mismo en el movimiento; que prefería esperar a que le llegara el turno; que si en verdad ese iba a ser el gobierno de la pacificación nacional, él contribuiría desde afuera, pero que para lograr esa paz, yo iba a tener que sacarme de encima a varios guerreros, clara alusión al asesinato del general Aramburu.

También fuimos con Cámpora hasta París. Tenía intensiones de que los delegados del Mercado Común Europeo, sus representantes políticos y financistas, nos reconocieran como una sola persona; este gobierno que empezaba en la Argentina estaba signado por una carga de responsabilidad propia más grande que la que hubiese tenido en el caso de que hubiera sido yo en persona el presidente.

Antes de partir hacia la Ciudad Luz, todavía en Puerta de Hierro, me entrevisté con el generalísimo por primera vez en tantos años. Recuerdo que yo no quería ir. Franco había tenido infinidad de años para verme y no se había acercado jamás "por razones de protocolo". Cuando tuvo que prohibirme las acciones políticas, lo hizo advirtiéndome que mi conducta era a propio riesgo y que mi proceder podría desembocar en acciones desagradables para el gobierno de España, como la expulsión, "hecho doloroso pero inevitable". Ni siquiera en ese caso se acercó a referírmelo de su propia boca. Mi estadía en España, podemos decir, se llevó a cabo a pesar de Franco y no gracias a él.

Es cierto queal fin y al cabo terminó ofreciéndome asilo; pero más lo hizo en consideración por lo que la Argentina justicialista había hecho por su pueblo, que por lo que podía significar yo para él. Cuando Cámpora vino a la quinta a decirme que Franco quería vernos, yo no quise ir. ¡Y no hubiese ido,! de no ser por la actitud de mi "ex-presidente". "Pero vaya usted Cámpora. A usted lo espera. No a mí, al presidente electo". Casi se me pone a llorar, ahí,

frente al escritorio. Parado en posición de firme, me dijo, "¡Solo no, general!, solo no. ¡No me animo!". Se sacó la banda presidencial que llevaba puesta, yo creo que hasta para ir al baño, y la emprendió sobre mí para ponérmela encima. "A usted le corresponde, no a mí. A usted, general". "¡Cállese!, le dije. ¡No sea chiquilín! Póngase eso y vamos".

A mí se me había pasado ya el cuarto de hora, yo no era el mismo Perón que se comía las paredes en el '43, con ínfulas de conducir hasta lo que parecía inconducible. A partir de esta nueva experiencia que vivía el peronismo, mi intención fue sobrevolar la realidad a vuelo de pájaro, y mientras viviese, posarme sobre aquellas situaciones en las cuales considerase que podría contribuir. Había llegado a la política veinte años atrás; otros tenían que dirigir el proceso ahora, yo tenía que limitarme a adoctrinar.

A principios de abril de 1973 nos fuimos a París. Allí mantuvimos entrevistas con el presidente de México, Luis Echeverría; con la señora Nguyen Than Binh, que fue presidente de la delegación del gobierno Survietnamita en la Conferencia de Paz de París; confinancistas europeos, y con el encargado de negocios de la República Popular China.

Mao había dividido decididamente al socialismo nacional del internacional, se había negado a hacer causa común con el despojo internacional que con el nombre de internacional socialismo, hacia la URSS. Mao echaba así las bases programáticas sobre las cuales podrían sentarse a charlar las jóvenes repúblicas del Tercer Mundo. ¡Era casi un justicialista!

Juntos en París, nos manifestamos en contra de las fronteras ideológicas y de la integración planetaria de los países pobres. Bregamos también por la inclusión de Cuba en la Organización de los Estados Americanos o por el reemplazo de esa organización en caso de que fuese necesario. También prometí ir personalmente a China para conocer la gran cultura madre de oriente.

Un mes después de estos hechos para el 25 de Mayo,

Cámpora decidió abrir las cárceles y dejar libres a todos los presos políticos. La presión había venido de parte de las juventudes militantes del movimiento, las cuales tenían muchos muchachos presos esperando que el gobierno popular hiciese algo más que reconocerlos como mártires de palabra. Una vez que los largó, la prensa gorila lanzó al ruedo expresiones de crítica salvaje: ¡estábamos dejando libres a quienes habían secuestrado a los suyos! ¡Estábamos liberando a los miembros de las asociaciones revolucionarias que habían hecho más que criticar a la oligarquía, la habían violentado!

Esa situación por si sola ya era delicada para la opinión pública, pero no hubiese sido nada de no mediar el problema referido a que esos grupos no daban signos evidentes de haber terminado la batalla. Parecía que más bien recién habían comenzado y la vuelta del peronismo no les significaba otra cosa que primer peldaño en la escalera que conducía a lo que creían su definitiva victoria. Yo temí siempre por esa situación. Cuando pasó lo llamé a Cámpora por teléfono y le pregunté quién se hacía responsable por la liberación de esa gente. ¿Quién me garantizaba la paz social? Cámpora me respondió muy suelto de cuerpo y con la honestidad y simpleza características: "¡Ellos mismos general... Los muchachos son macanudos! La revolución ya está hecha ¡ahora hay que mantenerla!" En ese momento advertí que tendría que regresar muy pronto. Le pedí que volviese a España, que hablaríamos con mayor tranquilidad.

El 14 de junio estuvo junto a mí y charlamos durante cinco largos días. Al final me pareció que no habíamos llegado a nada. ¡Lógico! Los muchachos ya tenían proyecto político propio y Cámpora no figuraba en su futuro. Por ahora lo bancaban. Nada más. ¿Y a Perón?, ¿tampoco le darían cabida? Yo tenía que volver lo más pronto posible. El futuro del peronismo no estaba en juego con este drama, si hubiese sido sólo eso, yo creo que me hubiese quedado en mi casa.

Estaba en juego la paz nacional. La juventud peronis-

ta pretendía con ese nombre hacer una depuración social, exterminando por decreto a la oligarquía. ¡Lo mismo que habían hecho con nosotros en el '55!, la venganza se apresta a consumarse. ¡Ni que fuéramos discípulos de Mahoma! La juventud quería ojo por ojo y diente por diente. Pero, ¿y el pueblo argentino? ¿Tampoco sería consultado en esa disyuntiva fundamental? Cámpora me dijo: Sólo Perón presidente podrá contener tanta efervescencia.

El retorno

(1973 - 1974)

El hombre sabe tanto como recuerda

Durante mis largos años de permanencia en España he tratado de mantener una conducta precisa y un proceder retenido. Porque yo estuve allí, en Puerta de Hierro, haciendo de exiliado y no de político. Por eso contuve todo impulso que me lanzara a la palestra pública, para dedicarme a estudiar, ya que durante tantos años de gobierno no había tenido oportunidad de hacerlo. Como el hombre sabe tanto como recuerda, diez años sin poder leer ni estudiar, constreñido a la tarea "gallinácea" de la rutina gubernamental, ésta termina por embrutecerlo a uno. Esos doce años de estadía en la Madre Patria pasaron tranquilamente y han compensado bien el equilibrio que siempre debe existir entre la experiencia (que es la parte más efectiva de la sabiduría) y el conocimiento que pueden darnos los demás.

Esa fue la tarea en España. Después de todo, debo decir que la Argentina me dio una lección.

Pretendía ser otra vez ese gran oidor que había sido alguna vez, pero que un cúmulo de actitudes desenfrenadas cambiaron mi destino. Volví al país para hacerme cargo personalmente del Poder Ejecutivo, todavía pensaba que esa decisión modificaría el proceder de los grupos extremistas, pero no fue así, más bien todo lo contrario. Los dirigentes de la juventud, como era el caso de Galimberti, doblaron sus esfuerzos. Habían movilizado a los jóvenes con la excusa de mi retorno, pero después no dudaron en disputarme el

control del movimiento.

Cuando volví al país, me propuse hablar con los líderes juveniles. Cité entonces a Alberto Brito Lima, jefe del Comando de Organización; a Julio Yessi, dirigente de la J.P. de la República Argentina; a Eduardo Firmenich, de los Montoneros; a Rodolfo Galimberti y a Juan Carlos Dante Gullo, por la J.P. Regionales, que respondían a la agrupación Montoneros.

El objetivo fue organizar la juventud del movimiento, a mí me interesaba charlar sobre todo con los últimos, debido a que Montoneros absorbía la mayoría de la juventud politizada. Sin embargo, no se hicieron presentes; según Firmenich, no se sentaría jamás a la misma mesa con Yessi y Brito. Ellos ya se consideraban una organización con vuelo político propio, me hicieron saber que en realidad querían disponer de autoridad dentro de la C.G.T. ¡Se habían vuelto locos! ¿El poder los había mareado o respondían a intereses políticos antipopulares? El correr del tiempo nos fue mostrando la verdad.

La agrupación extremista había organizado todo el andamiaje político interno para quedarse con la dirección del movimiento independientemente de lo que resolviera el pueblo con su voto. Los Montoneros ya habían decidido que el triunfo peronista en las urnas era su propio triunfo. Para ello la gente para ellos primero era montonera, después peronista. ¡Eso en el mejor de los casos! Galimberti había llegado a decir: "¿Cómo le decimos a Perón, que le queda poco de vida? ¿Quién se anima a decirle al general que es un simple mortal?".

¡Como si yo no supiera...! Mi problema no es morir. A esta altura ya estoy hecho. Ya estoy amortizado. El apellido Perón quedará en la historia argentina aunque más no sea por un problema estadístico. Pero yo no quiero quedar así. El hecho de que tanta gente se haya volcado a apoyar en las urnas este proyecto, merece que cambiemos la historia del país. Balbín me lo dijo aquí mismo, en una reunión a solas. "No quisiera estar en sus pantalones, general".

Es mucha la presión social que existe en torno al

gobierno y es mucha la mala predisposición de las entidades extremistas. Por eso me decidí a tomar el gobierno. Era como tomar cartas en el asunto. Yo siempre me sentí responsable por la aparición de esas asociaciones de accionar guerrillero. Siempre temí que otros intereses las bandearan. Ahora, que advierto que es así, y que la realidad supera la ficción y nosotros tenemos que seguir luchando contra quienes se formaron para ayudarnos a tomar el poder, me pregunto si en realidad no será que, terminada esta batalla, cambiaron de bando. ¿No será que aprendieron a crecer en la guerra y ahora no pueden subsistir sin ella? Por eso me decidí a enfrentarlos desde el gobierno. Por eso no pude evitar que Isabel fuese compañera de fórmula. Cualquier otro peronista me hubiera gustado más. Pero Isabel fue una imposición de la ortodoxia. De la gente que seguía "de pie junto a Perón", como en otras épocas.

"Perón-Perón" fue una espada que blandieron para significar que yo me quedaría con todo el poder. Traté de disuadirlos; sin embargo, todo el conjunto del peronismo cerró filas detrás de ese nombre. Al final era ella o el postulante de los montoneros: Cámpora. ¡A quién ya sabemos lo que le hubieran hecho hacer...! Por eso tomé el gobierno con esa fórmula. A veces el hombre se debe a las circunstancias...

Al fin llegó el día. El 12 de octubre de 1973 se transformó en un día poderosamente significativo. Fue un día fundamentalmente cargado de emociones fuertes. Esa vuelta a la presidencia como una decisión sacada de la galera, se transformaba en una complicación más para mi persona que había pensado para el final de su vida, estar sentada en otro sillón.

A mi edad, lo único que me apatecía era descansar, pero evidentemente el pueblo argentino decidió que todavía no podía. Yo les puedo asegurar con total honestidad intelectual, que esa nueva responsabilidad que iba a cumplir, ya por tercera vez, no fue por voluntad propia. Fue una imposición de los argentinos y una obligación que no tuve más remedio que aceptar. Y la acepté, pero resignado..., digámoslo así.

Para mí había dos problemas significativos que rondaban la realidad, sobrevolándola. Por un lado, el tema de la juventud, porque los diversos grupos tenían diferencias entre sí que los apartaban de un trabajo que debía ser común; por otro, el problema real por el que pasaba la nación y que no permitía escamoteos. Había que salir a la calle con respuestas para la infinidad de gente que necesitaba ayuda. Era un deber y a la vez una obligación del gobierno del pueblo.

Argentina no merece estar en el pozo. Es un país de una riqueza inconmensurable. ¿Cómo vamos a tener problemas económicos? Las soluciones para el caso argentino no son tan difíciles como algunos creen. Para terminar con el problema argentino, hay que ordenar un poco las cosas y reparar la economía mediante una buena utilización del recurso, que pocos países poseen como el nuestro, y que se conoce como abundancia.

El problema fundamental es distributivo. Si alguien pretenden implantar, o como en nuestro caso, reimplantar una economía que se base en los recursos abundantes, no debe permitir que se monopolice el beneficio de la economía nacional con exclusividad sectorial.

Nosotros recibimos un país mal predispuesto a aceptar una conciliación de clases, que de eso se trata. La economía nacional, repartida entre quienes poseen en propiedad los recursos productivos, conduce invariablemente a una situación de injusticia social.

Ese punto es el primero que se debe solucionar en un gobierno que se jacta de ser del pueblo, porque fue votado por éste. Pero como he repetido muchas veces, "soy socialista pero no violento". Un país como la Argentina, en el cual no existen incompatibilidades culturales abismales entre las distintas clases sociales, el objetivo debe ser la "conciliación". Cualquier país con las características sociales del nuestro, debe llegar a elaborar un pacto integracionista por el cual los distintos agentes de la producción satisfagan sus necesidades materiales e ideológicas por medio del trabajo. No existe otra solución ni puede haber una intermedia. Si el

objetivo es la consecución de una auténtica revolución en paz, la respuesta insalvable debe ser la conciliación o, mejor, el Pacto Social.

Este tipo de acuerdos debe estar negociado de modo tal que se transforme también en un pacto político de coincidencias mínimas. Para llegar a este entendimiento, se torna indispensable que lo dirija un mediador reconocido por su conducta y su valor político. La dirección de este emprendimiento conjunto, en el que obreros y empresarios coinciden en un programa común que respete los intereses de ambos, debe otorgársele a quien sea reconocido por ambos sectores como un mediador, capaz de conciliar las diferencias y exaltar como virtudes las coincidencias.

En teoría parece una falsa perorata, pero en la práctica es posible aunque muy difícil, si para empezar no hay acuerdo de partes sobre quién será el componedor. El primer paso, entonces, fue el que dimos desde el gobierno, ofreciéndonos como interlocutores entre ambas partes. Posteriormente, se combinó la forma o entidad que tomaría el diálogo. El gobierno estaba representado por mi persona, pero los otros sectores tendrían que crear organismos idóneos de discusión.

Para el caso de los trabajadores, la respuesta fue contundente, la organización significativa al respecto no podía ser otra que la CGT. Siempre que los representantes fueran elegidos por las bases y consecuentemente no pecaran de ilegales, arrogándose la facultad de hablar por boca de quien no los respeta como tales, porque no los considera representativos.

En cambio, por el lado empresarial había una diferencia sustancial entre ellos, y fue necesario comprometer a un primer grupo, para que este con posterioridad arrimase a los otros. Así se formó, en silencio pero con mucha solidez, la CGE: Confederación General Económica. Sus miembros tuvieron la garantía de que todo lo acordado en el Pacto Social se cumpliría, porque el gobierno dispuso que el Ministerio de Economía fuese dirigido por un representante de estos empresarios, elegido entre los dirigentes más en-

cumbrados de la entidad. Fue por ello que el nombre de José Ber Gelbard continuó más allá del gobierno de Cámpora, y prosiguió en ese Ministerio durante el interregno de Lastiri y persiste aún hoy.

La función de Gelbard es más importante que la de ningún otro, al menos por ahora, momento de reacomodamiento de todo el espectro político-social. Tener un representante del empresariado nacional dentro del gobierno, en el ministerio que maneja las finanzas; y tener un represetante de los trabajadores en las mismas condiciones, en el ministerio que organiza y supervisa a los agentes que venden su mano de obra a la sociedad, si bien no garantiza el final feliz de ningún acuerdo, por lo menos serena a la opinión pública porque le brinda la confianza necesaria para saber que se está haciendo lo más prudente para lograr un objetivo de paz social duradero y fructífero.

Una vez definido este problema fundamental que hace al desenvolvimiento natural de los seres humanos dentro de la sociedad de la que forman parte, podemos aspirar a mirar hacia el exterior con otros ojos, con los de quien sale a ver qué hay afuera, teniendo en claro lo que hay adentro. Esto es, asomarse a ver con qué podemos contribuir al afianzamiento de las sociedades hermanas, en base a lo que podemos negociar con ellos sin perjudicarnos mutuamente por competencias sin sentido en el mercado internacional y persuadiendo a todos los gobiernos latinoamericanos de que propendan a consolidar economías complementarias. Si salimos al exterior sin antes lograr una unidad entre nosotros, no poseeremos la suficiente entidad política como para hacer valer nuestra posición. Si en cambio, primero nos integramos dentro de nuestras fronteras en torno a un objetivo común, lograremos cualquier cosa que nos propongamos, porque hasta seremos vistos con más respeto aun por aquellos que no estén de acuerdo con nuestra postura continentalista. Esos, visualizarán nuestro emprendimiento como impropio, por no pertenecer a su ideología. Sin embargo, nuestra absoluta confianza en los objetivos impondrá, por sí misma, respeto.

Se ha hablado largamente sobre el problema de competencia argentino-brasileño, por ejemplo. Sin embargo, esta aseveración está más en la imaginación de la gente que en la realidad de la situación. Sobre todo países como los nuestros, de los que más que de ningún otro puede hablarse de complementariedad. El cambio de gobierno en Chile es otro ejemplo de lo importante que puede ser la integración económica. Cuando existe este tipo de acuerdos forjados en la complementariedad económica en base a un diálogo anterior de nivel político, nosotros, los socios extrafronteras, podemos llegar a influir grandemente en que estos cambios de gobierno inconstitucionales dejen de ser una constante de hierro en el continente.

Si defendemos la unidad continental, en base primordial a los acuerdos económicos, la necesidad nos llevará sin duda a ayudarnos en lo político. Serían las democracias las que acuerden sus políticas y su continuidad en el poder. Entonces, también entre todas legitimarán esos acuerdos oponiéndose como bloque cuando el Hostigamiento de las oligarquías americanas intenten un golpe de mano. Como el Solverein de Otto Bismarck, el Mercado Común Latinoamericano deberá ser una garantía económica y también política. Y si no, fíjense qué podemos hacer nosotros frente a la masacre que están orquestando las Fuerzas Armadas Chilenas. Nada. Porque no tenemos entidad política para la protesta, cualquier queja puede ser vista como una injerencia en los problemas internos del país y hasta nos podemos ganar una guerra. Total, a los militares que ocuparon Chile qué les importa, para ellos hay que exterminar a todo el pueblo. Si nosotros vamos a la guerra, bárbaro, porque encima los ayudamos. Matan a su pueblo y matanal nuestro. Matan en definitiva, dos pájaros de un solo tiro. ¿O se piensan acaso que es el pueblo chileno el que no nos quiere? Es el militarismo de ese país y su afán expansionista quien nos aborrece. Lo que pasa es que la opinión pública puede más que los verdaderos sentimientos, sobre todo cuando los medios de información son privados, y sirven sólo a los intereses políticos de sus dueños, que son quienes pagan.

Ellos para consolidarse en su puesto de poder, venden la idea de que los intereses de Chile fueron siempre negados por los argentinos. Si en realidad hubiera dos gobiernos populares en nuestros países, entonces caería la venda de la infamia. Pero los intereses norteamericanos pagan golpes militares justamente con ese objetivo, para que no caiga la venda. Por eso yo deseo vivamente la cooperación mancomunada de las democracias latinoamericanas y que juntas influyan en forma tenaz en lograr la creciente cooperación de los capitales europeos en su desarrollo.

En este entendimiento, concedemos la mayor importancia al Mercado Común Europeo y a su consolidación. Por eso, cuando me interrogan acerca de si los militares tienen alguna posibilidad de volver al gobierno en nuestro país, yo contesto que todo depende de la capacidad que mostremos como país, adentro y afuera de las fronteras. Si nuestra convicción de unidad se solidifica, entonces no creo que tengan capacidad de retorno, debido a que el espacio político les estará cercenado y la capacidad de maniobra de la oligarquía será nula; en cambio, si nosotros traicionamos nuestros objetivos políticos y económicos, y demostramos no poseer criterio, poco duraremos.

Creo que después de tan desgraciada experiencia que ha vivido el pueblo argentino en estos dieciocho años, poco espacio le queda para más sufrimiento. Ahora habrá que trabajar para fortalecer la unidad y esos militares que arruinaron tantos años de historia deben seguir la recomendación que yo le sugerí a Lanusse, por intermedio de su enviado oficial, el coronel Cornicelli, cuando en Madrid, éste me pidió consejo sobre el "Partido Militar" y las viejas aspiraciones de Lanusse a la presidencia: "¿Qué cree, general, que debemos hacer?". "Irse, hijo, ¡irse cuanto antes!", le contesté.

Dieciocho años después de haber sido desplazado de la presidencia constitucional de la República, volví al sillón de Rivadavia con el mayor apoyo electoral, que se haya dado jamás en el país de los argentinos. Esto no es jactancia, lo digo simplemente porque el hecho demuestra sencillamen-

te que es el pueblo quien ha triunfado. Por eso acepté semejante responsabilidad en un momento tan desconsiderado para mi edad. Un pueblo infinitamente unido por una sólida convicción: mi retorno. Yo no podía defraudar a tanta gente, no podía negarme. No aceptar, hubiese significado decirle a todos los deudos de quienes dejaron la vida por esta causa: "Es tarde para cumplir con la causa por la que murió su padre, su primo, en fin, su pariente".

Yo tenía ochenta años cumplidos pero un deber a cumplir más intenso y significativo que todos los años que habían pasado. Mis queridos médicos personales, al fin y al cabo ¡tan buenos compañeros también!, me dijeron: "Aceptar la presidencia a esta edad es acortar su vida irremediablemente". Pero, ¿vale tanto mi vida, como para no sacrificarla por la memoria de tantos que ya lo habían hecho por mi persona y porque esta causa se concretase?

La ceremonia de juramento se realizó en el Congreso de la Nación en horas de la mañana. Participaron con su presencia, todos los presidentes constitucionales y civiles que estuvieron en el proceso de interregno, que separó al peronismo del poder político. También se hicieron presentes los miembros del empresariado y del trabajo. Las palabras del presidente de la Asamblea significaron una síntesis coherente de las vicisitudes por las que había pasado el pueblo en su lucha. Su comentario más significativo fue el siguiente: "El resultado electoral sin precedentes, no ha sido acompañado por ningún acto de violencia que lo empañara. Tan tremendo testimonio de paz, revela la vocación del pueblo argentino y su elección por la vía pacífica y por la democracia moderna como real instrumento de sentido político, para la posteridad. Señor Presidente, la hora de la verdad ha llegado a la política argentina".Estas meditadas palabras las pronunició José Antonio Allende, Vice-presidente del Senado y, a la sazón, presidente de la Asamblea, quien había sintetizado todo el proceso maravillosamente.

Era la hora de la verdad en la historia argentina. Si a partir de ese momento mi nombre no servía para aglutinar voluntades, entonces perdería toda la grandeza que los años

y las circunstancias me habían impuesto.

Con ese cometido elaboramos un programa de unidad nacional, basado en un criterio de interpretación teórica de la realidad, que jerarquiza los valores propios que sustentan los pueblos, en contraposición con los intereses sectoriales de las clases poseedoras de la riqueza. "La Hora del Pueblo" significó como programa político, la excelente relación entre los distintos partidos políticos populares y los distintos sectores de la realidad argentina, de intereses comunes que a fin de su cometido, postergaban objetivos individuales con la única pretensión del bien común.

El empresariado argentino, con su acción, está demostrando cuánto interés tiene por el país. Ha demostrado no sólo patriotismo, sino también que está a la altura de la responsabilidad que el Estado le asignó, haciéndose copartícipe de un gobierno que sólo pretende el bien del país y la grandeza de la Patria.

No todo es armonía y felicidad. Hay sectores que nunca trabajaron para el país ni lo harán jamás. Si no nunca hubiésemos tenido gobiernos de facto. Pero por eso mismo debe servir el Pacto Social. El nos debe garantizar con su mantenimiento, estabilización y orden. ¿No sabemos acaso cuántos y quiénes son los que buscando nuestro fracaso, querrán avalar una estrategia a partir del colapso democrático para volver al poder? Si esto pasa, desde ya aseguro que nunca más la democracia será la misma; aunque vuelva. La oligarquía si tiene que devolver los resortes constitucionales, tratará de que estos sean tan endebles que el significado de la votación pierda sustancia. Recuerden que la historia nunca se repite exactamente igual. Lo que primero es una tragedia, vuelve a la realidad como parodia. Si alguna vez llegase a haber otro golpe, el pueblo quedará tan derrotado que la vuelta constitucional servirá solamente para garantizar con el voto popular, los intereses del imperialismo y de sus cipayos nativos.

Por todo esto, es que el Pacto Social no debe ser una excusa de la hora, sino una sólida herramienta plebiscitaria donde todos los sectores de genuino interés nacional se

preparen para consolidar la estrategia de crecimiento económico más significativo de la historia de nuestro pueblo, y que esa acción legítima por sí sola, la base de la liberación de nuestra Patria. No podemos hablar de liberación nacional sin una estrategia mancomunada para ese logro. El pueblo se libera por sí, y elige quién lo conducirá a semejante objetivo. Ningún grupo por más intelectual que sea puede arrogarse la dirección del mismo, si no es reconocido popularmente para tamaña empresa.

Creo yo, y así lo he transmitido a muchos señores, especialmente dirigentes políticos con quienes he mantenido y mantengo un permanente contacto, que la situación de la República Argentina, y esto lo digo con la experiencia que presupone mi larga preocupación por la cosa pública, es de tal naturaleza, que es imprescindible que todos los argentinos, deponiendo todas las pasiones que puedan habernos animado y las controversias que podamos haber desarrollado en el pasado, nos persuadamos de la necesidad de que todos, unidos y solidarios, nos pongamos a resolver una situación que, de otro modo, puede conducirnos a un desastre futuro.

Una de las significativas demostraciones del interés que pone el gobierno en la conciliación, está dado por el amplio diálogo impulsado desde el bloque justicialista para con la minoría. De esta manera, hasta los debates son menos extensos porque también son menores los puntos disidentes.

La intención es gobernar para la mayoría del pueblo. No sólo para el peronismo. Ya se acabó la hora de gritar "Viva Perón". Ahora hay que defenderlo. Dije en un discurso por televisión lo que significa lisa y llanamente que si puedo ser signo de unidad nacional, yo no voy a desperdiciar la posibilidad que me da la historia acicateando falsas antinomias. Hasta el 17 de Octubre lo declaré laborable. En el Congreso no se hizo nada especial, para que no se extralimitaran las pasiones. Yo busqué desde el primer día que el Congreso refrendara las políticas a desarrollar. Si el gobierno es de todo el país, entonces todo el país será responsable.

Mi principal preocupación se refiere al grado de seriedad que puedan llegar a tener en el futuro ciertas manifestaciones violentas, organizadas por los grupos de desenvolvimiento clandestino. Si son conjuras de la sinarquía internacional, lo único invencible para oponérsele es la fuerza popular organizada. Y la convicción por parte de la juventud de que todos los partidos políticos nacionales estamos dentro del mismo foco de preocupación.

La democracia debe servir para que se expresen los movimientos de opinión que trabajan y contribuyen mancomunadamente al objetivo final de mejorar la Patria. El Congreso Nacional demostró estar a la altura de las circunstancias. Todas las diferencias que se exponían a los proyectos de ley enviados por el Poder Ejecutivo, fueron despojadas de la agresividad que caracteriza el debate. Al final, muchos proyectos terminaron aprobados por unanimidad; otros no, pero siempre se intentó una convergencia.

Todo el esfuerzo se centra en el fortalecimiento del sistema democrático. Su funcionalidad garantiza la proyección futura. Los que buscan el fracaso del régimen o esperan la aparición de circunstancias que hagan posible una nueva aventura reaccionaria; quienes aspiran al manejo de sectores de poder para influir en alternativas futuras; quienes inducen a prácticas totalitarias o corporativistas, en subterránea confluencia ideológica con las reivindicaciones fascistizantes y los intereses de las corporaciones multinacionales que se proyectan y presionan sin solución de continuidad a lo largo de nuestras fronteras.

Todos deben saber que aquí ha estado reunido el país y en coincidencia fundamental les ha dado una respuesta. El voto popular y la posterior coincidencia de los objetivos políticos básicos son fundamentales para demostrar que el pueblo ya tiene el mecanismo de solución a sus problemas. La década del '70 ya no encuentra respuesta a sus problemas políticos en los mecanismos totalitarios. Ya no encuentra respuesta y no quiere que le impongan esa alternativa. Su seriedad no lo merece. El fascismo corporativista ya no es modelo.

La política social y reivindicatoria, fue mal entendida aquí por los que fueron nuestros enemigos. Hoy ya no existe ese problema. Ninguna persona que se crea en su sano juicio, criticaría al Estado de bienestar. Quien está desocupado tiene el derecho a recuperar el trabajo, pero mientras tanto, debe tener la tranquilidad de que no pasará hambre durante el cortísimo lapso en que está desocupado. Hoy nadie critica los beneficios sociales que concedió por justicia el peronismo. Este hecho, más la firme vocación nuestra de defender la pluralidad ideológica, permitió las coincidencias.

Pedí especialmente que el Congreso trabaje en período de prórroga que se extiende desde el 30 de setiembre y el 24 de noviembre del '73, así se aceleraron las decisiones y las iniciativas. Luego, desde el 30 de noviembre hasta abril del '74 los legisladores trabajaron durante los meses de verano. Se nacionalizaron los depósitos bancarios y de las entidades bancarias. Se expropiaron los activos de algunos bancos y de esa manera fueron impulsados otros emprendimientos, como la nueva ley de promoción minera, la de radicaciones de capitales extranjeros, la creación de la Corporación de Entidades Nacionales con la cual se centralizan las entidades del Estado. El Estado, de esta manera, también se introduce en la decisión de inversión productiva para incidir en la promoción industrial y colaborar con los empresarios.

Con respecto a los salarios, si bien desarrollamos un proyecto económico destinado a mantener cero de inflación, al observar el retraso real de los ingresos dispusimos que estos fuesen incrementados para la clase pasiva adicionándole la autorización de percibir también su respectivo salario familiar; y para los activos, determinamos incrementos a partir del primero de junio de 1973 por los cuales se fijó el salario mínimo en 1.000 pesos por mes, 40 pesos por día y 5 por hora.

Asimismo, se reformó la ley de asociaciones profesionales. Esta ley tuvo sentido en tanto benefició a los organismos que trabajaban dentro de la ley para contribuir al mejoramiento social, como fue el caso de la CGT, perjudicando de manera expresa y taxativa a las asociaciones que se

reunían en forma velada para fines inconfesables y cuyas actividades no contribuían a la paz pública sino antes bien, provocaban zozobra dentro del ambiente social, contribuyendo a su definitiva fragmentación.

En abril de 1974, tuvimos que implementar un mecanismo represivo que frenara el avance de estos grupos que ya a esa altura habían demostrado una firme vocación de subvertir el orden constitucional. Yo de todas maneras no pretendí declarar ilegales a estos grupos hasta no tener con ellos una charla definitiva. Algunos habían hecho un esfuerzo significativo para que el país lograra el regreso constitucional, pero ahora, me parece que no había forma de hacerlos entrar en razón. Yo no puedo gobernar de acuerdo a sus pareceres. Ellos son quienes deben ir absorbiendo el compromiso político y paulatinamente volcarlo a su favor.

El movimiento está conformado por varios sectores, y el que trabaje más coherentemente, seguro terminará por asumir la conducción. Pero mientras tanto, yo no vi otra salida que crear el CONASE (Consejo Nacional de Seguridad), para evitar que el accionar subversivo se expanda y desde luego también evitar que la policía caiga herida de muerte. Será gente especial, preparada para esta función. Por ese motivo relevé como jefe de policía al general Miguel Angel Iñíguez, muy amigo de la juventud, y que no hubiese aguantado esta presión. El objetivo es erradicar del país, en forma definitiva, la violencia organizada. Yo se lo expuse al país claramente, diciendo que ya no se trata de grupos de delincuentes, sino de una organización que actuando con objetivos y dirección foráneas, ataca al Estado y a sus instituciones como medio de quebrantar la unidad del pueblo argentino y provocar el caos que impida la reconstrucción en la que estamos empeñados.

Por eso le pedí al pueblo y al Movimiento Nacional Justicialista, una participación activa en la lucha contra el extremismo.

Yo he aceptado el gobierno como un esfuerzo patriótico, porque pienso que podré ser útil a la República. Si un día llegara a persuadirme de que el pueblo argentino no me

acompaña en este sacrificio, no permaneceré un solo día más en el gobierno.

Plan de un gobierno de emergencia

El que todos juntos hayamos firmado el Acta de Compromiso Nacional el 30 de mayo de 1973, dio rápidamente los primeros resultados. El Estado Nacional se erige como garantía entre los representantes de la C.G.T. y de la C.G.E.. Dos de sus objetivos los tratamos en forma prioritaria: La redistribución progresiva del ingreso y la detención del proceso inflacionario.

Nuestro primer objetivo fue terminar con el socavamiento del salario real mediante la lucha contra la inflación. A diferencia de lo que sucedía en el pasado, cuando para reprimir la inflación se empezaba con una devaluación de la moneda que caía sobre las espaldas de los trabajadores y proporcionaba suficiente margen a las conducciones económicas liberales para desenvolverse hasta que se producía el nuevo descalabro económico y financiero, nosotros optamos por no devaluar la moneda. Por el contrario, valorizamos nuestro propio peso, cuya cotización pasó de quince unidades por dólar a poco menos de diez.

La participación de los trabajadores en el ingreso nacional, que era del 33% ya en mayo del '73, la más baja desde el '55, a fines de diciembre se había incrementado al 42%. Mientras que en la misma fecha el índice de desocupados estaba en el orden del 6,6%, a finales de 1973 este porcentaje había disminuido al 4,5%. Durante todo ese año, el salario real creció en un 10% y la tasa inflacionaria, que había sido en el año 1972 del 80%, en el '73, prácticamente había desaparecido. Asimismo, al aumento de las asignaciones familiares fue de un 50%, y otros beneficios de la misma índole hicieron que, la confianza en el gobierno contribuyese a la estabilidad.

Finalmente controlamos el endeudamiento externo y propusimos eliminar definitivamente las fronteras de la

para transformar una auténtica corriente de opinión democrática como la del pueblo argentino, en un aluvión de actitudes que transformen el mensaje político a la población? ¿No saben en definitiva que si la gente votó a Perón es porque pretende que Perón conduzca?". No me contestaron jamás estas preguntas, salvo la última, por la cual me hacían saber que estaban seguros que la gente quería a Perón como conductor. Pero las otras, nunca me las contestaron.

Después aparecía Galimberti diciendo que a Perón es difícil encararlo. Me pregunto, si es difícil encarme cuando él mismo pide explicación, ¿qué pueden encarar estos muchachos entonces?

Siempre les dije que se quedaran dentro del movimiento porque el día menos pensado la gente los va a aborrecer. No les van a decir que son antirrevolucionarios, porque el grado de conciencia política de la población es alto si lo tomamos en relación a un sentido pragmático, pero a nivel teórico sólo conocían el peronismo como doctrina, y sabían que estaba hecha a imagen y semejanza de las necesidades del pueblo. No les pidamos a la gente común que lea a Sartre o que intente analizar a Heidegger. No le caigamos a la población con un mensaje degenerado porque le estaremos haciendo el juego a la oligarquía. Lo que lograremos con esto, es apartar cada vez más a la gente del sentido fundamental del las cosas. Estas, no pasan por la filosofía existencialista de salón o universitaria, pasa por la comprensión de la existencia que posee el pueblo argentino y por la manera en que contribuimos a solucionárselo.

Si la juventud se encuadra dentro de estas directrices, será de profunda ayuda al pacto social, cumpliendo el importante rol que la actualidad le destina dentro de la capacitación para consolidarse como los líderes del mañana. Si en cambio, elige el lenguaje del enfrentamiento contra todo un pueblo que ya está descarnado como lo estoy yo, se equivocan, porque la única esperanza que nos queda es la construcción seria de esta democracia que entre todos tenemos que consolidar, y que aún permanece endeble.

Si la burda disputa de cargos internos en el movimien-

to, esgrimidos desde un falso intelectualismo, puede más, entonces yo les digo que con la juventud habrá que desensillar hasta que aclare.

Si este proceso democrático se transforma alguna vez en auténtico movimiento revolucionario, será porque no lo hará el peronismo solo sino toda la opinión del espectro popular, consustanciado en un mismo horizonte, pero será también porque no lo hizo esta juventud, sino otra, que cambiando su criterio de interpretación de la realidad, descubra por dónde pasa el verdadero sentido revolucionario de los acontecimientos.

Yo estoy viejo, pero no soy ningún pelotudo. Si realmente tuviera la convicción de que la revolución se escribe con sangre, ya les hubiera dejado el camino expedito a los jóvenes, pero tengo miedo que la sangre que corra en el futuro, no sea justamente la que ellos creen que debe correr, sino la de ellos mismos. Cuando digo esto, pienso en la infinidad de jóvenes que corren detrás de una consigna que creen revolucionaria, sin detenerse a pensar cuánto posee dicha consigna de carácter realmente popular.

Esa juventud, que hoy sigue a sus dirigentes revolucionarios, ¿sabe si realmente sus jefes están jugados por las mismas consignas que les venden a ellos? Estoy seguro que por la extracción a la que pertenecen y por los contactos que mantienen, estos líderes de pacotilla pueden mandar a la muerte a toda una generación.

Ellos no salen a pelear contra las fuerzas antiextremistas, los que salen son los jóvenes, llenos de impulso violento, los que defienden con su vida las directivas de Firmenich, Gullo, Galimberti. ¿Pero quiénes son en realidad estos "líderes"? Cuando murieron los auténticos jefes de la organización, como Abal Medina o Capuano Martínez, por ejemplo, ¿dónde estaba Firmenich?, ¿de dónde salió,? ¿quién lo erigió en dirigente máximo? Los grandes intereses económicos, suelen poner buchones dentro del ejército enemigo para que se pudra desde adentro. Yo esto lo denuncio hoy, porque no me gustaría que el día menos pensado me culpen de haber hecho una estrategia de inteligencia por la cual se intentara

socavar desde adentro la organización. Mi misión será, hasta cuando pueda hacerlo, entrar en reflexión. Lo que haga la oligarquía como maniobra de inteligencia para defenderse, no lo puedo saber; más aún, cuando me entere, quizás ya sea demasiado tarde.

Soy consciente de que me queda poca vida. Bastante me han aguantado y bastante bien sobrellevo esta vida de tensiones que no elegí.

Quisiera que antes de morir, los argentinos se pongan de acuerdo en el camino a seguir. Quisiera que cuando quede Chabela, sola con su alma, tenga de donde sujetarse. Los partidos políticos de la oposición deberán contribuir en gran medida. Piensen solamente la discusión que provocará la mal llamada herencia política, por la cual los líderes populares dejan un "delfín" a sabiendas de que respetará los lineamientos básicos doctrinarios. Algo así esta haciendo Franco. A mí no me interesa. Me importa solamente que el pueblo tome conciencia de la realidad y que piense que en democracia. Sólo el pueblo salvará al pueblo.

Somos un gobierno de emergencia porque la nación está en emergencia, en peligro de desintegración. ¿Cómo puedo entonces avalar la lucha armada para la toma del poder? ¿Para crear más caos y destrucción? ¿Para fomentar más aún la desintegración? Los intereses de la oligarquía ya hacen agua cuando asume un gobierno popular con las características de éste, que transforma el lenguaje político y da vuelta el beneficio económico... ¡Y eso sin mandar a matar a nadie! Dejémosle a la gilada que crea que una revolución debe ser violenta por propia etimología de la palabra. Nosotros vamos a hacer una revolución en paz. Vamos a cambiar las estructuras de dominación. ¿No lo hemos hecho ya en otro período? ¿Por qué estoy yo acá como presidente? ¿Qué gané?

Lo que yo prentendo es que no haya destrucción. Una revolución constructiva, a través de una reforma. Una consolidación del sistema democrático a partir de la legislación, mediante una reacomodación en todos los órdenes. En el país ha habido una política destinada a la destrucción del

hombre. Esto es lo más grave que el puede pasar a un país. La destrucción del hombre suele ser lo definitivo en la destrucción.

Serán necesarios muchos años de ajuste, para reacomodar ese ser nacional tan golpeado y traicionado. Hasta el modelo de país se irá configurando con el tiempo. Ni siquiera hoy podemos imaginar la estructura que vendrá, porque sencillamente éste es un país que ha de ser gobernado de emergencia, y el nuestro tendrá que ser un gobierno de emergencia.

Piensen en Europa después de la guerra, todos los países quedaron destruidos, Italia, Francia, no hablemos de Alemania que había quedado por el suelo. No se les ocurrió organizar un gobierno, un sistema. Se juntaron todos y dijeron: ¡En un estado de emergencia, lo único que queda por hacer es trabajar! Recién diez años después, comenzaron a gobernarse y a organizarse regularmente dentro de las formas que hoy tienen. Esa es mi idea de reconstrucción. Un verdadero vendaval ha pasado sobre el pueblo argentino. No se trata de fijar esquemas, sino de trabajar para volver a construir.

El plan de este gobierno está dividido en dos partes. Primer,o elevar el piso del límite de supervivencia en el que están los trabajadores argentinos, y segundo, lograr una fuerte expansión de la actividad económica. Este objetivo no persigue un fin desarrollista. El sentido de intentar duplicar la tasa de crecimiento de la década anterior no busca la competencia con los países más ricos, busca conseguir un alto grado de bienestar real para todos los argentinos, esto es el mercado interno. De esta manera, comenzará a vizlumbrarse la nueva concepción del país en relación a la política exterior, que intente liberarse de las exigencias externas y de la condición de dependencia y estancamiento, desequilibrio que ha caracterizado largos períodos de nuestra historia. Por ello, el consumo verá responder a la realidad nacional y a las aspiraciones del pueblo y no será mero reflejo de las costumbres de los países más avanzados.

Este objetivo que parece solamente económico, tiene

sin embargo mucha trascendencia a nivel cultural. La unidad nacional debe comenzar por corregir entonces dos cuestiones: primero, el afianzamiento cultural del hombre argentino; segundo, la corrección del desequilibrio de inversiones que transformaron a Buenos Aires en un pulpo subsionador de capitales, y la promoción acelerada del crecimiento de zonas hasta ahora relegadas.

La democratización real de la Argentina a través del gobierno de las mayorías y de una genuina participación popular, se verá reflejada a través de pautas que detendrán los procesos de concentración de capitales que sabemos que, a la larga o a la corta, también absorben poder político; y se propendrá a que tanto obreros como empresarios, administren y supervisen las empresas del Estado para eliminar déficit y a la vez crear conciencia que las empresas populares pertenecen a todos y entonces deberemos ser todos quienes exijan buen funcionamiento y ganancia. En este sentido, el Estado pierde su carácter de neutro que siempre pretende asignarle el liberalismo, a sabiendas de que con un Estado pobre la gente debe resignarse a ser manejada por los intereses de las multinacionales. El teléfono, la luz, el gas; hoy ya son beneficios que pertenecen a la comunidad en carácter de valores básicos de subsistencia. ¿Qué pasaría si una empresa a la que no le guste el gobierno de turno, nos cortara la luz a cambio de su renuncia? ¿O creara un clima de desprotección llenando de oscuridad todas las noches? ¿La opinión pública no le cargaría el fardo al gobierno? Pienso que las multinacionales pueden hacer temblar las democracias más fuertes con sólo proponérselo. No podemos entonces dejarles el campo orégano, dándoles nuestras principales empresas para que las menejen a "piacere". Ahora, si la democracia es frágil y no tiene otra salida, entonces no queda más remedio. Pero nosotros no somos una democracia débil, podemos exhibir nuestro parecer a las grandes superpotencias.

Por eso nuestro objetivo es la recuperación económica. Por eso está Gelbard en ese trascendental cargo. Las empresas multinacionales que están en el país deben quedarse.

Nosotros somos nacionalistas pero no somos tontos, ellas dan trabajo a infinidad de gente; expulsarlas significaría dejar en la calle a muchos operarios y no poder reinsertarlos en la tarea productiva nos traería desocupación y desorden social. Basta entonces con que nosotros sepamos legislar como para que sus actividades financieras no nos descapitalicen, ni interfieran en nuestra vida interna, sino que trabajen en las mismas condiciones en que lo hacen las demás compañías.

Con el caso de los autos a Cuba se ejemplifica bien este pensamiento. Nosotros resolvimos exportar a Cuba autos fabricados en nuestro país, debido a que habíamos comenzado una política de intercambio con la isla. Las empresas multinacionales fabricantes de autos se negaron a realizar ese emprendimiento, motivadas en la orden recibida desde la central, en los Estados Unidos, que no estaba de acuerdo con el negocio. Nosotros le contestamos que bien, que hagan lo que quieran, pero no podrán evitar que nosotros como gobierno, les compremos la producción y luego por propia cuenta la exportemos. Cuando las filiales comprobaron nuestra resolución al respecto, se decidieron a exportar. Nosotros no vamos a cerrar las fábricas por una cosa así; al contrario, ahora las han amenazado, entonces nosotros las vamos a proteger. Esa es la función del Estado.

Mientras esas empresas funcionen dentro de la ley que hemos establecido, para nosotros serán como empresas argentinas. Muchas están en sociedad mixta, y no creo que hoy, en tren de liberación nacional, el mantener esas empresas que colaboran con el desarrollo presente sea un factor negativo. Antes bien, pueden colaborar con la prosecución del plan Trienal.

Cuando la sociedad toda compruebe que la labor de la empresa privada contribuyó al fortalecimiento general de la economía, la aceptará de buen grado. Después de todo, hasta hoy, ¿no se la tuvo que bancar de prepo? Yo lo que les aseguro a los trabajadores es que una empresa privada seguirá cuidada y protegida en el país si a éste le sirve y la única manera de que le convenga es si le conviene a los

trabajadores. Sé que el pueblo así lo entiende.

Si en losúltimos dieciocho años se elaboraron diversos planes de desarrollo que nunca llegaron a cumplirse, ello se produjo porque a todos les faltó el contenido y la determinación nacional que hacen posibles los programas de gobierno y aseguran la participación de todos los sectores en su ejecución.

Debemos recalcar que cuando se estructuran planes que no reposan sobre pautas nacionales, esos emprendimientos representan solamente ejercicios intelectuales que carecen de las condiciones objetivas que emergen de la naturaleza viva del cuerpo social. Si sabemos proceder de esta manera, seremos los ricos de este mundo, porque a los bienes materiales con que la providencia ha dotado con largueza a nuestra Argentina, agregaremos el equilibrio social y la equidad económica, que se expresan con la justicia para todos los que viven de su trabajo, y en poner el capital al servicio de una economía de bienestar.

Todas las políticas precedentes se basaron en el congelamiento de salarios con la excusa de que su incremento fomentaba inflación. Nosotros congelamos primero los precios y posteriormente, mediante un acuerdo, los salarios. Establecimos una "línea de vida". Estudiamos costos y salarios y determinamos que ninguna familia podía estar sumergida por debajo de esa línea. Todo lo demás, que el empleador estuviese decidido a dar, corría por cuenta de él; pero de ninguna manera podían desvirtuar esa línea de vida. Otra vez el Estado es garantía para los desposeídos de su supervivencia. La economía interna quedó sellada con el compromiso mutuo de los dos sectores partícipes de la producción a dialogar antes que pelear.

Con referencia a la política exterior, no existió en momento alguno, divergencia suficiente de criterio con los demás partidos políticos populares. Todos, sin excepción, tomaron la fecha de marzo de 1973, como el momento por el cual se debían reconstituir los lazos de unidad entre los países latinoamericanos, para luego alcanzar de común acuerdo, la integración con el Mercado Común Europeo.

Habían pasado casi veinte años desde mi derrocamiento, pero las causas de la dependencia no habían cambiado. Latinoamérica, como un gran país tiene que mirar unido el futuro político del continente.

¡Allí están radicadas las causas de los golpes de Estado! Si las democracias se expanden por América del Sur, ésta cobrará vuelo propio y perjudicará los objetivos de las empresas multinacionales.

Por eso la explicación del incidente que recuerda la reaparición de los restos de Evita, también es de índole económica. Cuando Gelli y Andreotti, vinieron a verme a Madrid para ofrecerme los servicios de la logia que comandaban, yo no sabía bien por qué lo hacían, ni cuáles eran sus intereses más profundos. El contacto lo había logrado López, pero después me enteré que había varios viejos peronistas que conocían la a Propaganda Due, no sólo de nombre.

Ellos recuperaron el cuerpo de Evita como habían prometido, pero no me cobraron nada. Es más, cuando les pregunté cuánto me saldría, me contestaron que después hablaríamos en Buenos Aires. Resultó ser que los muy atorrantes especularon con algo que ni siquiera yo sabía que pasaría, ¡mi vuelta a la presidencia! ¡Lógico, una vez en el cargo me pasaron la factura! Pretendieron que la P2 manejase todo el comercio exterior del país. Les contesté: "¡Ni loco pago una deuda personal hipotecando la economía nacional!". Vicente Saadi, que los conoce bien, no me deja mentir. El tuvo siempre un contacto fluido con la logia y sabe cómo se manejan en todo lo referido a deudas privadas.

Por Saadi me enteré de la descabellada exigencia. Lo miré y le dije: Saadi, usted que los ve, dígales que lo que piden no es más que una extorsión abusiva. Que están jugando con el sentimiento de una persona que sabía muy bien que el cuerpo de Evita estaba en manos de ellos, porque sino de lo contrario no lo habrían encontrado rápido. Que su actitud no es más que una canallada y que antes de pagar con tamaña desproporción me cortaría las manos. Que si no me dejaban de pedir semejante cosa, los denunciaría ante la opinión pública. Ya se había jugado bastante con el cadáver de Eva;

ahora tenía derecho el pueblo y su memoria de descansar en paz, uno sabiendo que recuperaba los restos de un ser queri- do y el otro, morando en un único lugar, amparado en el recogimiento que la moral y las costumbres cristianas exigen.

Vicente Saadi me informó que a los miembros de la logia no les gustó mi decisión, que hicieron un juramento de venganza por mi incumplimiento. Nunca les prometí nada, es más, cuando les pregunté por el costo del procedimiento me afirmaron que hablaríamos más adelante. Así es fácil culpar el incumplimiento a alguien que no se comprometió a nada. Hoy pienso con total honestidad que ellos obraron mal. Si me hubieran dicho el costo antes, quizá hubiese pisado el palito; era tanta mi desesperación que hubiera dado cual- quier cosa. Pero ahora, venir a cobrar un despropósito sin siquiera haberlo insinuado, ya es tarde, ha comenzado una nueva historia en el pueblo argentino, después que organice la política nacional pueden hacer con este viejo lo que quie- ran. Si es que pueden...

Pedir el manejo del comercio internacional, significa pedir el control de las exportaciones. Estamos abocados a la tarea de sacarnos de encima el control monopólico de las grandes compañías internacionales que actúan como verda- deros centros de succión de la riqueza nacional ¿y les voy a otorgar el beneficio a una logia internacional por deudas privadas? ¿Se imaginan qué diría la posteridad de mi perso- na? ¡No, jamás podía permitirlo! La historia se termina ente- rando de todo y al final, la memoria de este viejo luchador quedaría enlodada sin posibilidades de salvación. El político trabaja para la posteridad y para la gente, con la especial característica de que la gente también es la posteridad, por- que es la memoria colectiva.

El modelo argentino y la integración universal

A partir de 1946 se lanza en la Argentina un nuevo concepto ecuménico . La unidad continental deja de ser una simple elucubración o una vana conceptualización

verborrágica, para transformarse en la realidad que golpea las puertas de cada país sudamericano, para apuntarlo a la acción, a la proliferación de ideas, a la palabra. Nace en esa época junto al milagro de la participación popular, la convicción de una integración sin anteojeras.

La Tercera Posición buscaba su consolidación, a partir de la unidad de los pobres del mundo. Nunca buscamos solaparnos cobardemente detrás del triunfador de turno. Los que ganan sin pueblo, no llevan adelante un futuro triunfal. No buscamos jamás ser cola de león, porque el león usa la cola de plumero, es una simple sirvienta que liga las peores actividades con los consiguientes malos tratos.

No sólo en América pusimos nuestro criterio político en orden, también hacia Europa nos dimos una política independiente, en lo que se refiere a nuestra forma de ver las cosas. Con España, en 1947 por ejemplo, fuimos la república sudamericana que se atrevió a romper el cerco tendido por las grandes potencias en contra de ese gobierno, delimitando muy bien lo que significaba el franquismo, del interés que teníamos nosotros de que el pueblo español no quedase hambreado. Claro, por carácter transitivo beneficiamos a Franco, que de otra manera habría tenido una crisis social desesperante. Pero sin embargo, nosotros pensamos primero en la gente, en que salían de una guerra tremenda entre hermanos, y que no querían sufrir más. Entonces mandamos ayuda independientemente de lo que exigían las grandes potencias. Franco me lo agradeció después, con la actitud de permitirme que me radicara en Madrid. Pero el pueblo argentino se lo agradeció más aún. No en vano la vibrante manifestación de medio millón de personas recorrió las calles madrileñas protestando por la política de la ONU contra España y vitoreando a la Argentina. Movilización que fue encabezada por Gregorio Marañón, Jacinto Benavente y el Duque de Alba, entre otras personalidades, que vieron en la colaboración argentina un brazo al pueblo de la Madre Patria.

También iniciamos relaciones diplomáticas con la URSS. Legitimamos con nuestro apoyo el régimen de Arbenz

en Guatemala; en fin, inequívocos jalones de una postura política independiente, todo antes de 1955. Pero en lo que se refiere exclusivamente a la política continentalista, se adoptaron actitudes de neto corte integracionista, como por ejemplo, la reanudación de las relaciones diplomáticas con Cuba. No en vano al acto de nuestra asunción fueron invitados y vinieron a nuestro país, los presidentes de Chile, Salvador Allende, y de Cuba, Osvaldo Dorticós. Estos hombres fueron testimonio de que a pesar de nuestras diferencias respecto de la manera de ver el desarrollo de la política en Latinoamérica, quedaba establecido que todos sabíamos que los gobiernos populares serían en definitiva los únicos referentes válidos de ser tenidos en cuenta a la hora de exigir representatividad por parte del resto del continente. Nosotros, por ejemplo, desde hace varios años tenemos un problema significativo con Chile por diferencia de límites en el área austral, si allí hubiese un gobierno popular, como efectivamente lo hubo, otro sería nuestro proceder, pero la exigencia por parte de un gobierno de facto, pierde totalmente sentido político real.

Llegará el día en que todos los recursos latinoamericanos serán explotados por sus verdaderos dueños en conjunto; haciendo gala de la posesión de una patria común para todo el continente. La unidad en los intereses políticos llevará a la unidad de las almas.

El comandante general del Ejército Argentino, el general Jorge R. Carcagno, es un hombre sensato. En setiembre de 1973, con motivo de la Décima Reunión de Ejércitos Latinoamericanos, realizada en Caracas, señaló en nombre del pueblo y gobierno argentino, que las Fuerzas Armadas del continente debían elegir entre ser guardias pretorianas de un orden político, económico y social injusto o convertirse en custodias de la soberanía. El ejército también demuestra su apego a la legalidad.

El desequilibrio y la dependencia son los signos característicos de los países del continente a pesar de contar con vasta cantidad de recursos naturales; existen gran cantidad de factores externos e internos que inciden no sólo

contra el despegue, sino también sobre el objetivo de la independencia económica. El plan económico denominado "Trienal", especifica una razonable y concreta política de contornos continentales, destinada a fomentar los mecanismos idóneos para que la estrategia integracionista no pierda sentido ni lógica. Se preconiza la formulación de una nueva política argentina dentro del marco de la ALALC (Asociación Latinoamericana de Libre Comercio), así como la formulación de tendencias como la que pone de manifiesto el Pacto Andino, respecto a la utilización de instrumentos más amplios de complementación y de política independiente. La política integracionista es una estrategia que no culmina con las meras transacciones comerciales, abarca con mayor amplitud de miras, un horizonte temporal más amplio. La explotación conjunta de recursos naturales, el desarrollo tecnológico, la lucha por la preservación del ambiente, junto con estrategias financieras y comerciales que le permiten fortalecer su negociación con los grandes organismos intenacionales. Son estos principios los que guían la acción de nuestro país en el seno de la Comisión Económica de la Cooperación Latinoamericana. De esta manera, la Comisión estudiará los distintos problemas por los que pasamos los países miembros y utilizará el dinero recolectado por la entidad para otorgar tratamientos especiales a aquellos países menos desarrollados de la región.

Si a la vez la Argentina posee un desarrollo independiente, de acuerdo con la evolución de sus fuerzas productivas, no necesitará el aporte de la Comisión. Entonces, ésta se abocará a la tarea de solucionar la indigencia de los más urgentes, posibilitando para nuestro país, un rol directivo indiscutible y una función aglutinante que accionará más que cualquier presión que intente ejercer el imperialismo.

Los países de América responderán con cautela a las exigencias de los Estados Unidos, sobre todo teniendo en cuenta que la integración continental es más fuerte que cualquier tipo de exigencia externa. Para este objetivo envié cartas a todos los presidentes americanos. En España esta actitud vastó para que me adjudicaran pretensiones conti-

nentales. ¡Mientras no sea otra vez una acusación de expansionismo, comparándome con el Duce! Esta vez no, ahora se habla de mí en términos de conductor político. Yo lo único que quiero es la unidad americana. A Fidel le escribí eso justamente, que la libertad de nuestros pueblos sólo se traduce en un contexto de unidad, pero la libertad ganada dentro del contexto democrático. Hoy la juventud necesita de nosotros, le referí, que tenemos tantos años de experiencia política, para evitarle atrasos que se pagan siempre con dolor y sangre inútilmente. La pujanza viril de la vida joven, para rendir verdaderos frutos a la patria, debe ir acompañada de la cuota de sabiduría que otorga la experiencia.

Apoyados en este criterio interpretativo de la realidad americana, nuestro canciller Alberto Vignes, fue virtualmente elegido por las demás naciones hermanas de latinoamérica como vocero principal de nuestras quejas y expectativas ante los Estados Unidos.

En la Conferencia de Cancilleres realizada en Tlatelolco, sede de la cancillería mexicana, en febrero de 1974, expuso a los Estados Unidos sus diferencias analíticas sobre la realidad y centró su argumentación en un detenido análisis de las negociaciones que se realizan en el GATT (Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio). Demostrando que Estados Unidos mantiene fuertes beneficios dentro del sistema interamericano, deshaciendo la estrategia norteamericana basada en la defensa de los llamados "Intereses Comunes". Luego, varios meses después en Atlanta, Vignes ratificó la postura latinoamericana en favor de la devolución de las Islas Malvinas. La tesis integracionista señala que deben afirmarse primero los grupos regionales para que se concrete luego la etapa universalista. De ahí nuestro interés porque se vayan concretando todos los emprendimientos de unidad donde participemos. Primero los que se llevaron a cabo en la órbita de la Cuenca del Plata y luego los que nacieron a partir de la posibilidad de mancomunar los intereses ligados en torno al área denominada como "Pacto Andino". Si la región americana es una sola, será invencible. Si la disgregación vence, si la política

divisionista que impera hasta hoy se mantiene, entonces jamás podremos liberarnos.

El mundo actual parece marchar desesperado a la exibición de la disputa más grande de la historia universal. Las dos superpotencias luchando hasta desbastarse para privilegiar su poder sobre la otra.

Aquellos que manejen una política económica independiente, podrán asistir a la velada sin jugarse por ningún oponente. Quienes estén de un lado u otro, rezarán por su respectivo amo. Argentina deberá ser independiente antes de aquel evento, de lo contrario tendrá como muchos la platea reservada.

La concentración del capital en pocas manos, traerá aparejado dos cosas de altísimo nivel por su trascendencia vital. ¡Primero la dirección y discrecionalidad del capital invertido; segundo, la aparición de grandes focos marginales!

A todo este cometido político ligado a la actividad de los funcionarios, se le suma mi accionar como presidente y mi traslado a los países vecinos para efectuar un diálogo personal con mis colegas. Por otro lado, el ministro de Economía visitaba Cuba, a la que comprometía con la compra de automotores, Honduras, en donde ofreció un crédito por veinte millones de dólares en términos similares a los del convenio cubano; debían comprar productos argentinos que serían financiados por nosotros. También en el Perú, cerramos acuerdos de intercambio comercial para exportar tecnología y bienes de capital argentinos, decidiéndose la formación de varias empresas mixtas de capitales binacionales. En fin, todo es más difícil que pedir prestado dinero directamente a los Estados Unidos, pero es preferible así. Manteniendo la dignidad a sabiendas que cualquier emprendimiento por modesto que sea, pertenecerá a los intereses americanistas y fortalecerá los objetivos de unidad de todos los pueblos del cono sur.

En la lucha de los imperialismos por la hegemonía, no entrarán en conversación los países pobres. Estos sólo serán convidados de piedra en la organización universal que se avecina para el año 2000. Nada hay más importante en este

momento que la política internacional. Ya se está pensando en que este continentalismo que hoy presenciamos, se torne en una organización universalista que lo reemplace y en esa organización, cada país tendra una misión que cumplir. Si nosotros somos débiles, nos lo van a quitar todo; ¡por teléfono si es necesario! Todos estos años sacrificados en pos del objetivo de liberarnos, serán inútiles, porque si los imperialismos actuales imponen el ritmo de esa universalización, lo harán en su provecho, no en el nuestro.

Por eso el camino que seguirá el gobierno argentino en el terreno de las relaciones exteriores, está señalado por los países del Tercer Mundo que luchan por su liberación, cualquiera sea su signo ideológico. Porque los problemas que aquejan a la tierra están configurados por dos elementos: producción insuficiente y distribución injusta de alimentos. Por ello es que la universalización de la tierra será el mejor camino para la solución geopolítica. Es decir, para resolver el problema con una mejor producción, mejor organización y mejor distribución, tanto de la comida como de la materia prima, que van a ser las dos necesidades prioritarias en ese futuro ya casi inmediato.

Si esto se hace, lo harán las grandes fuerzas que orientan y manejan a la humanidad. En ese sentido serían: El imperialismo yanqui; el imperialismo soviético o el Tercer Mundo. Solamente la conformación de un Tercer Mundo podría ser la garantía para que la humanidad pudiese disfrutar de un mundo mejor en el futuro. Pero para eso, el Tercer Mundo tiene que organizarse y fortalecerse.

Nosotros intentamos esta experiencia basada en la complementariedad con Chile, en 1948. Realizamos un tratado de unidad que buscaba la organización de la comunidad económica latinoamericana, que pusiera en paralelo nuestros intereses y uniera nuestros países. Tuvimos mucho éxito inicialmente; casi todos los países latinoamericanos, excepto los cipayos conocidos, se unieron y adhirieron a este tratado de complementación. ¡Pensar que Europa lo hace recién en el '58 con el tratado de Roma y ahora estamos nosotros atrasados veinte años con respecto a ellos!

Este sentido fundamental de interpretación ecuménica, nos lleva invariablemente a modificar los lazos asociativos de la Argentina con respecto al mundo. Si efectivamente en el futuro habrá dos bloques de poder económico-político, uno representado por los imperialismos y el otro por los países como nosotros, ha de ser indispensable que los países pobres unamos lazos alrededor de nuestros intereses comunes. Nos queda muy poco tiempo pero podemos lograrlo, si ante todo estamos consustanciados con esta ideología. El mundo no será de los indefensos o solidarios. El mundo girará en torno a la órbita de los grandes bloques.

Esta visión implica llevar a cabo una acción vigorosa para intensificar las relaciones comerciales, con aquellos países en los cuales nuestro intercambio se encuentra reducido a una mínima expresión y al mismo tiempo iniciar contactos con otros marginados hasta el presente. Este nuevo encausamiento del comercio exterior permitirá corregir los saldos deficitarios crónicos que acusa nuestra balanza comercial con algunos países industriales, abriendo nuevos mercados para las exportaciones u orientando hacia terceros países las importaciones, reduciendo así los riesgos inherentes al esquema de dependencia. Este enfoque de reorientación del comercio se apoya de manera fundamental en el desarrollo de las relaciones bilaterales, instrumentadas por medio de acuerdos de intercambio a largo plazo, sin perjuicio de que simultáneamente, se continúe actuando en el plan multilateral en cuanto se considere apropiado y útil para los intereses nacionales.

En tal sentido, los compromisos adquiridos se instrumentarán a través de convenios de cooperación económica y técnica; como es el caso de aquellos gestados con la República de Cuba, Rumania, Checoslovaquia, China Popular, Corea del Norte y Polonia. Los convenios comerciales ya firmados, marcan el carácter del nuevo estilo de proyección internacional que el país postula, ya que los mismos se refieren enteramente a la exportación de productos manufacturados tales como material de transporte, construcción naval, equipos ferroviarios, máquinas herramien-

tas, equipos para la construcción y para la industria alimentaria y hasta plantas completas.

En materia de inversiones, los convenios suscriptos incluyen compromisos de desarrollo en base a actividades en el campo petrolero, la petroquímica, la siderurgia, las telecomunicaciones, la fabricación de turbinas hidroeléctricas y otros equipos energéticos. Con los mismos países también hemos suscripto acuerdos a largo plazo para realizar, exportaciones dentro del rubro que se considera en nuestro país como tradicional. Pero no dejamos de enviar una misión a la URSS; políticamente era sumamente importante que la Argentina pusiera sobre el tapete su negociación con el Este del mundo, visitando Rusia. Gelbard se entrevistó en el Kremlim con el presidente de la URSS y le llevó mi promesa de visitarlos personalmente.

En fin, casi al promediar el año 1974, el gobierno popular de nuestro país ha logrado dar a la Argentina un giro copernicano en materia política internacional, que señala en forma indiscutible la voluntad de contribuir a la lucha anticolonialista e insertarse sin hesitaciones en el conjunto de los pueblos que luchan por su liberación, construyendo con decisión su propio destino, en medio de las acechanzas de los bloques imperialistas y con la firme voluntad de continuar por el camino trazado por la Tercer Posición internacional, en la cual el justicialismo posee el orgullo de saberse principal factor intelectual y actor funcional, en este cometido de participar en un bloque de países organizados, con el fin de mantener sus intereses en alto a pesar de las presiones de los poderosos, que de una manera o de otra, con golpes de Estado o facilitando la instalación de democracias títeres, buscarán impedir a toda costa, que otro bloque que no sea el propio, le discuta la supremacía.

La orientación política que el peronismo le impuso al país a partir de 1945, se basó exclusivamente en las apetencias y las necesidades que el pueblo tenía con carácter de urgencia. Pero desde ese lejano año el tiempo pasó y todos los actores sociales de ese drama cambiamos un poco. ¡El

mundo cambió! Y a otras necesidades exigidas por otro tipo de gente, le correspondieron también otras soluciones. Lo cierto es que la realidad argentina comenzó a gritar en forma cotidiana, que esperó a un líder casi veinte años para solucionar sus dificultades más acuciantes, y cuando este líder llegó, casi era tarde.

Otra gente y otras problemáticas se desarrollaban en la sociedad argentina, sin que las anteriores se hubiesen solucionado. Nuevos actores sociales estaban en el centro de la escena, interpretando un drama que el peronismo, en su formación tradicional, no podía solucionar.

La juventud fue el nudo central de la discordia. No podía ser de otra manera, nueva gente motivada por nuevos avatares. Todo esto yo lo comprendí en su momento, pero como cualquier ser humano, me confié. Creí primeramente que la realidad decantaría los excesos y que si la lucha era por el regreso de Perón, con el hecho consumado se aquietarían las aguas. Pero el proceso abierto fue un torrente que no cerraba sus compuertas.

La juventud exigió cambios inmediatos. Rápidamente el movimiento se dividió en dos bandos. Quienes movilizaban la mayor cantidad de nuevos adherentes, y los viejos peronistas de todas las épocas. Yo traté de equilibrar la balanza hasta último momento pero ante la actitud irreversible de los que clamaban por la "Patria Socialista", tuve que comenzar a decantar a los funcionarios de gobierno. A veces pareció que buscaban un golpe militar, como es el caso de los trotskistas, que afirman que para "agudizar la contradicción", es más propicio un gobierno militar para que el pueblo vislumbre con claridad dónde esta el enemigo. ¡El gobierno peronista es el pueblo! Pedirle a la gente que apoye algo distinto, es pedirle que no sea peronista pero que siga usando ese nombre. Mas la gente tendrá que vivir con Perón vivo, todo el proceso de recuperación del peronismo, después el pueblo dirá. Si uno de los grupos internos se autoproclama conductor del movimiento e intenta representar a las bases sin reconocimiento por parte de ellas, terminará tomando actitudes equivocadas y se ganará la incomprensión popular.

Esto pasó con el impresionante movimiento juvenil, organizado alrededor de mi apellido.

Primero comprobaron que yo no pactaría con ellos a espaldas del movimiento sindical. En vano tantos trabajadores lucharon durante tantos años para ver a su líder de regreso. Entonces la emprendieron contra lo dirigentes. Mataron a Rucci, apenas había asumido en el poder. ¡Pero si parecen pagados por la oligarquía, para desestabilizarnos!

Cuando llegamos al acto del 1° de Mayo, recientemente pasado, pusieron en la plaza tantos militantes como quien pone toda la carne al asador. Fueron a vilipendiar al gobierno popular, buscando respuestas a preguntas que ellos jamás hicieron, utilizando epítetos que desconocen y, en fin, tratando de cortar la amable relación que existe entre la gente y mi persona. Por eso los eché de la plaza. Cualquier persona se extralimita ante una situación límite, ¡sobre todo un viejo como yo!, y la actitud de los Montoneros, fuera de toda razón, me sacó de quicio a mí también. Han movilizado a toda la juventud posible y han hecho política de la manera que mejor les ha parecido, pero, en democracia, no tienen derecho a destruir el único movimiento político que les dio cabida de una manera racional. Los expulsé de la plaza porque mi obligación era y será defender las instituciones y las asociaciones legales de la Patria. Ellas serán indefectiblemente las que estructurarán la Argentina futura. La defensa de las instituciones gremiales no es un capricho, estando mal representadas y todo, son las únicas formaciones de base que garantizan un lenguaje popular para la política. El tiempo y la práctica democrática harán de ellas verdaderos núcleos de poder representativos, pero si ahora las presionamos al cambio en forma violenta, concentrarán su acción y se burocratizarán sin esperanzas de cambio.

La primera semana de junio advertí que como producto de todo lo que había pasado, el otro grupo político ya había sacado los dientes afilados y lo mostraban a sus contrincantes con una firme actitud vengativa. La discusión sobre la herencia política del peronismo estaba sobre el tapete. Allí

comprendí que ante mi muerte repentina podría sobrevenir el caos y hasta la guerra civil. El 12 de junio, entonces, me decidí y tomé la iniciativa. Hablé en cadena por radio y televisión, y mediante un supuesto mensaje al pueblo, me dirigí elípticamente a los dos bandos en pugna. Advertí que sabía de las diferencias que existían entre algunos, pero que yo había vuelto al país como prenda de unión. Que no soñaba con volver a ser presidente pero que acepté el reto sólo para beneficiar a la patria y no para perjudicar a uno solo de nosotros. Que si el pueblo ya no me acompañaba, me volvería a Madrid, de donde tal vez no tendría que haberme ido. Cerré el mensaje con un testimonio de reflexión, solicitando que pensasen en lo que había dicho y que me lo hiciesen saber, para así tomar una decisión.

Volví a mi casa con el mismo estado de congoja que hoy todavía mantengo. ¡De los dos bandos yo había recibido muchas agachadas! Una vez, aún estando en Madrid, le mandé decir a Pavón Pereyra que ante los rumores de malversación de fondos por los que pasaba el movimiento, investigara para ver qué encontraba. Corría el año '73, los primeros meses del verano argentino. Pavón descubrió que el recientemente electo intendente de San Martín, de aquel entonces, Alberto Manuel Campos, tenía dos cuentas bancarias en Montevideo, a su nombre, y de casi un millón de dólares cada una. Entonces le dije a Pavón: "Hágalo exonerar del Consejo Superior Justicialista. Que desaparezca de nuestra vista. Si ahora es intendente, por lo menos para el justicialismo será lo último que haga". Este mensaje fue la piedra del escándalo, corrió como reguero de pólvora entre las filas de la juventud de Galimberti y, poco después, Campos era asesinado por los Montoneros, culpado de ladrón y estafador.

La violencia perduraba en la democracia popular, pero ahora, como la forma de medir las fuerzas internas.

El 12 de junio recordé muchas cosas, entre ellas, que un solo hombre no puede contra la adversidad. Por la tarde, el movimiento obrero organizó una movilización para demostrarme su adhesión. Vinieron a reconocer el proyecto de

unidad, solidaridad y participación, propuesto por su líder.

¡Parece mentira, la historia argentina todos los días vuelve a comenzar!

Hoy hablé con el pueblo, quizá por última vez. Por lo menos así, personalmente, frente a frente y desde el balcón...

Cada día que pasa lo siento como si fuese el último. ¡Con tantas cosas que necesita la Patria, este pobre viejo ya está pensando sólo en él y en su circunstancia!

Siento que cada vez dependo más de mis médicos de cabecera, los doctores Liotta, Taiana y Cossio. Sin embargo, cada vez los veo menos asiduamente. Pareciera que ellos también se hubieran resignado y estuvieran convencidos de que la hora de la verdad está más cerca.

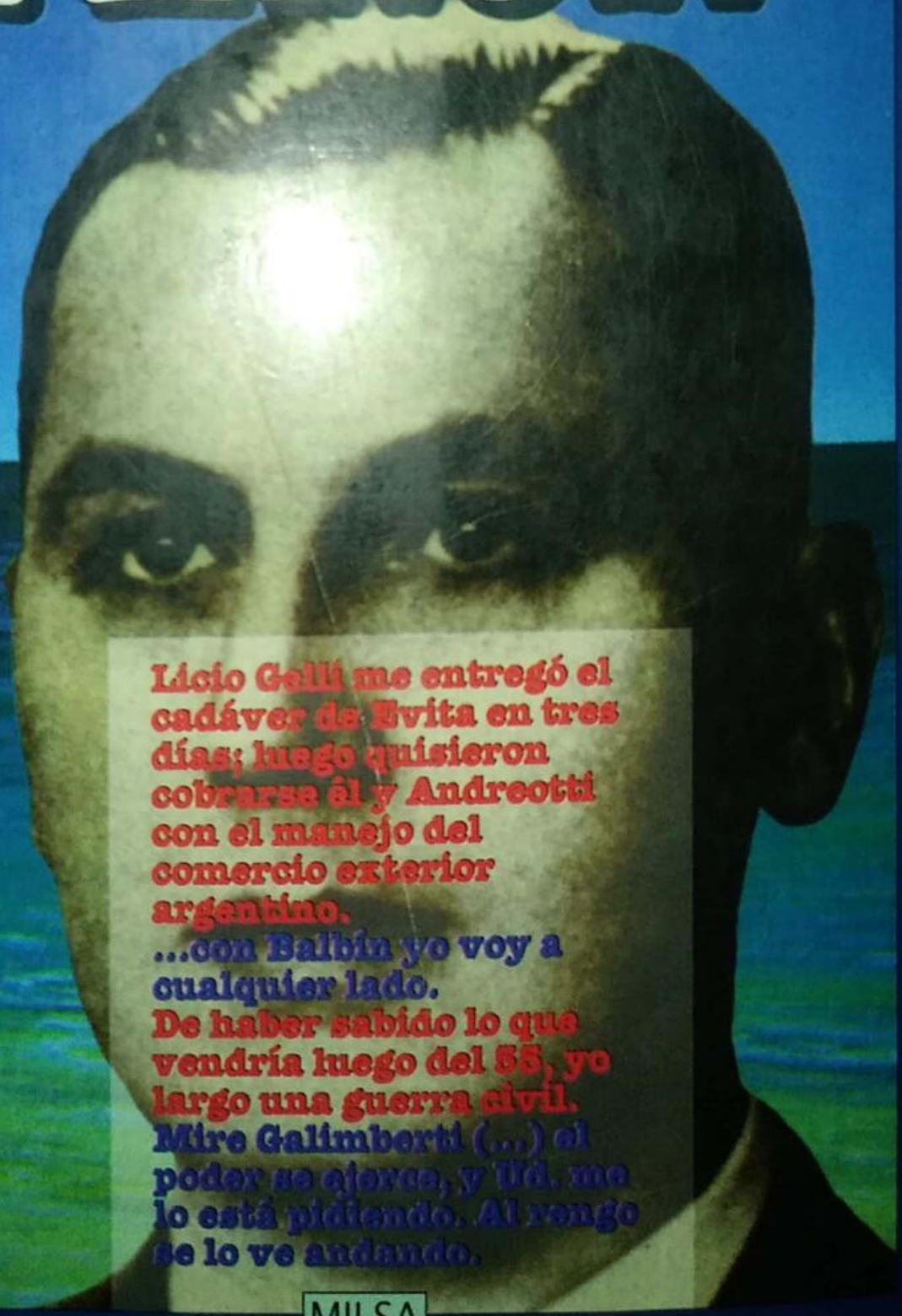
Quizá tenga razón la gente que dice que por imperio del destino, yo me he transformado en un ser colectivo, y por ello es que debo ser el único ser humano que espera la muerte con la convicción certera de saber que sobrevendrá de un momento a otro, inminente, impostergable. Por eso hoy me despedí de mi gente, de los grasitas de Evita, de los descamisados del pueblo, de los hacedores de la historia.

Si soy Perón y lo seguiré siendo a través de los años, como si la fuerza de mi nombre sintetizara una bandera, es y será por el pueblo, mi único heredero. Esa maravillosa masa anónima que nos sobrevivirá, para que la verdadera historia se siga escribiendo.

Podrá terminar el justicialismo que yo llevo en mi sangre y en el vigor de mi vida. Pero no terminarán jamás con la doctrina peronista que yo he inculcado en el alma a todos los trabajadores de esta tierra y que, como una siembra prodigiosa, prolifera entre los descamisados de América y del Mundo.

En esta última tarde, cuando regresé del balcón, advertí que no existe la muerte. No morirá jamás quien pueda sentir lo que yo sentí frente a mi gente. Yo sé que sólo Evita me entendería. Se que cuando alguien muere, desaparece del mundo de los vivos. Espero tener ese raro privilegio, del que goza Evita, de no morir, de permanecer como bandera en ese pueblo que tanto amamos, y al que yo me entrego -descarnado- acatando los designios de la Providencia.

YO PERÓN



Licio Gelli me entregó el cadáver de Evita en tres días; luego quisieron cobrarse él y Andreotti con el manejo del comercio exterior argentino.

...con Balbín yo voy a cualquier lado.

De haber sabido lo que vendría luego del 55, yo largo una guerra civil.

Mire Galimberti (...) el poder se ejerce, y Ud. me lo está pidiendo. Al rengo se lo ve andando.

MILSA